

RAUL A. ENTRAIGAS



**El pariente
de todos
los pobres**

OBRAS DEL AUTOR

Mes de Don Bosco - Ediciones argentinas, cubanas, españolas y venezolana (1934).

Bajo el símbolo austral - (Versos) (1936). Agotada.

El Padre «dotor» - Biografía. (1939) Primer premio otorgado por la Comisión Nacional de Cultura.

Una flor de la Pampa - (Biografía). (1946).

Pinceles de fuego - (1942) Tercera Edición. (1953). Premiada por la Asociación de Escritores Argentinos.

Monseñor Fagnano - (1945). Biografía.

El ángel del Colorado - (1946). Primer premio otorgado por la Comisión Nacional de Cultura.

Una flor entre hielos - (1947). Biografía.

Verdades del barquero - (1948). Ensayos.

El buen Pastor de Cuyo - (1949) Biografía.

Vidas en flor - (1949 y 1952) Ediciones argentina y mexicana.

Rocío de la mañana - (1951). Ensayos.

El Pariente de todos los pobres - (1953). Biografía.

El Apóstol de la Patagonia - En prensa.

Perfiles patagónicos - En prensa.

Patagonia, región de la aurora - (Versos). En preparación.

RAUL A. ENTRAIGAS

Miembro Correspondiente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras - Miembro de Número de la Sociedad de Historia Argentina de Buenos Aires - Miembro del Instituto Superior de Investigaciones Patagónicas de Comodoro Rivadavia - Miembro Corresponsal del Museo Municipal de Bahía Blanca - Miembro Delegado del Museo "Francisco de Viedma", de Patagones.

EL PARIENTE DE TODOS LOS POBRES

EDITORIAL DON BOSCO

DON BOSCO 4053 - BUENOS AIRES

NIHIL OBSTAT

Buenos Aires, 19 de diciembre de 1953

DOMINGO MARTINEZ S. D. B.

Censor Salesiano

PUEDE IMPRIMIRSE

Buenos Aires, 21 de diciembre de 1953

† ANTONIO ROCCA

Ob. de Augusta Vic. Gen.

.Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

PRINTED IN ARGENTINA

IMPRESO EN ARGENTINA



Don Artémides en compañía de su sobrino, el Rdo. P. Santos Zatti.

De acuerdo a los decretos de Urbano VIII y de otros Sumos Pontífices, el autor declara que no entiende dar a los hechos aquí consignados, un alcance superior al que confiere la autoridad de simples testimonios humanos y que al llamar santo al protagonista lo hace en sentido lato, no queriendo anticiparse en forma alguna a las decisiones de la Santa Madre Iglesia de la que se profesa obedientísimo hijo.

PREFACIO

El 29 de marzo de 1951 escribí para el periódico «La Nueva Era» de Patagones una semblanza de don Artémides Zatti. En ella decía: «Así podríamos denominar a Zatti: «El Buen Samaritano». El también encontró en el camino de su vida, no a un hombre maltrecho a quien curó y llevó al mesón, sino a miles. Por eso la figura de Zatti no pide solamente un artículo, sino una biografía y una película. Algún día será...»

* * *

Ha llegado ese día. Apenas otros libros me dieron tregua, empecé este. Y antes de los cuatro meses quedó terminado. Lo que significa que ha sido escrito con fiebre. Un poco, la fiebre de este Buenos Aires vertiginoso que contagia su agitación a cuantos vivimos en él; y otro poco, la fiebre del entusiasmo que iba despertando en mí este maravilloso prócer patagónico.

* * *

Aproveché el verano pasado para buscar datos referentes a don Zatti. Me pasé días enteros en la arrumbada ex farmacia del Hospital, donde está el archivo. Salía mareado de allí: ma-

reado por el olor de yodo y a agua oxigenada (y a ratón y a murciélago...) de que están saturados todos esos viejos papeles. Después molesté a muchos amigos para que me dieran referencias. Todos muy amables. Mil gracias a todos. En los Bancos encontré cierta reserva al principio: luego amable condescendencia.

* * *

Han venido cartas de los cuatro vientos. Muchos han contestado con una amabilidad que emociona. Y otras cartas mías han sido gritos desesperados que se han perdido en el vacío... Mil gracias a quienes contribuyeron, con clara intuición de lo que puede un libro, a escribir este que hoy presento. Y a los que «no tuvieron tiempo» de contestar, quiera Dios darles un sincero arrepentimiento: ¡que también es virtud el dolerse de la omisión!...

* * *

Creo que presentar a Artémides Zatti, así, de cuerpo entero. es presentar la figura de todo un hombre. La humanidad está ansiosa de ellos. Hombres que, como Saúl, nos lleven toda la cabeza a los demás y estén reclamando un pedestal bien alto donde se los pueda ver y admirar a gusto. Ya Zatti tiene una calle en el pueblo que él iluminó con la luz de su caridad. En breve tendrá una estatua en uno de sus más bellos paseos. ¡Bien por quienes concretaron en esa forma el homenaje de un pueblo que sabe agradecer!

* * *

Es además la vida de un religioso salesiano. Un modelo para nuestros coadjutores. Naturalmente no deben imitar ellos a Zatti en lo que tiene de extraordinario porque no todos los coadjutores salesianos están llamados a sostener un Hospital durante medio

siglo; pero sí deben imitarlo en lo ordinario, que es quizás donde Zatti se muestra de una virtud más sólida y una voluntad más maciza.

* * *

¡Quiera el buen Dios que este libro sirva para hacer conocer su magnífica figura de santo! De ese modo se reeditará el inmenso bien que supo hacer en vida irradiando sus virtudes desde allende la muerte. Y si algún día la anacrónica silueta del «pariente de todos los pobres» llegara a la pantalla, no dudo que ese estupendo medio de expresión de ideas sería un nuevo escabel para levantar a Zatti hasta la altura en que, inconscientemente, se colocó él con su austeridad de vida, su luminosa irradiación social y la firmeza incontrastable de su fe...

Buenos Aires, 6 de octubre de 1953.

RAUL A. ENTRAIGAS.

CAPITULO I

DEL PO A LA BAHIA BLANCA

Es Reggio Emilia una de las provincias más pequeñas de Italia. Por su extensión, la penúltima. Tiene sólo 2.292 kilómetros cuadrados y una población de 360.000 habitantes. Se llamó antiguamente *Regium Lépidi*, porque en el siglo II antes de J. C. fue convertida en colonia por M. Emilio Lépidio. Blasona de ser la cuna de Ariosto y del P Secchi. Con los Longobardos llegó a ser Ducado de frontera y con los Carlovingios, Conado. En 1168 se adhiere a la Liga Lombarda. En los siglos siguientes fue escenario sangriento de la lucha entre güelfos y gibelinos y bajo Julio II hasta perteneció a los Estados Pontificios. Con la ida de Napoleón a Italia, es proclamada República Reggiana, refundida después en la Cispadana y en 1805 anexada al Reino del Piamonte. El Congreso de Viena la incorpora a Módena y en 1859 se anexa al Reino de Cerdeña. Y desde entonces entró a formar parte de la corona de Saboya.

Es una región eminentemente agrícola. Los campesinos cultivan la vid y las plantas forrajeras. Hay abundancia de ganado bovino y sus habitantes se dedican principalmente a la industria del vino y de los lactinios.

En esta provincia, en el distrito de Guastalla, duerme su paz campesina Boretto, un pueblo que no llega a tener 4.000 habitantes y que refleja sus viejas casonas y su airosa cúpula en las aguas del río Po, a cuya margen izquierda ha sido edificado.

Ahí, en esa población sencilla y laboriosa meció su cuna el protagonista de esta historia, en una antañona casa patriarcal que dista cuadra y media del río. En ella vivían Luis Zatti

y Albina Vecchi, padres de 8 hijos. Nació Artémides Joaquín Desiderio María Zatti, 8º de los ocho, el 12 de octubre de 1880 y fue bautizado por D. Ginés Righi el mismo día en la parroquia del pueblo dedicada a San Marcos. Sus padrinos fueron sus tíos Pablo Vecchi y Luisa Savini. Desde pequeño fue de índole vivaz. Cuentan que siendo un bebé aún, mientras la madre se dedicaba a quehaceres domésticos, el pequeñín se le sube al hombro y de ahí resbala por la espalda, cayendo al suelo de cabeza. A consecuencias del golpe, comenzó esta a hinchársele peligrosamente. La mamá, temiendo un reproche de su esposo, le puso una gorra. Inútil "camouflage": apenas llegó el labriego se dio cuenta de la hinchazón. Le hicieron las curas de emergencia con remedios caseros y pronto estuvo sano.

Por esa época sucedió que su madre debió ir a trabajar en el campo y lo dejó al cuidado de su hermanita, no de muchos años mayor que él. Algunas horas después el chiquillo se echó a llorar. La niñita trataba de hacerlo callar con cantos, paseos y arrumacos. Nada. El seguía llorando. Es que tenía hambre... Viendo la pequeña cual era la causa de su llanto y como entonces no gastaban biberones, no encontró mejor expediente que llevarlo al establo, ponerlo debajo de la mansísima vaca lechera de modo que pudiera succionar el nutritivo alimento. El no se hizo rogar y bebió a saciedad. Luego lo acostó en la cuna y Artémides durmió a pierna suelta. Tal la sencillez de aquella vida primitiva en que fue educado.

Cuando tenía 4 años ya comenzó a ir al campo. Ya comenzaba a ayudar en algo a su padre: recogía pasto para los animales y llevaba carretillas llenas de heno, generalmente más altas que él.

Poco después acompañaba en una ocasión a su padre al huerto. Era la época de la poda. Llevaban escaleras para subir a los árboles y poder fácilmente cercenar las ramas altas. En una de esas, el chiquitín echa a subir por la escalera. Sus piececitos inseguros van trepando, trepando, hasta llegar al último escalón. Una vez en la cumbre no se anima a bajar. Grita. Los hermanitos corren a avisar al papá. Este acude. Se da cuenta del peligro que amenaza a Artémides. El buen hombre comprende que si lo reprende y aun si le habla fuerte, se asustará y la caída será fatal. Entonces el sabio pedagogo empírico lo invita, con palabras melosamente suaves a que comience a bajar despacito, despacito. El niño lo hace. Así consigue llegar al suelo sano y salvo. Una vez ahí, Don Luis le da tal tunda que



La iglesia de Boretto, donde Artémides fue bautizado.



1899: Antes de ir a Bernal Artémides, se retrata toda la familia.

el chicuelo jamás osó en adelante exponerse al peligro de las escaleras... (1)

"Siempre fue piadoso, alegre y trabajador" dice su buena cuñada Augusta Boretini de Zatti. (2) No se podía tejer una biografía más cabal y sintética de nuestro biografiado. Este libro no hará sino demostrar que esa definición biográfica ha sido realmente acertada.

Nacido en hogar pobre, donde había muchas bocas y pocas entradas, era necesario trabajar si se quería vivir. De ahí que Artémides apenas pudo hacer un mal cuarto grado en la escuela comunal y, a los nueve años, ya el padre lo empleó como jornalero siempre en faenas campesinas. ¡A los nueve años ya Artémides ganaba su jornal! ¿Cuál era ese jornal? Es cosa de pasarse: veinte liras al año... me dice uno de sus hermanos.

En esa vida ruda, sacrificada y penosa, se forjó este gran carácter. No, no es en la molición de la vida regalada donde se forjan *los hombres*. El menor de los hermanos me decía que el peoncito debía frecuentemente levantarse a las 3 de la mañana para iniciar los trabajos camperos con el alba, comía un pedazo de polenta y salía al trabajo. Pero si el buen patrón no podía pagarle pingüe sueldo, no dejaba de darle al fin de la semana, cuando regresaba a su casa a gozar de la compañía de padres y hermanos, un buen paquete de golosinas caseras. Y ahí comenzó a demostrar Artémides su generosidad: no abría el paquete hasta no estar rodeado de todos sus familiares. Y su gozo más grande no era el paladear las tortas y rosquillas, sino ver como las devoraban sus hermanitos.

Pero el pequeño jornalero era hijo de Adán. Tenía sus defectos. Los mismos que nuestro primer padre. Era goloso. La patrona, una excelente veneciana que cuidaba con menos esmero los duraznos de su quinta que la inocencia de su peoncito le había dicho que cuando anduviera por la huerta con sus primas, como solía, comiera de todas las frutas, menos de un damasco muy grande cuyos sabrosísimos frutos los reservaba para obsequiar a sus amistades. Pues bien: un día, a la hora de la siesta, la hora de las pequeñas grandes travesuras infantiles, deciden con sus primas, dar el asalto al árbol del fruto prohibido. ¡Siempre la misma historia! Y mientras la buena granjera

(1) Desgraciadamente falleció cerca de 70 años después a consecuencia de una caída de la escalera...

(2) Carta al autor: Córdoba, 20-II-1952.

dormía, Artémides se sube al albaricoquero y desde arriba comienza a llover dulces y gordos damascos que recogen sus primas en sus delantales. Se prometían un hartazgo de sabrosa fruta. Mas he aquí que, sin saber cómo, el chico, al pisar una rama, resbala y cae ruidosamente al suelo. Fue tal el golpe que despertó la veneciana que dormía en la casa, a 30 metros de distancia. Corrió al punto y encontró al pequeño por tierra, desvanecido. Entonces lo llevó en vilo hasta su pieza, lo acostó, le dio una copita de "grappa" y pronto Artémides comenzó a abrir los ojos y a reanimarse.

Así, golpeado unas veces por su padre terrenal y otras por el Padre que está en los Cielos, aprendió este muchachito la senda de la virtud.

Pero que en su alma, como en todas las humanas, había mala levadura, lo prueban estas anécdotas que solía narrar, él quizás como tributo a su profunda humildad. No había aún cumplido tres años, decía él, y ya era yo dañino y fastidioso. Y narraba como a esa edad uno de los peones se había levantado del asiento para ir por unas cuerdas que tenía enfrente. Al volver, retrocediendo, a sentarse, el pequeñín le sacó la silla y el buen hombre fue a golpear en el suelo con gran estrépito y no poco dolor de sus posaderas.

Y narraba que cuando tenía 9 años y estaba empleado, siendo el tiempo que llaman de la "Sagra", debía cantar su primera Misa un pariente de la familia granjera. Con ese motivo los dueños habían preparado, entre otras cosas, un robusto y balsámico melón que conservaban desde tiempo para el misacantano. Artémides y otro camarada de su edad, cuando vieron el sabroso cucurbitáceo, que parecía decir: "cómeme", cedieron a la tentación y, con él bajo el brazo corrieron al establo, donde en un periquete, se lo embaularon. Cuando llegó la hora del postre, van los dueños de casa en busca del melón y con gran sorpresa y no poco desagrado, comprobaron que había desaparecido. Y mientras todos lamentaban lo sucedido, los dos pillastres reían, satisfechos detrás de la casa.

Zatti no era, pues, un ser extraordinario. Había recibido una naturaleza como la de todos. Si luego logrará elevarse, se deberá a las dos alas con que han volado todos los santos: la gracia de Dios y la voluntad humana.

En ese ambiente de sacrificio por un lado y de pureza de costumbres por otro, crecía este niño campesino. Vida ruda y austera. Nada de melosidades ni mimos. Sufría mucho de los

sabañones, narra un hermano suyo. Pero ello no era óbice para que Artémides echara a correr en pleno invierno, descalzo, sobre la nieve. Y así se curaba de los sabañones, no con linimentos externos sino con la ebullición de la sangre interior que circulaba a torrentes por sus arterias merced a sus correrías por la campiña.

Su familia, como tantas otras de la península, sufrió también el hechizo de "la América". A fines de siglo, los éxodos se volcaron en países, como la Argentina, que ofrecía a los labriegos risueñas posibilidades de medrar. Antes había venido un tío de Artémides, Juan Zatti. Este se adentró en la pampa. se fue hasta el sur de la provincia de Buenos Aires, a una aldea grande que se llamaba Bahía Blanca y allí echó anclas. Con siguió ser hasta capataz de un equipo de obreros municipales. Entonces sucedió lo de siempre: los inmigrantes son como las cerezas, en pos de una vienen todas. Así se vino la familia de Artémides de Boretto a las entonces desamparadas tierras argentinas. El solía decir que se habían venido "porque la vaca se había quebrado la pata". La realidad era que el tío Juan los llamaba.

Y así liaron sus petates y un día de invierno, al principio de 1897, en un vapor de la Cía. "La Veloce" llamado Victoria, se embarcó la familia de Don Luis Zatti rumbo a la Argentina. Ninguno de los inmigrantes que jaraneaban en 3ª para acortar el mes de navegación, imaginó que ese muchacho de 16 años, alto, magro, alegre y circunspecto a la vez, iba a dar que hablar de sí... Y sin embargo, estaba escrito en los designios divinos que el campesino de la Emilia, un día no remoto fuera, lo que pide el Evangelio para los apóstoles: luz que despeja las tinieblas y sal que impide la corrupción de los pueblos.

De haberse quedado en Boretto, Artémides, hubiera sido, quizás un buen campesino que hubiera seguido inclinado sobre la madre tierra toda su vida. El éxodo de su familia le dio magníficas posibilidades para desplegar el estupendo abanico de sus virtudes. Y ese es el beneficio que acarrearán las migraciones de los pueblos. Frecuentemente las familias son como las coles: necesitan ser trasplantadas para que alcancen su perfecto desarrollo.

CAPITULO II

SIGUE SU ESTRELLA

El 9 de febrero de 1897 llegaba el Victoria a tierra argentina. Los inmigrantes se quedaron en la playa mirando largamente esa ciudad que comenzaba a adquirir caracteres de metrópoli. Apenas tuvieron tren para Bahía Blanca, viajaron hacia el sur. El 13 de febrero estaban en la embrionaria ciudad sureña. El tío Juan ya les tenía preparada una casa en la calle Lavalle N° 327. Ahí se afincó la familia Zatti. Don Luis comenzó en seguida a trabajar. Entró como "placero" municipal. En cuanto a Artémides, al principio comenzó a trabajar en un hotel; pero luego salió sin cobrar sus jornales. Ignoramos la causa. Probablemente porque el ambiente de esa casa no era el aire oxigenado que el alma pura del muchacho necesitaba.

Más tarde entró a trabajar como "baldosero" en la casa de los hermanos Tissot que tenían una fábrica de baldosas en Saavedra 555.

Todos, naturalmente, extrañaron mucho a Boretto. Lo que más echaban de menos era aquella piedad sencilla y tradicional del pueblo italiano. Narran que la mamá buscaba en vano en Bahía Blanca las torres y cúpulas de su pueblo. La actual catedral no estaba aún concluida. La única iglesia que tenía torre era la de La Piedad. Quedaba lejos, allá, fuera de la ciudad, allende las vías del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico; pero no obstante, la buena emiliana se iba de cuando en cuando hasta allá para ver una torre... ¡Dichosos los pueblos que sienten necesidad biológica de levantar los ojos hacia arriba! ¡Hay tanto lastre material que tira hacia abajo!

Y cuando no le era posible ir al noroeste, entonces la buena

señora se lo pasaba mirando las tarjetas postales que había traído donde campeaba la airosa cúpula de Boretto. Y al mirarla, se le caían lagrimones como garbanzos que enjugaba con el delantal y luego proseguía trabajando en la cocina... ¡Estas son las madres que engendran santos!

Artémides por su parte había buscado, ante todo, el camino de la iglesia. Ahí se había encontrado con el P. Carlos Cavalli, un salesiano humilde, alegre, dicharachero y cien por ciento apostólico. Huelga decir que de entrada nomás hicieron buenas migas. Y desde entonces la casa parroquial era la casa de Zatti. Su única diversión era llegarse hasta la plaza Italia (hoy 9 de Julio) para comprar sandías, que le recordaban las voluminosas de Boretto. Todas las horas libres que le dejaban las baldosas, las dedicaba a ayudar al P. Carlos a arreglar la sacristía, adornar los altares o acompañarlo a visitar enfermos, que era la especialidad del benemérito párroco bahiense.

Y en esa vieja casa parroquial, hoy derruida, es donde nació la vocación religiosa de Artémides. Leyendo la vida de Don Bosco y admirando a diario la abnegación del celoso P. Carlitos, la energía y el don de mando del P. Borghino que dirigía el Colegio Don Bosco, la placidez de alma del P. Brentana que fungía de catequista, cuya alegría contagiosa tenía siempre de fiesta al colegio y sobre todo, la laboriosidad y acrisolada virtud del coadjutor Carlos Rosetti, cuya santidad irradiaba vida espiritual sin que nadie se percatara, comenzó a sentir deseos de ser sacerdote y de dedicar su vida entera al bien de los prójimos. El P. Carlos que auscultaba semanalmente su alma angelical en la intimidad de la confesión, no tardó en percatarse de que Artémides podía aspirar a las cumbres. Y lo invitó a volar. Y una tarde, entre charla y charla con Don Luis y Doña Albina, después del obligado "bicchiere" de vino, dejó caer sobre el tapete el tema de la vocación del muchacho. Tenía ya 18 años y era necesario orientarlo en la vida. Era inteligente y podía ser todavía un excelente sacerdote. La madre escuchó atentamente, consultó con su esposo y ambos dijeron: —Si es la voluntad de Dios, que siga nomás el llamado divino pero que antes mire bien lo que hace, porque no quisiéramos que un día nos llegara aquí de regreso...

—Pierdan cuidado, dijo el P. Carlos contentísimo, Artémides será fiel hasta la muerte.

Después de la tremenda catástrofe que fue la inundación del valle del río Negro y también los de los ríos Neuquén y

Chubut, Dios concedió a Mons. Cagliero, como compensación de tanta desgracia, algunos consuelos. Entre ellos, a principios del 1900 ordenaba de sacerdote el primer clérigo bahiense: el que después sería primer Obispo de la Patagonia, Mons. Nicolás Esandi y poco después hallaba una nueva vocación para Bernal, colegio que reunía entonces los aspirantes de todo el país. Era Artémides Zatti, un muchacho de 19 años, alto, flaco, de rostro alegre y mirada franca, de pies grandes como para caminar toda una larga vida y manos largas como hechas para dar durante toda una generosa existencia. Esos ojos hondos como un lago dormido y simples como el oro puro, cautivaron a monseñor. No pudo ocultar su gozo cuando supo que el P. Cavalli lo estaba preparando para que fuera a Bernal.

Artémides estaba que se salía de la vaina por ir. Sus parientes querían que esperara hasta el casamiento de su hermana mayor Ildegarda (nombre con reminiscencias longobardas) que sería en junio. El muchacho tanto hizo y tanto suplicó hasta que obtuvo la antelación del viaje. Ya aquel ambiente de la fábrica de baldosas le parecía extraño. Ahora que había orientado su vida hacia el santuario, todo en el mundo le resultaba insípido.

Ya en el carnaval pasado había dado una prueba de su desapego por todo lo mundano. Sus hermanos lo invitaron a ir al corso. El les contestó: —Sí, salgan nomás Uds. que yo iré en seguida... Y, en efecto, salió. Pero a la cuadra, en vez de enderezar hacia el centro, tomó en sentido contrario. Luego sacó su rosario y anduvo rodando por las calles oscuras, rezando rosario tras rosario, mientras oía a lo lejos, los agudos chillidos de las máscaras y veía el chisporroteo de las luces de bengala...

Sólo en abril pudo viajar a Bernal. Su madre, no obstante la satisfacción que experimentaba al ver que su hijo más querido iniciaba los estudios sacerdotales, no se resignaba a la idea de su alejamiento definitivo. Por eso anduvo difiriendo la partida hasta mediados de abril. Ella misma lo acompañó. El 18 de abril traspasaba Artémides los umbrales del antiguo colegio de Bernal. Lo recibió el P. Bartolomé Molinari, a la sazón director del estudiantado. Al presentárselo, la buena campesina (¡oh, la sencillez y rectitud de las madres de antaño!) le dijo estas palabras: —Aquí tiene, Padre, a mi hijo. Es bastante bueno y creo que será obediente; pero si no se porta bien, le pido que le dé palo nomás...

El buen sacerdote miró al mozo que ese año cumpliría 20, sonrió como diciendo: —“él puede apalearme a mí...” y le contestó: —Bien, señora, bien; ya verá que no será necesario apalearse a nadie...

Y Artémides entró de lleno en el ritmo de aquella vida disciplinada y austera del colegio de entonces. Todo era nuevo para él. Y a todo quiso amoldarse con infantil sencillez.

Gracias a la diligencia de su hermana Ildegarda, que ha conservado casi todas las cartas de su hermano desde entonces hasta su muerte, podemos ofrecer a los lectores la primera que él escribió desde Bernal. Impresiona observar cómo ese muchacho ha ido progresando en todo. En caligrafía, en redacción, en sintaxis. Esta primera misiva (y así por unos diez años) está escrita en un italiano defectuoso, pone el encabezamiento antes de la data, la puntuación es muy deficiente y la escritura mala. (1) Dice así:

“Queridos padres: Bernal, 23 de abril de 1900. Hace ya 5 días que me encuentro en este Colegio. Pensé escribiros para notificaros que estoy contento de hallarme aquí. Por ahora, gracias a Dios, estoy sano y lo mismo espero de todos vosotros. El jueves pasado, estando en Almagro, os escribí algunos renglones y espero los habréis recibido, con los cuales os decía que por falta de tiempo, no os notificaba nada; pero que más adelante os diría algo. Pero, para hacer rápido, os diré que estoy haciendo toda clase de trabajos y que cuando uno entra en el colegio queda sorprendido al ver más de 200 chicos trabajar con atención. Adentro tienen la máquina de la luz eléctrica y la iglesia de noche está siempre iluminada y en el altar mayor, en la bóveda del nicho, se ven siete globitos de luz eléctrica que hacen corona a la Virgen Inmaculada. En cuanto a mí, por el momento estoy contentísimo. Me han puesto a estudiar. Los Superiores son buenísimos y los alumnos, alegrísimos y así yo paso una vida feliz. En este colegio se encuentra también el sacerdote P. Nicolás Esandi y su hermano pequeño y está también el hijo de Ignacio. (2) La mayor parte de los que hay aquí son italianos. Por lo tanto, os saludo y decidle a mamá que esté alegre y que no piense mal de mí que estoy bien. Os saludo de nuevo y saludos al tío Fernando y familia, Juan y familia, Clotilde y familia, Pidrón, Mingón y todos los parientes y amigos. Y soy vuestro afmo. hijo, ARTEMIDES ZATTI. Cuando escriban la dirección es: Colegio de la Sagrada Familia, Bernal, F.C.E. - Non scriver tante facezie che contan un pito...” (No escriban bufonadas que no sirven para nada).

(1) He traducido la carta literalmente; pero corrigiendo la puntuación, que en el original es desastrosa.

(2) Será probablemente D. Ignacio Anduaga, pues en cartas posteriores le añade ese apellido.

Hemos dejado la posdata en su original italiano para que se vea cómo ya el joven rehuye todo lo que no sea serio y mezcla ya con su enrevesada sintaxis italiana, tal cual gracioso modismo castellano...

Son de imaginarse las dificultades que encontró en el estudio. Con el pobre cuarto grado que había cursado hacía 10 años en Italia, debía ahora hacer frente al latín y demás asignaturas. Además parece que en aquellos tiempos los libros de texto no eran moneda corriente. He tenido la suerte de dar con dos cuadernos suyos de sus tiempos de estudiante en Bernal. En ellos hay de todo: gramática latina, traducciones de "De viris illustribus", traducciones de César, del "Epítome de Historia Sagrada", historia, copias del Eclesiastés, etc. Se ve que en su cuaderno, el pobre Zatti debía encerrar como en un cajón de sastre, cuantas nociones quería recordar. De esos cuadernos, uno es fabricado a mano. Y no eran propios: eran ya usados por otros y no terminados. El aprovechaba las hojas que no habían sido utilizadas.

Por otra parte, habiendo llegado al Colegio un joven de 20 años, servicial y complaciente, era natural que los superiores usaran de sus servicios para todos los pequeños menesteres de que son tan pródigos nuestros colegios. Y de ese modo el estudiante Zatti bien pronto se vio trocado en el factótum del estudiantado.

Pero él seguía feliz y contento. Sabía que trabajando o estudiando por obediencia, hacía la voluntad de Dios. Al comenzar una página suele escribir el nombre de Don Bosco. Ese será su ideal. Había llegado a Bernal en pos de ese nombre bendito. ¿Qué importa si no puede estudiar a sus anchas como él hubiera deseado? ¿Qué importa si debe trabajar frecuentemente más con la carretilla y la pala que con la pluma y el diccionario? Lo principal era seguir su estrella, estar con Don Bosco... Ahí se sentía feliz y eso le bastaba...

CAPITULO III

¡LOS CAMINOS DE DIOS!...

Muchacho sensible a todas las inspiraciones generosas, entró de lleno en una ascética que, por ser juvenil, adolece de las demasías de la juventud. El 17 de junio escribe a su padre para su fiesta onomástica (San Luis). Le dice que ha recibido la participación de la unión matrimonial de su hermana. Y añade: "Si mamá no ha cambiado creo que estará descontenta" (Probablemente porque no fue a las bodas). Y a continuación les endilga una perorata de tres páginas de este tenor:

"Vivimos peregrinos sobre esta misera tierra, lejos de nuestra patria celestial, en continuo peligro de no entrar en ella, si no resistimos a la dura prueba a que estamos sometidos acá abajo. Siempre cargados de cruces, siempre afligidos, contamos los años, los meses y hasta los días que nos faltan todavía que vivir en la tierra, suspirando por el Cielo. Piensen que nuestros goces son las cruces, nuestro consuelo, el sufrir; nuestra vida son las lágrimas, pero al lado la siempre querida esperanza de alcanzar el hermoso Paraíso cuando se termine nuestra terrena peregrinación..."

Y sigue el joven aspirante lleno de santo fervor animando a sus padres a sobrellevar las penas con fe, esperanza y amor.

En agosto escribe para agradecer un paquete con ropa y 3 \$ que la buena madre le ha enviado. Se nota ya un visible adelanto en caligrafía y redacción.

En setiembre tiene la suerte de que el P. Carlos lo visite. La mamá le envió "cinque nazionali" para que se hiciera sacar la fotografía. El contesta que no hay apuro por retratarse.

Le piden que escriba más extensamente. El contesta:

"Al escribir cartas más largas, no sabría qué poner en ellas,

a no ser que aquí en Bernal hay lugares hermosísimos y siendo bellos los lugares, es escribir al viento eso que dicen que Tissot me espera todavía para trabajar; porque yo a Bahía Blanca nunca se me ha ocurrido de volver...”

Y concluye graciosamente su carta:

“Para prolongarla un poco, les mando estos recuerdos: 1) huir de las ocasiones; 2) huir del pecado. Y en fin un recuerdo del Rev. P. Don Bosco que decía: 3) Lo que no sirve para la eternidad no sirve para nada”. (1)

A principios del año siguiente, 1901, les manda un libro de la vida de Don Bosco. Le contesta el padre, entusiasmado por el obsequio y pide otros. Los dos progenitores no lo entienden porque está en castellano. Entonces los chicos, que van a la escuela, se encargan de traducírselo en las veladas familiares. La madre le manda esta vez “due nazionali”. La noticia más importante que le dan es que “se trabaja a toda fuerza para terminar la iglesia parroquial”.

En junio escribe a su familia:

“En contestación al ofrecimiento hecho si tengo necesidad de algo, que sin titubeo lo rida, yo, para no separarme del antiguo dicho, esto es, “nada pedir y nada rehusar” no rechazo vuestro buen corazón. Pero temo haceros un pedido exagerado, y sería este: estando próxima la estación invernal, los zapatos que me mandasteis en diciembre pasado comienzan a romperse y por lo tanto no son adaptados para la estación; así que si podéis mandarme un par de cuero, Nº 45 v si no los encontráis me enviáis un *socuan* céntimos y yo me proveeré aquí...” (2)

Luego pide un sombrero “que le vaya bien a Pompeyo”, calcetines y un par de pantalones. Encarece luego mil perdones por el pedido.

El buen padre le contesta enviando todo lo que pide y algo más y añade en su carta del 19: “si sientes frío, si te das cuenta de tener necesidad de algo para *cuacerat* (3) escribe que te mandaremos lo que necesitas”.

Cuando recibió “il fagottino” inmediatamente contestó haciendo la lista de todo lo que había en él y agradeciendo a sus buenos padres la rapidez con que accedieron a su pedido.

(1) Carta del 21 de setiembre de 1900.

(2) Carta del 9 de junio de 1901. *Socuan*: unos cuantos (en dialecto).

(3) *Cuacerat*: cubrirte.

Como prenda de su gratitud, les manda un compendio de la Vida de Sto. Tomás de Aquino, en italiano.

En agosto vuelve a escribirles. Como ellos le dicen que sus cartas son muy breves, esta vez Artémides escribe cuatro páginas de cuaderno con letra menudísima. El santo muchacho les dice, como prólogo: "Como vosotros decís que mis cartas son tan cortas, ahora quiero narraros este ejemplo, ejemplo sublime que le sucedió a un misionero salesiano en Colombia". Y narra en cuatro tupidas páginas el conocido episodio del P. Unia cuando dos ancianos lo fueron a buscar para visitar un enfermo en Agua de Dios. (1)

Y termina con el acostumbrado sermón. Esta vez en dialecto: "A gomm imman Dio d'adorerr, on'alma da salvere e naa morte da ferr". (2) Luego, alrededor de cada página va poniendo consejos para cada familia de sus parientes. A Nino Vecchi le dice que "stia allegro e buono". Da vuelta la primera página y escribe, al margen: "Saludos a la familia de tío Juan y a Clotilde y a Tissot y a Bernazzali, con la recomendación de que eviten el pecado y vivan como verdaderos cristianos para estar un día todos unidos en el Paraíso".

En setiembre les dice que sigue en Bernal "accompagnato da una allegria indescritibile, come vi assicuro che seguita sempre". Y los felicita porque han podido hablar con Mons. Cagliero, pues él, cuando el Prelado estuvo en Bernal, el 28 de agosto, no tuvo esa suerte, ya que no supo de su estada en el colegio. Y para pedirles unos calcetines da este rodeo: díceles en dialecto: "La rana por pedir, perdió la cola" y luego de haber hecho hincapié en su ofrecimiento añade: "Vi fo noto, però la cosa è vecchia, che i miei piedi sono lunghi e, *de yapa*, sudono e le calze por portarle tutti i giorni, presto si rompono: cosicchè se ne volete mandare, fate como volete"... (3)

Envía saludos a su hermano Eliseo porque se acerca el cumpleaños. Y, como en todas sus cartas, encabézala con el "W. Jesús, José, María y Don Bosco". Demuestra que progresa

(1) Puede leerse en "Mes de María Auxiliadora" del P. Santinelli. Pág. 114.

(2) "Tenemos en las manos (cerca) un Dios que adorar, un alma que salvar y una muerte que hacer".

(3) Os comunico, aunque es cosa vieja, que mis pies son largos y, por añadidura (qué bien está ese "de yapa" quichua, en medio del italiano...) transpiran y los calcetines, como los llevo a diario, pronto se rompen: de modo que si queréis mandar, haced como queráis".

en latín cuando les dice: "Esperando vuestras noticias termino esta cartita, recomendando a los hermanos de evitar la compañía de los malos sean o no paisanos o conocidos y de perseverar en el bien hasta la muerte porque "perseverantibus dabitur corona", la corona se dará a los que perseveran..."

Sus padres le enviaron 6 pares de calcetines y cuatro "nacionales". Se alegra de que sus hermanos estudien música en el Colegio Don Bosco y les aconseja: "Pergite quo coepistis: seguid como habéis comenzado, sin respeto humano porque creo que ya habréis encontrado los que os habrán dicho: "Velanten Morsighen" (1) pero no temáis". Luego les narra que ha estado en Luján en una peregrinación de 7.000 personas y que al bajar del tren en Plaza Once, hubo un serio encuentro con los socialistas y que después de la refriega unos 100 "furono alloggiati nel albergo del Gallo".

Saca bellas consecuencias acerca de las persecuciones y termina esa larga epístola narrándoles un ejemplo. Es el de S. Juan Crisóstomo cuando el Emperador quería, para darle el mayor castigo, obligarlo a cometer un pecado. Zatti se dirige a sus hermanos y les dice: "Sí, hermanos, guardaos del monstruo que aparece bajo piel de cordero, pero que es verdadero lobo". (2)

Ese año sorteaban en Italia a los de su clase que debían hacer el servicio militar. Artémides escribió a Josué Alberici, un fotógrafo de Boretto, al respecto. Este le contesta el 30 de octubre que le ha tocado el N° 85 y que no habiéndose presentado ha sido declarado desertor (renitente). Le dice que si se presenta antes del 31 de diciembre le condonarán la pena; pero que si ha elegido la carrera eclesiástica es mejor que siga y que espere alguna otra amnistía.

El 2 de diciembre vuelve a escribir, como siempre a sus queridos "genitori e fratelli" como encabeza él todas sus cartas. Ese día lo había visitado el tío Juan, quien, dice Artémides, lo encontró en "perfetta e grassa salute". Fue con él a Quilmes, visitaron la cervecería y pasaron mucho. Respecto del servicio militar les dice: "Yo deseo seguir la carrera elegida, que me será de más provecho... y dejando de lado a Italia y el servicio militar, seguiré mi vocación".

(1) En dialecto emiliano: Valentín Morcilla (frase usada en la familia).

(2) Carta del 13-X-1901.

La primera carta que hallamos del año 1902 es del P. Cavalli para él. Escribe en castellano. Siempre festivo, lo llama "Cura in fieri". (1) Zatti le ha pedido un certificado de buena conducta que le solicitara el Director, pues se pensaba ya en darle el hábito clerical. El P. Carlos le dice: "tus padres han derramado a profusión lágrimas de santo regocijo" cuando él les dio la noticia. El buen cura escribe el peregrino certificado en el reverso de la carta. Retrata al P. Carlos de cuerpo entero. Reza así:

"El que suscribe declara que el joven Artémides Zatti, durante los años de su residencia en esta ciudad de Bahía Blanca y feligrés de esta Parroquia de Ntra. Sra. de las Mercedes, tuvo una conducta intachable, es a saber, laborioso, económico, modesto, humilde, obediente, zelante por la gloria de Dios, declarándose católico en público y en privado, frecuentando los SS. Sacramentos con tanta devoción, siendo de emulación a cuantos lo veían; en fin, pudiéndose decir a los demás "he aquí un segundo S. Luis". Espero que lo será todavía, pero si por desgracia no fuera así, debemos decir que el maldito Mandinga hizo caer los cedros del Líbano y también a mi pobre Artémides, pero no debe desesperar, volver con confianza al misericordioso Señor, y con las lágrimas de un San Pedro le será semejante. Phro. CARLOS E. CAVALLI, Cura Vicario" (2).

La última carta conocida que escribió desde Bernal es del 19 de enero de 1902. Contiene datos interesantes y es como sigue:

"Hoy mismo, aprovecho la ocasión de escribiros, mientras se me presenta, comunicándoos el óptimo estado de mi salud, como lo deseo para vosotros todos. Además os agradezco la molestia que os habéis tomado por complacerme. Encontré adentro del paquete todo lo expedido. Os agradezco, de nuevo, de corazón. En cuanto a mamá, os diré que por falta de la presencia de Mons. Cagliero y del P. Borghino, no he podido hablarles. En cuanto a la vestición, no estoy todavía seguro; pero os diré que en este colegio, hay algunos que ya son 3, 4 y 5 años que no van a su casa. Siendo necesario para emprender la carrera emprendida la fe de Bautismo, dirigís al Ilmo. Obispo de La Plata. Con la presente os ruego una copia de la que tenéis vosotros, escribiéndole, sobre todo, como se encuentra, y diciendo que el original se halla en Bahía Blanca. Recibí también días pasado "i due pezi" que me mandasteis por medio de la venerable Madre Torta. Os agradezco de corazón. Pongo fin a esta saludándoos a todos de todo corazón, hermanos y hermanas, cuñado y tíos todos. Adiós. Creedme siempre vuestro

(1) Sacerdote en potencia.

(2) Archivos de la Inspectoría S. Fco. Javier: Bahía Blanca.

Afmo. hijo, A. ZATTI. Tanti saluti e ringraziamenti dei miei Superiori. Saluti al R. P. Cavalli, Soldano e tutti quelli del Collegio che sono conosciuti”.

No creemos en el “óptimo estado de salud” de que habla Artémides a sus padres. Quién compara esta carta con las de los meses anteriores ve que la letra es distinta, la redacción enrevesada y está ausente en ella la nota festiva con que él suele matizar sus cartas familiares. ¿Qué había pasado? Sabemos que en aquella época en Bernal el alimento era deficiente. Además siendo Zatti el más grande de todos los aspirantes y siempre comedido era el factótum del colegio. Por ejemplo, él era uno de los encargados de galvanizar los cubiertos cada vez que estos perdían el estaño. Y una vez al echar el ácido muriático, al saltar un poco de ese metal líquido, le traspasó el zapato, la media y le quemó el pie. Anduvo rengo por bastante tiempo. También era el encargado de trasladar las bolsas de galleta que traían del Colegio Pío IX y dejaban en la estación. Y debía hacerse esas cuatro cuerdas de terreno fangoso cargando voluminosas bolsas de pan.

En aquella época era ruda la vida de Bernal. No existían todavía las obras de salubridad. Los muchachos mayores debían llenar los tanques que estaban sobre la actual portería conduciendo todos los días dieciséis grandes cubos de agua, escaleras arriba, hasta ellos. No había desagües ni tampoco cámaras sépticas. De modo que con mucha frecuencia debían vaciar los pozos negros con un balde y una caña de tacuara, llenar una gran tina que tenía dos asas y conducirla hasta la quinta. Cuando, en el verano, llegaban los salesianos de diversas partes del país para hacer los Ejercicios Espirituales, los muchachos debían cederles los lechos e irse a dormir en el henil que estaba junto al actual portón de calle Belgrano. El trabajo, pues, era mucho, y el alimento, escaso. El plato, harto reducido y por la tarde, en vez de la nutrida merienda de hogao, no tenían más que la galleta cotidiana (“pagnotta” la llamaban entonces).

A esa edad, cuando más necesitaba de alimento abundante y nutritivo y en ese clima húmedo característico de las márgenes del Plata, nuestro mozo estaba propenso a contraer cualquier enfermedad.

Sucedió que en el colegio cayó enfermo de tuberculosis el joven sacerdote Ernesto Giuliani. Los superiores habían des-

tinado a un aspirante para que lo cuidara. Este se enfermó. Entonces lo pusieron a Zatti. Y él, físicamente vencido y en una edad propicia para toda suerte de contagios, cayó también con los pulmones contaminados...

El Padre Giuliani murió el 4 de enero de 1902. El buen Artémides, en vez de ir al templo a recibir el hábito santo, fue a la cama con una fiebre que lo abrasaba. En ese estado, probablemente, escribió la carta del 19 de enero.

El P. Director consultó con el P. Vespignani, a la sazón Inspector. Y este seguramente después de haber consultado con el médico, determinó que debía ir a Junín de los Andes a curarse. Bien sabemos que no es ese el lugar más indicado para los tuberculosos; pero en aquella época era creencia común que bastaba el aire de las alturas para curar la tuberculosis. El hecho es que el P. José dio dinero al pobre Zatti, que tosía sin cesar, y le dijo que emprendiera viaje a Junín de los Andes... o por lo menos a morir con sus padres.

Artémides viajó hasta la estación Constitución. Compró un boleto de segunda y se disponía a viajar cuando le sobrevino un vómito de sangre. Como fue un acceso repentino, no tuvo más remedio que dejar sobre el andén de la estación una enorme mancha roja que el barrendero se apresuró a borrar con aserrín... Lo atendieron, le dieron un cordial y todavía tuvo tiempo para sentarse en un duro asiento de madera y arrinconado en el vagón de segunda, emprender el viaje. Es de imaginarse su estado de ánimo... ¡Quebrado para siempre el búcaro de su más caro ideal! ¡Trunca su carrera acariciada! ¡Defraudadas las esperanzas de sus padres! ¡Un vergonzoso fracaso ante los conocidos de su ciudad! Y sobre todo, la pavorosa perspectiva de una muerte a corto plazo... Estas las ideas que bullían en su cerebro mientras, tosiendo y tosiendo, marchaba hacia Bahía Blanca...

Todos dirán: ¡qué imprudencia la de esos superiores! Nosotros que ahora conocemos su futuro, como Dios entonces lo conocía, sólo nos atrevemos a apuntar: ¡los caminos de Dios!...

CAPITULO IV

EL PETREL DE LA TEMPESTAD

¡Qué viaje aquel! El zangoloteo del tren, los tristes sentimientos que nublaban su alma, la tisis que lo consumía por dentro: todo se conjuraba contra él... ¡Pobre mozo! Llegó a Bahía Blanca más muerto que vivo. Sus padres lo recibieron con los brazos abiertos y los ojos impregnados de lágrimas. Fue en derechura al lecho. Su madre le dio de comer, lo arropó bien y lo dejó dormir. El muchacho durmió como un bendito. Cuando se despertó, le preguntaron qué pensaba hacer.

Pienso hacer lo que me han dicho: ir a Junín de los Andes.

—¿Dónde queda Junín de los Andes?

—En la Cordillera, creo.

—Dios mío, qué atrocidad, —dijo la madre agarrándose la cabeza... Y corrió a la parroquia a hablar con el P. Cavalli.

Este fuese a ver a su Artémides. Se asustó de verlo en ese estado. Luego sentenció: —Es una barbaridad ir a Junín. Además del viaje en tren, de casi dos días, tienes que hacer varios otros en carreta... No, no puede ser...

—Pero yo quiero ir a un colegio salesiano, —dijo Zatti—, yo quiero seguir mi vocación...

—Bueno, —replicó el P. Carlos, —puedes ir a Viedma; pero a Junín, no. Llegarían apenas tus huesos...

—Si Ud. cree, puedo ir a Viedma... —añadió el mozo resignado.

—Sí, la semana que viene hay galera. Irás allá, te curarás y después, veremos. Yo te pagaré el pasaje.

Y sin más sacó su vieja billetera y le dio 60 \$.

El muchacho, con los cuidados de su santa madre, el buen alimento y el reposo, algo se repuso. De modo que cuando, a la semana siguiente, debió emprender la marcha en la famosa galera de Mora, se sintió con bríos. Pero así y todo era arriesgadísimo ponerse en viaje en ese estado. Pues amén de lo largo del trayecto y lo incómodo del vehículo, en esa época el río Colorado estaba desbordado: de modo que en vez de los tres días que solían emplearse en el viaje, era probable tener que multiplicar esos días.

Pero el mozo que sólo pensaba en su vocación y en obedecer, no titubeó un instante en subir a la diligencia. Y cuando el mayoral comenzó la acostumbrada gritería increpando a los 12 caballos para que arrancaran y echaran a correr sobre las pampas, Zatti hizo la señal de la cruz y se puso a rezar para que Dios le concediera de poder llegar, por lo menos, a Viedma. Al principio todo fue muy bien. Pero al cabo de varias horas de traqueteo ya el mancebo comenzó a sentirse mal. Le faltaba aire. Tosía constantemente. Los pasajeros lo miraban con compasión, pero también con desconfianza. El pobre Artémides no sabía qué hacer. Al fin, optó por lo que le pareció una solución. Pretextando que él necesitaba aire, pidió al mayoral que le permitiera ir en el pescante. El buen hombre accedió. Entonces se encaramó en el asiento de arriba, junto al conductor que hacía chasquear el látigo sobre ambas cabezas y ululaba gritos de aliento para que las bestias no dejaran de correr.

Dejemos a él que narre las peripecias de su viaje. Naturalmente, él lo reviste todo con el optimismo de un santo con hambre y sed de inmolación. Pero lo que ese pobre mozo ha sufrido, sólo Dios lo sabe...

"V. J. J. M. y Don Bosco. Queridos padres y hermanos. Viedma, 5-III-1902. Llegado ayer a Viedma, después de un feliz viaje en "galera" hoy aprovecho la ocasión de escribir, comunicándoos que vine bien, como dije, porque la "galera" venía poco cargada de gente y de mercaderías. Sólo les diré que debíamos llegar el lunes a la tarde a Patagones; pero por haber extraviado el camino, dormimos en el campo, a cielo abierto. Llegamos el martes a la mañana. Con gran júbilo, encontré a mis queridos hermanos salesianos. En cuanto a la salud, me visitó el médico, R. P. Garrone, y me prometió que en un mes estaré sano. Con el auxilio de María Ssma. y de Don Bosco, esperemos siempre bien. Rezad por mí y yo rezaré por vosotros, y firmo vuestro ARTEMIDES ZATTI. Adiós a todos".



El Hospital "San José". Al fondo, la Catedral.



El viejo Hospital. La torrecilla es de la glorieta.

Impresiona esa carta. Escrita con letra despatarrada, a veces fuera de renglón, sin conexión lógica, se adivina inmediatamente un enfermo que trata de superarse, pero a quien la enfermedad lo vence...

Se hizo ver por el P. Garrone. Este buen sacerdote no era médico. Había sido enfermero en Italia y acá cuando en 1889, Mons. Cagliero y el P. Vacchina fundaron el Hospital San José, lo pusieron a él como regente del mismo. (1) Y así, con el diario curar resultó un médico empírico que ha asombrado a no pocos ilustres galenos. (2) Este buen clérigo, llevado más de su fe que de su pericia médica, más de sus ansias de tener a su lado un buen samaritano de verdad que le ayudara en sus complicadas faenas del hospital, hizo prometer a Artémides que, si curaba, se quedaría con él para emplear su vida en cuidar enfermos. Cuando el sacerdote vio la fe encendida de este muchacho, su candidez de alma, su pureza de vida, no titubeó un instante en prometerle que sanaría. El, Zatti, haría el milagro.

Por otra parte estaba bien orientado. Cuando Don Bosco envió a sus primeros salesianos a América, les dio veinte importantísimos recuerdos. Pues bien: el 5º reza así: "Tened especial cuidado de los enfermos, de los niños, de los ancianos y de los pobres, y os granjearéis la bendición de Dios y la benevolencia de los hombres". ¡Magnífico programa el que trazaba el Santo a sus hijos! ¡Y entre todos los necesitados, primero, los enfermos!

Por eso Garrone se atrevió a decirle: "En un mes estarás sano"... El hecho es que ambos se fueron al altar de María Auxiliadora y allí, de rodillas, pidieron la gracia y dejaron al pie del mismo, la flor de la gran promesa: si curaba emplearía su vida en cuidar enfermos... No sabemos qué rezaron; pero sanará. Y, fiel a su promesa, orientará su vida hacia el dolor con un espíritu de fe y de sacrificio tan estupendo que será el asombro de cuantos lo han conocido.

"A Dios rogando y con el mazo dando", le dijo el P. Garrone a su enfermo. Habían pedido al Cielo la salud; pero había que colaborar con Dios en la realización del milagro.

El 20 de marzo vuelve a escribir a su casa. Los suyos le

(1) Ver para esto nuestra obra: *Cagliero, el Apóstol de la Patagonia*.

(2) Ver a este propósito nuestra biografía: EL PADRE "DOTOR".

habían enviado una larga carta. Le decían que para hacer de portero, era mejor que se volviera a casa. El les contesta:

“No soy portero; y si no estudio, es por la bondad de mis superiores, que quieren que atienda a mi salud. En cuanto a lo de no poder ir adelante con mi vocación, por haberme puesto tarde a estudiar, os contestaré como escribía S. Pablo a los Filipenses: qui coepit in me bonum opus, perficiet usque in diem Christi Jesu, es decir que el que me llamó al estado religioso, El me dará todo lo necesario para seguirlo. Por otra parte me amenaza, si no persevero, con excluirme del Reino de los Cielos, diciendo en el Santo Evangelio: qui mittens manum suam ad aratrum et respicit retro, aptus non est regno Dei: y si estoy enfermo, doy siempre gracias a Dios por esta mi enfermedad, porque estoy persuadido de que para mi bien, tanto material como espiritual, El la ha permitido. Por otra parte, queridos padres y hermanos, estad tranquilos y no penséis en mí, que yo no deseo volver más a casa, por cuanto de mí dependa: y de parte de Dios, estoy seguro; porque si estoy en la Congregación Salesiana, lo debo a María SS. Auxiliadora, que me ha conducido aquí, como le prometió a Don Bosco, diciéndole en una visión, en que el mismo Don Bosco veía que en el tiempo futuro sus colegios serían habitados por infinidad de personas y no sabía de donde iba toda esa gente y que no era él capaz de reunirlos toda por sí mismo, María Ssma. le contestó que Ella iba a conducir toda esa gente para librarlos de los males y peligros que hay en el siglo o mundo. Respecto de la profecía, ya escribí al R. P. Molinari...”

Y ahí se corta la importantísima carta. El resto se ha extrañado. Se corta en el punto que más nos interesa; pues habla Zatti de la profecía que le hiciera el P. Garrone.

Afortunadamente en la carta siguiente, la del 8 de abril, vuelve a hablar de esa profecía. Su letra sigue siendo deficiente. Dice así:

“Con la presente os comunico que la profecía del R.P. Garrone, médico de este colegio, se cumple en mí, pues a decir verdad, conozco que de día en día voy mejorando y adquiriendo las fuerzas perdidas por causa de la tos. Ahora podéis conocer que mi estado de salud, gracias a Dios y a María Ssma. es bueno, como espero de todos vosotros. Os diré algo más: que me ha agarrado la “pojan” (1); no tengo más voluntad, como os prometí, de volver a Bernal, porque estando en Viedma, un lindo lugar, me gusta más que Bernal...”

Es posible que alguien lo hubiera visto a Zatti en la porte-

(1) En su dialecto: Pereza.

ría y hubiera llevado a Bahía Blanca la noticia de que estaba de portero. En realidad, los superiores le daban pequeñas ocupaciones para que se distrajera. La primera que le dieron fue aceitar las bisagras de todas las puertas del colegio. Lo alimentaban bien y todas las tardes, acompañado por el P. Veneroni, a la sazón, párroco de esa capital, se encaminaban a "la quinta", una granja que dista un kilómetro del colegio salesiano.

Apenas llegaba el débil mozo a la meta. Y una vez que pasaba el arroyo que separa esa propiedad del ejido municipal, doblaba hacia la izquierda y a paso lento se iba hasta el lugar llamado "Las Delicias", donde el arroyo se echa en el río Negro. Más tarde se hizo ahí una especie de glorietta. En 1902 sólo había elevados sauces llorones y mimbres. Debajo de ellos tenía el coadjutor Vicente Martini, ese hábil orfebre de la madera, muchos troncos de nogal, de sauce y de otros árboles, que había adquirido en las islas vecinas y ahí los dejaba estacionar. Pues bien: Zatti sentábase a la vera del río, bajo los árboles y descansaba del notable esfuerzo que había hecho para llegar desde el pueblo.

Con todo, pasó un invierno fatal. La tos no cejaba por nada. En la carta que les escribe el 7 de agosto, les dice que su salud va "con buenas esperanzas". Como le han preguntado para cuándo será la vestición, él les dice: "Dios no me ha encontrado digno todavía; confío en vuestras oraciones de sanar pronto y de ese modo satisfacer mis deseos". Y para que vean que no está triste, al margen de la carta, les escribe este chascarrillo:

"La madre (enojada): —Antonio ¿dónde has puesto aquel pedazo de torta que estaba sobre la mesa? Antonio (llorando): —Se lo di a un chico que tenía hambre... La madre (contenta): —¡Ven, que te abraza, hijo mío! Dime ¿cómo se llamaba ese niño? Antonio: —Ese niño, soy yo, mamá..."

Sus buenos padres se alarman ante la persistencia del mal. En setiembre, les dice que "va mejorando" pero es la tos la que "no lo quiere abandonar"... Y pone estas palabras dignas de Santa Teresa:

'Supongo que no habréis olvidado aquel dicho de: non cade foglia che Dio non voglia. Y por lo tanto si yo estoy aquí en

Viedma y con tos, fue porque así plugo al Señor, sea para su mayor gloria, conformándome a su divino beneplácito, sea también para el bien de mi alma, dándome ocasión de hacer un poco de penitencia por mis pecados...

Ellos insisten. Quieren que vaya a Bahía para curarse. El les dice que les agradece de corazón ese generoso ofrecimiento; pero, añade, "como estoy 1000 veces mejor en Viedma que en Bahía, no tengo ninguna gana de volver: en cambio, pudiendo, no dejéis de hacer alguna obra buena para obtener de Dios la gracia de mi perseverancia y la conformidad a su divina voluntad, porque son muy aceptas a Dios las obras que se hacen por aquel a quien se ama. Estad tranquilos, y que se haga la voluntad de Dios en todo..." Y espera que el invierno que ya pasa, se lleve todos sus males. La mamá le mandaba decir que escribiera claro, pues no podía entender bien sus cartas. Artémides, siempre alegre, le envía este versito: "Si la mamá no —puede comprender — tenga paciencia — se la haga leer".

En octubre les dice que en la última visita que le ha hecho "il R. P. Dottore" encontró que ha mejorado "en un 90 %" "Espera sólo que lo deje la tos". Como la mamá "quella buona vecchietta", dice él, no quiere dar crédito a sus cartas, les ruega que interroguen a Mons. Cagliero y a sus compañeros cuando vayan a Bahía y les dirán que él va mejorando... Y les deja siempre un consejo saludable: se alegra de que durante la novena de la Virgen de las Mercedes hayan tenido un buen predicador pero que aprovechen todos de sus enseñanzas y salven todos "esa única alma que tenemos"...

Ya su letra ha mejorado. Se ve realmente que se repone. En noviembre escribe que el P. Garrone lo ha visitado y lo encuentra mucho mejor. Le ha escrito el P. Molinari y le dice que salude "a su santa madre". Aprovecha Artémides esta frase para decir: "No hago comentario. Sólo digo que sea como la cree el P. Molinari, y lo será si se resigna a la voluntad de Dios, rezando por todos y por su hijo Artémides, a fin de que obtenga la salud, la perseverancia y salvar el alma junto con todos los Zatti"...

Así, este admirable muchacho pasó un año de enfermedad con la sonrisa en los labios, la resignación en el alma y el corazón todo en Dios. Impresiona observar en todas sus cartas, la seguridad que él tenía de que iba a curarse, no obstante la

gravedad de su mal. Esa seguridad que le daba su fe, era quizás lo que le proporcionaba la paz de su alma, que en ese lugar de dolores, ante la preocupación de todos los suyos, seguía siendo como uno de esos petreles que allá lejos, en Tierra del Fuego, hemos visto desafiando impertérritos, pequeños y solos, la cellisca, los vientos y las tempestades . . .

CAPITULO V

EL SACRAMENTO DEL DOLOR

El 28 de diciembre de 1902 el P. Vacchina ofreció a los clérigos y a Zatti un espléndido paseo. Ir en el vapor Teuco hasta Guardia Mitre, a setenta kilómetros río arriba. Tardaron 3 días para llegar. Viajaban sólo de día. De noche amarraban el barco a algún sauce. Llegaron el 1º de enero de 1903 al pueblecito ribereño. Allí pasaron hasta el 4. El día 5 el P. Aceto los llevó en volanta, cuatro leguas más arriba, a la casa de Ercilapé. Ahí, grandes fiestas: torta frita, asado, alegría. Frente a esa casa había una isla. Varios clérigos y Zatti, con permiso del P. Jenaro Alonso, que los guiaba, decidieron ir, por la tarde, a cazar animales salvajes en ella. Pues entre los grandes matorrales se habían multiplicado los cerdos, cabras y pavos en estado totalmente montaraz.

La caza fue abundante. Llevaban como trofeo principal, un cerdito. Por eso ellos llamaron siempre a esa isla, la "del chanchito". Al caer de la tarde, emprendieron el regreso en el bote. Pero el río estaba invencible. Remaban dos en cada remo. Ni aun así. Luego de cerca de una hora, apenas habían adelantado 20 metros. Comenzaron a temer. Uno de ellos dijo: "Echemos el ancla; tiene cinco metros de cadena..." Y así se hizo. Pero sucedió que el ancla se enredó en los raigones de sauce. Ya era de noche. Había que desprenderla de ahí. Zatti, enfermo y todo, fue "el héroe de la jornada" nos dice uno de los navegantes. Se echó al agua y, asido de la cadena y sumergido hasta el cuello, con los pies pudo, después de mucho bregar, arrancar el ancla de los raigones. Cuando llegaron a la casa de Ercilapé, los demás habían regresado a Guardia Mitre.

Tuvieron que hacerse las cuatro leguas a pie. A las 4 de la mañana del día de Reyes, llegaban más muertos que vivos a la población...

Pocos días después, emprendieron la vuelta hacia Viedma. Río abajo, el Teuco navegaba que era un contento.

Probablemente esa mojadura y esa caminata no le hicieron bien.

La primera carta del 1903 que hallamos, es una de su padre. Artémides ha dejado pasar largo tiempo sin escribir. Es del 2 de febrero y le dice que les ha hecho esperar demasiado sus noticias. Es que en esa época el P. Vacchina, director del colegio lo había enviado, junto con algunos Padres y coadjutores, a tomar baños de mar en el paraje denominado "La Boca", en las inmediaciones de la desembocadura del río Negro. Hoy ese lugar se ha transformado en un balneario. Pero entonces, los únicos que iban, en carro, eran la familia Guidi y los PP. Salesianos.

El joven contesta el 21 de ese mes. Su preocupación era que la buena madre temía ser engañada por su hijo y tener un concepto falso del real estado de su salud. El joven religioso le encarece que "non sia così temerosa d'esser ingannata". Y, siempre apostólico, termina con estas palabras: "Felices fiestas de Carnaval (¡pero evitando el pecado, eh!)"

Después escribió otra vez. El mozo veraz y de una sola pieza, no podía faltar a la verdad. Y se veía en figurillas para no alarmar en su casa por un lado y no lesionar en lo más mínimo a la verdad, por otro.

El hecho es que cuando en abril escribió a casa, tenía fiebre. Probablemente el aire marino no le sentó bien: la playa no suele ser lo más indicado para esa clase de enfermedades. Y él, para decir y no decir, optó por escribir en esta forma: "Mi salud va adelante in nomine Domini", es decir, en el nombre del Señor; pero allá en su casa, la madre, siempre atenta a captar cualquier síntoma alarmante, hizo escribir pidiendo explicaciones acerca de esa expresión. Zatti, con santa paciencia, contesta, el 22 de mayo:

"A decir verdad, cuando escribí la otra, tenía un poco de fiebre y por eso dije que iba adelante in nomine Domini; pero ahora, gracias a Dios y a María Sma. todo ha desaparecido, quedando sólo esta bendita tos que espero cuando Dios quiera, también ha de desaparecer".

Y pasa a hablar de las fiestas que se han celebrado en Viedma con motivo de la coronación, en Turín, de la imagen de María Auxiliadora.

Le piden que vaya a hacerles una visita. Contesta que irá cuando a Dios plazca, es decir, cuando esté sano y vestido *de negro*, es decir con el hábito. ¿Esperaba todavía poder vestir la sotana? Creemos sinceramente que no. Si lo dice será solamente para consolar a su buena madre que tanto deseaba verlo sacerdote.

En esos días aparece el periódico "Flores del Campo". Zatti se apresura a enviar 3 números a los suyos para que se suscriban. Y desde entonces en sus cartas siempre insiste en que hagan propaganda de ese periódico entre parientes y conocidos. La letra, en esta carta del 7 de junio vuelve a ser deficiente. Se ve que el invierno húmedo de aquel Viedma de 1903 en que la Laguna del Juncal extendía sus aguas por varias leguas alrededor del pueblo, lo perjudicaba. A los pocos días debe nuevamente escribir. Su hermano Eliseo lo acorrala y lo obliga a declarar lisa y llanamente lo que tiene. Y Artémides, el 12 de junio, contesta crudamente:

"Contesto a cierta pregunta que Eliseo me hacía en la carta anterior, que no podía comprender como una tos tan prolongada no me haya permitido de escribir que gozo de perfecta salud, aunque no ando del todo mal. Yo no he escrito a este propósito, creyendo que habríais ya comprendido que la tos era nada menos que la tuberculosis o tisis en toda su hermosa plenitud. Y aquí no puedo dejar de dar una alabanza a mis RR. Superiores que mientras me procuran el bien espiritual, no descuidan el bien material. Y por esto me han enviado a Viedma, donde, gracia a la bondad y cuidados de estos mis RR.SS., doctor y Hermanas, he podido atacar a tiempo este matagente. Y aunque continúa todavía la tos, no por esto voy mal, sino que me asegura el doctor que voy mucho mejor y que puedo cantar alabanzas a nuestra buena Madre María Ssma."

En agosto les pide que sigan rezando porque su salud "va siempre adelante en la parte mejor". Se ve que ya no sabía qué términos emplear para dejar contentos a los suyos y no confesar la tremenda realidad de su estado. Les manda ahora cuatro números de "Flores del Campo". No termina nunca sus cartas sin poner un consejo. Generalmente: de evitar el pecado.

En la carta de setiembre comienza así: "Oh, hombres de poca fe: ¡porque se ha extraviado una carta ya creéis que yo estoy en agonía! ¿No os he dicho tantas veces que por el mo-

mento no hay peligro y que espero, con la gracia de Dios, pasarla bien?... Causa de esas dudas será esa bendita viejecita de nuestra madre que si no ve, no cree; pero le vuelvo a decir que esté segura, que rece y verá que, si Dios quiere, me volverá a ver sano como antes. Aquí lo paso muy bien: alegre y contento, comiendo, bebiendo, durmiendo y trabajando un poco para distraerme". Pregunta si reciben semanalmente "Flores del Campo".

Ha llegado de Italia el primo Higinio. Con ese motivo, dice:

"Desde las lejanas tierras patagónicas, le deseo buena suerte, pero recordemos qué tenemos un alma que salvar. Le aconsejo, por lo tanto (y así a todos) de evitar los patrones que hacen trabajar en las fiestas, bajo pretexto de necesidad, diciendo, en práctica, lo que ya habrá oído decir: que en América todo es lícito, *basta hacer plata* (esto en castellano). ¡Es lícito un cuerno!... Pero... ¡bah! basta de sermones; pero ¿qué queréis? ex abundantia enim cordi, os loquitur..."

Las cartas del 1904 ya van con timbre. Sobre el encabezamiento se lee, en letras adornadas: "Botica de San Francisco de Sales". Se ve que para esa época ya Zatti había comenzado a trabajar en la farmacia salesiana, anexa al hospital, que por entonces era la única del pueblo. Como no tiene novedades que narrarles, les endilga un sermón, como suele hacerlo él. Luego, siempre alegre, dice (por primera vez en castellano): "Bueno, de sermón ya bastará". Pero sigue en el mismo tono hasta el fin de la carta.

"Creía que no tenía nada que decir; pero parece que con los sermones se han llenado las páginas..."

Y aquí termina.

El 3 de mayo dice que "va mejorando" y pide "lo ayuden a obtener en ese mes consagrado a María, la salud si es para mi bien".

En julio su hermano Pompeyo ha sufrido una parálisis. Ya Artémides se atreve a sugerirle una terapéutica: "le aconseja electricidad o alguna pomada que caliente"...

Ahora todas sus cartas son breves. Se ve que la farmacia lo absorbe. En agosto dice que "la salud va siempre mejorando, y esto quizás por las oraciones que continuamente eleváis

por mí". En setiembre, Pompeyo ha debido internarse en el Hospital Italiano de Buenos Aires. Artémides lo consuela y trata de darle buenos consejos. Comienza así:

"¿Así que te encuentras en la gran Babilonia del Sur, in-firmitatis causa? Pero yo estoy seguro de que pronto sanarás por intercesión de la Bienaventurada Virgen María, a la cual te recomiendo recurrir, como yo no dejaré de hacerlo a fin de que en breve te restituyas sano al seno de nuestra amorosa familia".

Después le dice que vaya a Luján, y a la parroquia de la Merced y que no deje de confesar y comulgar. Y que vaya también a San Carlos.

Durante el verano 1904-1905 ha ido también a orillas del mar. Y dice que ha vuelto "in uno stato meraviglioso". Envía una afectuosa felicitación a su hermano Eliseo que contrae nupcias el 11 de febrero con Augusta Borettini. Para ser más familiar, escribe en dialecto.

Y así pasaron los meses y los años. Emociona la fe, la confianza que tenía este mozo y esa tenaz perseverancia en su propósito de ser hijo de Don Bosco que no lo abandonó jamás. Porque pareciera que los mismos superiores se hubieran conjurado para probar la virtud de este muchacho. Hay, evidentemente, en todo esto, cosas que escapan a la lógica y a todo plan humano ¡Pareciera que a Zatti siempre le ha tocado andar al margen de todo lo humano!

El 22 de junio de 1903 escribía a sus padres:

"En cuanto a mandarme ropa, contesto que los salesianos (aunque yo no tenga la dicha de serlo por entero) nunca rehúsan nada: así que mandad lo que queráis que será siempre bien recibido".

Se me antoja que ni los mismos salesianos comprendieron nunca a quien tenían en su casa. Por lo pronto, cuando él aparece en los catálogos de la Congregación, en 1902, como novicio (ascritto) le equivocan el nombre. Lo llaman Artemido. Y así Artemido Zatti figura como novicio hasta el año 1910. Sólo que en 1907 cambian Artemido por Artémides. ¡Pobre Zatti! Sus compañeros profesan y él se queda. ¡Otro año más de novicio! Cuando uno piensa que algunos coadjutores que todos hemos conocido y que estaban tan lejos de la virtud, condiciones y preparación ascética de este gran salesiano, hacen los votos y

escalan posiciones entre los profesos trienales y luego perpetuos y Zatti siempre allí, novicio perpetuo, no sabe si rebelarse contra una injusticia manifiesta o asombrarse ante el misterio de los planes de la Providencia.

Y hay más: durante los años 1905 y 1906 ni siquiera figura en los elencos. Ha sido radiado de la Sociedad Salesiana. Se fue a Europa Mons. Cagliero y los que quedaron, quizás pensaron que este hombre era inservible para la Congregación. Y sin más lo borran. No es ni siquiera novicio...

En 1907 vuelve a figurar en los catálogos siempre como "ascritto". Y solo. Ese año aparece con Juan Borello. Luego Borello hace los votos y él queda solo como novicio en 1908. Y así ese año y el año 1909. Solamente en 1910 aparece en nuestros catálogos como profeso trienal; y aún entonces ¡cruel ironía! figura como clérigo...

Y esto también es misterioso. Porque Zatti hizo sus votos trienales el 11 de enero de 1908. ¿Por qué aparece todo el 1908 y el 1909 como novicio? ¿Es que los compositores de Turín se habían habituado a ponerlo siempre en el casillero de "ascritto"? No: es que Dios, que juega con las criaturas, lo posponía, lo rezagaba, para que luego fuera de los primeros: ¡los últimos serán los primeros! había dicho nuestro Señor. Y su palabra se cumple irremisiblemente...

¡De qué alegría inefable se llenó ese joven de 27 años cuando emitió los votos! Se refleja fielmente en la carta que escribió a los suyos. Les dice:

"Con el corazón lleno de una santa y envidiable alegría, por la gracia extraordinaria que el Buen Dios fuera de todas mis esperanzas, se ha dignado concederme (pero que yo atribuyo a vuestras oraciones y a las de los otros que rezan según mi intención) me dirijo a vosotros, rogándoos calurosamente que agradezcáis conmigo al Buen Dios y a la Ssma. Virgen, con hacer una Comunión y escuchar una Misa. Creo que no os negaréis ¿no es verdad?... ¡Gracias, infinitas gracias!..." (1)

¿Qué hay detrás de toda esta aparente tergiversación de valores? ¿Por qué este santo varón que era el más digno de profesar como hijo de Don Bosco, estuvo en angustiosa cuarentena durante casi 10 años? ¡Designios de Dios! Quizás Dios quería purificarlo como se purifica el oro, en el crisol y el fuego, antes

(1) Carta a sus padres y hermanos del 14 de enero de 1908.

de ponerlo en el lugar donde debía santificarse. Para poner sus manos sobre los enfermos, que son la imagen viva de Dios, era necesario que Zatti estuviera ungido con el óleo del dolor. . .

Por eso creo que no era defecto de salud ni exceso de celo de los superiores lo que le prolongaba desmesuradamente la cuarentena: quien le hacía esperar era Dios, que, para que pudiera ser su "buen samaritano" le estaba administrando el sacramento del dolor. . .

CAPITULO VI

LA PALESTRA DEL ATLETA

Los griegos llamaban ascetas a los que actualmente nosotros denominamos atletas. Entre otros ejercicios violentos, los ascetas tenían la lucha. Y para esta, había en todos los gimnasios, la palestra.

La Iglesia, cuando comenzó la obra maravillosa de despachar el mundo, tomó esas palabras —ascesis y asceta— y las elevó a una categoría espiritual. Desde entonces llámase ascetas a los que se ejercitan en la virtud para robustecer y hermo-sear su alma, así como los griegos robustecían y hermo-seaban su cuerpo.

Creo que Zatti ha sido un verdadero asceta en el mejor significado del vocablo. El fue un luchador. Luchó toda su vida. Ya lo hemos visto luchando contra la adversidad. En adelante lo veremos siempre en constante lidia. El demostró que es cierto lo que dice Job: *Militia est vita hominis super terram*: la vida del hombre sobre la tierra es lucha, milicia.

Y bien: para entrenarse, este atleta tuvo también su gimnasio y su palestra. El gimnasio de Artémides fue la Sociedad Salesiana y la palestra, el Hospital San José.

¿Qué es el Hospital San José? La noche del 11 de agosto de 1889, Viedma presenció una extraña escena: cuatro coadjutores salesianos, Martini, Lanza, Bensi y Martín, en unas angarillas improvisadas, conducían a un enfermo. Se trataba de un catalán, Jaime Sananja. El pobre hombre había estado consumiéndose como una candela, en un tugurio que entonces existía sobre la actual calle P. Garrone, junto a la casa de la Sra. Luisa B. de Contín. Cuatro días antes, Monseñor Cagliero y el P.

Vacchina, a la sazón superior de la casa de Viedma, habían conversado acerca de la posibilidad de fundar un hospital para los pobres soldados de línea que morían muchas veces abandonados y para los obreros sin familia que se extinguían en la misma forma. Hacía pocos meses habían fundado una "botica". Viedma no tenía farmacia entonces. Por eso, el Vicario Apostólico, instaló una en el colegio salesiano, que primero estuvo ubicada sobre la calle Rivadavia, junto al actual zaguán del colegio, después pasó a la esquina de Yrigoyen y Colón (1) y más tarde a donde está la portería del Obispado. Al frente de esa "botica" puso al P. Garrone, recién ordenado de sacerdote. Garrone había sido enfermero en el ejército italiano. Tenía conocimientos de medicina, mucha práctica y una admirable intuición, esa *vis medicatrix* que sin duda ha hecho célebres a Hipócrates y a Galeno. ¡Admirable farmacia aquella! Era una auténtica "botica del pueblo", porque estaba abierta para todos. No se especulaba con ella. Los ricos pagaban los remedios, Los pobres no los pagaban. Se compensaba lo uno con lo otro. Y como siempre había déficit, se resarcía con las limosnas de los cooperadores salesianos. El P. Garrone llegó a Viedma, desde Patagones, el 15 de junio de 1889. Ya el 29 se lee en la crónica de Patagones: "El farmacéutico sacerdote Don Garrone comienza a practicar excelentes curaciones en el pueblo". Es claro, en aquellos tiempos en que no había en el pueblo ni farmacia ni médico, el hombre pasó natural y rápidamente de la farmacia al ejercicio de la medicina. De ahí que Monseñor escribiera a Don Rúa, poco después: "La habilidad de nuestro Don Garrone y sus remedios, son de una eficacia maravillosa".

Nada extraño, pues, que disponiendo el Obispo de un galeno y teniendo a mano una discreta farmacia, pensase en fundar un hospital en una población donde no lo había, ni tampoco había Asistencia Pública, ni Sala de Primeros Auxilios, ni dispensarios, ni nada de lo que el progreso lleva a las poblaciones modernas en concepto de asistencia médico-social.

De ahí que la noche del 7 de agosto, paseando con el P. Vacchina bajo los pórticos, le había dicho:

—¿Y si fundamos un hospital?

—Creo que sería una solución, repuso el interpelado, pero *cum quibus?* ¿con qué? — y restregaba significativamente el índice y el pulgar de la diestra.

(1) Actualmente calle Buenos Aires.

El Prelado le dijo que la Providencia se encargaría de los medios. Y esa misma noche el P. Vacchina habló en las "Buenas Noches" de la fundación de un hospital, y pedía especiales oraciones a San José, a fin de que intercediera ante el Omnipotente para que les allanara el camino. Cuatro días después, la Providencia les mandaba el primer enfermo. Era Sananja, el pintor catalán. Como se estaba consumiendo cerca del colegio fueron a verlo los Padres Vacchina y Garrone. Cuando entraron en su pobre alcoba, el hombre pareció revivir. Era un individuo de costumbres desarregladas. Había despilfarrado sus haberes en bebidas y francachelas. Ahora, ahí, enfermo y lejos de su familia, vivía horas de angustias insostenibles. Tenía un compañero de trabajo que iba a verlo; pero, debiendo trabajar, eran muy contadas las horas que podía pasar a su lado. La melancolía se había apoderado de él, una melancolía aguda, persistente, rayana en la desesperación. Apenas el obrero les narró su penosa historia, los dos sacerdotes se miraron instintivamente, como interrogándose:

—¿Lo llevamos? ¿Comenzamos? — Y ambos bajaron la vista, como meditando.

Cuando volvieron la mirada al enfermo, dos gruesos lagrimones corrían por sus mejillas, calcinadas por la fiebre. Entonces el P. Vacchina, le dijo: —No tema, amigo, vamos a ir a hablar al Superior y esté seguro que dentro de poco Ud. va a estar contento y feliz.

Y volaron hacia el colegio. Hablaron a Monseñor: —Ni qué hablar, —dijo el santo Prelado— tráiganlo nomás...

¿Pero dónde ponerlo? La casa estaba repleta. No había lugar ni para una cama más. Entonces no existía el grandioso edificio que da a la calle Rivadavia. Pero viendo Monseñor un ranchito que había servido de caballeriza a las cabalgaduras de la policía y que estaba dentro de la misma manzana, del otro lado de la pequeña iglesia que campeaba frente a la plaza, pensó que limpiando aquello convenientemente, podría servir para dar comienzo a un pequeño hospital. Las Damas de la Caridad, llamadas de "Santa María de los Indios", que desde Buenos Aires irradiaban beneficencia sobre los pobres aborígenes y cuya era la choza de que hablamos, cedieron de buen grado el inmueble para un fin tan noble. Los salesianos y alumnos, con palas, escobas, plumeros y carretillas, dejaron aquello adecentado. Las Hermanas se encargaron del retoque final y hasta perfumaron el ambiente, con bálsamos de la botica, para quitarle

el olor a excremento animal de que estaba saturado. Después, una cama, colchón, cobijas, una mesa, una silla y... ya estuvo listo el hospital. ¡Cuán cierto es que todo es grande cuando el amor es grande!

Esa noche del 11 de agosto, la Hermana Eugenia Galli esperaba, nerviosa, a la puerta del rancho, la llegada del primer enfermo. Monseñor le había confiado la delicada misión de cuidarlo. La pobre no las tenía todas consigo; pero esperaba que Dios la ayudaría...

Al cabo llegaron los coadjutores con el obrero. Unos muchachos los acompañaban con linternas. La noche era oscura y muy fría. La religiosa lo recibió con muestras de suma bondad. El P. Garrone lo auscultó bien. El hombre se sintió otro. Exactamente un mes después, el 11 de setiembre, Jaime Sananja era dado de alta. Cuando el obrero aspiró de nuevo las auras de la calle, comprendió cuánto debía a los Padres Salesianos. ¡Ese fue la primera conquista del Hospital San José! En pos de él vendrán miles...

Después siguió el pequeño hospital acogiendo a cuantos enfermos necesitaban de techo y de remedios. No se les preguntó nunca si podían pagar o no podían, si eran cristianos o no, si tenían cariño o aversión al clero. Desde entonces el P. Garrone fue el director y el encargado de la farmacia. Poco después, en el año 1893, llegó de Italia, un novicio salesiano natural de Rimini que profesó el año siguiente: Jacinto Massini. A él le confió el P. Garrone la parte de la farmacia para dedicarse él más de lleno a la atención del hospital, al consultorio externo y a los enfermos de la campaña. La obra del P. Garrone fue inmensa. (1) Massini fue siempre su brazo derecho. Cuando Zatti comenzó a actuar en ambas reparticiones, farmacia y hospital, Massini lo encaminó.

La primera carta que escribe a los suyos, ya como personal de la "Botica" es del 21 de marzo de 1904. Lleva el membrete que reza así: "Botica de San Francisco de Sales". En el mes de agosto, cambia el membrete, pero no la letra. Se añaden nuevos adornos. En 1908 cambia de nuevo el timbre. Otros adornos y alegorías ornan el encabezamiento de las cartas; pero continúa siendo "Botica". Desde 1910 el membrete anuncia elevación de categoría: ya es "Farmacia y Droguería San Francisco de Sales".

(1) Ver a este respecto nuestra obra: "El Padre "Dotor".

En 1908 Massini vino a Buenos Aires para conseguir el diploma de idóneo en farmacia. Las luchas de elementos hostiles y el peligro de que fuera abierta otra farmacia en Viedma y obligaran a clausurar la salesiana, aconsejaban esa medida. Entre tanto queda Zatti al frente de la botica. Así se va haciendo a la responsabilidad. Insensiblemente ha ido entrando en el manejo de las cosas del hospital y de la farmacia. Hombre de clara inteligencia, ayudado de una natural propensión al estudio, bien pronto fue un farmacéutico experimentado y un enfermero eficaz.

Cuando, en 1911, todo marchaba viento en popa, viene a fallecer el P. Garrone. Quedó Massini solo, en lucha abierta con médicos y farmacéuticos que lo acusaban de ejercicio ilegal de la medicina. Afortunadamente a principios de 1912 llegó a la Patagonia el P. Luis J. Pedemonte, Inspector joven, inteligente y activo, quien, coadyuvado por el Dr. Ricardo Spurr, que fue, después del P. Garrone, el director del hospital, logró aventar todas sus malas artes.

Hasta esa fecha Zatti había ido una vez a Bahía Blanca con el P. Marchiori. Cuando, en enero de 1911, falleció el P. Garrone, se estaba preparando para hacer otra visita a sus padres. El deceso del que él llama en esa carta "mi salvador y padre", le impidió ir a ver a sus familiares. Al pie de esa carta escribe unos renglones el Director, P. Luis Botta, expresando su pena al no poder complacer el deseo de los padres de Artemides.

Pocos días después del deceso del P. Garrone, Zatti hacía los votos perpetuos. Recogía así, el manto de Elías del ilustre "curita"...

Massini, desgraciadamente, duró poco al frente del hospital. En 1913, las dificultades internas y la sonriente perspectiva de abrir una farmacia por su cuenta en Viedma, lo separaron de la Congregación. Y fue entonces cuando Zatti fue Zatti. Solo, al frente de una farmacia y de un hospital, el hombre se superó. Era lo que necesitaba: un campo amplio para lucir sus fuerzas espirituales. El atleta necesitaba una palestra anchurosa y Dios se la mandó a la medida de sus posibilidades. Ahí, en el Hospital San José, Zatti será todo: médico y administrador, cabo y proveedor, cocinero y barrendero. El hospital será su palestra y él, el asceta que pule su alma con el ejercicio de virtudes extraordinariamente heroicas...

CAPITULO VII

SINTESIS HISTORICA DEL HOSPITAL

El Hospital San José, (llamado así, en atención a las "Damas de San José" que donaron el terreno), como toda obra de bien, tuvo que luchar reciamente contra sus adversarios. Fundado en 1889, ya en 1890 llegaban al Departamento Nacional de Higiene denuncias contra cierto "sujeto" de apellido Garrone, por ejercicio ilegal de la medicina. De Buenos Aires piden al Gobernador de Río Negro "haga saber al mencionado Garrone que en adelante se abstenga de ejercer la medicina y que en caso de reincidencia incurrirá en las penas establecidas por la ley de la materia".

A vuelta de "galera" contestan los de Viedma con una bien fundada nota firmada por 200 vecinos. Garrone siguió cuidando a sus pobres.

En 1892 vuelve a ser acusado ante el Consejo Superior de Higiene de la Provincia de Buenos Aires, porque ejercía la medicina en Patagones. Nuevamente citado ante las autoridades. Las damas de Carmen de Patagones envían una altiva nota a La Plata intercediendo por el que ha sido nombrado médico de la Gobernación de Río Negro y "cuyas portentosas curaciones hablan bien alto de su talento y ciencia médica". En 1894, como visitara aquellas poblaciones un buen señor, D. Alejandro Baldés Rosas, a su regreso a la Capital intercedió ante el Presidente Sáenz Peña. Este escribió al General Benavides, Gobernador de Río Negro, "que se lo dejase tranquilo ejercer en paz su misión, tan buena como desinteresada".

En 1910 los ataques llegaron al punto de pretender clausurar el hospital. Fue entonces cuando el pueblo de Viedma se puso en pie para defender esa venerable institución. El mismo

Gobernador, Ing. Carlos R. Gallardo, se dirigió al Ministro del Interior, Dr. Indalecio Gómez, pidiendo se hiciera "una excepción en la aplicación de la ley que rige el ejercicio de la medicina". (1) Desgraciadamente pocos días después moría el P. Garrone y el dolor que ocasionó su deceso solucionó el problema que se planteaba. El 26 de agosto de 1911 se otorga a D. Jacinto Massini, a la sazón al frente de la farmacia salesiana, autorización para dirigir un botiquín por el término de un año. En lugar del P. Garrone ocupó el cargo de director del hospital un joven médico porteño, el Dr. Ricardo Spurr, hoy famoso profesor universitario. Por ese lado, el hospital estaba bien respaldado; pero los ataques a la "botica" no cesaron. Si antes acusaban al P. Garrone, ahora lo hacían con Massini. Asimismo impugnaban a la farmacia porque estaba unida al hospital y al consultorio del hospital porque estaba unido a la botica... (2) En todo esto andaba la mano de dos médicos, uno de apellido francés, de Patagones y otro de apellido alemán, de Viedma.

En esos días el P. Pagliere escribía al P. Pedemonte, flamante Inspector del Sur Argentino:

"Querido Pedemonte: Recibí la tuya: mis deseos y mis votos ante Dios son que puedas tranquilamente hacer mucho bien. ¡Ojalá hagas lo que yo no supe hacer! Por el momento te comunico que en Viedma los malos están haciendo toda la guerra que pueden al hospital y a la botica. Creo que convendrá vayas allá pronto, a no ser que quieran venir a Buenos Aires para ver a Penna en el Consejo de Higiene e impedir cualquier orden contraria o bien optar por dejar la cosa en manos de Dios y escribir al P. José para que haga lo que pueda y sepa. De mi parte haré algo: hablar a Castellanos, al Dr. tutor de los Boquero y a un secretario Ortiz. Saluda al P. Borghino y a todos los Hno. de esa. Afmo. ESTEBAN PAGLIERE. 3 de enero de 1912". (3)

En marzo insiste el P. Pagliere:

"Creo que la cuestión botica exige que vengas. Por lo menos aquí está un documento firmado por Agustoni y por mí para presentar al Consejo de Higiene. Yo no lo presenté por dos razones: 1) ¿Puedo presentarlo figurando como propietario y como director de la comunidad salesiana dueña de la botica? 2) ¿Es necesario? ¿Es conveniente? 3) Los del Consejo, indicaron e insistieron, según Agustoni, que se llamara *botiquín*. ¿Por qué? Por telegrama Agustoni primero y Massini después, me piden que les diga

(1) Nota del 24 de diciembre de 1910 .

(2) Carta del P. Veneroni al P. Pagliere. Archivo Inspeccional.

(3) Archivo Inspeccional.

cómo van las cosas. Contesté: *statu quo*, hasta tu venida. Reza por quien no te olvida. Afmo. E. PAGLIERE”.

El P. Pedemonte no se había dormido. Ya el 29 de enero había dirigido una nota al Ministro Indalecio Gómez, pidiendo designara médicos para Río Negro que no obstaculizaran la Obra salesiana en Viedma. El Dr. Indalecio Gómez le contesta:

“Habiendo tomado como norma nombrar para las estaciones sanitarias a los médicos de cada gobernación que ya eran pagados por el Estado, no puedo, aunque me pese, apartarme de esta regla. Sin embargo puedo tranquilizarle un poco acerca de los peligros que Ud. ve en este nombramiento. Me aseguran personas de toda mi confianza que el médico nombrado es una persona muy de bien, perfecto caballero y que no tiene ni puede tener propósitos hostiles hacia el Hospital. Saluda a Ud. muy atte. INDALECIO GOMEZ. Bs. As., marzo 21 de 1912. (1)

Pero la buena voluntad del excelente Ministro del Interior no fue parte para impedir que pocos días después, el 8 de abril, el Dr. Penna, Director del Departamento Nacional de Higiene, impusiera a Jacinto Massini una multa de 500 \$ (500 de entonces...) por “concurrir diariamente a los domicilios de los enfermos, aplicándoles fomentos, ventosas, tomándoles la temperatura, etc.” Otrosí, en la farmacia salesiana se habían despachado recetas formuladas por el extinto P. Garrone el cual no poseía título de médico. Mas aún, en la farmacia se expenden unos polvos cuya etiqueta no indica su composición... Dentro de cinco días Massini debía depositar los 500 nacionales en el Banco. Al día siguiente, 9 de abril, otra multa. De trescientos pesos por expender al público el inocente “*Fons salutis*” del P. Garrone, su “*Polibiógeno*” y aquel “licor carminativo” llamado también “de las Hermanas” que más endulzaba la boca de los chicos que curaba las gastritis... ¡800 \$ que tuvo que desembolsar la “botica de los curas” como la llamaba la gente!

Al año siguiente se retiró Massini de la Sociedad Salesiana e instaló una farmacia propia en la misma Viedma. Los salesianos debieron recurrir a un idóneo en farmacia, rentado, D. Edmundo Zitta. Dos boticas frente a frente, en un pueblo chico, no podían no chocar... Cuando el Dr. Spurr se alejó de Viedma, le sucedió en la dirección del hospital el Dr. Francisco Pietrafraccia. Pero tanto con el hospital como con la farmacia,

corría Zatti, pues sus trece años de práctica hospitalaria y farmacéutica, unidas a su natural capacidad e inteligencia, lo sindicaban como el hombre para esos cargos.

Massini quería que los salesianos cerraran su farmacia para quedar él dueño de la situación. Y así en abril de 1916, como un rayo en un cielo sereno, cayó otra multa del Departamento: 400 \$: 200 al farmacéutico Zitta por abandonar la farmacia más de 24 horas y 200 al Dr. Pietrafraccia por tener su consultorio en un local que tenía comunicación con la farmacia. También multaba a Massini con otros 200 \$ por no copiar en rótulo la fórmula médica...

El pobre Zatti que andaba siempre de la cuarta al pértigo, cuando vio que debía abonar 400 \$ se quería morir. Recurrió al P. Pedemonte, envió telegrama al Departamento y al P. Vespignani, redactó sendas notas al Gobernador de Río Negro, etc. Naturalmente, sabiendo de donde procedía esa acusación, los ánimos se enconaron; el P. Pedemonte debió tomar cartas en el asunto, mantener algunas conferencias con Massini (que no lograron solucionar el asunto) y el bueno de Zatti debió andar en todo esto, por razón de su cargo, sangrándole el corazón porque si había algo que a él lo amargaba era la discordia y la falta de unión...

El P. Pedemonte vino a Buenos Aires, habló con el Dr. Penna y pudo no solamente evitar el pago de las multas sino también enterarse de muchos entretelones que es bueno conocer quien carga con la responsabilidad de una farmacia. De ahí arranca una nueva era para el hospital.

El 5 de julio de 1916 el P. Inspector escribe la última carta de la larga polémica que debió sostener con Massini. Escribe apenado. Quiere a toda costa solucionar el enojoso entredicho, pero no le ve solución. Su antagonista debía sostener su farmacia. La salesiana no podía seguir unida al hospital. Era contra las leyes. Massini sabía muy bien esto. Por eso luchó tesoneramente hasta quedar dueño del campo.

En esos mismos días recibe el P. Pedemonte una carta de muy distinto contenido: era de una joven de Buenos Aires, de distinguida familia, que quería retirarse del mundo y había elegido para su Manresa nada menos que el Hospital San José. Era la Srta. María Luisa Picarel. Llegó a Viedma en agosto de 1916. Al P. Pedemonte le vino de perlas. Pues amén de trabajar en el hospital, cuando se creó la Escuela Normal Popular y se necesitaron profesores, ella fue de las profesoras fundadoras. Prestó



1918: Con los Sres. Héctor y Juan Macaluse. Están además la Sra. Ervín
y los amigos Giménez y Posteraro.



Con el Dr. Harosteguy, el Dr. Pietrafraccia y el Hno. Rébola.

importantes servicios durante varios años en el hospital y en la Escuela Normal. Entre otras benemerencias tiene la de haber escrito un interesante opúsculo (aún inédito) en que relata edificantes episodios de la vida del Hospital San José. Más tarde, sintiéndose llamada a una mayor perfección, ingresó como religiosa en la "Congregación de la Sagrada Familia de Nazareth" donde fue directora y actualmente más que octogenaria, sólo espera en Quilmes el premio a los muchos méritos adquiridos en el silencio del sacrificio ignorado...

Una de las primeras providencias que tomó el P. Pedemonte, al hacerse cargo de la Inspectoría patagónica fue la de dotar al hospital de un edificio mejor. El que tenía era anticuado, antihigiénico, impropio. El día 8 de febrero de 1913, en solemne acto, bendecía y colocaba la primera piedra del futuro edificio.

Inmediatamente el dinámico Inspector creó varias comisiones y planeó rifas y bazares. El resultado fue que a la vuelta de algunos meses, el nuevo edificio del hospital era un hecho. Construido con vistas al futuro, era un edificio macizo. Sólo esperaba que hubiera medios suficientes para coronar la obra encasquetándole un primer y segundo piso a la planta baja.

En esa época ya Zatti había comenzado su labor intensa, callada, fecunda. Con el P. Pedemonte a la cabeza de la Inspectoría, el hospital conoció su edad de oro. Nada extraño, pues, si en 1922 ya se comienza a pensar en un gran hospital, con cinco pabellones. Y no se edificaría en el centro de Viedma, frente a la plaza principal y junto a la grandiosa iglesia parroquial, sino afuera, en los terrenos de la Escuela Agrícola San Isidro, con entrada principal hacia la actual Avenida Don Bosco y mirando hacia la estación del Ferrocarril del Estado que entonces se planeaba para unir las vías férreas de Patagones y San Antonio Oeste. Zatti contrató 200.000 ladrillos que debía venderle Don Enrique Bruno a 25 \$ el mil.

Contaba el P. Pedemonte con 25.000 pesos que el Gobierno le otorgaría, más 5000 que la Sra. Presidenta de las Cooperadoras, D^a Isabel Casares de Nevares, había conseguido del Jockey Club y muchos otros que esperaba espigar entre los hacendados de la zona. Se dirigió a Turín, pidiendo planos. De allá le contestan que debe confeccionarlos uno que conozca la topografía del lugar. Así para el año 1923 y 24. A fines de ese año, D. Gotardo Pedemonte, bregando como bueno en el proyecto de su hermano, en Buenos Aires, y el P. Luis en el Sur, estando ya

apilados muchos miles de ladrillos en el terreno de la Escuela Agrícola, a la espera de los constructores, fue trasladado el P. Pedemonte como Inspector de Perú y Bolivia. Días después fallecía el P. Ernesto Vespignani que debía terminar los planos. El P. Pedemonte, a fuer de buen religioso, partió cuanto antes pudo, a cumplir su obediencia. Y su proyecto quedó como una aspiración de su gran alma de dotar al viejo y glorioso hospital de todo el *confort*, con los parques y jardines, *solariums* y calefacción que reclaman los nosocomios modernos.

Más tarde irá el Hospital San José a la Escuela Agrícola, pero no como vencedor sino como vencido. Irá a buscar no parques y jardines sino el último baluarte donde se refugie la inmensa caridad de Zatti para seguir irradiando virtudes y sonrisas. En ese sentido, y mirando todo desde un punto de vista sobrenatural, esa época que cae más acá del 1942, es la más pintoresca, la más peregrina, la más interesante porque es la época en que nuestro protagonista emplea a fondo todos los recursos de su alma, hecha a prueba de sacrificios y renunciamentos. Y es precisamente en los sacrificios y en la abnegación donde resulta su grandeza.

CAPITULO VIII

CINCO DIAS DE "VACACIONES"...

Cuando en 1913, quedó solo al frente del hospital y farmacia, entonces Zatti fue Zatti. Ahí comienza su obra a todas luces extraordinaria. Porque él debió ser, desde entonces, el factótum del hospital. Es cierto que cuando el Dr. Spurr partió para Francia a perfeccionarse quedó al frente del hospital, el Dr. Francisco Pietrafraccia. Pero su directorado en el nosocomio era más bien nominal. El verdadero director y administrador era Zatti.

Su labor no era, naturalmente, burocrática. Era director porque él lo hacía todo: contrataba dirigía y pagaba al personal, compraba la leche y la verdura para los enfermos, vigilaba la limpieza de las reparticiones y cuando no había quien empuñara la escoba, la empuñaba Zatti y hacía de barrendero. Sobre todo, debía buscar lo necesario para pagar lo que consumía el hospital. Era quizás esa la parte más ruda de su labor. Deteniéndonos en los datos del año 1915, época en que tienen lugar los sucesos que determinan este capítulo, vemos que en ese año, Zatti recibe a 189 enfermos, algunos de los cuales eran crónicos. Por el consultorio externo, fueron miles los que pasaron ese año bajo sus manos milagrosas. El hecho es que se gastó en 1915 la suma de 26.085 pesos. Ahora bien: por subvenciones del Gobierno cobró 5.580; por pensiones, 2.791; por concepto de limosnas, 518 y por entradas en el consultorio, 2.398. En suma, recibió 11.287 e invirtió en el hospital 26.085. ¿Cómo pagará Zatti esos 14.798 que faltan? Milagros de la Providencia en la que él siempre confió...

Pero a la Providencia hay que ir a buscarla. De ahí que

este buen hombre anduviera siempre de aquí para allá, sin prisa y sin pausa, buscando recursos para su hospital. Ya veremos más adelante su método administrativo. Cito esto sólo para que se vea más evidente cómo Dios probaba a su siervo. Pues amén de ese enorme trabajo que significa ya en 1915 llevar adelante el hospital, el bueno de Don Zatti en ese año de la conflagración europea, fue a dar con sus huesos en la cárcel. Veamos cómo.

No había pasado todavía la fobia de los liberales contra los religiosos. Ese encono hacia lo sagrado durará todavía algunos años. De ahí que algunos que eran autoridad en esos días, tentasen atrapar algún pez gordo. Si conseguían encarcelar al P. Manachino, Director a la sazón del colegio salesiano, habría sido un triunfo. Pero si lograban llevar a la sombra al Inspector del Sur Argentino, P. Luis J. Pedemonte, miel sobre hojuelas.

En agosto de 1915 fue conducido al hospital un encausado de nombre Patricio Cabrera. Estaba enfermo y como en la cárcel no contaban con elementos, de enfermería suficientes, solicitaban los servicios del hospital salesiano. Ya desde tiempos del P. Garrone, los presos que iban a ese nosocomio particular, entraban bajo la responsabilidad de la policía, la que se encargaba de la vigilancia de los mismos. Así se lo hizo notar el referido Padre al Dr. Ruiz Guñazú, Juez letrado del Territorio.

Sucedió que el citado Cabrera, entre gallos y media noche, se fugó del hospital. Apenas Zatti se percató de la ausencia del encausado, dio cuenta a la policía. No sabemos si la policía se interesó mucho o poco por hallar al prófugo. Pero sí sabemos que se interesó por acusar de "infidelidad en la custodia de los presos" al que estaba al frente del hospital. El tiro iba dirigido al superior jerárquico. Pero Zatti, como administrador de esa institución, asumió toda la responsabilidad.

Y el 20 de agosto de 1915 se vio la bochornosa escena de que un ciudadano honorable, que no vivía sino para hacer el bien a sus semejantes, era conducido, entre dos agentes, a la policía local. Es de imaginar el revuelo que provocó la prisión de Zatti. A las 13 del día mencionado llegaba nuestro hombre detenido a la cárcel de Viedma.

Allí fue interrogado por el comisario Ramasco el mismo día 20 que era un viernes. ¡Día de pasión! Desde las 14 a las 15 estuvo el buen Zatti contestando a las preguntas que se le hicieron, que no fueron pocas. Después lo dejaron tranquilo. Ahí Zatti meditaba a sus anchas y rezaba rosario tras rosario.

Sobre todo cuando estuvo incomunicado. Cuando le levantaron la incomunicación, entonces sucedió algo extraordinario. Pues en el colegio salesiano se había tomado muy a la chacota lo de la prisión del hombre de Dios. De modo que apenas, pudo ser visitado por sus hermanos de religión y amigos, la celda del penado se convirtió en un santuario. Zatti era un "vinctus Christi" más, dejaba de ser un pobre coadjutor salesiano para convertirse en símbolo... Zatti era ahora otro Pedro encadenado, otro Pablo de Tarso "in laboribus plurimis, in carceribus abundantius". Y vio Viedma el espectáculo de una verdadera romería de gente que iba a toda hora que era permitido hasta la celda del prisionero Zatti. Y los más entusiastas llegaron hasta ir con la banda del colegio hasta la cárcel. El comisario dio permiso al penado para que saliera a la primera puerta del presidio. Y cuando el santo varón apareció entre dos gendarmes, la banda rompió con una marcha militar. Zatti, entre los dos policías asombrados, sonreía agrídulcemente...

El día 23 de agosto el detenido debió ser llevado al juzgado. Y se vio de nuevo el espectáculo incalificable: adelante iba Zatti por el medio de la calle. Iba tranquilo, con las manos atrás, la cabeza un poco inclinada, dando esas zancadas largas que solía cuando lo llamaban a curar un enfermo. Y atrás de él, un agente de policía, con el machete en el tahalí y el máuser al hombro. Así pasó Artémides Zatti ese día 23 de agosto, por las calles de Viedma: como un malhechor. El iba rezando. Sereno, como si fuera a una fiesta y sonriendo a los amigos que al verlo pasar lo saludaban con la mano... ¡Qué bello contraste! Realmente Dios es un artista insuperable. El hombre justo y bueno, conducido a los tribunales como los malhechores. Luz y sombra. Lo necesario para los cuadros de Van Dick... Al regreso desde el juzgado a la cárcel, también fue acompañado del agente policial armado. Ahora había más gente para ver ese espectáculo sorprendente...

Ese día el Dr. Pietrafraccia se dirigía por nota al P. Pedemonte. Entre otras cosas le decía:

"La honradez del Sr. Artémides Zatti, que desde 1901 ha consagrado su vida al servicio del mencionado hospital, curando con diligencia y espíritu de sacrificio dignos del más alto encomio, enfermedades repugnantes y no raramente contagiosas, no se puede en ninguna manera poner en duda. Y no obstante, el Sr. Zatti se halla detenido en la comisaría local, desde el 20 del corriente hasta la fecha. No es de mi incumbencia juzgar de la ac-

titud del Sr. Saúl Dagnino: sólo es mi intento poner de relieve que la ausencia del Sr. Zatti, alejado del hospital, es muy sensible y ya fue causa de inconvenientes. Ud. sabe, Sr. Inspector, las consecuencias, a veces irreparables que se deben lamentar por no aplicar a tiempo y en debida forma los remedios que prescribe el facultativo..." (1)

El buen P. Pedemonte estaba, como es de suponerse, amargado. Así lo manifiesta al P. Vespignani en carta fechada ese mismo día. Dice así:

"Mientras allí llevan en triunfo el nombre de Don Bosco, en la Patagonia, tierra de contradicciones (lucha abierta entre el bien y el mal) pasamos ratos amargos. Anteayer, arbitrariamente y por venganza hábilmente disimulada, fue detenido el Administrador del Hospital "San José" Artémides Zatti, a quien esperamos libertar mañana, siquiera por el concepto de excarcelación bajo fianza..." (2)

Entretanto contestaba con una carta abierta para publicarse luego en el periódico "Flores del Campo" al Director del Hospital. Decía el P. Inspector:

"¿Quién hay que ignore que el hospital no es una cárcel y que sus enfermeros no son gendarmes del orden público? Además la Dirección, en caso de evasión, no entiende asumir responsabilidades de ningún género. El hospital es una institución privada, no gubernativa. Tiene su reglamento y cuanto ha menester para su correcta actuación y aunque dicha institución esté dispuesta a remediar las dolencias ajenas siempre que pueda, con todo, ella acepta a quien cree y en la forma que juzga ser para ella más conforme a los nobles fines que persigue... En cuanto a mí, el hecho no me ha sorprendido. Aguardo otros sucesos análogos y perdonará, Sr. Doctor, que no le dé de ellos explicación... No está de más que el Sr. Director sepa que del hecho en cuestión se ocuparán personas competentes que aconsejarán, con madurez de juicio, lo que, para evitar disgustosos percances, conviene hacer..." (3)

El día 24 se presentó en el colegio salesiano un escribiente de policía para citar al director del colegio a una comparecencia ante el juzgado letrado a las 15. Se le dijo que el director no estaba en casa, como era en realidad. El empleado quiso que se firmara la citación. No se accedió tampoco a ello, por

(1) Archivo de la Inspectoría S. Francisco Javier. Bahía Blanca.

(2) Archivo de la Inspectoría S. Francisco de Sales. Buenos Aires.

(3) "Flores de Campo" del 2 de setiembre de 1915.

cuanto no se sabía si el superior podría o no estar presente a la hora indicada por el juez. En la policía se creyó que había mala voluntad en los PP. salesianos. Visiblemente contrariado llegó entonces al colegio el comisario Dagnino con el subcomisario Papina, otro empleado policial y dos testigos para citar al supuesto rebelde. Llevaban un doble ejemplar de un acta a firmarse *in situ*. La contrariedad del funcionario policial se debía también a que un vecino muy caracterizado de Viedma, cuando se le pidió que hiciera de testigo del acto se había negado en forma airada a lo que él suponía un atropello. El director, P. Manachino, había regresado, cuando llegó la comisión y firmó, sin reparos, la comparación. Acudió luego al juzgado donde fue interrogado por el Dr. Espeche, secretario del mismo.

El director era doctor en Derecho. Presentó 12 puntos puntualizando la inculpabilidad del acusado. Dos horas más tarde, a las 17, nuestro procesado salía de la cárcel, bajo fianza. Volvía a su hospital, a su farmacia, a sus enfermos, a sus lisiados. Huelga decir que fue recibido como un emperador romano cuando volvía vencedor de lejanas conquistas. Cuando se oyó en el hospital: "¡Ha vuelto don Zatti!" todos, sanos y enfermos, convalecientes y tullidos salieron al patio a ver al "delincuente"... Este reía de buena gana. Reía no solamente por lo ridículo que tenía su absurda detención, sino quizás porque se sentía feliz de ser ahora, ante los tribunales, más semejante a Jesús quien también debió exhibir su divina inocencia ante jueces y tribunales.

A raíz de este proceso sobrevinieron todavía complicaciones: pues a poco fue llamado Zatti a declarar nuevamente. Se le acusaba de que había dejado abandonado el hospital. El buen samaritano contestó que no quedó abandonado, sino que en esos días estuvo la cura de los enfermos a cargo del médico director y que en los trabajos de menor importancia había sido sustituido por el dentista que trabajaba en él, D. Angel Mori. Asimismo se le interrogó si no vendía en la farmacia el remedio llamado Sulfersen. Contestó el interpelado que ahí no era conocido. ¿Está unida la farmacia al hospital? se le preguntó. La farmacia surte al hospital, respondió; pero están separados. ¿Hay tuberculosos juntos con otros enfermos? Probablemente los había, pues Zatti, que no era capaz de decir una mentira, contestó: "se sigue en todo la orden del doctor". Posteriormente fue llamado también aquella alma cándida de D. Angel Mori

a declarar. Y también pudo defenderse de las preguntas capciosas con que foguearon su anacrónica persona...

Así terminó la aventura de Artémides. Nunca hubiera pensado él que algún día tendría que probar lo que era estar a la sombra. Pero si por un lado fue ello motivo de contrariedad para sus superiores y de desazón para los hermanos, a él le vino de perlas para descansar. El buen salesiano que fue siempre Don Zatti nunca se hubiera tomado cinco días de vacaciones. La Providencia se los dio sin que él los pidiera. Regresó a su hospital totalmente descansado y fresco como una lechuga. Por eso solía decir él que aquellos días fueron los únicos de auténticas vacaciones que él había tenido...

CAPITULO IX

ZATTI - HOSPITAL

Hay individuos que "nacen" para una obra: Marconi para la telegrafía inalámbrica, Don Bosco para la juventud, Cervantes para el Quijote. Zatti nació para el hospital. A medida que se adentraba en los años nuestro biografiado, el Hospital San José crecía también a su imagen y semejanza.

Hemos visto la cantidad de enfermos que atendía en 1915. En 1928 Zatti ha elevado el número de camas a 70 y durante ese año recibe 656 enfermos gratuitos y 90 pagos. En total asiste a 746 pacientes. Y ese mismo año 1928 acuden al consultorio externo la cantidad de 11.030 enfermos. Seis años después, en 1934, los pacientes internados en el nosocomio ascienden a 1.001 y los atendidos en el consultorio externo a 13.340.

En el año 1942 cuando el hospital se traslada a la Escuela Agrícola San Isidro cuenta con 75 camas. En 1943 recibe ya un subsidio. Son 25.000 \$ anuales que le otorga el Gobierno Nacional. Las entradas ese año ascienden a 36.840 \$. Pero los gastos que tiene el hospital son de 63.558 \$...

Al año siguiente, 1944, no obstante funcionar ya el Hospital Regional del Gobierno, el San José llega a recibir en sus salas a 999 enfermos y en el consultorio externo se atienden a 13.779 pacientes. Tanto los unos como los otros a esta altura de la vida del hospital son atendidos gratuitamente en su casi totalidad.

Cuando en los últimos años se habla de consultorio externo debe entenderse eso en sentido lato. Consultorio externo para Zatti era consultorio ambulante. En esos años él había substituido la sala de consultas por la casa de cada cual, la mesa de operaciones por la bicicleta y el armario de instrumentos por el

bolsillo de su guardapolvo. La gente pobre no podía ya llegar hasta "la quinta". Entonces la caridad del buen samaritano debía llevar a las casas particulares lo que era necesario para remediar las dolencias y aliviar malestares.

En 1946 las persona que fueron atendidas en el consultorio externo "a domicilio", dice Zatti en un informe al P. Inspector, pasaron de 15.000 mientras los enfermos asilados en el hospital en todo ese año fueron 937.

Hay años en que los gastos son exorbitantes. En aquel año de crisis de 1931, Zatti consigue elevar las entradas a \$ 35.112 pero las salidas continúan en progresión creciente. Ascienden a \$ 99.542. Ya veremos como ese año Zatti se vio en figurillas, más que nunca, por las deudas. Pero tampoco esa vez lo abandonó la Providencia.

Mientras tuvo a su lado la enorme fe del P. Pedemonte, Zatti iba viento en popa en sus planes de ampliación del hospital, edificación, salas de cirugía, etc.; pero cuando a él sucedieron otros Inspectores que creyeron prudente frenar un poco los entusiasmos del santo varón, este debió pasar muchos malos ratos. En 1930 estaba, como siempre, ahorcado por las deudas, y sin embargo seguía edificando el cuerpo principal del edificio. El P. Inspector, ante la insistencia del buen coadjutor que quiere seguir edificando sin dinero, le contesta:

"Non si deve continuare ad edificare senza denaro; si sospendano i lavori; comunica questa mia risoluzione a Don Cencio perchè si interessi al rispetto. Grazie per le pillole. Allegro e fatti santo..." (1)

Zatti suspendió los trabajos. Y lo hizo como solía él: alegremente. Pasaba unos minutos delante del altar del Smo. Sacramento con el rostro entre las manos, sacaba luego el pañuelo de hierbas, se enjugaba los ojos y salía con la alegría de siempre estereotipada en la frente. Así se hacía santo. Razón tenía el P. Manachino cuando le dio esa receta: allegro e fatti santo...

Mientras vivió el P. Garrone, el hospital tenía una "victoria" para uso del Padre "Dotor". La dirigía Salustiano Alderete. Cuando él murió, el vehículo siguió prestando servicios a los médicos del hospital. En 1932, ante la insistencia de propios y extraños, Zatti se decidió a pedir permiso al P. Inspector para

(1) Archivo Inspectorial. Bahía Blanca.

comprar un automóvil de segunda mano. Y así fue como apareció aquel famoso "Dodge" que guiaba Pedro Miglietta y que tantos dolores de cabeza añadió a los casi infinitos del buen samaritano. Zatti nunca quiso subir a él: quizás haya ido alguna vez a "La Boca" acompañando a su personal a pasar un día de esparcimiento; pero de esto no estoy seguro. Apenas halló comprador, lo vendió. El seguía en su bicicleta. Cuando en 1912 la compró, el P. Pagliere le escribe:

"Cuida de no romperte la nariz con la bicicleta, aprende a manejar bien la máquina de escribir, prepárate a dar exámenes en la nueva universidad, no olvides tu triple propósito y "adelante con los faroles mientras se coloca la luz eléctrica"... (1)

Habla el P. Pagliere en esta carta de los progresos de aquella época: la bicicleta, que Zatti no abandonará nunca más hasta su muerte; la máquina de escribir a la que él siempre tuvo ojeriza y la dejó para los demás; los exámenes en la nueva universidad de lo que nos ocuparemos oportunamente y la luz eléctrica que dio origen al conocido modismo criollo. Zatti fue siempre adelante con los faroles aun cuando se colocó luz eléctrica. Porque aun cuando el hospital tuvo automóvil, él siempre usó la bicicleta...

Así, con humildad y economía, pudo hacer frente al enorme desembolso que reclama el sostenimiento de un nosocomio.

Impresiona una nota de agradecimiento que recibió él en 1930. Reza así:

"CARCEL DE VIEDMA. Territorio Nacional de Río Negro. Viedma, 5 de enero de 1930. Nº 18. Señor Artémides Zatti. VIEDMA. Habiendo la Superioridad nombrado un enfermero para los servicios de este Penal, tengo el agrado de dirigirme a Ud. agradeciéndole los servicios que desinteresada y humanitariamente ha prestado en bien de los reclusos de este establecimiento carcelario. Al agradecerle, lo hago también en nombre de ellos, que han sabido valorar la dedicación y esmero que ha puesto al cumplir misión tan noble. Saludo a Ud. con mi mayor consideración. ERNESTO THOMASSET, Director Interino". (2)

Como se ve, el hombre de Dios no sólo atendía al hospital y a la farmacia, a la enfermería del colegio salesiano anexo, a la del colegio de María Auxiliadora y a cuanto pobre golpeaba a las puertas del Hospital S. José sino también, *gratis et amore*

(1) Archivo de la Inspectoría S. Francisco de Sales. Buenos Aires.

(2) Archivo del Hospital San José.

Dei, a los reclusos en la cárcel. ¿Cómo hacía él para encontrar tiempo para tantos menesteres? Se levantaba a las 4,30 ó 5.

Lo primero que hacía era encender el fuego. (¡Hermoso símbolo: primero encender el fuego, símbolo de su amor a Dios y al prójimo!) Después iba a la iglesia. Cuando estaba en la "quinta" se postraba libremente en el pavimento con la frente hasta el suelo para humillarse y rezar a su gusto. Luego, hacía la meditación en comunidad. Oía la Misa. En las postrimerías del hospital, dirigía él mismo las oraciones y cánticos. Sólo los últimos 41 días antes de su muerte dejó de ir a la meditación y Misa, con gran sentimiento de su ánima.

Luego se dirigía a las salas de enfermos. Se presentaba sonriente, generalmente rascándose la pierna derecha, y decía: "Buenos días. Vivan Jesús, José y María..." Y en seguida preguntaba: "¿Respiran todos?". Los viejos se removían en el lecho y contestaban a coro: "Todos, Don Zatti"... "Deo gratias", decía él alegremente y comenzaba a recorrer cama por cama para ver lo que cada cual necesitaba. Y también para ver si alguno "no respiraba". Porque se dio el caso de que alguno se quedaba exánime durante la noche como un pollito, sin que nadie se percatase. Entonces él, cuando se daba cuenta de que "no respiraba" se lo echaba al hombro y salía con el difunto hacia la morgue muy tranquilamente. El cadáver iba sacudiendo las extremidades superiores desgarradamente al compás del paso del buen samaritano.

Después iba al comedor para tomar el desayuno. Taza grande, pan ensopado en café con leche. Solía usar cuchara grande para hacer más pronto.

Luego a satisfacer los pedidos de los pacientes.

Satisfechos estos, montaba en su bicicleta y salía, siempre en cabeza, a poner inyecciones a los mil y un enfermos pobres que tenía diseminados en el pueblo. Cuando aparecieron los antibióticos, se redoblaron los trabajos para Zatti. Pues era frecuente que tuviera que ir a aplicar inyecciones de penicilina, cada dos horas, en diversas casas, también durante la noche. "Rara vez durmió toda la noche", me dice una de sus fieles ayudantes. Y viajaba siempre en su bici o bien en camión, si se le ofrecía. Pero nunca en auto.

A las 12, no se sabía cómo, pero él estaba rezando las oraciones que preceden al almuerzo. Rezaba con fe, con los ojos cerrados, apretando los labios y las manos para concentrar la

atención. Casi siempre tocaba él la campana para llamar la gente a la mesa. Tocaba con devoción. Era la voz de Dios. Después del almuerzo, jugaba a las bochas con los convalescientes. Jugaba con entusiasmo. Ponía su alma en ello. Como lo hacía por Dios, quería hacerlo bien. A las 14 salía de nuevo en bicicleta hasta las 16 más o menos. No dejaba nunca la merienda. Frecuentemente después de ella, debía salir otra vez. Si no, recorría las salas, arreglaba cuentas, componía desperfectos en la casa. A las 18, lectura espiritual. La dirigía él personalmente y ayudaba al sacerdote en la Bendición con el Santísimo. Esto cuando desde 1942 el hospital estuvo en los alrededores de Viedma. Mientras los enfermos cenaban, él trabajaba en la farmacia. Terminada la cena de los pacientes, iba él sala por sala para que rezaran todas las oraciones de la noche. Terminadas estas, el buen coadjutor daba las "Buenas Noches" a los enfermos y a las enfermas. Conocía el martirologio y el Año Cristiano como pocos. Sabía la biografía de cada santo y la narraba a los pacientes. Otras veces les narraba un episodio de la vida de Don Bosco. Sus buenas noches eran breves y substanciosas.

Generalmente de 19 a 20 atendía la correspondencia. Con frecuencia debía dar otras buenas noches a las enfermeras, las que aprovechaba para dar avisos y enseñanzas particulares. Cenaba con la comunidad a las 20. Después de la misma recorría las salas otra vez y cuando podía y las ocupaciones le daban tregua, leía vidas de santos o libros ascéticos hasta las 22 ó 23. Con harta frecuencia lo llamaban durante la noche. Si había enfermos graves, se levantaba varias veces por noche sin que lo llamaran. A cualquier llamado, se levantaba rápidamente, así hiciera unos minutos que había conseguido conciliar el sueño. . . Y así hasta las 4,30 ó 5 del otro día en que comenzaba de nuevo la rutina cotidiana. En 1914 sacó la carta de ciudadanía. El quería a su patria como pocos. Pero por encima de todo amaba a Dios. Y para serle grato y poder hacer mayor bien a sus prójimos, optó por hacerse ciudadano argentino.

Tanto su nombre como su apellido fueron jerigonza para la gente del pueblo. En vez de Artémides le suelen escribir: Arquímedes. Más frecuentemente, Artemiro o Artensio. Alguno escribió Artemisco. Otros Artemisto.

El apellido también dio que hacer a la clientela del buen samaritano. Generalmente lo llamaban "Don Sati". Otros creían que él se llamaba Donzati, todo junto. Algunos escribían Zati, otros Satti. Tal cual extranjero suele escribirle: Sapte, otro

Sapti, alguno Sacti y hasta alguien lo llama Zatting. Con frecuencia encabezan las cartas poniéndole Señor Zatez o bien Señor Sates...

Y así como Zatti debía cartearse con gente semianalfabeta debía también hacerlo con grandes casas comerciales.

Cuando el hospital tomó vuelo, el buen Zatti debía alternar con grandes laboratorios y estar en contacto con casas como la Droguería Suizo-Argentina, los Laboratorios Lavoisier, Squibb and Sons, Laboratorios Raffo, Instituto Bioquímico Argentino, Productos Roche, Johnson y Johnson, etc.

De "El Caín" es esta consulta que le hacen:

"Dígame qué será bueno para curar las berrugas; a mí me asalido a un costado del cuello, pintas negras y se me van agrandando..."

Una chica que ha estado en el hospital siente la nostalgia de ese lugar:

"No crea, D. Zatti, que no hextraño; he sufrido y he hextrañado una cosa bárbara..."

Otras veces es un italiano que le pide trabajo y se expresa así:

"Desearía saver si osté tiene trabaco ne la cusina..."

Zatti tuvo siempre buenos colaboradores que él mismo formó a su imagen y semejanza, con esa nativa intuición pedagógica que Dios le había dado. Los coadjutores Francisco Bielawski, Augusto Rébola y Francisco Brioschi han sido colaboradores de Zatti y reconocen cuanto a su lado adelantaron en virtud y perfección.

Cuando se habla del Hospital San José de Viedma, no se puede olvidar a las Hijas de María Auxiliadora, porque ellas desde la primera hora hasta 1942 estuvieron al lado de los Salesianos, trabajando como buenas y sosteniendo un verdadero torneo y competencia con ellos en punto a caridad y a sacrificio. Cuando en 1889 se instaló el hospital, fue designada enfermera la Hna. Eugenia Galli. Más tarde le sucedió en el cargo Sor Anunciada Tolomei y poco después Sor Ana Pánzica. Desde 1895 fue encargada de este caritativo menester la Hermana Severina Teghile, la cual desde esa fecha hasta su deceso en 1940 estuvo uncida al yugo de la caridad junto a los enfermos con una abnegación que cuantos la han conocido admiran.

Cuando la buena religiosa como un árbol que se inclina a

la tierra por el peso de sus frutos, cayó rendida por los años, las fatigas y los méritos, le sucedieron las Hermanas María Grañas y María Méndez, quienes trabajaron hasta que el hospital estuvo frente a la Plaza Alsina con el mismo espíritu de sacrificio de sus gloriosas predecesoras.

Si un enfermo sanaba y no tenía donde ir o no encontraba trabajo, Zatti lo asimilaba al personal de servicio. Así se han formado hombres de trabajo y honradez. Algunos trabajaron muchos años a su lado. Entre ellos, el “vasco” Telésforo Iturralde.

Pero donde la figura de Zatti adquiere contornos de fundador es en la formación del personal femenino. Es natural que un hospital necesita enfermeras, cocineras, lavanderas, costureras, planchadoras, etc. Pues bien: nuestro hombre supo orientar tan bien a algunas jóvenes que Dios le mandaba al hospital que formó como una Congregación sin votos de almas elegidas que dedicaron su vida a los enfermos sin otra recompensa que la recompensa eterna. Entre ellas mencionaremos algunas (con gran temor de involuntarias omisiones) varias de las cuales aún continúan trabajando junto a los últimos ancianos del hospital. María Ervín falleció en 1932 después de 30 años de trabajo desinteresado en el hospital. Otro tanto dígame de la Sra. Clara L. de Ortiz y de Clara Albrizio, cuyas vidas, como candelas votivas se extinguieron junto a los enfermos de Zatti. Y más cerca de nosotros enumeraremos a Leopolda Benedettelli, Marcelina Sayhueque, Andrea Morales, María Danielis, Teodolina Acosta, María Peñiñori, Eulogia Coronel, Felisa Baté, Margarita Paz, Noelia Morero y otras cuyos nombres serán bendecidos por mil y un pacientes a los que ellas dedicaron su vida entera. Esta última, entre otras, ejerce actualmente su apostolado en un hospital gubernativo.

Bien sabía Zatti que una vez desaparecido él, no sería posible que el hospital continuase. Iba a faltar *el hombre* para el cargo. Por eso alguna vez el Dr. Sussini le oyó decir: “Antes de morir quiero terminar con el hospital”.

El estuvo consubstanciado con el hospital. Cuando atendía un llamado telefónico, contestaba así: “Zatti-Hospital”. Sin darse cuenta estaba formando una ecuación estupenda: Zatti es igual a Hospital, Zatti es el Hospital.

Es claro que nuestro hombre no tenía tiempo para llevar una administración como la tienen los “policlínicos” de ahora. El conservaba todo. Ya era mucho. Archivaba cartas, telegra-

mas, facturas y cuanto papel tuviera interés, en una forma que ya quisiéramos los que andamos siempre revisando archivos, hallar en tantos colegios bien organizados...

Pero, claro, él lo llevaba a la buena. Una vez fue a inspeccionar la administración del hospital, un inspector gubernativo de la Dirección de Subsidios. —Tome asiento, señor, — le dijo Zatti. Y le arrimó un cajón lleno de papeles. El inspector miró aquello. Olía a agua oxigenada y a yodo. Entonces renunció a la inspección: —Está bien... — le dijo. Y se fue. No volvió más. Se dio cuenta de que allí faltaba contaduría; pero abundaba algo que está por encima de todas las contadurías: la abnegación, el sacrificio, el amor...

Dice el Dr. Sussini que "Zatti tenía una colección terrible de enfermos".

Es que sus enfermos eran casi todos crónicos. Contra ellos se estrellaba la clínica más encumbrada y la pericia médica más perspicaz. Hospital de pobres. Refugio de parias. Sin esos el hospital de Zatti no hubiera tenido ese carácter que hace simpático al Cottolengo y a las Obras de Don Orione.

En el hospital de Zatti no había burocracia; pero había amor. Por eso los enfermos se encariñaban con esa casa del dolor con un afecto que impresiona. Y además tenía siempre lo esencial: leche buena y abundante de la Escuela Agrícola, carne elegida, verdura en abundancia, cosas de que no todos los "policlínicos" pueden alardear.

En 1946 una paciente que había estado en el Hospital San José y ese año se hallaba internada en uno de la Capital Federal, le escribe:

"Esto no es el Hospital San José, donde llega un enfermo a cualquier hora y ya lo atendieron y ya lo pusieron en la cama también: aquí tube que pasarme hasta la una después de mediodía para poder ir al lugar que me correspondía..." (1)

Otra joven, el mismo año 1946 desde un hospital de una importante ciudad de la Provincia de Buenos Aires, le escribe a Don Zatti:

"Le diré que la comida es muy fea; no es como la de acá; varias veces hemo; tenido que hacer huelga. Con todo eso, la comida sigue siendo igual..." (2)

(1) Archivo del Hospital "San José".

(2) *Ibidem*.

Cuando el médico le preguntaba: —¿Tiene camas disponibles, Don Zatti?

—No tengo, —solía decir él— hay tres que “están madurando”, pero no quieren irse. . .

Y mientras “maduraban” él los cuidaba con solicitud maternal. Porque Zatti quería con toda el alma a su hospital. Y no a un hospital abstracto sino al muy concreto y palpitante de sus viejos, crónicos, tullidos y lisiados que representaban el rezago de la sociedad. Eso era lo que él amaba. A eso se había dedicado. Por amor a Dios se había consubstanciado con ese hospital que fue la razón de su vida y con los enfermos que eran el alma de ese hospital. Por eso creemos que cuando contestaba al llamado telefónico diciendo “Zatti-Hospital” proclamaba una verdad como una casa. . .

CAPITULO X

EL PARIENTE DE TODOS LOS POBRES

Zatti fue un sacerdote. Sólo que en vez del sacramento del orden, él había recibido el sacramento del amor. No puede haber amor verdadero sin el sello del dolor. Nuestro buen samaritano sabía de amor y caridad porque había sido ungido por el dolor. Diré más: Zatti se había abrazado al dolor y se había desposado con la miseria.

Una vez salía de la sala de operaciones y vino una señora hacia él, corriendo. "Venga, Don Zatti, venga que mi hijo está muy mal. Déle su bendición". El buen enfermero no dijo una sola palabra. Tomó su bicicleta y salió a ver al chiquillo. La mujer lo seguía de lejos, rezando y llorando. Zatti iba a "dar su bendición" a aquel niño. ¿Y qué mejores manos para bendecir que las suyas, ungidas con el ungüento de la caridad?

Si hay alguien que como San Pablo se^a ha hecho todo a todos para salvarlos a todos, ese es Zatti. Muy a menudo cedía su propia cama para dar cabida a un enfermo... o a un muerto. Su lecho era el de todos. Cuando lo había cedido a un paciente, él se sentaba en una silla, apoyaba la cabeza sobre los brazos que descansaban sobre una mesita y así dormía... Otras veces tendía una frazada en el suelo y sobre ella reposaba. Una vez fue el Hermano Brioschi a llamarlo de noche porque en la sala grande requerían su presencia y encontró que en vez de un enfermo, tenía dos en su pieza. Y él dormía sentado en una silla...

Mario Rodríguez de Conesa y Raúl Contín de Viedma, son testigos de cómo el buen Zatti cedía su cama a los amigos... El Dr. Pietrafraccia, director del hospital por tantos años, murió

en su lecho. ¡Dichosos los muchos que se enfundaron en las sábanas santificadas por la presencia del hombre de Dios!

Si un enfermo no podía ir al consultorio externo (que era lo corriente) él decía: —Bueno, iré yo allá... Y apenas sus ocupaciones le daban tregua, montaba en su bicicleta y partía...

El chófer de D. Nazario Contín se enfermó de fiebre tifoidea. Durante dos meses, a las 2 de la mañana se vio a Zatti llegar a la casa del paciente para ponerle inyecciones. Cuando terminó la cura y el mozo sanó, le preguntó: —¿Cuánto es, Don Zatti?

—Y... ¿cuánto va a ser? Nada.

—No pero algo debemos retribuirle...

—Bueno: vas a confesar y comulgar. Con eso saldas toda la cuenta...

A veces el director del hospital le enviaba un enfermo. Cuando llegaba, Zatti solía decir: —Pero si el doctor sabe que no hay camas vacías... Bueno: lo pondremos en la mía... Y daba orden de cambiar las sábanas.

Nunca pudo decir que no al dolor o al infortunio.

Cuando pedían hielo para un enfermo, él siempre corría en su bicicleta a llevarlo, hiciera el tiempo que hiciera. Una noche de invierno, fría y ventosa, fue a llevar un remedio a la señora de Vinent. Cuando llegó le dijeron:

—Pero D. Zatti, con esta noche...

—Y... no tengo otra, —dijo él con su buen humor de siempre...

Para él no había mala gente, no había mal educado, no había aprovechadores, no había "vivos". Una familia necesitaba un remedio. Tenía la receta en casa. En vez de llevarla a Don Zatti y pedirle, por favor, que les diera esa medicina de su farmacia, le hablaron por teléfono: —Don Zatti, venga a buscar la receta... El médico que escuchaba y sabía que en esa casa había chicos que bien podían haberse molestado por lo menos en llevar la receta, echaba chispas por los ojos y viboreznos por la boca. Zatti no dijo una sola palabra. Saltó sobre su bicicleta y fue a buscar la receta...

Su ojo simple, reflejo de su alma cristalina, lo veía todo bueno. Las cosas son del color del cristal con que se miran. Nada extraño que él lo viera todo bueno, si lo miraba a través de su bondad...

¡Qué bien lo bautizó aquel criollo que dijo que Zatti era "el pariente de todos los pobres"!

Un indio había llegado enfermo al hospital. Nunca había dormido en cama. Zatti lo ponía en el lecho y él al rato ya estaba en el suelo, envuelto en una manta. Zatti le decía:

—Vamos, amigo, así no se duerme.

—Lo no puede dormir catre, — decía el aborigen molesto.

Y el buen samaritano lo levantaba en vilo, diciendo como una madre: “¡Upal! ¡Arriba!”... Y lo ponía sobre el lecho. Y así por una, dos, tres noches, hasta que se acostumbró “al andar de la cama” como decía él después en su jerga campera.

Un muchacho del campo debía hacer la Primera Comunión. No tenía saco. Entonces Zatti no titubeó en sacarse el suyo y dárselo. El se arreglaba con el guardapolvo. Y el mozo muy orondo se fue a la catedral forrado con el veterano saco de Don Zatti que se le salía de madre por los cuatro puntos cardinales.

Me contaba una señora que cuando visitaba a su esposo solía disimuladamente dejarle unos pesos en la mesa de luz. Sabía que los pobres andaban en apuros económicos, y, él que siempre andaba de la cuarta al pértigo, hallaba todavía dinero para los vergonzantes...

Entre los muchos desahuciados que tuvo, uno fue un obrero a quien en Fortín Mercedes llamaban “Pancheta”. Su nombre verdadero era José Rolfo. Era bajito y ventrudo. Parecía un barrilito. Cuando los achaques lo llevaron al hospital, él aficionado como era a la mecánica (había sido maquinista de una trilladora) se había propuesto inventar una nueva trilladora que daría ingentes cantidades de dinero para terminar el Santuario de María Auxiliadora de Fortín. Decía que había inventado el engranaje de dos dientes... ¿Qué hará Zatti con este peregrino enfermo? Pues comprarle lápices, papel milimetrado, compás y otros enseres para que el buen “Pancheta” se entretuviera...

Una vez le llegó un enfermo cuyo cuerpo era un hervidero de gusanos. El pobre estaba a la miseria. No se sabía por donde tomarlo. Zatti lo envolvió en una sábana, lo llevó al baño, lo depositó en la bañera, abrió los grifos y lo lavó de pies a cabeza. Como una hora estuvo limpiando aquella repulsiva laceria humana. Luego lo desinfectó y lo llevó a la cama. Decía el hombre que se sentía “más liviano”. No era para menos. ¡Con los gusanos que Zatti había despachado por los caños de desagüe!

En una casa de Viedma, habían caído enfermos de gripe todos los miembros de la familia. Llegó Zatti con remedios.

Viendo que no había cocinera, se arremangó, fuese a la cocina y preparó un sabroso caldo para todos. . .

Tenía un cuidado especial para quienes llegaban con enfermedades vergonzosas. Siempre les buscaba un lugar apropiado de modo que los demás no se percataran de ello para evitarles el bochorno consiguiente.

A los cancerosos se los reservaba para sí. No quería que otros los lavaran. En cierta oportunidad llegó un vasco que tenía la cara a la miseria. —Bueno, este trabajo es para mí, —dijo Zatti y se arremangó. El otro apenas se tenía en pie. Luego que lo hubo limpiado y desinfectado, se lo llevó al P. Miche para que lo confesara: —“Así lo limpiamos por fuera y por dentro, amigo,” le decía chacoteando con él de buena gana.

También los purulentos y gangrenosos eran privilegiados. Sólo él los curaba. Cuando levantaba la ropa y se encontraba con un cuadro excesivamente repugnante, lo único que solía decir era: “¡A la maula, socio!” y comenzaba a limpiarlo.

En una oportunidad lo llaman de la sala grande. Acude. Son las 22. Cuando llega, está expirando un enfermo. Como siempre, cuando feneció, se lo cargó al hombro y . . . se acordó que tenía la morgue ocupada. Una familia estaba velando otro difunto. Entonces no encontró mejor expediente que llevárselo a su pieza. Lo acostó en su cama, lo cubrió y él se tendió en el suelo y durmió como un bendito. “¿No tenía miedo?” le preguntaban después.

—“¿Miedo? Si los dos estábamos durmiendo. . . A los vivos hay que tenerles miedo, no a los muertos. . . Estos, ni siquiera roncan”, contestaba siempre alegre.

Una vez llevó otro cadáver a su cuarto. Era muy alto. Le salían los pies por los hierros posteriores del lecho. Entonces, “para que no estuviera molesto” le puso un cajón de kerosene que se los sostuviera.

En una ocasión no pudo engañar al compañero de sala de un enfermo. Este falleció. Zatti lo cubrió con la sábana y lo dejó. El otro lo llamó: —Tengo miedo, Don Zatti. . . —¿Y qué te va a hacer?. —Yo tengo miedo. . .

Tuvo que cargar con él, llevarlo a su pieza y dormir, como decía él, “el sueño temporal mientras el otro dormía el sueño eterno” . . .

Cuando había apuro y no había camilla a mano, Zatti, cubría bien al o a la enferma y se los cargaba al hombro y así lo depositaba sobre la mesa de operaciones.

Una señora de Viedma, me dice que Zatti era “el facultativo de los pobres”. Y así era. Cuando los pobres de los arrabales no tenían dinero para presentarse a los médicos, se decían: —Vamos a ver a Don Zatti...

Y él los recibía a todos y a todos atendía con inmensa caridad.

Una joven que actualmente ejerce como enfermera en un hospital gubernativo dice que cuando Zatti la recibió, muy enferma, en su hospital, a ella le dio en rostro esa sonrisa con que el santo varón la hizo pasar. “Creía que se reía de mí” dice ella. Más tarde se dio cuenta de que era la alegría que él experimentaba al hacer el bien.

Mientras curaba solía estar o cantando o charlando amablemente con los enfermos, para distraerlos o para aliviarlos en sus dolores. Curaba con sus grandes manos de taumaturgo y también con sus palabras de cielo. Una vez que un coadjutor lo vio ocupado en lavar postemas que manaban abundante pus y que no terminaba nunca con eso, le preguntó: —¿No le hace daño, Don Zatti, ese oficio? —¿Daño? — replicó él, ¿no sabe Ud que el pus no tiene espinas? No hace nada, absolutamente nada... — Y seguía manipulando eso que constituye como la hez de la especie humana.

Una noche de lluvia y de frío fue llamado para poner inyecciones de penicilina. Saltó sobre su bici y emprendió la marcha. Llegó empapado y temblando de frío. Al entrar le pidieron disculpas por haberlo molestado con ese tiempo: —Es mi deber venir y es deber de Uds. el llamarme, — les dijo simplemente el abnegado religioso.

Narra una Hermana que una noche a la una lo llamaron del colegio para una alumna grave. A los cinco minutos estaba el buen Zatti tocando timbre en el colegio. Y la dejó “tranquila y consolada”, dice la religiosa, “porque sus palabras impregnadas de amor y caridad, producían más bien que los remedios”.

Una señora muy pobre tenía un chiquillo con un tremendo forúnculo. El médico que lo había curado ya otras veces, le dijo que el pequeño no tenía cura. Y es claro: el pobrecito se curaba si se alimentaba bien. Y eso no podía hacerlo porque la familia vivía en la más escuálida miseria. Lo tomó Zatti por su cuenta. Madre e hijo iban al consultorio. Ahí les hacía servir él dos platos de nutritivo alimento y de ese modo salvó al niño con gran contento de su madre.

Tenía predilección por la gente humilde del campo. Les hablaba en su lenguaje. Tengo para mí que esa tercera persona del presente de subjuntivo que Zatti siempre escribió y dijo mal: *estea* en vez de *esté* se le pegó a fuerza de adaptarse a la manera de hablar de los paisanos. Sobre todo para acercarlos a Dios les hablaba a su modo. Así una vez les dijo: —“Hay que acercarse al fogón, muchachos”... Todos pararon la oreja. Se imaginaban que Zatti los estaba invitando a tomar mate o a comer churrasco. Y él entonces les explicaba que hay que acercarse a Dios que es Vida, Fuerza y Luz, verdadero fogón de las almas...

—“Vamos a tener que meterle fierro nomás” les decía cuando había que operar.

Cuando llevó el hospital a “la quinta”, una mujer, al no hallarlo se sentó un día en la plaza y decía entre sí: —“Ya no tenemos hospital”... En eso pasó Zatti en su bicicleta por la calle. La mujer corrió hacia él gritando: —Don Zatti ¿y el hospital? ¿Ya no tenemos hospital de pobres?...

—Sí, tenemos, tenemos, —replicó él sonriendo amargamente.

¿Cómo abandonar a esa pobre mujer? Diez minutos después la gente vio a Zatti con un enorme bulto sobre la bicicleta. Llevaba el colchón a una casa que había alquilado junto a la casa de Malpelli. Era para la mujer de la plaza. En pos de ellas fueron muchas otras...

Una noche de invierno dos hombres cuidaban de una enferma. La pobre falleció esa noche. La lleva Zatti al depósito mientras, al día siguiente, los deudos consiguen el ataúd. No tenían donde ir. Se tiraron en el zaguán. Ahí acurrucados, los encontró Zatti. Inmediatamente los llevó a su cuarto, sacó las frazadas y se las dio. Ellos se envolvieron y durmieron bastante bien. Y el buen samaritano, hecho un ovillo, sobre su lecho, con las solas sábanas... Tres días antes de morir, exhausto ya y sin fuerzas para nada, quería ir a visitar una enferma. Naturalmente, no se le permitió. Pero su deseo generoso era todo un símbolo en esa hora crepuscular de su vida. El amó a su prójimo hasta la muerte. Y amó no de palabra sino de hecho. No de lengua sino de verdad. Y amó la porción predilecta del corazón de Dios, que son los pobres. Todos ellos tuvieron en él su paño de lágrimas. Por eso la definición que sus amigos los hombres del campo dieron de él es quizás la más acertada: “el pariente de todos los pobres”...

CAPITULO XI

¡LO QUE PUEDEN LOS SANTOS!

Santo es el que cumple a la perfección la Ley de Dios. Y el resumen de toda la Ley es la caridad, el amor. Los salesianos, que debimos haberle aliviado el trabajo al buen samaritano, muchas veces no hicimos sino aumentárselo. Y no solamente era el P. director de Stroeder que le mandaba enfermos y el de Fortín Mercedes que le pedía remedios y el de Choele Choele que solicitaba diagnóstico sobre la base de un cuadro clínico de lo más primitivo o el párroco de Conesa que remitía la hipoteca de un crónico y desahuciado: eso por lo menos estaba dentro de la especialidad de Zatti. Pero sucedía algo más serio. Cuando entraba de peón en nuestras casas un quídam y después de algunos años quedaba inválido, ya se sabía, iba a parar al hospital de Don Zatti. Y ahí quedaba años y años. Zatti lo cuidaba como si fuera un hermano. Al cabo el anciano moría. Y era también Zatti el que debía correr con los gastos del sepelio. Entre tanto, por el colegio habían pasado varios administradores. Ninguno de ellos conocía al difunto. Ni sabían que tenía algo que ver con su instituto. Por otra parte, Zatti no se preocupaba mayormente por pasar la cuenta. El decía que la Providencia lo ayudaría y su magra caja milagrosa lo saldaba todo.

Pero es que no solamente Zatti tenía que acuparse de enfermos. A veces era un inmigrante que debía venir de Italia. Como si nuestro buen coadjutor hubiera sido un desocupado, no se encontraba mejor camino para ello que recurrir a él. Un labrador de Viedma, analfabeto, le da poder general a Zatti para que haga venir a su esposa y tres hijos. Y he aquí al enfermero del hospital, atareadísimo de la mañana a la noche, convertido, por arte de su caridad que no sabía negarse a nada,

en gestor de los mil y un trámites que deben hacerse para que una familia entre en el país: cartas, notas, telegramas, mover expedientes, pagar sellados, etc. Y para todo esto el buen italiano le había dado 1.700 \$. Con ellos Zatti debía pagar los trámites y los pasajes...

Otras veces debía escribir cartas a pobladores de Italia de parte de sus parientes de aquí. Tengo a la vista una carta que no tiene desperdicio. El buen campesino le ha dado, una carta para su esposa. Zatti la lee. No entiende una higa de todo aquello. Entonces se decide a escribir él a la esposa desconocida. Y aprovecha para mezclar, junto con las noticias de la fruta y la verdura, algunos buenos consejos propios de su espíritu apostólico.

Las Hijas de María Auxiliadora, de Patagones, Viedma, Copena, Pedro Luro, y otros pueblos, recurrían a Zatti para remedios como si él fuera el surtidor universal. En las cartas le dicen siempre: "por ahora, muchas gracias". Es de esperar que más adelante le hayan girado el importe. Pero como hermanas del buen salesiano, quizás más de una vez, imitando a los hermanos, se hayan olvidado que nuestra fraternidad no llega hasta el punto de olvidar las deudas. Los salesianos coadjutores a quienes Zatti enviaba remedios nunca se olvidan de decirle "que la Virgen recompense los sacrificios que hace por tantos enfermos..." Pero nada más.

A los que habían pasado por el hospital, no los abandonaba. Cuando venían a los policlínicos de la Capital Federal, el buen samaritano contestaba siempre las cartas que le enviaban desde acá. Una joven que firma Beba pasó varios años en un hospital porteño. Le escribía siempre a su gran bienhechor Zatti. En carta del 7 de abril de 1948 le dice:

"¡Cuánta grandeza encierran sus palabras, Don Sati! Cada palabra escrita en su carta es un consuelo para mí en estos momentos de dolor..." (1)

De Stroeder le escribe un campesino:

"Esta es para decirle que me encuentro trabajando en el monte y hoy ando bastante embromado. Yo creo, Señor Satti, que es un poco de romatismo. Creo que por hezes de trabajo... Le ruego encarecidamente me aga el favor de remitirme algún remedio que me pueda ser útil. Yo iré por ese hospital que tanto bien me hizo..." (2)

(1), (2) Archivos del Hospital San José.



1924: La Hna. Severina con sus ancianitas y enfermas. (1) "La Muda".



La familia del Gobernador Tte. Cnel. León Quaglia mezclada con la familia del chileno Montalva, el día del bautizo de los hijos de este.

De Sierra Pailemán escribe un padre de familia cuya hija está desahuciada:

“Estoy trabajando y cuando pueda juntar unos pesos para el viaje, hiré a vuscarla...” (1)

Los médicos recetaban; pero los pobres no tenían dinero. Entonces acudían a Don Artémides. Hay muchas cartas como esta:

“Le agradecería muchísimo pudiera usted mandarme este remedio que va en la receta porque yo no he podido comprarlo y por eso le pido a Usted, Don Sati. Se lo pagaré dentro de unos días porque ahora no tengo dinero. Si no pudiera igual le agradezco de todo corazón y me prepara un poquito de pomada para el esema del nene. Espero su contestación. Perdone que lo moleste”. (2)

Cuando alguien había estado en el hospital, se hacía lenguas del mismo. Y se creía con derecho de recomendar a cuanto enfermo anduviera sin dinero por esos mundos. Una señora le pide reciba a una chiquilla “que ha tenido telisia y ataques menenjitis” (!) y como la familia es pobre, recurren a Zatti.

Del campo le escribe uno que firma con el peregrino nombre de Siriveredo Peres. Data la carta en “Sanantoño”. La parte inteligible de la carta dice así:

“Ai le mando cincopeso no le puedo mandar mas así le ruego encarecidamente me la tenga porque io no puedo tenerla en el campo tirada y me manda desir que enfermedá tiene...” (3)

Una maestra de Rucu-Luan le envía un muchacho para que lo haga operar. Un paisano de Maquinchao le pide le envíe las cartas que lleguen al hospital y lo llama Antimir Zatis. De San Antonio Oeste una mujer muy pobre le pide le desnache la receta que le adjunta. “En cuanto yo tenga plata le voy a mandar” le dice.

Un viejo poblador italiano socio fundador del Círculo de Obreros de Viedma se halla en precaria situación. No sabe escribir. Zatti se encarga de escribir una nota al presidente de la Institución para que lo ayuden.

Desde Ezeiza, Buenos Aires, le escribe un ex-paciente del hospital. Está separado de su mujer. Quiere saber algo de sus hijos. ¿A quién recurrir? A Zatti. Le pide el 17 de octubre de

(1), (2), (3) Archivos del Hospital San José.

1949 que vaya a la casa donde está su esposa y "con pulítica" averigüe "como quien no quiere la cosa" si las hijas están bien y si todas están en Viedma.

Los jueces de paz de tantos pueblos del interior del territorio no tienen inconveniente en firmar certificados de que fulano "es deficiente por completo, es decir, pobre". Con ese certificado ya el buen hombre se venía a Viedma. Y una vez ahí, iba de rondón al hospital de los pobres.

Impresionan las cartas que le escriben los presos desde la cárcel. Uno dice:

"Acá me tiene, mi buen señor, olvidado hasta hoy de la justicia humana... Como hombre y educacionista y ante Dios, que bien lo sabe, no he cometido ningún delito. Sólo hay maldad en los hombres sin sentimientos cristianos y el vil ensañamiento que ha enlodado la reputación de un caballero... Una oración suya a Dios Nuestro Señor valdrá miles de veces más que las mías..." (1)

Sabiendo algunos la admiración que el ministro de Agricultura de la Nación tenía por Don Zatti, acuden a él para que les dé recomendaciones. De ese modo consiguió puesto para varios.

Uno de los casos en que rayó más alto la caridad y la dialéctica de Zatti fue la conversión de Lautaro Montalva. Era este un chileno revolucionario. Alto, magro, de revuelta melena, ojos centelleantes, solía vestir un "overall" salpicado de lamparones de grasa. Había sido oficial del ejército de su patria. Decía que había combatido en Perú y Bolivia. El hecho es que al hombre le gustaba el olor a pólvora. Cuando en un 25 de Mayo las autoridades de Viedma le dieron un cañón y un sargento para que pusiera un poco de animación en la dormida apacibilidad de la pequeña capital, el "Chileno" recorrió las calles de Viedma y de tanto en tanto cargaba al cañón y daba la orden: "¡Sargento: fuego a la pieza!". El sargento disparaba, todo Viedma temblaba ante el estampido y los vidrios de diez casas a la redonda caían hechos añicos. Fue la primera y última vez que le dieron a Montalva tamaña franquicia...

En mi niñez lo he visto en unas efemérides patrias encaramarse en la tribuna de los oradores oficiales y arengar fogosa y demagógicamente al pueblo. Hablaba el turbulento obrero contra todo lo sagrado y profano: contra la autoridad, contra los ricos, contra el clero, contra la burguesía. Su elevada talla

(1) Archivo del Hospital San José.

se agigantaba sobre la tribuna. Sus largos brazos parecían rayos que se dibujaban sobre la diafanidad del firmamento en aquella tarde invernal.

Montalva tenía una familia numerosa. En eso había cumplido bien la Ley de Dios. Quizás por eso el Señor lo bendijo. Vinieron años malos. El “Chileno” no hallaba trabajo. Los chiquillos pedían pan. El, en vez de ir a buscar trabajo, se iba a la taberna para ahogar las penas en vino. La miseria se asomaba a su casa. Para peor, un mal día se cayó a un pozo y se quebró una pierna. Ya entonces vivía en los arrabales de Viedma, en una endeble casita de madera. Ahí lo había conducido la misericordia de Dios como de la mano. El hombre se revolvía, desesperado en el catre. No tenía dinero para pagar médicos, los amigos que en sus horas de apogeo lo habían azuzado para que despotricara contra el orden y la jerarquía, habían desaparecido. Ninguno se llegaba hasta la humilde choza de Montalva. Creía morirse, no tanto de dolor físico sino de amargura moral: ahí solo, sumergido en la miseria, sin dinero, sin amigos y rodeado de hijos famélicos y harapientos.

Fue en ese momento cuando Dios lo mandó a Zatti. Apenas supo el buen samaritano que el “Chileno” estaba grave y que necesitaba del médico, saltó sobre su bicicleta y enderezó hacia la Plaza San Martín, siguió por un camino lleno de baches y fue a golpear a la puerta de la casita de madera. El anarquista que había en Lautaro Montalva, de primera intención se rebeló contra aquel enviado del clero. Artémides no hizo caso del primer centellear de sus ojos. Entró. Su sonrisa pura y su trato llano y cordial, parecieron iluminar la pobreza de aquella choza. A las primeras palabras ya Montalva era otro. A la tarde volvió el enfermero con remedios y con alimentos. Entre tanto el obrero meditaba: los amigos que un día se sirvieron de él para arrojar la piedra y esconder la mano, lo habían abandonado. El único que lo visitaba en la penumbra de su infortunio, era uno de sus adversarios... ¡Y cómo lo hacía!... ¡Con qué caridad maternal!... ¡Con qué alegría de santo dibujada en el rostro! Esto que el “Chileno” había meditado en la soledad de su alma, se lo dijo casi a gritos a su esposa, esa noche de insomnios y de luchas internas. Después llegaron las vicentinas. Ellas cumplieron la misión que Zatti había exitosamente comenzado. Pero el buen coadjutor no lo abandonó más. Fue desde entonces su consejero, su mentor, su amigo, su padre, porque lo había engendrado a la gracia. Cuando estuvo prepa-

rado, se dispuso a recibir el Bautismo. Era de noche. El P. Antonio Fernández, a la sazón párroco de Viedma, llegó a las 22. Antes de recibir las aguas bautismales, Montalva quiso arengar una vez más a la gente. Pero esta vez lo hacía en un tono completamente distinto. Ahora no hablaba Marx por su boca sino Jesús de Nazareth. Ahí, sentado en el lecho, con el cabello enmarañado aquel hombre era un nuevo Clodoveo que estaba “quemando lo que había adorado y adorando lo que había quemado”. Zatti, en el rincón de la pieza, lloraba de emoción... De las fogosas arengas del popular tribuno, fue sin duda aquella, la última, la mejor de todas... Habló de su arrepentimiento sincero, de su vuelta a ese Dios que él nunca había conocido, de lo que puede el amor cuando, como el de Don Zatti, era sincero y cordial. Todos escuchaban mudos en la semioscuridad del cuarto paupérrimo. A todos les parecía oír una voz que venía de ultratumba...

Después se bautizaron sus hijos. Fue padrino el Gobernador Ten. Cor. León D. Quaglia. Desde entonces Montalva fue un cordero. Manso y humilde, entraba rengueando en la catedral y se quedaba mirando largamente el sagrario, teniendo a dos de sus hijitos al lado. Rezaba a su modo. Pero rezaba bien. Su alma se oréaba en la placidez vespertina del templo...

Murió poco después de recibir el bautismo. Zatti lo había llevado al hospital. Yo tuve oportunidad de verlo la noche misma de su deceso. Como viéramos que respiraba muy trabajosamente, le ofrecimos oxígeno, porque — le dijimos — “parece que le falta aire”. “La vida es lo que me va faltando” respondió, con energía, como arrojando los últimos restos de su gallardía auténticamente varonil...

Después dijo: —“Ahora que estoy bautizado, no sabe cuánto deseo morir”... Reposó un poco y luego añadió: —“Pero Ud., Padre, haga todo lo que tiene que hacer conmigo: déme los sacramentos que debe recibir un cristiano”. El P. Fernández le dio la santa Unción y lo preparó a bien morir. Poco después Lautaro Montalva se dormía plácidamente en el Señor, aureolado con la inocencia baptismal...

Al volver entonces a la vieja casona del primitivo obispado, yo iba pensando: —Dichoso él...

Y a renglón seguido, recordando la gesta de Don Zatti:

—¡Lo que pueden los santos!...

CAPITULO XII

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS...

Debemos amar a nuestros prójimos como dice San Juan "no de lengua y de palabra, sino de obra y de verdad". (1) Artémides Zatti amó así a sus semejantes. Y este mandamiento que a primera vista parece fácil, en la práctica está tan erizado de dificultades que quien lo practica bien, es un santo. Porque para cumplir el "mandamiento nuevo" de N. S. Jesucristo hay que pensar bien de todos, hablar bien de todos, hacer bien a todos y soportarlos a todos... Y esto, es claro que en la práctica se hace sumamente difícil.

Nuestro buen samaritano no pensaba mal de nadie. Para él todos eran buenos. Todos hijos de Dios. En ese mecanismo complicado de un hospital hay enfermos, empleados, enfermeros, médicos. Es natural que Zatti, que debió moverse durante 48 años dentro de ese elemento haya encontrado algún colaborador que fue verdadera espina para él. Personas que en vez de ayudarle, lo obstaculizaban. Con la mejor de las intenciones quizás: creyendo hacer un bien. Pues, Zatti, no pensaba nunca mal de ellos. Una de sus más adictas enfermeras ha escrito de él: "Este santo varón ya estará gozando de Dios; porque como no sabía juzgar a su prójimo, Dios no habrá tenido que juzgarlo a él"... Sentencia perfectamente conforme con el Evangelio: "No juzguéis y no seréis juzgados". (2)

Dice una maestra jubilada que pasa su ancianidad en el hospital San José que "Zatti nunca habló mal de nadie y si otro hablaba mal de alguien, él lo defendía".

(1) Epístola Primera, Cap. III. Vers. 18.

(2) San Lucas, Cap. VI. Vers. 37.

Cuando debió trasladar su hospital del lugar en que estaba a la Escuela Agrícola, no faltaron los que aventuraron tal cual palabra hiriente contra quienes se creía fuesen los culpables de aquel "atropello". Zatti sufría en silencio. A veces se le empañaban los ojos de lágrimas, le corrían estas por las mejillas rugosas; pero no decía una sola palabra de censura para nadie. Y cuando algunos se desmandaban delante de él, Zatti salía siempre en defensa de los inculpinados.

Una vez salió de su hospital una enfermera a quien él le había enseñado el oficio y se fue a trabajar a otro donde ganaba dinero y se abría camino en la vida en esa forma. No faltaron algunas compañeras que delante de D. Artémides lanzaron la piedrecilla de una crítica malintencionada. El buen samaritano inmediatamente salió en defensa de la enfermera.

Un día 25 de Mayo, para celebrar las efemérides patrias con su personal, permitió a las enfermeras que, con un calentador de kerosene, hicieran unas inocentes tortas fritas. Al encargado de la cantina parece que aquello le pareció un enorme despilfarro, porque reprendió a las empleadas. Estas se fueron, mortificadas, a Don Zatti. Y él, sin decir una palabra de reproche ni de amargura, les dijo que apagaran el calentador...

Hay personas que cuando están sanas son suaves; pero con la enfermedad se tornan irascibles. Toda la vida de este buen enfermero se deslizó entre enfermos y por lo tanto, entre personas impacientes, afectadas de los nervios, propensas a la intemperancia verbal. Y bien: él fue siempre manso y paciente con todos. Lo llamaban a medianoche. Media hora después, otro llamado. Apenas había cerrado los ojos, nuevamente lo llamaban. Era como para perder la paciencia. El no. Dice una de las enfermeras: "Siempre se levantó de buena voluntad, sin poner obstáculos".

A esos enfermos regañones, a los cuales nada les satisfacía, él se empeñaba en buscar lo que les apetecía, cuáles eran las preferencias en punto a comida y, dentro de su pobreza, les procuraba todo lo que pedían. Sobre todo para los pobrecitos desahuciados tenía ternuras maternas. Les preguntaba siempre "qué querían comer". Y les daba todo lo que pedían, sabiendo que era quizás la última satisfacción que el desdichado podía disfrutar y el último favor que él podía procurarles...

Narra una enferma:

"Llegué con todo el cuerpo enyesado, pero podía caminar. Pronto comencé a ayudar en el hospital atendiendo a los que no

podían moverse y aprendiendo el cuidado de los enfermos “por amor de Dios” cosa que solamente se aprendía al lado de Don Zatti. Cuando era él quien los curaba, solía cantarles, como una madre a sus hijitos. Les hablaba de Dios, les pedía que se sometieran a su santa voluntad, pues él era un hombre eminentemente espiritual...” (1)

Un día encontró a dos religiosas Hijas de María Auxiliadora que volvían de visitar a un enfermo. Era ya mediodía. Hacía mucho calor. Viendo Don Zatti que debían caminar todavía un buen trecho para llegar al colegio, llamó inmediatamente a un auto de los que estaban estacionados en la plaza esperando pasajeros, y las hizo subir, pagando él, de su pobre bolsillo lo que marcaba la tarifa. Así era él: ese “lujo” de tomar un coche que jamás se permitió para sí, lo proporcionaba de buen grado a los otros...

La paciencia muchas veces es la medida cabal de la caridad. Y la caridad es el patrón oro de la santidad auténtica. Zatti tuvo siempre una paciencia de Job. Cinco días antes de morir nuestro biografiado, un buen sacerdote, cuyos antojos seniles ponían a prueba la virtud de cuantos estaban en el hospital, se le acercó a la cama donde el buen samaritano aguardaba la muerte, para que le pusiera la sotana ya que él no podía hacerlo. Y el bueno de Zatti, sacó su diestra de bajo las colchas y se esforzaba inútilmente por complacerlo. Llegó el enfermero y lo encontró en esa actitud. En ese momento Artémides se me antoja un símbolo: el símbolo de la caridad llevada hasta la muerte...

Zatti era exquisito en su caridad. Un día cayó en su hospital un buen hombre que había trabajado muchos años en nuestros colegios, sobre todo en el de Fortín Mercedes. Se llamaba Luis Nai. Era analfabeto. La hemiplejía le había cerrado el horizonte a toda actividad. De ese modo el buen hombre, que fue siempre laborioso, iba al nosocomio pensando en sepultar tristemente su vida en la inacción. Iba pensando que ya no vería más a su “pichicho”, como llamaba él a su can predilecto, y a sus gatos que formaban su única familia en este valle de lágrimas... Pero allá lo recibió Zatti. Y sabiendo que Nai era aficionado a los animalitos, pronto le consiguió una jaula con canarios, luego dos y hasta tres de ellas. Al mismo tiempo él mismo le aparejó un sistema muy ingenioso de cuerdas, palan-

(1) Carta al autor.

cas y goznes, de modo que el anciano, con la única mano que podía utilizar se arreglaba para atraer a sí las jaulas, abrir las portezuelas y dar alimento y bebida a sus canarios. Y como si Don Zatti no tuviera otra cosa que hacer, él mismo le llevaba alpiste, huevos duros y lechuga para el almacén de los alegres pajarillos que pagaban con sus gorjeos la comida que les daba Nai y su canto era quizás, en los designios de Dios, un himno a la exquisita caridad del buen samaritano.

Nai era un alma de Dios. Pero hubo otros hemipléjicos que eran desbocados y mal hablados. Zatti tenía para con ellos la misma paciencia y bondad. Hubo uno así a quien el buen Artémides soportó catorce años. Era un pobre hombre que ambulaba por las calles, ganándose la vida con "changas". Le gustaba la bebida. Una vez unos muchachones imprudentemente lo llevaron a un bar, echaron en un jarro cuanta bebida fuerte había en él y luego se lo hicieron beber. El resultado fue una borrachera de órdago y como consecuencia la hemiplejía. Fue a parar al Hospital San José. Zatti lo cuidaba con cariño aun cuando el paralítico solía corresponder con insolencias.

Con indecibles sacrificios había Zatti comprado una autoclave para esterilizar los materiales que debía emplear en las operaciones. Estaba encantado con esa conquista de su hospital. Quinientos pesos le había costado. Era una fortuna en aquellos tiempos. Y bien: entre los ayudantes que él tenía, había uno que era muy descuidado. Y precisamente a este mozo le tocó manipular la autoclave. No había otro. A los pocos días nomás ya sucedió lo inevitable: el joven se olvidó de echar agua al tanquecillo. La loza saltó. El aparato quedó inutilizado. Los empleados esperaban que Zatti le cantara las cuarenta al muchacho. Zatti no le dijo una sola palabra. Sólo le oyeron decir: —Dios me la dio y Dios me la quitó: bendito sea su santo nombre...

Había algún médico que tenía muy buena mano para cirujano, pero muy mal carácter para tratarlo. Su esposa le preguntaba a Zatti una vez: —¿Cómo hace Ud. para aguantarlo? —Vea, señora, repuso él, yo lo dejo desahogarse: se le pasa solo... Y cuando este u otro médico en sus arranques de cólera se desataban en palabras de grueso calibre, se veía al buen Artémides mover levemente los labios: ¡estaba alabando a Dios, diciendo jaculatorias!...

En una transfusión de sangre, Zatti ayudaba a un médico. Le alcanzó una jeringa. El galeno la miró, vio que la aguja era

deficiente. Lleno de enojo, entonces, arrojó la jeringa al suelo, diciéndole: —No sirve. . . El buen Artémides serenamente levantó el instrumento del suelo, lo limpió, esterilizó, le cambió la aguja y se lo entregó con la sonrisa de siempre en los labios. Fue entonces cuando el médico dijo: —Si Zatti no entra en el Cielo, no entra nadie. . .

Hubo en el hospital una persona que vivió en él tantos años como Zatti. La llevó del campo en 1894 el P. Bonacina. Era “la muda”. Estuvo ahí 48 años. Llegó varios años antes que él. Era de una familia de Guardia Mitre. Como era hija natural, no la querían. Un día se cayó al jagüel. Del susto quedó muda. Y abandonada. . . Iba tras las ovejas y, como ellas caminaba en cuatro pies. Llegó al hospital. Por primera cosa, fue necesario enseñarle a caminar erguida. Nunca pudo llevar vestidos como los corrientes. Por muchos años se la vistió con una arpillera muy resistente. Más tarde ya pudo llevar vestidos más en consonancia con los de las demás pero siempre fue soberanamente destrozona. La atraían los colores vivos. Por eso no le podían poner ropa. Rompía la tela y la hacía tiras que luego escondía en cualquier parte. Tenía una muñeca que cuidaba con solicitud maternal. Cuando alguna chica aparecía con muñecas, ella se ingeniaba para robárselas. Una vez había comprado Zatti una cantidad de repasadores con vivos color rojo. Al día siguiente, “la muda” les arrancó todas las franjas de color y los escondió. La religiosa que los había lavado y tendido no se daba razón de dónde podían haber ido a parar. Al cabo se dieron cuenta de que “la muda” los tenía hechos trizas debajo del cajón de kerosene donde ella siempre se sentaba.

—Péguele. . . —le dijeron a D. Zatti algunas enfermeras. —Rétela. . . — le pidió la Hermana. —No, pegar no. . . — contestó el buen salesiano escandalizado. Y retarla ¿para qué? ¿qué entiende ella de retos? . . .

Cuando molestaba mucho la ponía en la morgue. Y eso porque era el único lugar libre que tenía entonces el hospital y porque para ella la morgue no tenía el carácter macabro que tiene para todos los seres normales. Tanto es así que se acostumbó a ese lugar. Y sola se iba a la morgue como a su alcoba. Una vez estaban velando a una joven. En un momento en que había quedado solo el cadáver, entró “la muda”. A la luz mortecina de los cirios, vio el resplandor de los zapatos de charol, única prenda de lujo que se llevaba la pobre muchacha. Estuvo un rato ahí y luego desapareció. Después llegó Don Zatti;

viendo que la difunta no tenía los zapatos preguntó al empleado, llamado Celestino, por qué no le habían puesto los zapatos:

—Yo se los puse, Don Zatti, — contestó aquel.

—¿Y cómo está sin zapatos?

—No sé, vamos a ver...

Y mientras iban hacia la morgue vieron a “la muda” forcejeando por ponerse los relucientes zapatos: ¡se los había robado a la muerta!...

—Péguele, —repetían las enfermeras. —Así va a aprender. Ud. la está malenseñando...

—Pobrecita, —decía él—, ya demasiada tragedia lleva encima para que nosotros que razonamos, le aumentemos sus penas.

En el hospital la llamaban “Chicho”. Y ella contestaba a ese peregrino sobrenombre: —“Chicho” ahí viene Don Zatti, —le decían. Y ella en seguida se ponía alegre. Tan hondo había llegado este santo varón al alma tenebrosa de esa criatura con su santa paciencia, que las únicas señales de lucidez que ella daba eran para agradecerle porque le regalaba muñecas y sonrisas.

Una vez encontraron en el fondo de un barril de agua de lluvia una cantidad enorme de cuentas de rosario. “Chicho” las había ido arrojando a medida que las iba hurtando por ahí.

—Rétela —le pedían al bueno de Zatti. Y él reía de las ocurrencias de “Chicho”... Tanto llegaba a su alma que con la Hna. Severina habían logrado hacerla comulgar. Dos o tres veces al año “Chicho” comulgaba como cualquier hija de vecino.

Otra vez fue a la morgue y encontró que un señor italiano estaba velando a su esposa. Le había puesto el rosario en las manos. “Chicho”, apenas vio las lucientes cuentas, enderezó hacia ellas. Como tenía el rosario enredado entre las manos, la muda arreaba con él y con la difunta. Entonces el marido, adelantándose le gritaba, llorando: —Lascia stá: é la mia donna... Lascia stá...

Pero “Chicho” no aflojaba. Tuvo que intervenir Zatti y llevarse buenamente a la pobre muda...

Una vez recibió un muchacho del campo. Cuando sanó, no sabiendo a donde mandarlo que no se pervirtiera, prefirió dejarlo en el hospital: —Para algo va a servir, —decía Zatti. Y sirvió. ¡Vaya si sirvió! Sirvió para ejercitar la paciencia del santo varón. A los pocos días nomás, le dio 50 \$ para que comprara tubos de goma que necesitaba.

Cuando la Hermana Méndez supo que le había dado dinero al novel empleado, le advirtió: —No va a ver Ud. más ni a él ni a los 50 pesos...

—No hay que pensar mal... —respondió al punto Don Zatti.

Cuando pasaron dos horas, la religiosa le dijo: —¿Ha visto? Ni él ni los 50 pesos...

—¡Eh!, —decía Zatti con paciencia— hay que esperar... hay que esperar...

Esperaron hasta el mediodía, toda la tarde y sólo a las 19 regresó el pobre muchacho hecho una cuba. Iba con una borrachera superlativa. Al entrar, cayó redondo en medio del zaguán del hospital. Zatti lo levantó en vilo, lo llevó, como una madre, a la cama, lo despojó, lo puso en ella, lo arropó bien y lo dejó dormir la mona...

—¡Rételo! —le decía la Hermana Méndez... —Eh, ¿qué lo voy a retar si no entiende nada! ¿No ve que es perder tiempo? —replicaba Zatti sonriendo.

Le registró los bolsillos. Le quedaban 46 \$. Con cuatro pesos se había embriagado el pobre mozo... Cuando despertó, Artémides lo interrogó: —¡Ah, pillito! ¿no me trajiste la gomita? —No la encontré, Don Zatti, —dijo el otro todavía envuelto en los vapores del mosto... —¿Y el vino lo encontraste, verdad?...

Esa fue toda su reprimenda...

Así Zatti se ganaba los corazones. ¡Cuán cierto es lo que ha dicho Nuestro Señor: "bienaventurados los mansos porque ellos poseerán al tierra"!

CAPITULO XIII

LLENO DE GRACIA

Ningún hombre tiene tanto derecho a estar alegre como el santo. Yo creo a pie juntillas en la santidad de Zatti porque fue un hombre cordialmente alegre. A él la alegría le venía de adentro. Era gozo verdadero. Otros buscan la alegría afuera: en el alcohol, en la danza, en el espectáculo... Ese es un gozo que pasa y deja amargura en el alma, como el vino deja la hez en el fondo de la cuba. Nuestro coadjutor estaba permanentemente alegre, El contento en él era un estado de alma. Vivía connaturalizado con la alegría. Por eso era feliz. Era un hombre festivo. Tenía gracia nativa. Todos cuantos conversaban con él debían, por necesidad casi biológica, sonreír, porque estaban en presencia de un hombre lleno de gracia... ¡Qué hermoso es esto! Que un hombre que vivió en íntimo contacto con el dolor haya vivido en perpetua alegría... Sólo la práctica del Evangelio es capaz de darnos este maravilloso claroscuro.

Zatti tenía unas "salidas" que asombraban a los que piensan y hacen reflexionar a los casquivanos. Cuando él decía, por ejemplo, que "el dolor nos viene de balde: por eso no tenemos derecho a quejarnos", para un despreocupado, era una ocurrencia, pero para el hombre que piensa, esa sentencia tiene su significado muy hondo... Tenía también sus sofismas que le servían para remediar su insanable pobreza. Una vez utilizaba una aguja de inyecciones torcida. Se esforzaba por hacerla penetrar en el músculo: —Pero, Don Zatti, le decían, —¿cómo va a entrar esa aguja si está torcida? —. Y él contestaba: —¿Y acaso no corre el agua por las acequias aunque estas sean tortuosas?...

Un viejo libro de medicina estaba siempre sobre su escritorio. Le preguntan para qué tiene ese libro si no lo usa y él contesta con otra pregunta: —Dígame Ud. ¿se alimenta ese libro?

Un médico le decía que agitara bien las ampollas, antes de poner las inyecciones, porque adentro andaban “millones de cadáveres en suspensión”: —Y bueno, respondió Zatti, si son cadáveres, dejémoslos tranquilos...

Alguna vez algún médico solía blasfemar porque no le sabía bien la operación. Zatti no lo reprendía, sólo le decía sonriendo: —Doctor, Dios no lo escucha a Ud. cuando blasfema...

Una vez estaba operando con dos médicos. De repente oyó que un leñador que llegaba del campo, voceaba “leña buena y barata”. Al punto el buen samaritano sale corriendo de la sala con los guantes puestos, se detiene en la puerta del hospital y le grita: —Che, vení ¿cuánto querés por el carro? —Diez pesos, le contestó el leñador. —Bueno, añadió Zatti, descargalo en el galpón. —No, replicó el otro, es que yo necesito plata y Ud. seguro que no tiene... —Claro que no tengo, dijo Zatti, pero cinco te puedo dar... Andá pronto que es para calentar a mis pobres enfermos... Y mientras discutía con las manos enguantadas en alto, los médicos echaban sapos y culebras en la sala de operaciones...

Si había un enfermo que estaba muy grave y próximo a expirar, cuando el médico le preguntaba cómo seguía, él solía decirle: —Respira cortito... En uno de los últimos días de su vida, cuando ya apenas se le entendía lo que quería decir, el Dr. Sussini le preguntó: —¿Cómo vamos, Zatti? Y él esforzándose por sonreír, le contestó: —Respirando cortito nomás...

Un día le dijo a un viejo del campo que al día siguiente le iba a dar un matecito. El hombre se llenó de alegría. Finalmente iba a saborear la suspirada infusión criolla. Pero cuál no sería su sorpresa cuando Zatti se le fue con tamaña jeringa y le aplicó un enema de dos litros...

Cuando veía que algún muchacho tenía un remiendo en las posaderas, solía decir la siguiente cuarteta:

Mi madre me hizo un remiendo
en medio del pantalón
y al mirarlo, parecía
la forma de un corazón...

Para convencer a alguno que solía hablar mal de los que

roban, acostumbraba a decir: —Sí. todos gritan: ¡al lobo! ¡al lobo!, porque se come un cordero. Y Uds. vamos al caso ¿cuántos corderos han comido?...

A un hombre le había dado un remedio. Luego le preguntó cómo le había sentado: —¡Ay, Don Zatti, replicó, me ha puesto la cabeza yo no sé como!...

Y el buen coadjutor, cantando le decía:

Amigo de mi tristeza:
yo te he mandado al estómago,
tú, te vas a la cabeza...

Cuando alguno era reacio para ir a la iglesia, pero pronto para frecuentar el "boliche", Zatti solía decirle:

Yo no voy a la iglesia
porque estoy cojo;
mas voy a la taberna
poquito a poco...

Acostumbraba a cantar, delante de algunas señoritas a quienes preocupaba demasiado el cuidado exterior, con la música de la popular copla "Salite de la esquina":

Tenemos cuando niños
color de rosa,
un cuerpecillo débil
y un alma hermosa:
pero al llegar a viejos,
el cuerpo se broncea,
todo se afea...

A un viejo botero llamado Roque que tenía en la sala grande, lo saludaba a diario con este pareado:

"L'anno 84 già correva
Allor che a Montpellier Rocco nasceva"...

En los buenos tiempos, representaba en el teatro; quedó célebre desde que, una vez, hizo el papel de chino.

El tenía sus fórmulas para estar alegre y echar lejos de sí las penas. Solía decir siempre: "Animo, valor y fortaleza" como arengándose a sí mismo. Cuando un enfermo se quejaba, recurría a su inagotable espíritu de fe y le espetaba: —Más sufrió Nuestro Señor...

Un día uno de los médicos le preguntó: —¿Es Ud. feliz, Don Zatti?

—Mucho, dijo el santo varón, ¿y Ud.?

—Yo no...

—Vea, —le dijo entonces él, como dándole una receta: —la felicidad de cada uno está en sí mismo. Esté Ud. contento y conforme con lo que tiene; tenga lo que tenga: eso es lo que quiere Dios de nosotros. Lo demás lo llena El.— Cuando algunas enfermeras le preguntaban cómo podía él llevar unas ropas sucias y con un olor pestilencial, él replicaba: —Es olor a cristiano, nada más... “El peor olor es el olor a hombre”, solía decir.

Su alegría desbordaba también cuando estaba curando a los enfermos. A veces, no se sabe si era para entretenerlos, para distraerlos o bien porque su alma rezumaba alegría: el hecho es que él curaba y cantaba. A una chica que siempre andaba a fuerza de vitaminas, le dijo una vez: —Mira: a esta señora la llamamos Catalina de Sánchez, a ti te llamaremos Vitamina de Calcio...

Cuando una enferma se cansaba de estar enyesada y se impacientaba, Zatti solía decirle: —Esté tranquila, señorita, ya le sacaremos el cascarón.

Mientras llevaban unas enfermeras un cadáver, él les hacía reflexiones: —Primero reír, después llorar y sufrir, después que en paz descanse y que por aquí no vuelva... Eso es la vida.

Dice uno de sus colaboradores de los primeros tiempos, D. Augusto Rébola, que Zatti “se hacía deseable como compañero por salidas jocosas y sus cuentos amenos”.

Y esas ocurrencias de buena ley tenía las él a flor de labio. Una vez se despedía un hombre del campo. Había pasado varios meses en el hospital. El buen hombre estaba agradecidísimo por lo mucho que Artémides había hecho por su salud. En trance de expresar el campesino su gratitud, no sabía cómo hacerlo. Hasta que rompió a hablar más o menos así: —Muchas gracias, Don Zatti, por todo. Me despido de Ud. y déle muchos recuerdos a su esposa, aunque no tengo el gusto de conocerla...

—Ni yo tampoco, —le contestó Zatti, riendo de buena gana...

Un pobre labrador que tenía la manía de curar todo con kerosene, con peligro de producir alguna afección mortal, le preguntó, delante de otros: —¿No es cierto, Don Zatti que el kerosén es muy bueno?

—Sí, —contestó el interpelado— ¡es muy bueno... muy bueno... para la lámpara!

—Don Zatti, — le dijeron una vez algunos realmente agradecidos por su caridad, —a Ud. habría que levantarle un monumento...

—Vean, es mejor que me lo den en efectivo, para algodónes, gasa y alcohol, —les contestó con toda sencillez.

Una vez fue una señorita muy pintarrajeada a pedirle un peso. El hombre que no sabía negar nada, se lo dio; pero cuando ella se alejaba, él le improvisó esta seguidilla:

Pura parada,
pura parola
y la olla hirviendo
con agua sola...

Le gustaba tomar sopa en abundancia. En cambio no comía mucha carne. Por eso él solía decir que era “más sopero que carnero”...

—¿Cómo ha amanecido? —le preguntaba un enfermo nuevo a Don Zatti.

—Como pichón en el nido, —le contestó él.

Una niñita que había llegado del Bajo del Gualicho y tenía un terror pánico a los médicos, a las medicinas y a los instrumentos, cuando Zatti la hubo curado al son de sus infaltables canciones, le dijo a la Hermana:

—¡Qué güeno este dotor!...

Es que él sabía poner no sé qué sal en su palabra y no sé qué dulzura en su expresión, que cautivaba. Sus “salidas” tenían siempre gracia.

Un día iba, cachaciento, sobre su bicicleta mientras la lluvia caía sin cesar. Un médico que lo alcanzó, le dijo: —Vamos, muévase un poco...

—¿Para qué?

—Y... ¡para no mojarse!

—¿Y Ud. cree que el agua de más adelante no moja?

En la sala de operaciones tenía dos relojes. Los dos, naturalmente, prehistóricos. Por lo tanto uno marcaba una hora y el otro, otra. Uno de los médicos se lo hizo notar. Entonces él respondió: —¿Y Ud. cree que si ambos marcaran la misma hora, yo iba a tener dos relojes?

Una expresión de su espíritu expansivo, eran los paseos que anualmente daba al balneario “La Boca” con todo su personal. Cargaba el camión de Tordi con todo bien de Dios. Por el camino se cantaba y se hacía alarde de buen humor. Solía

llevar un juego de bochas para entretenerse con los hombres que iban. Las peregrinaciones a Fortín Mercedes eran días de gloria para él. Llevaba también enfermos y se esmeraba para conseguirles vehículos para recorrer el trayecto que media entre la estación y el santuario. Era espléndido con todos. Daba a empleados y enfermeras lo que pedían y mucho más para comprar objetos y refrescos.

Tenía una colección de chascarrillos inocentes con los que condimentaba los paseos y las horas de ocio. Otras veces utilizaba el chiste como terapéutica. Entre sus enfermos tenía ancianos y neurasténicas. Lo llamaban a cada rato. Y bien: él o bien les daba agua con azúcar diciéndoles que era no sé qué bálsamo milagroso o bien les contaba un cuento. Y los dejaba contentos por un buen mediodía.

—¿Quién nos va a tener contentos ahora? —decía un anciano cuando lo vio a Don Zatti que andaba amarillo y tambaleándose en los últimos días...

Las Hijas de María Auxiliadora lo llamaban no siempre porque necesitaran de sus remedios sino porque necesitaban de su alegría. Una visita de Don Zatti, un chiste en piemontés a la entrada, diez minutos de constante alegría y unas bromas al despedirse, bastaban para tener tranquilo a todo ese museo de antigüedades que solía haber en la enfermería del colegio.

El Dr. Ecay le preguntó una vez: —¿Cómo hace Ud. para estar siempre de buen humor?

—Es fácil, doctor: tragando amargo y escupiendo dulce, —contestó él.

Uno de los médicos del hospital me narró este episodio singular: era en junio de 1936. Llegó "de afuera" un paisanito. Zatti lo preparó a la primera comunión, le compró moño blanco y a los pocos días, lo llevó a la catedral y ahí recibió el mocito por primera vez a Jesús. Esa misma noche, el enfermito se sintió mal. Tan mal, que cuando fue Zatti a verlo, a su llamado, le dijo: —Me muero, Don Zatti...

El buen samaritano, que estaba acostumbrado a eso, le dijo, tranquilamente:

—Y bueno, si te quieres morir, primero haz la señal de la cruz, ahora junta las manos y luego, contento y feliz te vas al cielo: así... sonriendo... sonriendo... El muchacho hacía maquinalmente lo que el santo coadjutor le decía. Y mientras él le decía: "sonriendo" el moribundo sonrió. En ese momento se le cortó el hilo de la vida. Y cuando el médico fue al hos-

pital, Zatti le preguntó: —¿Se acuerda, doctor, de aquel enfermito?

—Sí, ¿qué pasa?

—Ha muerto, doctor. Pero mire Ud. qué cosa rara, ha quedado riendo. Vamos a verlo.

Fue el doctor Quaranta y efectivamente pudo comprobar que el mocito habíase dormido con la sonrisa en los labios. Y la sonrisa era la de Zatti. El santo varón había grabado su sonrisa...

Zatti era el hombre del optimismo. ¿Quién no lo recuerda al fin de los Ejercicios Espirituales, cuando echaba atrás, sobre el hombro izquierdo, la servilleta que le pendía del cuello y comenzaba a leer sus famosas aleluyas? (1)

Para brindar, empleaba el castellano, el latín y el italiano. Con ellos hacía Zatti una rara mezcolanza que si no tenía vis poética ni aun medida, con todo, conservaba cierto ritmo y sobre todo un fondo de piedad tan sentida, que se hacía escuchar con gusto. Vaya un botón para muestra:

Para brindar por todos, elevo un voto ardiente
Que nos hagamos santos y santos salesianos
Que nuestro Padre Don Bosco no halle entre sus hijos cierta gente
Que le hagan pasar vergüenza entre los santos fundadores sus hermanos...
Ut cum tribunal judicis
Damnabit igni noxios
Et vox amica debitum
Vocabit ad coelum pios,
Non esca flammaram nigros
Volvamur inter turbines
Vultu Dei, sed compotes
Coeli fruamur gaudiis...
Que en buen romance castellano
Más o menos quiere decir esto: (y lo traducía).

Terminaba siempre sus aleluyas en italiano y algo de francés con el consabido "Amén, ainsi soit il e cosí sia" que él hacía rimar siempre con María.

No obstante estos versos pedestres, tengo para mí que Zatti sentía la poesía. Una vez el médico se incomodó porque los enfermos se lamentaban. Entonces Zatti le dijo: —Vea, doctor, ¿oye Ud. el silbido de los pinos?

—Sí...

(1) Versos prosaicos y de puro sonsonete (Dicc. de la Real Acad. Española).

—¿Qué dicen los pinos?

—No sé...

—Pues bien: ¡oiga lo que dicen los enfermos! ¡pobrecitos!
¡como el gemido de los pinos!...

Zatti captaba la poesía. ¡Lástima que la ciencia no le dio
los instrumentos para expresar lo que sentía!

Pero así y todo, fue un hombre *lleno de gracia*: la natural
gracia que fluía de sus labios y la gracia de Dios que des-
bordaba de su alma...

CAPITULO XIV

EL ALIADO DE DIOS

Es interesante investigar de dónde sacaba Zatti la energía que se necesita para llevar adelante una vida de tanto sacrificio, para no claudicar jamás de sus deberes, para vivir alegre en medio de tanto dolor...

La clave para la solución de este problema está en su vida interior, en su espíritu de fe. Cuando se llega a "ver" con los ojos de la fe, como se ve con los ojos de carne, entonces se está a mitad de camino para ser santo. Y Zatti "veía". Decía S. Vicente de Paúl que "no hay nada más grande y más hermoso que un pobre, cuando en él se ve a Nuestro Señor". Artémides, siendo cien por ciento salesiano, fue a la vez vicentino perfecto. El trajo a S. Vicente desde el siglo XVII y lo fundió con S. Juan Bosco en su alma, con el fuego del amor. Cuando decía al dirigirse a la ropera: —A ver: una muda de ropa para Nuestro Señor... —es porque él veía a Cristo en sus pobres enfermos. Zatti pedía lo mejor para sus asilados, "A Nuestro Señor hay que darle lo mejor", solía repetir. Cuando un niño pobre del campo necesitaba un trajecito para hacer su primera comunión, Artémides lo pedía siempre en esa forma: "Un trajecito para Nuestro Señor".

"Hermana Graña, —le dijo una vez a la buena enfermera, —prepare una cama para Nuestro Señor". ¡Había llegado del campo un indio harapiento y tullido!

Las enfermeras que alguna vez lo sorprendieron a las 5,30, antes de la meditación, prosternado en la capilla y con el rostro pegado al suelo, en profunda oración y anonadamiento ante Dios, ellas saben de dónde sacaba Zatti las fuerzas para trillar

la senda áspera y empinada de su abnegación. Siempre recordaré con emoción y orgullo las pocas veces que me tocó confesar al buen samaritano: el hombre al confesarse traspiraba, sufría una especie de agonía, hacía esfuerzos sobrehumanos. El pobre confesor sentado a su lado, se llenaba de confusión y casi de terror al ver a ese ángel que sufría angustias de muerte para arrancar a su alma pura algún pecado de que acusarse... Los que hemos auscultado los latidos de su corazón y esos casi espasmos de su ser en el tribunal de la penitencia, sabemos de dónde sacaba Zatti el vigor para seguir por medio siglo la senda de la más austera virtud. Los que han escuchado sus "Buenas Noches" a los enfermos, encendidas en amor de Dios, comprenden dónde estaba la fuente de la que él bebía su fortaleza cristiana. Los que lo han oído cantar las letanías de San José y, mucho antes, las del Sdo. Corazón, como paladeando las místicas dulzuras que ellas encierran, son los que mejor entienden a este hombre extraordinario. Quienes lo veían todos los días saludar "Buen día, vivan Jesús, José y María" a sus enfermos con la sonrisa en los labios y el alma en Dios, se explican fácilmente el caso Zatti. Un enfermo le decía que le dolía mucho y el santo enfermero le dijo: —Rece para que Dios le mitigue los dolores: mire, hasta los pajaritos rezan. ¿Oye los gorjeos de esos que ahora cantan en las ramas del eucalipto? Están rezando, a su modo... Ese enfermo pudo medir la hondura interior del hombre de Dios. Los hermanos que durante 40 años lo han visto abrumado de trabajo y hallar siempre tiempo para oír la segunda Misa dominical impuesta por las Constituciones, podrán dar con el origen de sus diuturnos sacrificios embalsamados de alegría. Los que lo hemos visto tocar la campana para llamar a Misa y repicar con aire seráfico, sabemos de su vida interior. Dicen que en el magno Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires en 1934, fue Zatti el primero que se acercó a comulgar en las grandes jornadas de Palermo. No está documentado: pero es muy posible que este serafín de amor haya tenido ese honor. ¡Todos sabemos hasta qué punto lo merecía! Cuando estuvo en el "Sanatorio del Sur" en Bahía Blanca, no perdía nunca la Bendición. Cuantos acudían a la capilla, admiraban a ese hombre que cantaba como inspirado y llenaba todo el ámbito de la misma con su voz robusta y sincera.

Una de las más antiguas enfermeras me dice: —No lo vi

nunca con los ojos abiertos mientras rezaba... Tenía las manos juntas delante del pecho y en actitud extática: siempre oraba en esa forma.

Era un misterio para todos cómo Artémides hallaba tiempo no solamente para hacer sus prácticas de piedad sino para hacerlas en común. Y somos muchos los que aún tenemos en el oído el eco de la lectura espiritual que él por largos años hacía a la comunidad. Se sabía páginas enteras del admirable libro ascético de Alfonso Rodríguez y paladeaba no menos la profunda doctrina del autor que su magnífica dicción castizamente correcta. En los tiempos del acolitado, recuerdo que iba con gusto a la lectura y no sabría a ciencia cierta si era por la amena prosa de Rodríguez que iba a escuchar o por la dulce inflexión que Zatti imprimía a la lectura. Pues él sentía lo que leía, lo gustaba con fruición y sabía hacerlo gustar...

Cuando se trasladó a "la Quinta" consiguió tener la Bendición con el Smo. Sacramento a diario, pues él decía: —¿Qué haremos aquí si no tenemos Bendición? — Y en esa capilla, testigo de sus fervores místicos, él lo hacía todo: ayudaba Misa, cantaba, rezaba el rosario, leía, encendía las velas...

¿Quién no recuerda al Zatti de 1920 cantando las vísperas? Esa costumbre italiana que introdujeron los primeros salesianos enviados por Don Bosco, costaba sostenerla. Irse al templo a cantar salmos incomprensibles todos los domingos, a las 15, cuando todo el mundo se va a las diversiones, es evidentemente una cosa dura. Zatti cantaba siempre las vísperas con el "Liber Usualis" en la mano y lo hacía con tal unción que invitaba a unírsele y a participar de su santa euforia.

En los momentos más duros de su vida, lo vieron delante del Smo. Sacramento como arrobado. Cuando le dieron orden de dejar el viejo hospital de frente a la plaza y emprender la marcha a la Escuela Agrícola, Zatti no dijo nada. Ni una palabra. Su corazón sangraba. Veía destruida toda su obra de 35 años... Pero se fue al templo. Se postró ante el altar. Puso su cabeza entre las manos. Lloró largamente. Cuando salió del sagrado recinto, tenía los ojos enjutos y había en su faz serenidad tan grande que parecía haber recibido el mejor de los regalos...

Era un hombre de fe. En 1945 una fuerte sudestada inundó "la Quinta". Las aguas avanzaban peligrosamente. Ya lamían los muros de los primeros edificios del hospital. Los enfermos estaban aterrados. Zatti se mantenía sereno. Cuando la

marea llegó hasta la puerta de la farmacia, él tomó la reliquia de San Juan Bosco y la colgó del picaporte. Poco después las aguas bajaban lenta pero constantemente hasta dejar en seco la heredad, con daños materiales, pero sin víctimas ni temores.

—Arrímense al fogón, —les decía a los muchachos convalecientes que se pasaban horas enteras jugando a los naipes: —Arrímense al fogón, a calentarse. Les hablaba en lenguaje campero para invitarlos a ir a la iglesia, que para él era el hogar donde encendía su corazón en amor a Dios y de donde sacaba fuerzas para sostener su ininterrumpido trajín cotidiano.

Más de una vez, los enfermos lo han visto llorar de emoción cuando les hablaba de María Auxiliadora o de Don Bosco.

Cuando andaba en bicicleta, solía ir cantando. ¿Qué cantaba? Coplas a la Virgen. Y frecuentemente lo veían que llevaba pendiente del cuello la corona del rosario. Como llevaba en una mano un paquete y el manubrio en la otra, lo colgaba de ese modo para ir rezando y andando...

Las peregrinaciones eran para él un día de gloria. Cantaba en esos días hasta quedar ronco. La alegría le rebosaba de cada átomo de su ser. *Sentía* la devoción a la Virgen como pocos. Su entusiasmo por Fortín Mercedes era contagioso. Las enfermeras participaban de él, viéndolo tan santamente devoto.

Cuando salió del sanatorio en Bahía Blanca, fue su hermano a visitarlo. Hacía sólo cinco minutos que conversaban, cuando tocan las campanas a la Bendición. Artémides, al punto se levanta, pide disculpas y se despide: lo llamaba Dios... Su hermano se fue contento: estuvo poco tiempo a su lado, pero en ese breve lapso había sido testigo de un gesto ejemplar...

Para conocer su espíritu de fe basta leer las cartas que escribe a sus padres cuando en 1908 y en 1911 hace los votos trienales y perpetuos, después de tantos años de inexplicable espera... ¡Qué transportes de júbilo más sinceros! ¡Qué arrobos de dicha tan sentida!

En las demás cartas, Artémides, sin cargar mucho las tintas y ser pesado con los suyos, hace la apología ora de la oración, ora del sacrificio, ora de la caridad: pero siempre deja en ellas el sello de su piedad.

¿Por qué recibía él en su hospital los rezagos de los otros nosocomios? ¿No era acaso porque su fe le hacía ver mejor en esos crónicos y apestados a Nuestro Señor? Cuando alguien quiso mandar a esta Capital Federal a la muda y a un chico macro-

céfalo que impresionaba verlo, Zatti se negó rotundamente: —¿Y por qué no quiere desprenderse de ellos? —le preguntaron.

—Porque estos dos atraen las bendiciones de Dios sobre el hospital, —respondió él.

Uno de los médicos, al ver que Zatti recibía de primera intención un enfermo que en otro hospital hubieran desechado, le dijo: —Ud. siempre lo peor... —Para mí es lo mejor, —contestó el “pariente de todos los pobres”.

Alguna vez alguien le preguntó: —Pero Don Zatti ¿cómo hace Ud. para llevar una vida de tantos sacrificios?

—Es sencillo, replicó él, yo siempre veo a los pobres vigilantes por la calle. Día y noche andan haciendo la guardia. De noche, sufriendo frío y de día al rayo del sol. Y eso por sólo 144,60 \$ (el sueldo de antes). ¿Y yo que tengo un premio tan grande en el Cielo no voy a hacer lo que hace un vigilante por tan poca plata?...

Era un erudito en hagiografía. Sabía la vida del santo de cada día. Como durante tantos años debió narrarla a sus enfermos, sacada del “Flos Sanctorum”, había llegado a tener un dominio completo de la hagiografía. Para cada caso él tenía un ejemplo de la vida de los santos. Con frecuencia solía consolar a los enfermos narrándoles el martirio de San Lorenzo.

Andaba al sol sin sombrero. Le pregunta un médico por qué hace eso. Y él le contestó: —Doctor, hay que sufrir un poco por los pobres enfermos...

Cuando moría en sus brazos algún enfermo muy bien preparado, él solía decirle: “¡Animo, valor y fortaleza: y cuando estés allá arriba, no te olvides de ninguno de nosotros, eh!” Les daba encargos para el Cielo como otros se los dan a sus familiares cuando cambian de ciudad...

Zatti era fuerte porque fue un aliado de Dios. Una de las enfermeras dice que era un hombre netamente espiritual y sus palabras y obras tenían siempre como principio y fin a Dios y sólo a Dios.

Si cuando uno se asocia a un rico, se siente rico y cuando una nación firma una alianza con una gran potencia se siente fuerte, Zatti, unido a Dios Todopoderoso, por la oración y el amor es claro que fue siempre fuerte y optimista.

De ahí también su confianza absoluta en la Divina Providencia. Cuando mandaba comprar algo que valía mucho y le objetaban que derrochaba, él, sonriendo solía decir: —Compre, compre nomás que la Providencia es rica...

Cuando daba algo que en el invierno alguien iba a necesitar, decía: —De aquí al invierno hay mucho tiempo y... la Providencia es grande...

Durante una operación, dio al cirujano unas gasas que a éste no le parecieron bien. Entonces el galeno airado, las arrojó contra el suelo. Zatti fuese volando a la farmacia, trajo otras y le dijo, muy tranquilo: —Sírvase, doctor... Al médico se le nublaron los ojos de emoción. Al cabo de la intervención, no pudo menos que confesar: —Zatti, Ud es un santo, debería tenerlo siempre a mi lado, para ejemplo...

Con esa su alianza con Dios, era fuerte como un roble; pero él temía perder su virtud. En su humildad, creía ser sólo un arbusto enteco. Por eso cuidaba tanto su pureza. No quiso dormir ni una sola vez en su casa. Impresiona la opinión que la gente, generalmente tan dada a pensar mal de todos, tenía de Zatti. De él nadie jamás pensó mal. Andando como andaba en menesteres tan delicados, todos confiaban plenamente en él. A ninguno, católico o judío, se le ocurrió que este hombre puro podía en alguna forma aprovechar de su oficio para cosas inconfesables. A nadie.

A pesar de que andaba siempre entre gente grosera y frecuentemente mal hablada, él tenía un lenguaje exquisitamente castigado. Si alguna vez, en son de broma, repetía alguna chocarrería, lo hacía con tanta limpieza que en nada se empañaba la pureza de su alma virginal. Siempre que curaba a mujeres, si era posible, deseaba estar acompañado. Y mientras las curaba elevaba siempre la conversación a cosas espirituales.

Cuando lo llamaban las Hermanas para atender a religiosas o a niñas, él, no obstante la natural expansión con que se presentaba, usaba de la máxima delicadeza con ellas. De ahí la absoluta confianza de las religiosas.

Dice su sobrina religiosa que su tío nunca la miraba en la cara. Y decir que la quería con entrañable ternura. Ahí están sus cartas que lo demuestran. Cuando ella, previendo que no lo vería más, quiso besarle esas benditas manos en nombre de cuantos habían sido beneficiados por ellas, él no quiso absolutamente permitirlo.

Mariquita Zatti, era una admiradora de la virtud de su "incomparable tío" como ella lo llamaba. Trataba de estudiar esa alma grande siempre que tenía la dicha de hablar con él (que era muy raras veces). En una ocasión, empeñándose en tirarle de la lengua, pudo escuchar de sus labios esta hermosa

declaración: "Gracias a Dios, Mariquita, nunca nos hemos apartado de la vía que conduce al cielo..." Su sobrina interpretó esas palabras como una confesión de su inocencia y de que había placido al Señor preservarlo del pecado. Quienquiera lo haya conocido estará de acuerdo en que el buen coadjutor enunciaba una magnífica verdad...

Una vez, al echar alcohol sobre una llaga muy dolorosa que una señora tenía en la pierna, la enferma, cerrando los dientes le dijo: —¡Ay, Don Zatti, por el amor de Dios...!

—Señora, yo todo lo hago por el amor de Dios...

Creemos que el buen samaritano decía una verdad como una catedral.

Uno de los médicos, cirujano conspicuo, que trabajó muchos años junto a Zatti, decía en rueda de amigos, entre los cuales estaba el autor de estas páginas: —Zatti es un hombre puro...

Y había tanta emoción en esas palabras que ese sentimiento llegó hasta empañarle los ojos. Siempre el autor ha recordado esa expresión y esas lágrimas...

¿Por qué Zatti, tan sencillo y tan llano, conmovía a los hombres de ciencia? Porque era un hombre de verdadera virtud. Hombre virtuoso, es decir fuerte. Y la fortaleza, repetimos, le venía de arriba, de lo alto, de su alianza indestructible con Dios...

CAPITULO XV

LAMPARA INCANDESCENTE

La caridad es difusiva. Es como el aceite: se derrama y cunde alrededor... El amor al prójimo es luz: irradia resplandores por doquiera. Así son los hombres realmente buenos: irradian virtud y beneficencia hacia todas partes.

Zatti no se contentó con prodigarse en el hospital. Su bondad salía fuera y llegaba a dondequiera hubiera alguien que necesitara de él. ¡Cómo impresiona ese cúmulo de cartas, que hay en su archivo, de hombres y mujeres que le envían múltiples S. O. S. desde lejos!

De Valcheta le escribe una señora:

“Referente al sillón, le diré que lo tenga para uso de Uds. que yo lo usaré si mi Dios me permite volver allá...”

De esta Capital, una de sus ex-enfermas que firma “Beba” le dice:

“Don Satti: ante todo le pido mil perdones por la demora en contestarle su carta. Muchas gracias por los libritos. Los he leído y son muy lindos. También está muy linda la estampita del Corazón de Jesús...”

De General Rodríguez le escribe una enferma:

“Dios quieray la Ssma. Virgen pueda ser que el año 1946 ya tenga que decir: vuelvo, Don Zattis. ¿Cuándo será ese día tan deseado? Sólo Dios lo sabe... Bueno, ahora he pensado decirle unas palabras respecto de lo que yo pienso hacer. Espero que Ud. me diga si estará bien oh no... Yo creo que malo no es lo que quiero hacer. Yo le soy franca, Don Zattis...”

Otra de Buenos Aires, con letra casi ininteligible, dícele:

“Esta carta es para saludarlo a Ud. y aserle saver que estoy muy bien, por ahora, con el favor de Dios, Don Zatti, sólo que no puedo escribir bien porque estoy enlesada medio costado derecho y la mano tengo vuelta para arriba y así esta letra es la que ago, por eso no le avia escrito pero al llegar la suya a mi poder, me puse muy contenta al saver de Ud. y espero, Don Zatti, no se olvide de mí...”

Otra chica debía ir a enyesarse en Bahía Blanca. Llegó, se instaló en el Colegio de María Auxiliadora. La Madre Inspectora le prestó 12 \$ que necesitaba. La joven piensa en seguida en devolver ese dinero y recurre, naturalmente a Zatti. Y este, a vuelta de correo, le manda los 12 pesos... La buena muchacha, contentísima le vuelve a escribir:

“Ya estoy enyesada desde ayer, lunes. Por consiguiente lista para volver a la “querencia”. Don Zatti, si es que puedo volver al hospital, hágamelo saber en seguida...”

Una madre le envía ropa para su hija y le advierte:

“Aquí le remito un paquete que es la ropa de Adela. Hay una tricota unida: que la cuelgue a secar. Le advierto que la Adela es sonambula de noche... Cualquier cosa que cea de ella, me avisa... Don Zatti, le encargo la Adela. No la deja callejear mucho...”

Cuando la chica regresó a su casa, escribió a su protector:

“Alguna vez me salen ampollas, pero ya no les ago más caso. Yo el 10 de enero cumplí 17 años, he crecido bastante y estoy más delgada, pero más buenita ¿qué le parece, Don Zatti? ¿será cierto?...”

En otra carta le narra algo de su enfermedad y expone:

“Cuando veo el frasco, el estómago se me revuelve... ¿Qué ago, lo seguiré tomando, Don Zatti? Ud. me dió una lección con este remedio, se acuerda? Yo quería más el remedio feo que la inyección, pero ahora todo lo contrario...”

Otra joven, llena de gratitud, le envía estos renglones:

“Señor Satti, le mando esta carta para decirle que estoy bien y preguntarle si ya puedo comer huevos. Todavía, desde que estuve en el hospital no como huevos. Yo no sé el nombre de Ud. pero el apellido lo sé... Le agradezco muchísimo porque me curó...”

Un padre de numerosa familia de un lugar llamado Vaca Lauquen le escribe, con una letra casi ilegible. Zatti se ha encargado de colocar a dos de sus hijas como sirvientas en hogares honestos. El indígena, como suelen ellos, lo tutea: "yo te ruego, al componer algo mi hija, mandarlo nomá y espero en Dios abonarle el gasto del Tren..."

Las muchachas que salían, curadas, del hospital, lo tenían luego a Zatti como a su mentor. Una le escribe desde Buenos Aires:

"Le voy a decir una novedad: hace un tiempo se me está haciendo muy amigo un muchacho italiano y dice que quiere casarse conmigo, porque vio que yo no era como otras que van a los bailes, etc. Aunque a mí no me da por ese lado, nos hicimos amigos y le escribió a los padres a Italia y le contestaron que estaban conformes con lo que él desea..."

Todos recurren a Zatti porque saben que Zatti se va a desvivir por complacerlos. De General Conesa le piden hospitalice a un aborigen de apellido Catriel, que tiene siete hijos. Tengo ante mí algunas de las muchas cartas que el buen samaritano irradiaba hacia los cuatro vientos, llevando consuelo, consejos, luz para todos. A una enfermera de Villa Regina le escribe:

"Recibí tu carta y me alegro mucho por las buenas noticias que en ella me envías y hago votos para que Dios te conceda las gracias necesarias a fin de que te sea posible enviar a menudo tus buenas noticias. También recibí los 50 \$ y los emplearé conforme a tus deseos, pidiendo a Santa Teresita te obtenga de Dios la plenitud de las gracias que necesitas y puedas en todo tiempo cumplir la santa voluntad de Dios y así granjearte la vida eterna, único fin por el cual fuimos creados... Las demás están como siempre, es decir, medio *chuecas*, como todos los habitantes del Hospital San José... y del mundo entero. Cuando vengas a pasar, espero habrá camas para ti con tabla abajo y sin tablas..."

Cuando apareció el periódico salesiano "Flores del Campo", Zatti, como hemos visto, fue un asiduo propagandista. Ya en 1903 nuestro coadjutor irradiaba apostolado. Quiso que su hermano Eliseo fuera corresponsal de ese periódico en Bahía Blanca. Le dice en carta del 25 de abril de 1905:

"Querido Eliseo: me parece que tú podrías muy bien cumplir esta misión que Dios te manda para la buena causa. El te ayudará..."

Y no solamente escribía a los que conocía sino aun a los que no conocía.

Una enferma añoraba a su madre que estaba en Montevideo. Zatti escribe dos cartas hasta el Uruguay y las pone en comunicación. De allá le escriben:

“Agradezco mucho el que me haya mandado el retrato de mi nena, hoy a la vez madre de otro bebé igualito a ella... Ruegue mucho por mí, aunque no tengo el gusto de saber quien es; pero por su gentileza, veo que debe ser una buena persona. Le remito dos nacionales para que se compre alguna cosita, pues como está en un hospital (y eso debe ser muy triste) algún antojo puede que tenga...”

¡Si la señora María Elvira López de Gelabert hubiera llegado hasta el hospital de Zatti se habría percatado de que no es tan *triste* la casa del dolor cuando está perfumada con el amor! Y en cuanto a los antojos del que escribió las cartas, hubiera sabido que él no tenía más que uno: hacer el bien...

Una vez un artista holandés llevó a su patria estatuas de Italia. Cuando las desembaló, arrojó la paja que las envolvía como abono del jardín. Y en la primavera brotaron las flores italianas... ¡Había sembrado flores sin saberlo! Así era nuestro buen samaritano: sembraba flores hasta sin saberlo... Zatti irradiaba cortesía. Con todo su trabajo cotidiano, siempre encontraba tiempo para enviar un saludo a su compañero Vicente Defeo, coadjutor salesiano que fuera su adlátere en Bernal. Por más de cuarenta años D. Vicente vio llegar cartas de Zatti para el 19 de julio...

Desde Stroeder, el P. director del colegio “Cardenal Cagliero” le escribe:

“Ante todo tengo que felicitarlo por la “conversión” que hizo en la persona de X... ese de la pierna que le había recomendado. No falta un domingo a Misa y está muy contento. Y ahora otros dos casos y dos súplicas: 1ª Una señora de unos 60 años, sola en el mundo y sin parientes, vive con un protestante, lo cual es un gran peligro para su alma. Está enferma. ¿No podría recibirla allá en el pabellón de mujeres? Ella lo desea... 2ª Hay también un señor que desearía internarse para curar una pierna. No es católico. Debe ser griego ortodoxo...”

De El Caín, nada menos que de El Caín, sus amigos se dirigen a Zatti y no por enfermos sino por asuntos materiales. A todos Zatti atiende con igual deferencia. Le agradecen:

“Hoy recibí su carta fecha del 1º de junio en la que me dice de la casa; pero resulta que para mí es imposible porque no tengo los 15.000 pesos para comprarla, pero agradezco mucho su atención

y le quedo muy agradecido. De aquí le diré que yo estoy muy bien y que volví a agarrar el correo otra vez y Jesusa está muy bien y chicos todos bien gracias a Dios...”

Un joven empresario de pompas fúnebres de Patagones andaba dudando si se haría o no salesiano. Zatti lo halló un buen día y, bíblicamente, le dijo: —Clemente, deja a los muertos que entierren a sus muertos...

El joven dejó la empresa y se fue con Don Bosco...

Hacia todos los puntos cardinales va la caridad de Zatti: Rada le pide cubiertas para su automóvil desde Valcheta; de “Sanantón” piden a “Dosatti” que les averigüe si hay fruta en las quintas de Viedma; desde Colonia Las Heras en Santa Cruz un amigo le ruega salga garantía para poder entrar como empleado en la oficina de Correos y Zatti le abre las puertas de ese empleo, saliendo fiador por 2.000 \$; desde Villa Virginia, Río Negro, un amigo le pide “una cerda para cría, de 7 a 8 meses, de regular clase porque tengo un marranito puro Kersen colorado de la misma edad...”

Y mientras se prodigaba hacia afuera, no descuidaba de sembrar flores de caridad en el propio jardín. Ha acaecido un “lamentable incidente” en el Círculo de Obreros a raíz de un campeonato de bochas. ¿Quién será el encargado de poner bálsamo a las heridas? El pro-secretario, Zatti. El fue quien tendió el puente que unió las desavenencias y el que escribió las notas de rigor.

Entre las enfermeras (¡al cabo, mujeres, seres humanos!) solía haber envidias, rencillas, resquemores. ¿Quién sino el administrador del hospital era el que se encargaba de pacificar los espíritus? Tenemos ante la vista una carta confidencial muy ilustrativa al respecto:

“Don Zatti: he cumplido. Y seguiré sus sabios consejos. He procurado callar y guardar silencio en las contrariedades. Tengo bien amarrado el león con dos cadenas, pero temo se afloje la cadena y se suelte. Tengo mi carácter bien aferrado a los pies del Buen Jesús. Todas las mañanas se lo digo en la Iglesia; pero es demasiado lo que sufro. Me ha hecho pasar ocho días pésimos además de lo que le puse en su conocimiento antes, pero todo lo he ofrecido para que Ud. y demás salesianos pudieran hacer bien los Ejercicios...”

Si por un lado, ni en los Ejercicios Espirituales Zatti hallaba tranquilidad, por otro lado había almas buenas que lo ayudaban con la oración...

Zatti irradiaba vida y esperanza, porque enseñaba siempre. Todos sus enfermos eran sus discípulos. Solía improvisar parábolas, a la manera de Jesús. Una de ellas era la del paisano que debía ofrecer una fruta al dueño de la estancia y para que le fuera grata la ofrenda, el paisano le pedía a la patrona, la mujer del estanciero, que se la ofreciera. Luego sacaba la consecuencia: así la Virgen, Esposa del Espíritu Santo, ofrece a Dios, etc.

Anda por ahí una foto de todos los médicos de Viedma y Patagones. Esa foto tiene un valor apologético en favor de la virtud de Zatti. Pues en ese año los galenos andaban todos a la greña. No se podía ni morir tranquilo, porque si "entre dos litigante el tercero goza" aquí "entre dos médicos que pelean, el enfermo se muere"... Artémides rezó para que Dios arreglara el pastel y luego habló al P. De Salvo y al P. Fernández. Se pusieron todos de acuerdo y el lío se compuso. Después, un almuerzo de camaradería en el colegio salesiano, después la foto histórica. ¡Qué bella misión la del hombre de Dios, de unir, vincular, acercar corazones!

En el Círculo de Obreros, Zatti era el ángel custodio de las reuniones dominicales. Para eso iba él. No iba para jugar a las bochas ni al "tres sietes". El iba a hacer apostolado. Tanto es así que cuando a alguno, en la exaltación del juego, se le escapaba tal cual terno criollo más o menos grueso, ahí estaba él para llamarlo al orden y decirle: —Vamos, decí una jaculatoria, en vez de eso...

—Pero es para desahogarme, Don Zatti...

—Y bueno: te podés desahogar mejor con una linda jaculatoria.

Cuando se presumía que una asamblea del Círculo iba a resultar tumultuosa, se nombraba presidente de la asamblea a Don Zatti. Fue muchas veces presidente de asambleas. Su nombre inspiraba respeto, su virtud se imponía, su mansedumbre apaciguaba los ánimos.

Mientras curaba a algún enfermo, aprovechaba para hacerlo rezar: —A ver, rece un Padre Nuestro, va a ver que le duele menos...

Enseñaba catecismo a algún muchacho en la sala grande, en voz alta para que todos oyeran y sin darse cuenta aprendieran los rudimentos de la fe.

De todas partes le llegaban cartas porque a todas partes iban los rayos de sus mensajes. Junto a un telegrama arrugado

de la Dirección General de Subsidios en que le dicen que “se girará semana próxima subsidio primer semestre” o una carta del Ministro Emery, hay una carta garrapateada de un tal Toribio Carrasco en que le dice que “extraña el hospital” o una de Ifigenio Chiquisano; junto a una misiva de “El Doradillo” hay otra de Buenos Aires y en pos de las de Olavarría y Bahía Blanca están las de Quetrequile y de El Caín y Cinco Chañares y Pajalta.

Las cartas más impresionantes son las de los presos en las que le piden vaya a visitarlos. ¡Magnífica obra de misericordia a la que también se entregó de lleno mientras las ocupaciones se lo permitieron!

Una señora le escribe desde Stroeder y le dice: “Tengo fe en Ud. y en Dios”. Seguramente que Dios no se habrá resentido porque la buena campesina antepuso la fe en Zatti a la fe en El. . .

“Trataba de llevar a todos a Dios” me decía su hermano Herminio. Y era cierto. Como hombre de amor y caridad, vivió para el más genuino apostolado. Pero un apostolado práctico, suave, insensible. . . Sabía darse tanta maña que los más rebeldes y refractarios tarde o temprano caían en el garlito y entraban por la puerta de la gracia de Dios. Comenzaba jugando a las bochas o al truco con ellos y acababa llevándolos a confesar.

Conversando con el Dr. Ecay, médico de Patagones, me dijo estas palabras: —Es el hombre más extraordinario que he conocido en estos 23 años de Patagonia que llevo. . .

Otro médico, incrédulo, llegó a decir: —Frente a Zatti, flaquea mi incredulidad. . . Si hay santos sobre la tierra ese es uno de ellos. Cuando yo estoy con el bisturí en la diestra y lo miro a él con el rosario en la mano, se llena la sala de algo sobrenatural. . .

Zatti era un hombre extraordinario, hacía flaquear la incredulidad a los incrédulos, porque irradiaba virtud. Era como ese sencillo adminículo que descubrió Edison y que hoy miramos indiferentemente en todas las piezas: la lámpara incandescente. Como ella, el pariente de todos los pobres, desde el vacío de su humildad irradió luz y calor de caridad hacia todos los horizontes.

La lámpara de Edison irradiaba luz mientras la alimenta la corriente eléctrica. Zatti también: la corriente continua de la gracia, le venía de Dios. . .

CAPITULO XVI

COMO LA REJA DEL ARADO...

Don Bosco, al morir, dejó a sus hijos la herencia más preciada: el trabajo. Sobre la lividez de sus labios quedó estereotipada una sola palabra: *lavoro*. Zatti, a fuer de hijo preclaro de tan gran santo, cumplió al pie de la letra y siempre la consigna del padre. Fue un trabajador incansable.

En 1917 se instaló el Noviciado en Patagones. ¿Quién sería el encargado de subvenir a las necesidades materiales de esa nueva casa que tenía el Maestro, el Asistente y una docena de bocas juveniles? El P. Pedemonte, que conocía bien a Zatti le confió también la delicada misión de proveedor. Como si fuera poco el lidiar con el hospital y sus acreedores, el buen coadjutor debió comenzar a trajinar en busca de los garbanzos para el Noviciado. "Y lo hallé siempre —dice el P. Maestro— muy accesible y muy humano en los requerimientos que debía hacerle con respecto a las necesidades de la casa".

Mantenía, necesariamente correspondencia con una enorme cantidad de casas que surten farmacias. Véanse algunas: Droguería Inglesa, Guillermo Padilla, Ocefa, Productora Química CIBA, Droguería Constitución, Riedel y Lavalle, Clisan, Destilerías Hiram, Walker y Sanz, Laboratorios Beta, La Quirúrgica Argentina, Laboratorios Darck, Sociedad Química Rhodia, Millet y Roux, E. R. Squib and Sons, Droguería Suizo Argentina, Grandes Laboratorios "Raffo", Instituto Bioquímico Argentino, La Cirugía Económica, Droguería Inglesa de Bahía Blanca, Otto Hess, Productos Roche, Taranto y Cia., etc., etc.

Por otra parte, hace cuarenta años se conseguía alcohol y drogas con sólo pedirlos. Pero últimamente para conseguir

alcohol de Padilla debía presentar la autorización de Impuestos Internos. Y ese expediente le llevaba un tiempo precioso. En los últimos años pedía siempre 130 litros de alcohol puro y 460 para uso externo.

Además debía solicitar la exoneración de impuestos no solamente de los productos químicos sino también de las propiedades del hospital, de alumbrado y limpieza y hasta de la patente del auto Dodge, cuanto lo tuvo.

Debía mantener correspondencia con la Dirección de Subsidios, pues era la principal fuente de recursos del nosocomio. Con frecuencia debía recurrir a las autoridades o a amigos influyentes para activar el siempre moroso trámite administrativo.

Cuando moría un paciente en esa *Casa de Dios*, como llaman los vascos al hospital, entonces Zatti debía escribir a los parientes, si los tenía, gestionar de la repartición pública donde trabajaba el difunto que se hiciera cargo de la inhumación de sus restos, dirigirse a la Municipalidad pidiendo las autorizaciones del caso, telefonar a las empresas fúnebres que le llevaran un ataúd barato, etc. Frecuentemente el fallecido era pobre de solemnidad. Entonces "el pariente de todos los pobres" debía correr con todos los gastos y trámites que la Municipalidad no cubría.

Los analfabetos que tenía en su hospital eran muchos. De ahí que él debía servirles de amanuense. Y cuando un paciente recibía una carta de lejos en que le preguntaban "cómo está Don Zatti, y Don Francisco, y la Srta. María y Teodolinda y Eulogia y Margarita y no deje de decirme qué se hizo de Felisa y si vive Doña Zulema, etc., etc." el santo varón debía gastar horas de su precioso tiempo para contestar a esa encuesta sobre el personal del nosocomio.

Había ancianos y ancianas que no podían escribir aunque supieran. A ello suplía la bondad y la paciencia única de Zatti. Mantenía correspondencia con parientes de enfermos, que estaban en Misiones o en Tecka, en el Chubut.

En Viedma, un primo de Zatti había adquirido una casita en condominio con él. La casa del vecino corría riesgo de derrumbarse. Lllaman a los albañiles. El condómino no quiere dejarlos entrar a su patio. Desde Rawson el dueño de la casa en peligro acude a Zatti. Y este, con su proverbial bonhomía, debe intervenir en esos líos domésticos...

¿Cómo no contestar a una carta tan cariñosa en que lo lla-

man “Mi muy queridísimo Don Sattis”? La desgracia era que la lectura resulta sumamente laboriosa por la pésima escritura. ¡Y la buena señora ha escrito nada menos que seis páginas!... Y en ella pregunta por casi todas las personas que ha conocido en Viedma...

¿Cómo no contestar al buen paisano que escribe desde Llama Niyeo a su hermano que se encuentra hospitalizado y sin recursos y desde aquellas lejanías el hombre le manda 5 pesos “todo lo que he podido levantar”, como él dice.

¿Cómo no contestar a una muchacha que le escribe desde Puerto Deseado, le dice “muy señor nuestro”, que es exalumna de María Auxiliadora y entiende de enfermera y quiere trabajar en Patagones o en Viedma?

¿Cómo no contestar a una señora que le escribe nada menos que desde Cruz del Eje, en Córdoba, pidiéndole una recomendación para poder poner a su hijo de 13 años como interno en el colegio salesiano de la capital homónima, cuando la señora le dice “abusándome de nuestro parentesco espiritual por ser Ud. padrino de un hijo mío que nació en esa, más tarde fallecido”?

¿Cómo no contestar a la humilde ama de casa de Cinco Chañares que le pide lo siguiente: “quiera aserme el gran favor de conceguirme un poco de ruda, Don Zatti, le diré que hay dos clases de ruda, ruda enbra, de ojas chiquita y ruda macho de ojas grande: bueno, yo quiero de esa ruda macho, ojas grandes, por favor Don Zatti, a ver si me la concigue”?

¿Cómo no contestar a un minúsculo papelito de una buena muchacha de Gral. Conesa en que le pide “me aga saver algo de mi querido padre, como se encuentra, porque mi hermano me dice que estea tranquila, que papá sigue mejor, pero yo pienso siempre en la mala suerte que tenemos, ya que cuando no es uno es otro que está enfermo”?

¿Cómo no contestar a una indígena de Quetrequile que aprendió a escribir, como pudo, en el hospital, lo llama “Altamiro Sate” y que “dice mamá que muchas gracias porque me hizo hacer la primera comunión”? ¿Y que pregunta con sencillez encantadora, “si la han operado a Carmen Cárdenas y cómo está Delia Aguilera y si Birjinia se ha compuesto”?

¿Cómo no contestar a un muchacho que desde Puerto Madryn lo llama “Señor Alministrado” que le pide “tenga a bien en viarme la baliya y prendas de mi finadito hermano y me manda el importe de la encomienda que tendré a bien jirarle”?

El corazón compasivo del “pariente de todos los pobres” no podía negarse a contestar esos mensajes de la gente humilde. Pero es claro, ello le llevaba un tiempo que los que miramos hoy el panorama de la vida de este insigne trabajador no sabemos de dónde lo sacaba como no fuera robando horas al sueño...

Otros le escribían, no para interesarlo en cosas relativas al hospital o a su oficio, sino por cosas totalmente ajenas a eso. Cuando desde Cubanea le piden “que vaya a ver a la Sra. Viuda de Sacco para ver si está conforme con alquilarme el local...” uno piensa si ese buen señor no tendría otro hombre menos atareado que el santo enfermero a quien encomendar ese recado...

Por otra parte Zatti era el intermediario para una cantidad de cosas raras: una señora tenía una pensión graciable que le venía no sé de donde: el encargado de cobrar esa pensión y firmar por la buena mujer analfabeta era él. Había que hacer propaganda por el diario católico El Pueblo. El conseguía suscripciones, pero regularmente el pago de las mismas lo hacían por medio del buen samaritano. Y con frecuencia él debía añadir algunos pesos para que se alcanzara a pagar la anualidad...

Moría uno. Lo enterraban. Pasan meses. Pasan años. Al cabo el Distrito Militar, haciendo recuento de libretas de enrolamiento, se percata de que la libreta del ciudadano X fallecido hace tres años no aparece. Se hace un expediente. Se trata de conseguir ese documento de identificación personal para impedir que, como en épocas risueñas de nuestra historia cívica, voten los muertos. Y el expediente llega hasta el escritorio, saturado de yodo y de agua oxigenada, de Zatti. Y el pobre administrador del hospital debe devanarse los sesos para dar con esa bendita libreta... Más tarde ya no le hacían perder tiempo con expedientes de esa índole; apenas moría un ciudadano, junto con el cajón al cementerio, iba su libreta al Registro Civil...

Debía también atender a los justos y encomiables reclamos de la Capital Federal. Aquí los hombres de ciencia del Ministerio de Salud Pública se interesaban por estudiar los quistes hidatídicos, por ejemplo. Y como saben que aquella comarca del país los produce a profusión, nada mejor que enviar una nota al “Director del Hospital San José” para que envíe a la Sección Hidatidosis del Ministerio de Salud Pública, una cantidad de datos y observaciones sobre esas enfermedades. Mag-

nífica la idea, laudable el fin que se persigue pero si los señores de la sección hidatidosis hubieran estado en las bragas de Don Zatti, hubieran pensado: "para qué vamos a darle más trabajo a este mártir del trabajo". . .

Cuando alguien lo veía salir en bicicleta, con la jeringa en el bolsillo superior del guardapolvo, le preguntaba: —¿Qué tal, Don Zatti?

—¡Eh, aquí vamos. . . a pinchar un poco a la gente!

A la noche llegaba deshecho por el trabajo. Me narraba un caballero de Viedma que estuvo enfermo una semana en el lecho de Zatti, que se acostaba tardísimo. Antes de irse al reposo, se oía un golpe recio: era el santo varón que caía de rodillas para orar, luego se quitaba los enormes botines de elásticos que él usaba y con toda la ropa se echaba a dormir. . .

Se dormía en seguida. Un cuarto de hora después golpean a la puerta: —Don Zatti, mi mamá está mal, no encuentro hielo ¿puede darme Ud?

—¿Trajiste arpillera?

—No, Don Zatti. . .

—Bueno, entrá. . . —Y se iba a buscar hielo, lo envolvía en el diario El Pueblo o en el Pro Familia, y se lo daba. . .

Un día regresaba al hospital en bicicleta. Iba lleno de polvo. Seguramente había ido al campo: —¿Cómo está, Don Zatti? —le preguntó uno de sus muchos amigos.

—Bien, muy bien, voy a almorzar.

—¿Cómo? ¿a esta hora? . . .

El otro miró su reloj, creyendo engañarse. Pero no se engañaba: eran las 16. . .

Uno de los sacerdotes que estuvo junto a él en los últimos años de su vida califica el trabajo de este buen coadjutor de "actividad prodigiosa". "Nunca estuvo ocioso" dice la más antigua de sus enfermeras. "Era incansable" dice uno de los coadjutores que tuvo la dicha de colaborar con él en los menesteres del nosocomio.

Como no sabía decir que no a nadie, todo el mundo lo ase-diaba con pedidos. ¿Una señora de Pedro Luro necesita renovar el nicho para uno de sus difuntos? Acude a Zatti. Otra de Valcheta quiere hacer celebrar una Misa. Manda 15 \$ al buen samaritano para que vaya a la parroquia y la encargue. En San Antonio Oeste, necesitan palmas y olivos para el Domingo de Ramos. Pues acuden al hospital, es decir a Zatti. "Tengo el auto sin cubiertas" —le escribe un amigo desde 400 kilómetros.

Basta eso. Ya sabe Zatti lo que debe hacer. Otro le deja un papelito escrito con lápiz: "hace dos días que estoy a café con leche". No necesita más.

En Darregueira, pueblo de la provincia de Buenos Aires, quieren levantar un hospital. El médico director se dirige a Zatti consultándolo acerca de los pormenores de su nosocomio. ¡Poco le habrán servido! ¡Zatti andaba por caminos nuevos que ningún otro que no sea un santo puede trillar! El era un hombre pero trabajaba a lo divino...

Cuando un italiano de Potenza tenía que enviar dinero a su familia, lo depositaba en las manos milagrosas de Zatti. De Ing. Jacobacci le escriben que "haga bautizar a Fulano: vea que es todavía moro"...

Cuando se trató de instalar un colegio salesiano en Stroe-der, fue Don Zatti el cual ya había conquistado a esa población con su caridad, el que consiguió el terreno para instalarlo.

Todo esto reclama una actividad realmente prodigiosa.

Una vez habíase internado un nuevo paciente. Y le preguntó a la enfermera: —Dígame, señorita, ¿hay timbre aquí, por si uno se siente mal y quiere llamar?

—No es necesario, —replicó la enfermera, —Don Zatti pasa a cada rato sin que nadie lo llame...

En nuestras chacras hay dos clases de arados: unos herrumbrientos y mohosos. Son los que están fuera de uso. Otros resplandecientes y bruñidos: son los que trabajan todo el día abriendo la fértil pulpa de la tierra...

¡Por eso el alma del buen samaritano era tan bella, brillante y pulida: era como el arado laborioso: trabajaba día y noche...

CAPITULO XVII

NO HAY MEJOR CIRUJANO...

Zatti era un hombre intelectualmente bien dotado. Tenía una capacidad mental no común. Si hubiera podido estudiar, seguramente hubiera resultado algo extraordinario. No tuvo esa suerte. Fue uno de los sacrificios que él, desde el silencio de su corazón humilde, habrá ofrecido muchas veces a Dios...

Cuando la farmacia corría riesgo de ser clausurada, los superiores pensaron seriamente en poner al frente de ella, por lo menos un idóneo en farmacia. Y así se recibió Massini de esa especialidad. Cuando este salió de la Congregación quedó un señor Zitta como farmacéutico. Pero no era lo que se necesitaba. Ahí urgía tener un salesiano por lo menos idóneo.

Así fue como Zatti llegó a conseguir ese título. Pero ¡cuánto le costó! Años enteros de estudios, zozobras y contratiempos...

En 1910 los superiores lo autorizaron para que estudiara. El se decidió a seguir el bachillerato. ¿Pero cómo? Por correspondencia. Había en Buenos Aires, un instituto llamado "Austerlitz" cuyo director, un señor A. C. Dufour, preparaba alumnos por correspondencia en calle Chile al 700. Mensualmente Zatti pagaba sus 15 \$ y recibía la conferencia del instituto, que él estudiaba a conciencia. Así los primeros meses; pero luego, desde enero de 1911, ya las cosas cambiaron. No recibió más conferencia alguna. El pagó los 15 \$ hasta mayo. Como reiteradamente insistiera ante el Sr. Dufour y como sólo contestara a las certificadas con aviso de retorno, optó por enviarle al coadjutor David Curotto, de Buenos Aires. Fue este a ver al director del instituto y le dijeron que era costumbre de esa

academia no escribir. ¡Peregrina costumbre la de un instituto de cultura! Eso era en abril. En junio, el paciente Zatti, se dirige de nuevo al P. Pagliere, pidiéndole envíe otra vez a Curotto a ver qué pasa en el Instituto Austerlitz. Le dice:

Asimismo remito un bono postal por valor de 15 pesos para pagar la mensualidad de junio, si dicho señor ofrece las garantías necesarias, pues me parece inútil seguir pagando si hace como hizo de enero a esta parte, es decir, cobrando y nada más. En la esperanza de que V.R. hará todo lo que crea necesario por esta farmacia (cada día siento más la necesidad de ponerme en regla para evitar algún triste juego de los hijos de las tinieblas...) etc. (1)

No sabemos el éxito que tuvo esa segunda visita del coadjutor al Sr. Dufour. Probablemente el Instituto Austerlitz se había fundido. El hecho es que ya no se habla más del bachillerato de Zatti. Y debe por lo tanto renunciar a rendir exámenes en la Universidad, para optar al título de farmacéutico. En la última carta que escribe al instituto le pregunta "en qué tiempo podría presentarme a rendir exámenes para bachiller a fin de poder prepararme debidamente y tomar aquellas medidas que me son necesarias"... (2)

Pero si renunció a los estudios universitarios, no así a conseguir el título de "idóneo en farmacia". Este lo consiguió años más tarde, el 30 de mayo de 1917, en la ciudad de La Plata, donde el 28 de ese mes rindió exitosamente los exámenes pertinentes, siendo aprobado. El diploma reza así:

"Dirección General de Salubridad y Obras Sanitarias de la Provincia de Buenos Aires. Aprobado en los Exámenes rendidos ante esta Dirección, el 28 de mayo de 1917, Artémides Zatti, de nacionalidad italiano, de 36 años de edad, queda reconocido como IDONEO EN FARMACIA. La Plata, 30 de mayo de 1917".

Pero él no era solamente idóneo en farmacia: los 15 años que entonces ya llevaba como enfermero y factótum del hospital, le habían valido una extraordinaria experiencia en materia de terapéutica y hasta un ojo clínico muy perspicaz en la diagnosis de las enfermedades.

El Card. Cagliero que había llegado a conocer bien las mocedades del "pariente de todos los pobres" lo anima a estudiar y espera mucho de él. El 25 de agosto de 1911, escribiendo al P. Pagliere, le dice:

(1) y (2) Archivos de la Inspección S. Fco. de Sales. Buenos Aires.



1923: Una fiesta en el Círculo Católico de Obreros.



Don Zatti con un grupo de sus hombres.

...y el querido Zatti, creo *stira unguenti*, en la botica, por ahora, después flebotomo, farmacéutico y al fin, médico milagroso; pero siempre buen salesiano, que eso es lo que lo distingue de cualquiera otra carrera". (1)

No cabe duda de que el anciano prelado, a la sazón Delegado Apostólico en Centro América, dio en la tecla cuando trató de definir al buen coadjutor. Comenzó, es cierto, siendo un vulgar vendepíldoras y un *stira unguenti*, pero luego fue algo más que flebotomo y sangrador, fue un enfermero con todas las de la ley y que al cabo haya llegado a ser lo que el Cardenal afirma, un médico milagroso, este libro lo dirá. En cuanto a que fue siempre buen salesiano, no cabe la menor duda...

Es posible que el pueblo a veces se deje embaucar por medicastros. Pero en general, "vox populi, vox Dei", el pueblo no se equivoca cuando tiene fe en la ciencia médica de alguien. Y que el pueblo de Viedma creía en Zatti y en su pericia médica, nadie puede ponerlo en duda. Porque Zatti sabía. Cuando un hombre inteligente ha pasado cuarenta años atendiendo enfermos y con frecuencia haciendo él de médico por penuria de estos en la localidad, es natural que haya adquirido una envidiable ciencia empírica. Por otra parte, su modestia y humildad frenaron siempre esos alardes de sabihondos que suelen asomar a los labios de muchos enfermeros, apenas cuentan cuatro años de práctica y aun menos... Zatti jamás alardeó de su saber. El hacía buenamente las curas, cuando no había otro. Nunca osó discutir a ningún médico diagnóstico alguno ni cambiar los medicamentos ordenados. Aunque más de una vez ¡vive Dios que el modesto enfermero hubiera gritado que lo que el galeno escribía en sus récipes no era lo más indicado! pero él, callaba siempre y escondía su profunda ciencia empírica bajo el manto de su modestia.

Una vez le trajeron un enfermo de San Antonio Oeste. Había sido herido en la ingle de una feroz puñalada. El médico del lugar, no pudiendo unir los tendones, taponó con algodón la herida y lo mandó al hospital. Los médicos de Viedma, diagnosticaron también con pesimismo: —Se muere...

Lo dejaron en manos de Zatti. Este le paró la hemorragia, lo vendó y le hizo dar la Extremaunción, por las dudas; pero le aplicó además una medalla de Don Bosco entre las vendas.

(1) Archivo de la Inspectoría S. Francisco de Sales. Buenos Aires.

Pasó más de una semana. Uno de los médicos. le preguntó un día: —¿Murió aquel de San Antonio?

—No, doctor, ahí lo tenemos, ayudándolo...

Va el médico, le quita las vendas, y comienzan a llover gusanos. Y era como si estos le hubieran sorbido el mal, porque la herida comenzaba a cicatrizar. Unas semanas más y el hombre estaba sano.

Había en Viedma una familia muy numerosa. El padre era mecánico. La esposa enfermó de gravedad. Los médicos se declararon impotentes ante la pertinacia de su mal. Zatti rogó al marido que la llevara al hospital. No poco tuvo que discutir, porque nadie en la casa quería que fuera y los médicos decían: ¿para qué? si total, se muere sin remedio... Pero a Zatti esas ocho criaturas que quedaban sin madre, le partían el alma... Y la llevó. Era en enero. Hasta mayo la tuvo cuidándola como una madre. En ese mes pudo la mujer levantarse. Le enseñó a caminar, porque hasta de eso se había olvidado. Y a los seis meses volvía la buena mujer a preparar la comida para su marido y sus hijos...

Una religiosa de María Auxiliadora tenía una muela floja. La directora le pregunta si quiere que la lleve al dentista: —No, Hermana, ¡qué dentista! que venga Don Zatti nomás.

Fue el buen samaritano. —¿Vamos a la enfermería? preguntó la directora.

—No, aquí nomás, en la sala...

—Traigan una silla...

—No, de pie nomás...

Y antes que la religiosa llevara una silla, ya él le había sacado la muela...

Otra vez fue al colegio. La superiora lo llamó porque tenía una alumna que ella creía levemente indispueta. Apenas la vio Zatti, le dijo: —Cuidado, Hermana, es una bacilosa: ¿ve Ud. ese bultito?

Fue conducida al hospital y luego a Olavarría: Zatti había acertado.

—Inyecciones, no... inyecciones, no... — gritaba una chucula de seis años que estaba muy grave. Artémides le daba tantas vueltas al tema hasta que acababa por ponerle la inyección casi sin que ella se percatara. Así la curó, pudo seguir estudiando, cursó el Normal y hoy es maestra.

Los médicos suelen apocopar las palabras muchas veces harto kilométricas con que tienen que lidiar. Zatti, adquirió

pronto la costumbre. Y era frecuente que cuando el Dr. Sussi-
ni le decía: —Hágale suero... — preguntara: —¿Gluco? para
inquirir si le daba suero glucosado hipertónico. —¿Le hacemos
peni? — preguntaba tratándose de administrar penicilina.

Me decía uno de los médicos que más años estuvieron a
su lado, que Zatti no sólo era un buen terapeuta sino que era
él mismo terapéutica, porque curaba con su presencia, con su
voz, con su sonrisa, con sus salidas, con su canto...

Un día un buen galeno le dijo: —Don Zatti, Ud. me está
haciendo competencia. —No, doctor, dijo él sonriendo: yo curo
con vino de cantina y carne de gallina, que es la mejor medicina...
Si el médico entra en la casa, se come la gallina y manda
el caldo al farmacéutico...

El médico amigo no pudo negar que Zatti tenía toda la
razón del mundo.

Bien sabía él lo que son los microorganismos patógenos.
No temía la infección ni el contagio. Impresiona el pensar que
un hombre como él, que vivió cerca de medio siglo en contacto
con toda suerte de infecciosos, nunca fue contaminado, no obs-
tante que él no tomaba, para sí, ninguna precaución. Cuando le
hablaban de los microbios, él solía contestar: —¿Y no saben que
yo tengo adentro otros microbios mucho más poderosos que
esos? Se refería, sin duda, a los leucocitos de su sangre y para
que lo entendieran les hablaba así.

Muchas veces, tratándose de casos graves, solía decir: —No,
estos son casos en que debe intervenir el doctor... — Pero los
pacientes querían que antes del médico, Zatti les dijera su pala-
bra cordial y sincera.

Los galenos se molestaban a veces porque él no siempre
se ponía guantes, no usaba las pinzas para manipular la gasa,
no se higienizaba antes de las curas pero si él hubiera hecho lo
que la moderna medicina prescribe, no hubiera podido atender
ni a la mitad de sus pobres enfermos... ¿Operó Zatti alguna
vez? Operaciones sencillas como extraer una muela, abrir un
forúnculo, coser un traumatismo, etc., las hacía a diario. Pero
tomar el bisturí para una intervención más seria, eso que está
penado por la ley, eso que los médicos fulminan, eso que pare-
ce absurdo, Don Zatti parece que nunca lo hizo aunque muchas
veces, ante la peritonitis fulminante a media noche y ante la
imposibilidad de hallar cirujano, quedaba perplejo...

Un hombre se había quemado todo el cuerpo. Los médicos

desesperaban de salvarlo. Lo entregaron a Zatti: —Haga lo que pueda, le dijeron.

El buen samaritano preparó una pomada a base de elementos de conocida eficacia. Lo embadurnó sin compasión. Lo vendó por completo y lo dejó así. Pasaron 10 días. El hombre despedía un hedor insoportable: —Se le pudre vivo — le dijo un galeno — sáquele las vendas y lávelo...

—Vamos a esperar un poco más, — replicó Zatti, sabiendo lo que hacía...

Cinco días más y le sacó las vendas. El hombre había cambiado de piel. Bajo la piel quemada aparecía otra como de niño...

En cuanto a la ciencia de curar, sin ser retrógrado, fue más bien conservador. Un día le hablaba un sacerdote de los progresos de la farmacología. Zatti sonreía debajo de sus bigotes: —Sí, — le contestó al cabo, — la farmacología y la medicina progresan mucho; pero los hombres siguen muriendo...

Cuando aparecieron los llamados "Sanatorios", Zatti solía decir con sorna:

—Ahora me van a fundir el hospital... ¡Claro! sanatorio, lugar donde se sana: hospital, lugar donde se muere; pero ¡mire lo que son las cosas! también los sanatorios tienen una pieza llamada morgue...

El obraba siempre con toda naturalidad. Jamás narró éxito alguno que hubiera obtenido con su terapéutica. Nunca se jactó de haber curado a nadie. Más bien solía contar, riendo de buena gana, los reproches que le hacían los médicos porque él para curar una erisipela, embadurnó de pomada todo el rostro de una pobre enferma con el dedo índice, sin habérselo ni siquiera lavado... El hecho es que la enferma sanó perfectamente. Pero él esto no lo decía...

Para hacer explotar los ántrax y forúnculos, tenía un método especial. Comenzaba por acariciar los aledaños del tumor, mientras cantaba o conversaba con el paciente, haciéndole ver que estaba explorando el campo infectado. Cuando el enfermo estaba distraído, él apretaba con todas sus fuerzas las tenazas de su pulgar e índice y el pus saltaba como lava de volcán hacia todas partes. A veces se manchaba todo el guardanvolvo: —Pero, Don Zatti, cómo se ha puesto... — le decían. Y él contestaba con esta sentencia: —El pus no tiene espinas...

Una vez fue una señora a visitarlo. Conversaron. Al fin, Zatti la invitó a quedarse esa noche en el hospital. La mujer se

extrañó: —Sí, señora, es mejor que se quede, — le dijo el bueno de Artémides. La señora, por complacerlo, aceptó. A las pocas horas, fallecía. Zatti se había dado cuenta de que la pobre padecía de angina pectoris.

Su terapéutica llegaba más allá de la de los facultativos. Pues él, además, enseñaba a morir. Un muchacho llegó del campo en estado desesperante. Por las llagas purulentas que tenía en las caderas, le entraba un puño. Cuando Zatti lo fue a curar, gritaba: —No quiero morir, no quiero morir: tengo 22 años... El buen samaritano, viendo que la ciencia era inútil, acudió a la otra terapéutica. Lo preparó a la primera Comunión, lo hizo confesarse, le infundió algo de su fe maciza y lo despidió. Cuando el mozo estaba a las últimas, le oyeron decir, radiante de alegría: —Me voy al cielo, me voy al cielo...

Fue a verlo una señora con su hija, Noemí. la chica, de 13 años, tenía un panadizo descuidado. Zatti comenzó a contarle la historia bíblica de Noemí y mientras ella estaba abstraída en la narración, le arrancó la uña de cuajo: no había otro remedio... Cuando la jovencita gritó va él le estaba mostrando la uña en su diestra. Ella no sabía si llorar o reír...

Una vez lo llamaron para que viera a un muchacho de 17 años. Lo curaban como tuberculoso: —Mándemelo al hospital, dijo Zatti, — este tiene más cara de hambre que de tísico...

Llegado allá, le recetó: —Sopa abundante, dos bifés, papas, verduras y un buen vaso de vino. Al poco tiempo entró a trabajar en una chacra. Zatti mismo le buscó trabajo.

Cuando estuvo enfermo en el gran Sanatorio y Maternidad del Sur, en Bahía Blanca, a los médicos les llamaba la atención la preparación científica y la precisión de los términos que usaba: luego supieron de quién se trataba...

Al pobre Padre Genghini se le había gangrenado el pie. Además tenía una avanzada diabetes. El cirujano dejaba por eso de un día para otro y nunca le amputaba los dedos que se le estaban cayendo. Un día, mientras lo curaba, Zatti se quedó con un dedo en la mano. Viendo que era cosa fácil, le pidió al misionero: —A ver, Padre, cuéntenos algo de Junín de los Andes...

El otro comenzó a narrar. Y el buen samaritano iba desgajando dedo tras dedo hasta dejarlo sin ninguno. Cuando le dio cuenta al cirujano lo que había hecho, este le contaba a su colega: —¡Qué bárbaro el Zatti ese: ha operado a tirones!...

A las ancianitas de la enfermería del Colegio de María Auxiliadora, solía curarlas con agua y azúcar. Ellas tomaban con fe enorme la inocente poción y cuando volvía el coadjutor, le decían: —Qué bien me ha hecho el remedio, Don Zatti...

Cuando él decía: —Este se nos va... —los médicos ponían la mano en el fuego que ese no contaba el cuento.

A veces invitaba a un médico a ir al hospital: —¿Hay apuro? — preguntaba el galeno. —No, sólo para que sepa lo que debe poner en el certificado, — contestaba Zatti. Tenía un ojo clínico extraordinario, decía el Dr. Sussini. —Era idóneo, pero idóneo de veras.

Sobre la medicina tenía un concepto cabal. Decía que *la medicina ayuda*, pero si el organismo no responde es inútil pedir milagros a los remedios.

Lo difícil para el clínico que era Zatti resultaba diagnosticar cuando le enviaban mensajes del campo que con frecuencia eran incomprensibles. Una joven de Primera Angostura le dice que tiene empeine. Zatti le contesta que debe ser de los terneros y que use tal remedio. Ella replica que en casa hace tiempo que no tienen lecheras... que “empezó en forma redonda, pero no tiene granitos y cada día va más grande, lo único que me pica algunas veces...” ¡Con estos datos debía formar el pobre Zatti su cuadro clínico!

De Olavarría un paciente le escribe para preguntarle si puede aplicarse la vacuna Pueyo...

De San Antonio Oeste le escribe una muchacha, le llama “Apreciable padrino” y le manda a una mujer a “la que quiero como a una tía”, la cual va acompañada de tres criaturas. Los médicos la han desahuciado. La han enviado a morir a su casa. La chica no se resigna. Y la manda a Zatti. Que el hombre de Dios haga el milagro... Tiene seis hijos: tres quedan en casa. Ignoramos el resultado de la intervención del buen samaritano en este asunto.

De Cinco Chañares, una señora le dibuja este cuadro clínico:

“Dígame que será bueno para curar las berugas: a mi me han salido al costado del cuello unas pintas negras i cada día se van agrandando más i se me van contagiando en los brazos y al mismo tiempo ruego a usted me diga que será bueno para la dilatación del biente que llo estoy siempre a fuerza de remedios y nada me ase bien, Don Zatti”...

En fin, que Zatti no era un Avicena, ni un Hipócrates, ni un Galeno pero la ciencia médica se la sabía de coro. Y no solamente porque por sus manos santas habían pasado miles de enfermos en 48 años de experiencia sino porque él estudiaba. "Zatti estudiaba" me decía el Dr. Sussini que lo conoció tan íntimamente. A la noche, mientras todos dormían, él a la luz de una lamparilla amarillenta, solía hojear manuales de medicina y de farmacia...

Pero sobre todo, tenía, lo que más vale, una estupenda experiencia vivida. El comenzó siendo un desahuciado. Y en esto más que en ninguna otra ciencia, será siempre cierto lo que dice la sabiduría popular del viejo refrán castellano: "No hay mejor cirujano que el bien acuchillado"...

CAPITULO XVIII

PROMESA CUMPLIDA

“Donde hay humildad, ahí hay sabiduría” dicen los Proverbios (XI-2). Y Jesús dijo: “Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos” (Math. V. 3). Su Divino Maestro había entrado en el mundo por la puerta de la humildad y de la pobreza al nacer en un pesebre. Zatti quiso también entrar por esa estrecha y baja abertura para llegar a la perfección. Por eso fue sabio. No tanto por haber hecho ostentación de ingenio cuanto por haber sido humilde de corazón.

Cuando en las postrimerías de su vida, Viedma y Patagones le tributaron un magno homenaje (tal que un hombre de gobierno llegó a decir: ¡ojalá nosotros los políticos tuviéramos tanto arrastre!) el bueno de Zatti, todo confundido, sólo atinaba a decir, con los ojos arrasados de lágrimas: “No a Zatti, sino a los enfermos”. . . . Y si él aceptó esa pleitesía de afecto fue porque sabía que en él se reconocían los méritos de su madre la Congregación y porque siempre es bello ver resplandecer la virtud del agradecimiento.

El no se envaneció por eso. Varias horas después, estaba haciendo lo que hacía siempre: limpiando los malolientes baños y los bacines, aun cuando había otros que podían hacerlo.

—Estas son cosas que tiene que verlas el médico, — decía siempre que le pedían diagnosticara. Y sólo se allanaba a dar remedios o cuando no había otro o cuando el paciente no tenía dinero para pagar facultativo.

En el curso de su larga vida, tuvo, naturalmente, varias bicicletas. Los buenos amigos, cuando veían que una ya no daba más, le compraban otra. Pero él iba quizás más feliz en la

vieja máquina, desconchada y llena de remiendos, que en la reluciente que estrenaba.

Al auto Dodge que había comprado el hospital para servicio de los médicos, le tenía particular ojeriza. Por eso, apenas pudo, lo rifó a beneficio del mismo hospital. Y ese día se sintió más feliz que nunca. Ahora era pobre de veras: sin coche y sin dinero, ahora podía decir como San Francisco de Asís: Padre Nuestro que estás en los cielos...

Cuando alguno de los doctores lo invitaba a ir en su auto, él siempre contestaba: —No, doctor, yo voy en mi bicicleta. Es más segura... No necesita nafta y no da dolores de cabeza porque se le obtura el carburador... Y como es cosa de pobres, nadie se la pide a uno...

Una vez un amigo entró en el hospital y al verlo lo saludó con eufórica alegría: —Señor Don Zatti, mi benemérito Don Zatti, ¿cómo está Ud?

—Benemérito, sí, benemérito de la miseria, —contestó sonriendo de buen grado.

Hasta ese inocente Don, con que la gente lo distinguió, anteponiéndolo, quién sabe por qué rara intuición, como si él hubiera sido un príncipe de las casas de España o Portugal o un sacerdote italiano, a él le molestaba. Quería que lo llamaran Zatti a secas. Una vez que alguien lo llamó Don Zatti, él le contestó: —Para ostentar el don hay que tener algo del algodón. Una de sus tantas salidas...

Hacia el fin de su vida surgió entre sus amigos la idea de regalarle un automóvil pequeño, un "topolino" italiano. Ya el pobre no estaba para pedalear mucho en bicicleta y era lógico que anduviera más cómodo. El se negó rotundamente. Y abundaba en razones para que no fueran a cometer el desatino de sacarlo a él de su vida de sencillez y pobreza: —¿No ven que este auto mío no se para nunca? ¿No ven que es más seguro? ¿No ven que no tengo que gastar ni en gasolina ni en repuestos?

Un buen amigo y admirador suyo, estudiante de medicina, quería regalarle, por lo menos, un motorcito "Cucciolo" para aplicar a la bicicleta y así ahorrar esas energías que en sus últimos años le iban faltando a ojos vistas. No hubo medio de que lo aceptara. Le contestó:

—El día que yo necesite de ese motor, ya será inservible para poner inyecciones y para curar... Y entonces ¿para qué el motorcito?

—Es mucho lujo, decía cuando alguien quería llevarlo en

su automóvil. Pero si un chacarero le ofrecía un lugarcito en el viejo camión, aceptaba. Recuerdo haberlo visto encaramado en un carro de leñador, pasar muy ufano por el pueblo.

Esa su cordial humildad lo hacía obediente y sumiso. Cuando en sus últimos días iba la enfermera a ponerle inyecciones, él le decía: —Yo bien sé lo que tengo; (1) de modo que es inútil quererme curar con esas inyecciones. Tienen, sin embargo, una misión esos pinchazos: ejercitar la obediencia...

Como en esos días postreros de su vida, lo cuidasen con mayor esmero y le dieran algo extraordinario, él decía: —Mucho lujo, mucho lujo...

Cuando alguna enfermera cantaba en la iglesia para lucir la voz, él hallaba siempre la oportunidad para dar algunas "Buenas Noches" pidiendo que jamás se cantara con esos fines, sino siempre y sólo para alabar a Dios.

El siempre vistió ropa ajena. Cuando fallecía alguno que no tenía deudos y dejaba algo que le venía bien a él, si realmente lo necesitaba, lo reservaba para sí. Ese sombrero orión que todos le hemos conocido, fue de un caballero que falleció —dicen— en 1905... Y con ese se arregló para tirar adelante por décadas y décadas...

Los prefectos del colegio de Viedma no se endeudaron por él con los sastres; pues los trajes que gastaba solían ser heredados de sus enfermos. Afirma el P. López que en 1948 se hizo hacer un traje, cuya hechura le regalaron y nunca más necesitó. Temía que al viajar a Europa en 1934 para la canonización de Don Bosco, fuera a verse obligado a comprar algún traje. Pero aun en esa oportunidad la Providencia le dio uno a su paladar (sin duda él habría pedido eso a Dios); pues uno de los médicos del hospital, le ofreció uno de sus trajes, que Artémidés aceptó al punto y con el cual se lució por las Europas...

Vestía la misma ropa interior que frecuentemente llegaba de regalo para los enfermos.

Narra una enfermera que viéndolo una vez revolviendo ropa usada, completamente sucia y pestilente, le dijo: —Pero, Don Zatti, ¿qué hace?

—¡Bah! ¡olor a cristiano, nada más!

Cuando le querían arrebatar la escoba porque andaba barriendo la farmacia, él se resistía y seguía en su humilde me-

(1) Falleció de cáncer.

nester. No era raro verlo juntando astillas y troncos en la quinta, para calentar el café a los enfermos.

Encuentro en varias de sus cartas una cosa singular. En general nosotros, para cohonestar nuestra pereza, hablamos de "múltiples ocupaciones". Zatti, al revés: agobiado, como estaba de trabajo, hallaba siempre tiempo para enviar mensajes de felicitación a hermanos como Vicente Defeo o José Arrio y si presumía que la carta iba a llegar tarde, le pedía disculpas por "mi natural pereza de escribir"...

Su sombrero le servía de sombrilla en verano y de paraguas en tiempo de lluvia. Cuando llovía él le volvía las alas hacia abajo y salía muy orondo. Al llegar a la casa del paciente, tornábalo a su posición natural y lo colgaba en el manubrio de la bicicleta para que se secase mientras él curaba o ponía inyecciones. —Pero ¿cómo no ha traído paraguas? — le preguntaban —. —¿Qué mejor paraguas que mi sombrero? — decía él todo sonrisa...

Cuando su sobrino Santos se ordenó de sacerdote y fue párroco de Viedma, Zatti, solía hacer gala de su buen humor diciendo: —¡Qué bien! Ahora el tío abre la fosa a los enfermos y el sobrino las puertas del cielo...

Dice una directora del Colegio María Auxiliadora de Viedma que Zatti tenía predilección por las niñas pobres. Realmente él solía decir que el San José era el hospital de los pobres. Y quien ha visto cómo estaba atestado de lo que puede considerarse el rezago de la sociedad y la hez del género humano, no podrá dudar un punto de que realmente era así.

Se puede ser pobre *por necesidad*, cuando no se tienen bienes de fortuna; *pobre de espíritu*, cuando no obstante ser materialmente rico, su corazón está despegado de la riqueza, y finalmente *pobre por elección y voluntad*, cuando se ha hecho profesión de pobreza y se la vive, en toda su evangélica belleza. Zatti practicó estos tres géneros de pobreza; pero de un modo especial esta última, porque había hecho *voto* de pobreza y porque practicó la *virtud* de la pobreza en forma casi heroica. El anduvo siempre con dinero. Debí administrar centenares de miles de pesos. (1) Pero no se le pegó un solo céntimo a sus dedos. Siempre andaba en medio de pagarés, hipotecas, reci-

(1) En los 10 años que corren entre 1935 y 45, Zatti sólo con un Banco mueve \$ 261.300 m/n.

bos, cheques, giros, etc. y su espíritu estaba a mil leguas de la ambición, el interés o la codicia.

Estudiando su vida, uno se da cuenta cómo va Zatti afirmando su personalidad, con sólo observar el papel de carta en que escribe. Cuando él era un simple "stira unguenti", el papel que se usaba en la "Botica San Francisco de Sales" era bueno y el membrete lleno de adornos. Más adelante, mientras él siguió siendo un segundón, el papel es siempre de primera y el membrete todo ribeteado reza así: "Farmacia y Droguería San Francisco de Sales". Cuando entra a trabajar Zatti como principal, el papel es de ínfima calidad y el membrete sencillo. Más tarde, como si el hombre hubiera ido ganando en pobreza y humildad, desaparece el membrete y es substituido por un simple sello que reza: "Hospital San José: Viedma". Y así hasta los días postreros de su vida.

Cuando Mariquita Zatti, que tenía una fe inmensa en la virtud de su tío, le pedía oraciones, ya sea porque ella está próxima a profesar o porque tiene algún problema espiritual que resolver, el humilde tío le contesta siempre en la misma forma: —Querida sobrina: si esperas sólo en las oraciones de tu pobre tío vas a quedar más frita que un conejo...

Cuando lo llama "santo" él le pide que rece mucho para que lo sea de veras y no de mentirijillas. Cuando en 1944 ella va a hacer su profesión, él le dice:

"Ten presente que en esta semana, siempre te encomendé al Señor en mis paupérrimas oraciones..."

Como hombre humilde y sumiso que era, tenía un gran respeto por la autoridad. De los sacerdotes, siguiendo la sabia máxima de Don Bosco, "o hablaba bien o callaba". ¡Y cómo impresionaba a los sacerdotes jóvenes y sin experiencia, el verse de repente a un gigante de virtud como era este buen samaritano, postrado de rodillas junto a ellos, transido de dolor y llorando sus pecados como un Saulo que hubiera caído del caballo o como facineroso que hubiera virado en redondo hacia Dios!

En sus últimos días solía decir: —Mucha comodidad, mucho regalo — porque le llevaban alguna presa de pollo o porque le ponían una cobija más...

Emociona cuando en el 1936, dos años después de haber regresado de Italia, escribe a su amigo Victorio Bernazzali y le dice esas humildes palabras:

“Cosa vuoi, mi sono messo (se ve que se va olvidando del italiano) tanto pigro per scrivere che pare non trovo mai tempo di farlo, credendomi tanto occupato da non poter disporre di qualche ora; però altro non è che la pigrizia...” (1)

Amaba tanto a los pobres que cuando algún tuberculoso intentaba ir a Córdoba, si él preveía que no eran aquellos aires los que lo iban a mejorar, lo invitaba a ir a su hospital. Tenía como celos de que otros hospitales se llevaran la porción selecta de su alma, los pobres, los desahuciados...

Precisamente porque era realmente pobre, no tenía afición al dinero. Nunca se iba a poner a discutir por intereses materiales. Una vez iba apurado en su bicicleta a poner inyecciones, cuando un camión lo chocó. El buen samaritano rodó por el suelo. La máquina quedó maltrecha. El dueño del camión no sabiendo de quien se trataba quiso en seguida echar las culpas al bueno de Zatti. Este le dijo: —Mire, vaya tranquilo, no tengo tiempo que perder en discusiones ociosas. Yo tengo toda la culpa. Y sin más, levantó la bicicleta, la apoyó contra un árbol y la dejó ahí. Corrió a dar las inyecciones. Regresó, cargó sobre sus hombros a su querido vehículo y así llegó a su hospital, canturriando una copla mariana...

El 5 de junio de 1908 hizo su testamento. No tenía nada; pero si alguna vez llegaba a tener algunos bienes, ese año de su profesión trienal hizo donación total y perpetua de cuanto pudiera poseer al superior de la Inspectoría, que a la sazón era el P. José Vespignani.

Esos son hombres libres. Los que no están atados ni por los apetitos sensuales ni por las ambiciones terrenas. Zatti, unido al yugo de la obediencia, sintiendo bajamente de sí y teniendo cordial aversión al dinero, fue un dechado magnífico de hombre libre...

Dentro de poco se levantará, en uno de los paseos más hermosos de Viedma, una estatua que representará al buen samaritano. Ya hay en esa capital una calle que lleva su nombre. ¿Por qué sus contemporáneos lo ensalzan en forma tan digna? Sencillamente porque en él debe cumplirse lo que ha prometido Nuestro Señor: —“El que se humilla, será exaltado...” (Luc. XIV. 11).

(1) “¡Qué quieres! me he vuelto tan perezoso para escribir que me parece no hallar tiempo para hacerlo, creyéndome tan ocupado que no dispongo de alguna hora; pero no es más que pereza”...

CAPITULO XIX

INTERMEZZO MEMORABLE

1934. La familia salesiana exultaba. Desde los cuatro ángulos del globo acudían a Italia caravanas de hijos de Don Bosco, Hijas de María Auxiliadora, cooperadores y exalumnos. Los barcos cruzaban los océanos llevando peregrinaciones de los cinco continentes, hacia Turín y Roma, la cuna del padre y "l'Eterna Città" donde se sella a los grandes hombres con el dictado de santos: el fundador de los salesianos iba a ser canonizado...

El Papa Pío XI, haciendo una gloriosa epiqueya, había fijado el día de Pascua para declarar, *urbi et orbi*, que Don Bosco era Santo. Y ante ese humilde sacerdote de Turín, que él había visitado y con el cual había compartido su frugal almuerzo, iba ahora a prosternarse para venerarlo...

No era posible que todos los salesianos fueran a Roma. Había que elegir a los que tuvieran más méritos para ello y que por otro lado pudieran sacar más provecho para sus almas. En la Inspectoría patagónica, al P. Gaudencio Manachino no le fue difícil la elección. ¿Qué coadjutor enviar a Italia para que viera la gloria del padre, para que besara la diestra del Papa, para que hinchara sus manos aplaudiendo bajo la cúpula de San Pedro? Ninguno más indicado que Zatti, que nunca había vuelto a su patria, ni había pensado volver, ni imaginaba, en su humildad, que algún día le iba a tocar tamaña gollería.

Cuando el P. Inspector anunció, en los Ejercicios Espirituales que Don Zatti iría a Italia, representando a todos los coadjutores del Sur Argentino, pareció la cosa más justa y natural. Es posible que en otras oportunidades, la elección haya sido motivo de envidias y amostazamientos. En este caso, no.

Todos los demás coadjutores consideraron que Artémides era el hombre que merecía ir, por su diuturna e ininterrumpida labor tesonera y fecunda durante más de 30 años sin tomarse jamás una semana de vacaciones. No sólo: sino que todos se relamían de gusto sólo al pensar en la fruición espiritual que iba a experimentar el buen hermano en Roma, viendo al Papa, saludando el Rector Mayor y visitando los lugares históricos de Turín y de la Ciudad Eterna...

A mediados de febrero debió salir para Buenos Aires, a fin de venir a esta Capital para sacar el pasaporte y demás documentos necesarios para viajar.

Así es que el buen samaritano debió prepararse. El principal arreglo para él era pagar las deudas que tenía o por lo menos, firmar pagarés por los tres meses que duraría el viaje. ¿Quién iba a suplirlo? Imposible reemplazarlo. Pero, como hombre entendido y que en tiempos pasados había fungido en parte las funciones que Zatti estaba desempeñando, se pidió al Sr. Jacinto Massini, para que vigilara los enfermos en lugar de Don Artémides mientras durara su ausencia. Y el buen amigo de los salesianos que siempre fue Don Jacinto, aceptó. En el régimen interno, la Hermana Severina, con su enorme experiencia de tantos años de trabajo ahí, era una garantía de orden, estando como estaba, compartiendo sus trabajos con la Hna. María. Además los dos coadjutores Bielawski (que ya comenzaba a entender el oficio) Brioschi y las enfermeras formadas en su escuela tratarían de llenar lo mejor posible el enorme vacío que dejaba la figura colosal de Don Zatti.

Eso era prepararse. Porque pensar que él iba a comenzar a comprar valijas y hacerse trajes y a trazar itinerarios y a estudiar guías turísticas, era no conocer una jota del espíritu que guiaba siempre al santo varón. Toda su preparación consistió en pedir prestado un traje al Dr. Harosteguy, quien, de buen grado se lo dio. Respecto de las maletas: como el P. Pasquale se hallaba internado en el hospital, esperando la hora de Dios, le prestó una vieja valija negra, que lo había acompañado a él en las mil campañas que había hecho como misionero de la Patagonia, especialmente por Guardia Mitre. En Buenos Aires, el P. Cencio se encargó de reservarle un pasaje de 3ª clase en el vapor Neptunia. El P. Inspector le dio el siguiente salvoconducto:

"Rdo. Señor Director: Me es sumamente grato el poder presentarle a nuestro queridísimo hermano ARTEMIDES ZATTI,

quien desde hace más de 30 años es Vice-Director de nuestro Hospital San José. Lo recomiendo, pues, vivamente a su bondad. Con sentimientos de íntima gratitud, reciba mis cordiales saludos. P. G. Manachino, INSPECTOR. Viedma, 17 de febrero de 1934".

El círculo de obreros le dio credenciales que lo acreditaban como delegado suyo en la canonización.

Y Zatti se despidió. Había en sus ojos de niño una extraña mezcla de alegría inmensurable por el regalo que los superiores le proporcionaban: ver al Papa, asistir a la canonización de Don Bosco, volver a Boretto... Pero se adivinaba en ellos también una pena insondable: dejar a sus enfermos, dejar, siquiera fuera por tres meses, ese hospital que estaba consubstanciado con su vida y marchaba al mismo ritmo que su corazón...

Su despedida fue un espectáculo. Todos los ancianos que podían caminar se dirigieron, guiados por el hermano Bielawski, hasta el zaguán. Allí estaba toda una teoría de tullidos, cojos, lisiados con sus muletas, sus bastones, sus cabestrillos, sus sillas de ruedas... Ahí estaba "la muda" haciendo esfuerzos por entender el motivo de aquel raro movimiento en el hospital. Ahí estaba el macrocéfalo, sosteniendo apenas su enorme cabeza. Ahí estaban todos los predilectos del santo varón que se disponía a partir...

Huelga decir que sus ojos se llenaron de lágrimas cuando vio todo aquel aparato y toda esa serie de seres tan queridos a su corazón y por los cuales él había entregado su vida en holocausto sublime. Y, como escapando de la cobardía de la emoción, se despidió rápidamente y se encaminó hacia la estación. Llevaba su valija negra, su sombrero orión, héroe de mil campañas desde luengos años atrás y el traje del Dr. Harosteguy. En el bolsillo llevaba también unos pesos. Los amigos, cuando supieron que se iba a Europa, le ofrendaron espontáneamente obsequios en dinero, que el buen samaritano agradecía de corazón, pues se sabe cuán necesario es él cuando se viaja...

Entre los papeles de Zatti está, por ejemplo, una tarjeta que reza así:

"Nazario Contín, saluda muy afectuosamente a su distinguido amigo Artémides Zatti, héroe de la Obra Salesiana en este Hospital San José, alma máter del mismo y al desearle feliz viaje a la tierra de sus mayores y también del Beato Don Bosco, cuya canonización Ud. tendrá la suerte de presenciar, me permito acom-

pañarle ese modesto presente, rogándole quiera disimular lo pobre del mismo. Viedma, febrero 19 de 1934”.

Llegado a Buenos Aires, se dedicó a gestionar los documentos que necesitaba para el viaje. El poco tiempo que le quedaba libre lo dedicó a su hospital y a visitar santuarios, iglesias y colegios salesianos. De su trabajo en la Capital da cuenta la siguiente carta:

“Buenos Aires, febrero 23 de 1934. Rev. P. Antonio Fernández y Personal del Hospital San José. VIEDMA. Afmo. en el Señor: Llegó el día de la partida de Buenos Aires para la bella Italia y no puedo irme sin antes enviar un afectuoso saludo a V.R. primero como DIRECTOR y a cada uno del personal del Hospital San José. Anoche recibí una carta de Massini. Comprendo el enredo en que se pueden encontrar; pero como *alea jacta est*, rezaré mucho y siempre para que San José haga mi parte y junto con Don Bosco, obtenga del Señor, para todo el personal del hospital, las gracias que necesitan para seguir adelante con su obra y la paciencia que tienen que tener en los casos necesarios. Pedí a la Droguería La Estrella y al Instituto Biol los medicamentos necesarios que me parecen faltar en la botica; los demás que necesiten los solicitan a las farmacias de allí. Como no tenemos actualmente cuenta corriente, les encargué que los remitan *contra reembolso*; así cuando llegan allí (el correo les avisará) al retirarlos habrá que abonar las facturas, que oscilarán en derredor de 200 \$. El alcohol de la S. A. Guillermo Padilla, también irá a mitad de marzo. Mandan una carta de porte al Banco y a Massini o cualquiera; con el dinero que recolectan los de la Comisión Pro Hospital abonar esas facturas...”

Como se ve el hombre dinámico que era Don Zatti no estaba ocioso y dedicaba sus últimos momentos, antes de embarcarse, a su querido hospital.

Y zarpó el Neptunia. Con los ojos nublados por las lágrimas, Artémides dejaba la Argentina, ese país al que había llegado hacía 37 años y ahora, al dejarlo se daba cuenta de cuánto lo amaba...

Durante los 16 días de la travesía, el santo religioso se multiplicaba para ayudar todas las misas que podía a los muchos sacerdotes que integraban la peregrinación. En el camarote y en las salas de estar hacía luego largas listas de los rosarios, medallas, crucifijos y bendiciones que debía traer de Roma. Ahí está todavía entre sus papeles, la lista de las personas a las que debía traer obsequios de esa índole desde Italia. No se olvida de nadie. Para todos tiene un recuerdo y un regalo...

Llegado a Turín, lo alcanzan allá las cartas y los pedidos.

Un buen señor le pide una radio de onda corta y “que no se fije en cien pesos más o menos que aquí se le abonará”. Le dicen que “el hospital marcha, aunque todos preguntan por Zatti y esperan a Zatti”... (1)

¡Cómo se regocijaría el buen coadjutor leyendo las noticias que le dan sus enfermeras! Le pasan en revista a todos los enfermos: “Eufemia, bastante mejor de las heridas y dice que cuando Ud. vuelva la va a encontrar levantada”; “María, la de Teodoro, a cada momento se está acordando de Ud.”; “la que falleció fue la Lorenza y la Jacinta”; “a la vieja Dominga la pasamos al salón de la Muda y si viera que contenta está ahí... Como la Paraguaya le canta y le baila, está en su gloria y farrean de lo mejor; le aseguro que aquello es un teatro con esas cuatro viejas”... Y le dan noticias de la sección hombres: “que el comisario se fue hace pocos días” y “que el maestro está todavía” y que “el viejo Mateo también”, etc.

¡Turín!... Conocer el Santuario de María Auxiliadora, ver a Don Ricaldone, el sucesor de Don Bosco, visitar la “Cámara di Don Bosco”, empapada aún con el recuerdo del Santo y santificada por los milagros que allí obró, pasear por esos patios que fueron como la arena donde el gran educador desplegó su maravillosa actividad, rezar delante del cuadro taumaturgo de María Auxiliadora: ¿quién podrá describir lo que todo esto significó para Zatti? ¡Quién fuera un gran pincel para pintarlo de rodillas en el santuario penumbroso, con las manos grandes juntas ante el pecho, con la cabeza levemente inclinada, con los ojos cerrados y con los labios en continuo movimiento, a veces musitando plegarias y a veces sorbiendo quién sabe qué ambrosía que le proporcionaba esa piedad maciza y sincera que lo caracterizaba!

¡Y después, Roma!... Allá fue Zatti en tren, pero con el espíritu de los cruzados y de los peregrinos que iban a pie, bordón en mano, hasta la tumba de San Pedro. Allá fue también él. Anduvo de emoción en emoción: del Circo romano donde los mártires ofrendaron su sangre por la fe, a la Basílica de San Pablo extra muros donde el Apóstol fue decapitado; desde las catacumbas de San Calixto hasta San Pedro la Iglesia madre del catolicismo; desde el pesebre de Jesús en Santa María Mayor, hasta la Cárcel Mamertina: todo, todo era para él motivo

(1) Carta del R.P. Miguel De Salvo: 16 marzo 1934.

de meditación, de soliloquios substanciosos, de la emoción hecha lágrima y de la piedad hecha luz...

Y llegó el día feliz... 1º de abril de 1934: ¡Domingo de Resurrección! La función debía comenzar a las 7,45. A las 5, a la tenue luz del alba, ya entraba Zatti en San Pedro por la calle "delle Fondamenta". Ya a esa hora los peregrinos que habían ido de los cuatro puntos cardinales marchaban en largas filas hacia San Pedro... A él le tocó estar en los "posti speciali" G. Entró, naturalmente, con "biglietto gratuito"... Al regreso del viaje a Italia, recuerdo que el P. Manachino y otros decían que para ellos era un espectáculo no sólo el Papa y la multitud sino el verlo a Zatti: el verlo aplaudir y gozar... El gozaba con todo aquello como un niño cuando se amamanta gozosamente al pecho de la madre. Zatti se regodeaba con una fruición espiritual tan íntima que llamaba la atención. Ese verlo derramar lágrimas a torrentes; ese querer gritar "Viva el Papa" y ahogársele la voz en la garganta; ese quedarse mudo, extático, con los ojos empañados y gruesos lagrimones corriendo por las rugosas mejillas; ese pasarse su amplio pañuelo de hierbas por el rostro que lo tenía todo lleno de sudor y de lágrimas... era cosa extraordinaria... Impresionaba.

Al día siguiente, 2 de abril, a las 10,45 tendría lugar la recepción del Papa a los salesianos y a los que participan de sus obras de apostolado. A las 8 ya estaba en San Pedro, rezando rosarios y hartándose de mirar todo aquel acervo de arte y de piedad que han acumulado los siglos. (1) Ese día pudo besar la mano del Papa... Lo vio de cerca, quería devorarlo con los ojos, pero no pudo: los ojos de Zatti estaban totalmente empañados... ¡Cuánto gozó ese hombre en esos dos días! Aquello fue, para él, el paraíso. Cuando regresaba hacia el Castro Pretorio iba pensando: ¿para qué vivir más? después de esto, sólo el Cielo... No tenía apetito, no estaba cansado, vivía fuera de lo humano... Sólo cuando hubo pasado la euforia, se dio cuenta de que había sometido a su organismo a una tensión tal que lo había casi agotado...

Después Boretto... ¡Las cosas que iba pensando Zatti cuando el tren corría velozmente hacia Reggio Emilia! Tejía escenas en su mente y rehacía historias vividas 40 años antes...

(1) "Yo gocé como nadie... Yo siempre estaba en primera fila" solía narrar él años más tarde.

¡Qué de abrazos con sus parientes y amigos, qué de recuerdos revividos! La hora más feliz: la que pasó ayudando Misa en la iglesia donde fuera bautizado... Ahí, de hinojos, ante el viejo altar, con las manazas juntas y los ojos fijos en el altar, parecía un ángel monumental.

Llegó la hora de regresar. Zatti la ansiaba. Después de Turín, de Roma y de Boretto, Europa con toda su magnificencia, ya no tenía significado alguno para él... Volver pronto a sus enfermos: ¿cómo estaría "la muda"? ¿Y el macrocéfalo? ¿Y el viejo Mateo?

El 28 de abril de 1934 se embarcó en Nápoles a bordo del paquete Oceanía, siempre en tercera clase. Buscó el camarote 303. En él depositó la valija negra y unos paquetes de objetos sagrados. Estaba contento: volvía a su hospital...

Argel, Gibraltar, Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro, Santos, Río Grande y Montevideo, que visitó de paso no le llamaban la atención. Traía el alma llena de emociones: no cabía otra cosa, sino volcarla en el corazón de sus queridos enfermos. Ansiaba llegar. A mediados de mayo estaba de nuevo en Viedma. Sus buenos hermanos le prepararon una recepción emocionante. Todos los enfermos que podían andar se ubicaron en el zaguán grande del hospital. La "muda" con su traje de arpillerá estaba también allí, en primer término... En las oquedades misteriosas de su alma había llegado quién sabe qué rara luz; porque narran las enfermeras que apenas se habló de la llegada de Zatti, ella se ubicó en primera fila y no hubo policía que la sacara de ahí...

Y cuando apareció el buen samaritano descendiendo del coche frente al hospital, fue una salva de aplausos, de vítores y de vivas. En ese momento se produjo algo extraño. La "muda" que nunca había pronunciado sino sonidos guturales inarticulados, en ese momento de general expansión, forzando todas sus energías físicas e intelectuales, dicen que logró gritar, señalando al buen coadjutor que avanzaba hacia el zaguán: ... ¡atti!!!

Después, las narraciones largas y emocionadas, las buenas noches interesantísimas, los episodios pintorescos contados por él, que tan bien sabía narrar.

Contaba sobre todo, cómo se gozó él visitando el Cotto-lengo de Turín, cómo mientras los demás peregrinos pasaban por las salas, él se quedaba dialogando con los enfermos y parecía que no podía despegarse de ellos...

Y después de haber devuelto el traje que le habían prestado, y de haberse puesto nuevamente su guardapolvo veterano, comenzó otra vez a cuidar a sus ancianos y enfermos, a recorrer las calles de Viedma para llevar remedios y consuelos a las familias pobres y a recorrer día y noche las salas de ese Hospital San José, la palestra de su santidad.

De ese modo, esos tres meses de ausencia, las únicas vacaciones que se tomó en su vida, fueron para él un intermezzo inolvidable...

CAPITULO XX

EL MALABARISMO DEL CLIENTE 226

Zatti es admirable en muchos aspectos de su vida; pero quizás en ninguno como en el malabarismo de que debió hacer gala para llevar adelante un hospital cargado de deudas y sin recursos. ¿Cómo este hombre pudo sostener una institución así casi por medio siglo? "Zatti opera con recursos divinos" me decía una vez un médico. "Zatti anda por caminos extraordinarios" decía otro. Y era cierto. Su fe lo salvó siempre. El creyó en la palabra de Cristo: "Mirad los lirios del campo: ni aran, ni tejen, ni tienen graneros y Dios los viste que ni Salomón..." (Math. VI. 26) "Cuánto más a vosotros, hombres de poca fe, que sois sus hijos". Nuestro buen samaritano crevó a pie juntillas en esas palabras. Jesús había dicho: "Los cielos y la tierra pasarán pero mi palabra, no". Había insistido en otra ocasión: "Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, golpead y os han de abrir" (Math. VII. 7). El que cree firmemente, basado en estas estupendas promesas, es claro que va a desembocar necesariamente en el milagro; si tiene fe y confianza, consigue. Matemáticamente. Obtiene lo que pide. Es lo que hizo Don Artémides.

Las deudas de Zatti eran proverbiales en Viedma y en Patagones. Todo el mundo sabía que cuando Zatti iba con sombrero en la bicicleta, era porque iba o al Banco a pedir crédito o bien a algún estanciero de fortuna. Cuando iba además sin guardapolvo y con sombrero, el caso era muy serio. Y hasta se le traslucía en el rostro. Sus ojos estaban relucientes. ¡Cuánto sufrió ese hombre las angustias mortales de las deudas! Una vez lo vieron llorando en el Banco: debía levantar un pagaré y

no tenía un céntimo. Ya no tenía a quien recurrir. Había golpeado a todas las puertas. Y estaba allá en el Banco de la Provincia llorando, rezando y esperando... Alguien, no sé quién, fue al Obispado: —Monseñor, le dijo a Mons. Esandi, Zatti está llorando en el Banco: no tiene dinero para levantar un pagaré.

—¡Qué Zatti este! ¡Siempre el mismo! —dijo Monseñor meneando la cabeza. Y se encaminó a la Vicaría General: —¿Tienes algún dinero disponible? — preguntó a Mons. Borgatti.

—Habría algún dinero de la Revista Eclesiástica, — le contestó el Vicario.

—Bueno: vete en el auto hasta Patagones. Hay que salvar a ese hombre...

Diez minutos después, Zatti reía y lloraba. De donde él no esperaba le llegó la Providencia. El sabía que iba a llegar; pero no sabía de dónde. ¡Y cuántas veces le sucedió lo mismo!

A veces pedía directamente así: —Don Pedro, ¿por qué no le presta cinco mil pesos a Dios?

—¿A Dios?

—Sí, Don Pedro: es siempre un buen negocio prestarle a Dios...

¡Lástima que no todos tenían su fe! Si la hubieran tenido, no hubiera debido él derramar tantas lágrimas en los Bancos, en la calle, en las puertas que se le cerraban en la cara...

Debo anotar, sin embargo, para honra y prez de Viedma y de Patagones, que en ambas márgenes del río Negro, halló Zatti una generosidad que conmueve. Si alguna vez no le prestaban era porque no podían. Y él no pedía sólo a los ricos. No. A todos pedía. Sabía que el que da, está haciendo una obra buena, y él no quería dejar a nadie con las manos vacías de buenas obras... A un chacarero analfabeto le enseñó a firmar para que le saliera de garantía en el Banco. ¡Hay que ver la firma del pobre labrador, cuando a la vuelta de algunos meses se fue deformando aquel garabato "que decían que decía su nombre" como afirmaba Sancho!...

Es claro que Zatti no sólo esperaba en Dios. "A Dios rogando y con el mazo dando" era también su máxima. "Ayúdate que Dios te ayudará". Porque él pedía a todos: a ricos y a pobres, a católicos y a gentiles. Y a veces no sin cierta picardía... En una ocasión, necesitaba una buena suma. Fue al Obispado y como quien no quiere la cosa, le dijo al Prelado diocesano que iba a ir a pedirle el préstamo a un ex-sacerdote: —No, eso no

puede ser, dijo Mons. Esandi, — hay que solucionar el problema en cualquier otra forma. Y le extendió un cheque sobre los fondos episcopales...

A veces le decían que cierto dinero era mal habido, que no debía recibirlo: —Déjelo, nomás, decía él; yo me encargo de purificarlo en el crisol de la beneficencia: la caridad es fuego, y como él, todo lo purifica...

Y no se crea que el buen samaritano se despreocupaba de los medios naturales. De ninguna manera. Mientras juntaba sus manos para rezar, empleaba su mente para excogitar algún expediente raro para juntar billetes. Ante todo, su filosofía de las finanzas era de lo más peregrina. Puede resumirse así: "Las crisis son el resultado del estancamiento del dinero. Dios ha creado la riqueza para que circule entre todos. A veces permite que se estanque y entonces se originan esas dos categorías de personas que se llaman ricos y pobres. A unos les sobra y a otros les falta. Cuando los pobres se conforman con lo que tienen y los ricos utilizan bien lo que les sobra, todo va bien; pero si los pobres chillan y los ricos despilfarran, todo anda mal. El dinero debe circular y pasar de mano en mano para que todos puedan gozar de sus beneficios".

Y para corroborar esta su filosofía de las finanzas, solía narrar el siguiente apólogo: "Había vez y vez un pueblo donde los principales del lugar estaban endeudados. A tal punto que no se atrevían a salir de sus casas por temor, naturalmente, de encontrarse con sus acreedores. Pues el hotelero debía mil pesos al almacenero; este, mil al farmacéutico; este, mil al constructor que le ampliara el local; el constructor, mil al médico que le había curado una fractura, y el médico le debía mil al hotelero por concepto de alojamiento y comida. En el pueblo vivían, pues, ocultándose los unos de los otros. Hasta que plugo al Cielo que llegara al hotel un viajante. Este, como debía ir a lugares poco seguros, le pidió al hotelero que le guardara por 20 días los mil pesos que llevaba en la billetera. Apenas el viajante hubo partido, el mesonero pensó: "Con estos mil pesos voy a pagar al almacenero: después ya me industrialaré para conseguir lo necesario para devolverlos..." Dicho y hecho. Pagó al almacenero. El almacenero respiró: ese día había prometido saldar su deuda con el farmacéutico. Este apenas recibió los mil, corrió a alegrar al constructor. Este sorprendió gratamente al doctor y el galeno voló con los mil a satisfacer al hotelero. Cuando entró en el hotel vio que sus cuatro amigos estaban ju-

gando, alegremente, a los naipes, cosa que hacía tiempo no se veía. Y él también se unió al juego y todos pasaron una tarde deliciosa. Se habían pagado 5000 \$ de deudas y el hotelero tenía intactos los 1000 \$ del viajante providencial... Es cuestión de hacer circular la moneda"...

Este apólogo, verdadera parábola del Maestro Zatti, lo llevó él a la práctica durante toda su vida. El pedía un crédito al Banco de la Nación o al de la Provincia de Buenos Aires, sucursal Patagones. Cuando llegaba la fecha de pagar, pedía al amigo A lo necesario. Y firmaba un pagaré. Cuando vencía el pagaré, pedía prestado a otro amigo B y quedaba bien con el acreedor A. Cuando debía abonar al amigo B, se iba a verlo a un tercer amigo C y saldaba su deuda. Para satisfacer a C le sacaba, quizás a regañadientes, al vasco D lo necesario y firmaba otro documento. Cuando debía levantar ese documento, ya hacía varios meses que no pedía nada a A, y como no era justo que su dinero permaneciera estacando, volvía a iniciar la cadena de préstamos y obligaciones...

Es posible que alguno le fallara. Entonces intervenía la Providencia, a veces en forma de subsidio gubernativo, a veces en forma de limosna. Si no obtenía nada de esto, acudía a los pobres. ¡Cuán emocionante es ver la cantidad de gente de humilde condición que ha favorecido a Zatti y al hospital! He hecho el propósito de no citar nombres en este capítulo; pero de citarlos, mis lectores verían la cantidad ingente de hombres trabajadores, obreros, campesinos y humildes empleados que en decenas de ocasiones pusieron su rúbrica al lado de la de Zatti para respaldar su crédito en el Banco... Vaya hacia ellos, como una pobre voz de aliento, la palabra de un patagónico, que, al comprobar ese alarde de sencilla esplendidez, siente el orgullo de haber nacido en esa tierra donde se comprendió tan bellamente al "pariente de todos los pobres"...

Los mismos superiores frecuentemente se asombraban del malabarismo de Zatti. Veamos esta carta del P. Inspector:

"Querido Zatti: Recibí su carta del mismo tenor que las anteriores. Es Ud. admirable para salvar dificultades. ¿Quién podrá, como Ud. administrar deudas con tanta habilidad? Se ve que la Divina Providencia tiene un cuidado especial de Ud. y del hospital que atiende"... (1)

Otras veces el superior debía velar por los prestigios de la

(1) Archivo del Hospital San José. Carta del 10-VI-1946.

Congregación y entonces se veía en la obligación de escribir en otro tono. Esta carta es dos años anterior a la citada:

“Querido Zatti: Recibí su carta y Ud. sabe que al par de Ud. me preocupan las deudas de ese hospital. Hace años que Ud. me aseguró que con el aumento de subsidio se habrían liquidado en pocos años y resulta que estamos siempre igual. Si tuviera la Inspectoría con qué liquidarlas, ya lo hubiera hecho, pero la Inspectoría esta hotezando de hambre. Luchamos para pagar las deudas que agobian, pero no logramos arrojar este peso de nuestras espaldas. Vamos ahorrando constantemente y pagando y confiamos, con el favor de Dios, llegar a extinguirlas. Haga Ud. lo mismo, pero al pagar una deuda, no contraiga otra mayor ni menor...” (1)

Se ve que el buen P. Inspector fue entendiendo poco a poco el malabarismo de su gran coadjutor. Al principio no podía comprender cómo se puede vivir haciendo siempre deudas. No conocía todavía el apólogo...

Por otra parte el P. Picabea dispuso en 1946 que el director del Colegio S. Francisco se hiciera cargo de las deudas del Hospital San José. Y el P. López, con su natural capacidad, ayudado con los fondos inspectoriales, logró en breve saldarlas

Pero Zatti no hubiera sido Zatti si no hubiera andado toda su vida de la cuarta al pértigo. (2) Las deudas le aumentaban la fe. Cada milagro que hacía la Providencia en su favor, era una inyección de vida espiritual para el hombre de Dios. Las ansiedades que le producían los vencimientos eran como un acicate para que rezara más y mejor. La alegría que experimentaba cada vez que solucionaba un apremio económico era como un regreso al Amor de los Amores. ¡Felices deudas, pues, si provocaban tales soluciones!

Los apuros financieros han de haber contribuido en un 60 % al perfeccionamiento de este caballero de la Cruz.

Cuando en el Banco de la Nación le pidieron que hiciera la declaración de bienes para acordarle crédito, él se puso serio, recapacitó un momento y luego dijo: —¿Mis bienes? Esos cuarenta seres humanos, los pobres, los enfermos, esos son mis bienes: ¿no vale más un ser humano que miles de ovejas?...

El gerente, que no esperaba esa salida, al punto le abrió crédito.

(1) Archivos del Hospital San José. Carta del 29 de julio de 1944.

(2) “Andado a la cuarta pregunta”, dirían en España.

En otra ocasión, cuando ya tenía 70 enfermos, respondió lo mismo a un inspector de Bancos. Por eso él solía encomiar la grandeza del enfermo y decía: ¡Vaya si valen los enfermos! Sirven hasta en los Bancos...

Respecto del dinero, fue el hombre más desprendido que imaginarse pueda. El solía decir: —Yo no pido a Dios que me dé dinero, sino que me indique dónde está...

Uno de los médicos del hospital solía prestarle gruesas cantidades. Pero cuando el galeno estaba de mala, no había medio de arrancarle un cuarto. Entonces Zatti acudía a su mujer y ella siempre le daba. Una vez ella le preguntó: —¿Y cómo se arregla Ud., Zatti, para hacer frente a tantas deudas? —Vea, señora, —respondió él, —es una habilidad como cualquier otra...

Zatti convencía. Cuando él se presentaba a pedir, había no sé qué de divino en él que fascinaba. Quien escribe esto lo ha visto pedir muchas veces. Habla con conocimiento de causa. Una vez fue a ver a un comerciante que tenía fama de tacaño. Debía levantar un pagaré. Esa vez no hallaba quien lo ayudara y acudió, como primerizo, a este caballero. Le expuso el caso. El otro meneó la cabeza y al cabo le dijo: —No puedo, Don Zatti, no puedo...

El “pariente de todos los pobres” no se inmutó. Muy cortés y afable, replicó: —Está bien, señor, si no puede, le agradezco lo mismo...

Y girando sobre sus talones, emprendió la marcha hacia la puerta. El comerciante se quedó mirándolo. Había tal decepción en su rostro, tal amargura en sus ojos, que lo conmovió: —Dígale que vuelva... —le dijo al dependiente. Zatti regresó y salió por segunda vez del comercio, ahora la mar de contento...

Cuando alguno de los médicos le preguntaba: —¿Cómo vamos Zatti?, ya se sabía, se refería a sus apuros económicos. Y el hombre de Dios, contestaba así: —Por ahora bien: más adelante, también; porque la Providencia nunca falla.

Sus deudas llegaron a alarmar al Banco de la Nación. En 1943 el inspector bancario dejó consignado: “No obstante operar con buenas firmas, conviene reduzca la deuda”. A fines de ese año se anota: “Reduce la deuda en forma apreciable”. Sin embargo nunca se elevó tanto su deuda como en 1938, cuando, entre ambos Bancos debía 21.000 pesos.

El año 1944 le exigen otra declaración de bienes. En esas declaraciones, él echaba mano de cuanto bien raíz, semovientes,

industrias, créditos hipotecarios (1), y artefactos podía. Así figuraban siempre: un terreno que tenía en condominio con un pariente, las vacas de la Escuela Agrícola, una fábrica de baldosas que administraba su primo, el auto Dodge de marras. etc.

Siempre que se le acuerda un crédito en el Banco de la Nación se agrega esta advertencia: "Acordado por la responsabilidad de los endosantes, que aseguran su reintegro: responde esta obligación a suministro de carne, leche, artículos alimenticios, etc., para el Hospital San José".

Zatti era el "cliente Nº 226" de la sucursal Viedma. Si no le dio ganancias a esa benemérita institución de crédito, sin duda le ha dado la oportunidad de hacerse méritos frente a la sociedad para la cual trabaja. Haciendo una excepción al propósito anteriormente enunciado, debo consignar aquí, en honra suya, lo que el Sr. gerente D. Juan Pablo Bussalino dejó escrito en los libros del Banco, cuando de Casa Central le llaman la atención por los excesivos créditos que acuerda a Don Zatti. Dice: "Negar esos acuerdos hubiera sido negar la vida a los desheredados de la fortuna, los que, carentes de recursos, acuden al hospital, donde son recibidos con los mejores sentimientos humanitarios y sin ningún interés de lucro... El administrador carece de responsabilidad material, pero en cambio le sobra la moral, tan respetable o más que la anterior..."

¡Magnífica tasación de los valores morales! No solamente debe contar lo metálico y material sino también lo que, en el fondo, vale más: las prendas morales y las cualidades del alma. ¡Los bancarios comenzaban a entender a Zatti y el valor de sus enfermos!

Así Zatti podía llevar adelante su obra: con sus sacrificios personales y la comprensión humana de sus amigos. Pero qué pena experimentaría él, que se desvivía por ayudar a todos, él, que teniendo un billete en el bolsillo lo daba al primero que se lo pedía, él, que estaba dando gota a gota su vida en favor de un pueblo, él, que era la generosidad personificada, cuando recibía una carta de una "señora bien" de la localidad en que le decía:

"Sr. Zatti: Agradeceré me haga el bien de entregarle al chico los dos pesos con cincuenta centavos, que los necesito..."

(1) Tenía hipotecado el terreno del hospital.

¡A él, que estaba dando su sangre y su vida por todos, le reclaman los dos pesos y medio que le habían prestado!...

Zatti no dejaba de acudir a todos los recursos lícitos para disminuir las deudas. Así, cuando en 1946 escribe a la Drogue-
ría Inglesa de Bahía Blanca, expone al gerente algunas con-
sideraciones:

“Como por varias causas nunca pudo ser saldada nuestra cuenta, ahora lo haría con algún esfuerzo; pero me tomo la libertad de exponer alguna consideración y en base a ellas y con la generosidad que le dicta su noble corazón haga a la actual deuda toda la *poda* que le sea posible. Por cuanto no ha de ignorar Ud. que el Hospital San José, fundado en el año 1889, etc...”

Y justo es decirlo, siempre halló eco en el ánimo de la gran mayoría de los que servían a esta nueva “casa de Dios” que administraba Zatti.

Confiaba en la Divina Providencia, pero sabía que esta deja siempre un buen margen a nuestra actividad personal. Por eso él juntaba las manos para rezar, pero sus pies se movían hacia los cuatro vientos en busca de medios. Un día lo encontró su sobrina al entrar al hospital. Iba con sombrero.

—¡Qué paquetón, tío, —le dijo la religiosa.

—Vengo emocionado, —replicó él, —figúrate... Me acaba de salvar la Divina Providencia...

—Cuenta, a ver, ¿cómo fue?

—Y... necesitaba 6.000 \$ para levantar un pagaré. No sabía ya a quien recurrir. Fui a la estación a ver si ahí podía “cazar al vuelo” a algún amigo... Y he aquí que uno de ellos, partía, hecho unas pascuas de contento, para Europa. Inmediatamente lo felicité y... naturalmente le hablé de mis apuros. Era tal su gozo que apenas le dije, sacó la billetera y me dio los 6.000 \$. Míralos...

La gente conocía los apremios financieros de Zatti. Sabía a dónde iba y hasta cuánto debía... sólo con verlo. Si iba en bicicleta y con sombrero, iba al Banco de la Provincia de Patagones. Dejaba la máquina en el muelle y, en lancha, pasaba el río. Al Banco de la Nación iba familiarmente, con guardapolvo y en cabeza. Cuando le preguntaban a dónde iba, él solía decir: —¿Y no ves? Cuando voy así, ya sabés a dónde voy...

Otras veces contestaba: —Voy a levantar un muerto... (iba contento: tenía dinero para levantar el pagaré).

A veces Dios castigaba a los que no lo ayudaban. Había curado y tenido en el hospital a un mercachifle. Zatti necesitaba

dinero. Le pidió, al salir que le diera, antes de irse al hotel, por lo menos 300 \$. El otro se negó. Se fue sin darle nada. Pues bien: por el camino, pierde la billetera. No puede ir al hotel y debe volver a la "Casa de Dios", "L'Hôtel-Dieu" como llaman en Francia a los hospitales...

Hasta se puso de baldosero, fabricante de baldosas, volviendo a su antiguo oficio, para hacerse de algunos pesos, en épocas de tremenda estrechez financiera. Fabricaba baldosas para reparticiones públicas y estas le pagaban con "vigilantes" nominales. Los obreros de Zatti figuraban como agentes...

Donde quiera hubiera un alma generosa, ahí estaba Zatti pidiendo su cooperación para salir de sus compromisos bancarios. Así vemos que él ha recurrido a pobladores de Río Colorado y de General Roca, a hombres y a mujeres, a ricos hacendados y humildes menestrales, a criollos y a extranjeros, a creyentes y a incrédulos.

Su contabilidad era, por cierto, extraña. Sólo él entendía esa partida doble que llevaba. El, jocosamente, llamaba partida doble a su administración, porque, decía, que en el bolsillo derecho echaba el dinero que recibía y en el izquierdo, las cuentas...

Alguna vez los superiores le pusieron contador. Desde el 1º de enero de 1931 hasta el 1º de enero de 1932, el hospital se dio el lujo de tener un contador alemán. Pero al año Zatti vuelve otra vez a su "partida doble". Y así hasta 1941, en que de nuevo le ponen contador. Pero por poco tiempo. Luego los superiores se dieron cuenta de que una administración que barajaba recursos divinos debía estar sólo en manos de un santo como Zatti. Y lo dejaron en paz con su "partida doble"...

Así pasó el "cliente 226" del Banco de la Nación Argentina. Creo que nunca en los anales bancarios se registrará otro caso semejante. Nunca jamás se verá el caso de un hombre que, como él, a fuerza de juegos malabares y de equilibrio de volatinero, haya llevado adelante una obra colosal como la suya...

CAPITULO XXI

LA HORA DE LA PRUEBA

Zatti fue sometido por Dios a muchas pruebas; pero probablemente ninguna tan seria como la del año 1941. Ese año fue probado a fondo. Hasta entonces el Señor lo había privado de cosas que él amaba. Ahora lo va a privar de lo que él más amaba: su hospital. Y él, sensible como era, va a beber hasta las heces el cáliz de su mayor amargura. Porque Zatti era sensible. En el capítulo XIII vimos que el buen samaritano *sentía* la poesía. El poeta es generalmente un hombre desdichado porque siente, en carne viva, la punzada de espinas que otros ni ven siquiera. Por eso son tantos los poetas sin fe que se han suicidado.

Me decía el Dr. Sussini que Zatti era un hombre sumamente sensible. El nunca *se acostumbró al dolor*. Decía el mencionado médico que “delante de los enfermos graves, bromeaba y reía, a veces, para darles ánimo; pero luego a solas lloraba...” Una de sus más ancianas enfermeras sostiene que “cuando no podía ayudar al prójimo, lo veíamos lagrimear”. Uno de los sacerdotes salesianos que lo ha estudiado con más espíritu crítico, ha escrito:

“Don Zatti consideraba a la muerte como el fin lógico y natural del ser humano y por eso, sin dejar de combatir la enfermedad y la muerte, utilizando todos los medios que médicos y medicinas ponían a su alcance, no desmayaba cuando alguno de sus enfermos fenecía. Se le notaba sí, un dejo de tristeza y algunas veces también lágrimas en los ojos, sobre todo si el enfermo que moría era un hermano de Congregación o uno de esos enfermos

bueno: cuya dolencia le permitía constituirse en enfermero de los más graves..." (1)

Zatti, era, pues sensible al dolor y a las penas. Es de imaginarse, entonces, qué agonías de muerte habrá probado cuando ese año le destruyen el hospital y él debe irse con sus enfermos, sus colchones y sus bártulos, a los alrededores de la capital rionegrina y sigue allá, llevando una vida precaria, como un vendido que ha sido a parar a un campo de concentración o como quien ha ido a enturbiar la paz bucólica de aquel ambiente de vacas, abejas, aves domésticas y gorjeo de pájaros que reinaba en la Escuela Agrícola San Isidro, la "quinta 'e los Curas" como le llamaba el vulgo.

¿Cómo se originó ese derrumbe? ¡Cosas de Dios! El Señor necesitaba probar a su siervo y dispuso los acontecimientos de modo que Zatti viera un día, con los ojos nublados de emoción, que la piqueta demoledora reducía a polvo a su querido hospital. En 1934 se crearon nuevas diócesis en la Argentina. Una de ellas, fue la de Viedma, con jurisdicción sobre toda la Patagonia, excepto el Neuquén. En los primeros años del Obispado sureño, el Prelado y sus colaboradores vivieron en el viejo ex Colegio de María Auxiliadora. Era inútil querer hermostrar y ornar el vetérrimo caserón: aquello era impropio para el fin a que se destinaba. Había urgente necesidad de levantar un edificio apropiado. En 1936 llegó de Turín, el Prefecto General de la Congregación, Don Pedro Berruti. Venía con la misión de preparar un convenio a fin de repartir los bienes que tenía la Sociedad Salesiana, algunos de los cuales, habiendo sido adquiridos "intuitu Ecclesiae", pertenecían naturalmente a la nueva Diócesis. El superior, de acuerdo con Mons. Esandi y sus consejeros, prepararon el convenio. Entre los bienes que figuraban como pertenecientes al Obispado, estaba el terreno donde funcionaba el hospital. Por otra parte, era el lugar más indicado para palacio episcopal, pues estaba al lado de la catedral y frente a la plaza Alsina. Además, un hospital, colocado ahí, frente a la plaza más antigua del pueblo, donde los convalecientes tomaban sol todos los días, no parecía prudente¹⁴ ediliciamente estético. Entre idas y venidas, enmiendas y correcciones, pasaron algunos años. Entre tanto se gestionaba ante el Gobierno Nacional, la construcción de un edificio ade-

(1) Archivo de la Inspección San Francisco Javier. Bahía Blanca. Apuntes del P. Mario Brizzola.

cuado para palacio episcopal. Cuando todo estuvo listo, el Prelado lo comunicó al P. Inspector salesiano y este dio la orden de abandonar el local para dar lugar a que los ingenieros gubernativos demoliesen lo existente para levantar el actual palacio episcopal.

Por otra parte, en Viedma se construía ya un Hospital Regional con que el Gobierno Nacional venía a llenar una sentida necesidad de toda la comarca. Zatti veía venirle abajo su obra...

Escribió entonces al P. Inspector. Lamentamos no haber hallado esa carta. Debe ser un documento interesantísimo. Pero tenemos un reflejo del mismo en la contestación del P. Picabea a Don Zatti. El superior, el 12 de diciembre de 1941, le escribe desde Fortín Mercedes, del tenor siguiente:

“Estimado y recordado Zatti: Recibí su carta, escrita más con el corazón que con la pluma. En ella ha volcado Ud. su alma enamorada de la caritativa y abnegada misión que, años ha, desempeña en ese hospital. Es comprensible, pues, que se apene, al advertir que se acerca el momento en que por la condición presente de las cosas, el hospital salesiano tiene que ceder el lugar al hospital del Gobierno: no en balde ha consagrado cuarenta años de vida al servicio de las miserias humanas en ese Hospital San José que es un pedazo de Ud. mismo, si no Ud. todo entero. No dudo que el buen Dios que le ha dado fuerzas para realizar tantos y tan prolongados sacrificios, se las dará también para cumplir el de la obediencia lisa y llana. Le escucharé en la exposición que desea hacerme acerca de un proyecto para pagar las deudas; proyecto que Ud. conceptúa eficaz. ¡Lástima no lo haya aplicado antes! Me aseguró tantas veces que las deudas se liquidarían en dos años, y estas existen aún. Ignoro el monto, porque a pesar de mis pedidos reiterados, no me ha enviado aún el balance anual de los años anteriores. La propuesta del Dr. Harosteguy la estudiará el Consejo y se resolverá. Entretanto Ud., como buen salesiano, no se prive del mérito de la obediencia...” (1)

Entretanto llegaban ingenieros, constructores y obreros de la Dirección General de Arquitectura de la Nación para dar comienzo a las obras del nuevo Obispado. Había que dejar vacío ese lugar. Zatti hasta lo último, esperó en un milagro; pero Dios quería el milagro de su sacrificio, abnegación y obediencia... Y ese sí se realizó.

“Lo he visto llorar como un niño” dice uno de los sacerdotes que estuvo a su lado en esas horas de calvario. Zatti no

(1) Archivos de la Inspectoría. Bahía Blanca.

tenía donde llevar sus enfermos. Ya los albañiles comenzaban la demolición y los pacientes estaban todavía en el hospital. El pobre Zatti andaba en esos días totalmente aturdido. Cuando él vio caer esos muros macizos que él había visto levantar en 1912, como un iris de esperanza para su obra redentora; cuando veía reducidas a polvo esas salas que él había levantado en 1922 con tantos sacrificios; cuando veía caer, uno a uno esos ladrillos que él había hecho poner en 1933 para ampliar la sección femenina del nosocomio, le parecía que cada golpe de piqueta se lo daban en el corazón. Iba, venía, volvía a ir y tornaba a venir: estaba desorientado: no sabía lo que hacía... Una pena tremenda, una pena más dura que la muerte, una agonía mucho más dolorosa que todas las que él había visto, era lo que ahora nublaba su alma como una tormenta repentina, como una cerrazón sin precedentes... Pero de sus labios no salía una sola palabra de reproche para nadie, ni de rebeldía, ni de protesta. Nada. Los ojos manaban lágrimas, por necesidad biológica; su corazón sangraba pero en el cielo de su alma aparecía el sol a cada rato, porque a cada momento juntaba las manos, ofrecía a Dios su dolor y se sometía enteramente a la obediencia. Iba al templo: rezaba de hinojos, salía con los ojos húmedos e iba a dar órdenes: —Lleven estas camas a la quinta... A ver: que venga el camión de Nobili... y los carros de la cárcel... Vamos, pronto...

Y mandaba. Pero él mismo se sentía sonámbulo.

Los últimos enfermos salieron bajo el polvo de los primeros muros del hospital que se derrumbaban. Los obreros de Arquitectura no sabían de qué se trataba. Ellos recibieron órdenes de demoler y demolían... Cuando las enfermeras veían que sobre el jardín que ellas habían cuidado con tanto esmero, caían trozos de pared, ahogando los claveles, rosas y crisantemos, se echaban a llorar. Zatti procuraba darles ánimo y les decía que se dejaran de sensiblerías: pero más estaba él para ser consolado que para consolar...

Y los carros iban y venían de la Escuela Agrícola, llevando sin cesar, enfermos y enseres.

Llegó un momento en que se vio que el buen samaritano estaba agotado. Se notó que sus nervios ya no le respondían. Fue cuando uno cometió la imprudencia, en ese momento temiendo de su vida, de decirle: —Don Zatti, mire lo que dice la gente...

—¿Qué dice la gente? —inquirió él realmente abatido.

—Dice que Ud. cierra el hospital porque está fundido...

En ese momento Zatti apretó los dientes, cerró los puños, un rictus dramático de dolor se dibujó en su rostro y luego levantando los brazos, gritó con voz estentórea, hecho una fiebra: —Por favor, que no me hagan hablar, que no me hagan hablar...

El que había levantado tamaña tempestad en esa alma plácida, confiesa que se llenó de terror al verlo tan fuera de sí. Nunca había él pensado que Zatti era capaz de gestos tan altivos. Le dio miedo verlo así...

Luego el buen samaritano giró sobre sus talones y se fue. Se fue a rezar. A llorar. A gemir a solas. A sorber en silencio, gota a gota, toda la amargura que rezumaba su alma dolorida...

Ahí se vio cual era su carácter. ¡Guay si él no lo hubiera dominado por el ejercicio de la virtud!...

En la Escuela Agrícola todo era necesidad. Allá no había nada preparado. Los locales no eran apropiados para hospital. Había que crearlo todo. Para peor, se creyó al principio que podrían llevarse los accesorios y materiales de la demolición que la Dirección de Arquitectura no iba a utilizar. ¡Vana esperanza! Ni los artefactos de los baños, ni las lámparas eléctricas, ni los marcos de las ventanas se pudieron aprovechar, pues había un contrato de por medio. Y tanto los que entregaban los materiales como los que los recibían, debían respetarlo, pues debían dar cuenta a la Administración Nacional.

Lo que más le dolía en ese viacrucis era el ver llegar enfermos y él ya no poder recibirlos porque estaba de mudanza y tenía orden de no recibir más. Un día, ante un pedido de cama, le dijo a su segundo, Francisco Bielawski, casi llorando: —Yo no puedo recibir a nadie: debo obedecer... Haga Ud. lo que quiera...

En otra oportunidad, pensando en que no podía ya recibir a nadie, le oyeron hacer esta consideración: —¿Y si fuera Jesús que viene en el enfermo?...

En esa hora de la prueba, Zatti fue mártir. Era quizás lo único que le faltaba para modelar su carácter austeramente ascético. ¡Qué violencia tuvo que hacerse para no protestar, para no gritar, para ser paciente! Porque los que estaban a su lado, bien porque no sabían lo tratado entre los superiores eclesiásticos y religiosos o porque los irritaba aquello que ellos creían un atropello, iban creando alrededor de Zatti un clima de

rebeldía. Y en medio de esa niebla, resplandeció, como una estrella, el alma suave y serena del apóstol de la caridad...

El mismo ayudaba a cargar las cosas. Mientras trabajaba, lloraba. Pero se esforzaba por sonreír. Como debían poner en algún lugar la ropa ya lavada y se estaba demoliendo la lavandería, hubo que ponerla en la sala de operaciones. ¡Esa sala de operaciones que fue el orgullo del buen samaritano, porque él había adquirido todo: cristales, instrumental, mesas y lámparas, ahora un depósito de ropa! ¡Qué pena le daba!...

Cuando alguien de los que le rodeaban tenía palabras de censura para quienes se creía estaban atropellando los sagrados derechos de los enfermos y los sacrosantos sacrificios de un hombre tan benemérito, él cortaba, inmediatamente y no sólo no decía palabras de protesta, sino que los defendía a capa y espada.

Y comenzó la héjira. El camión de Nobili iba y venía de la quinta. Se quería que se llevara primero los muebles y luego los enfermos. Zatti llevó primero los enfermos. El último en salir fue él: ¡como el valiente comandante que en los naufragios abandona el postrero el barco que se va hundiendo!

La gente miraba con respeto aquella extraña caravana. La banda de los exploradores de Don Bosco los despidió con sus alegres sonos, que querían ser la despedida a una benemérita institución que desde 1889 venía tendiendo la mano a todas las desgracias y miserias. Y allá en la Escuela Agrícola, Bielawski había conseguido permiso de la policía para disparar bombas. Y cuando asomó el carrito de Zatti con los últimos enfermos, crepitó, allá arriba, en el firmamento, como un grito sonoro, la explosión estruendosa de los petardos.

Copio de unos apuntes de una de sus más veteranas enfermeras, lo siguiente:

"El año que tuvimos que salir del otro hospital creían alguno; hacernos un favor, dándonos el Colegio de las Hermanas. Pero ¿y Don Zatti? Nos partía el alma tener que dejarlo con toda la carga al hombro. Pedí y obtuve poder quedarme. Seguí encargándome de la ropa que en esos días era un desparramo. Un poco de ropa sin lavar y la más para tender. Nos mandaron a la quinta y como mejor pudimos ayudamos al querido Don Zatti. Por dos años tuvimos que hacer tres viajes por día contentas porque Don Zatti se hacía todo para todos, siempre pensando en su gente, girando como una abeja para proporcionarnos el pan..."

El 3 de noviembre de 1941 se llevaron las cinco mujeres más graves al Patronato de excarcelados que el Sr. Aguilar, Director

de la Cárcel, le cedía con gesto generoso. Ahí pasaron dos meses. Otras tres enfermas fueron a parar a la casa de la familia Guerra, donde las atendía la Srta. Noelia Morero. Las del Patronato pasaron luego a la casa del Sr. Casadei, local que antes habitara la familia Vinent. Por cerca de cuatro años el buen samaritano tuvo que alquilar esos locales. Hasta que se pudo adaptar un brazo de la Escuela Agrícola y se reunieron de nuevo todas allá.

Zatti sufría, más que todo, porque veía sufrir... El contemplaba ese pequeño grupo de sus enfermeras, que habían dado un sentido elevado a su vida, dedicándola desinteresadamente al cuidado de los enfermos. Y ahora lloraban juntas, el ocaso del hospital y el fin de su vida abnegada... Y había tal desazón en esas almas que su pena golpeaba en el corazón mismo de Zatti. Parecía como si el buen samaritano agonizara con espasmos de martirio, al ver no sólo que su obra material sino, lo que más vale, la espiritual se le venía abajo.

Cuando consiguió permiso de los superiores para tener "sucursales" del hospital, entonces respiró. De ese modo pudo sembrar de asilos el pueblo de Viedma. ¿Qué importaba que él tuviera que andar día y noche en bicicleta con frío, con lluvia o con viento, para visitar todas sus sucursales? ¿Qué importaba que en vez de una tuviera que sostener tres cocinas? Lo importante era que hubiera hospital y casa para pobres.

En uno de esos asilos, la enfermera y la cocinera debían dormir en una cocina diminuta. Tan pequeña que apenas cabían ambos lechos. Y además se llovía por todas partes. Una noche que arreció el aguacero, tuvieron que dormir la cocinera con un paraguas y la enfermera con un impermeable encima. Ahí fue donde llegó aquella mujer a que ya nos hemos referido, que venía de San Antonio y se lamentaba en plena plaza Alsina de que "ya no había hospital para pobres" cuando acertó a pasar Zatti y la llevó a su nuevo asilo y el colchón lo trasportó en la bicicleta. Cuando llegó allá, se encontró con que no cabía. Ya estaba todo lleno aquel asilo. Entonces él solucionó el problema. Hizo tapiar una puerta y así cupo una cama más. De ese modo la pobre enferma que venía de lejos tuvo "hospital de pobres", lumbre y amor...

El P. Zacarías Genghini o el P. Nazario Bartoli celebraban Misa una vez por mes en esas casas sucursales del Hospital San José y así las enfermas tenían auxilios espirituales y las enfermeras el consuelo de que se reconociera su obra.

Como alguien protestara por el traslado, Zatti un día tuvo que ponerse no sólo serio sino airado para gritarle: —Aquí no se habla mal de nadie...

Huelga decir cuánto le costó encontrar casas donde alojar a las enfermas. Pero él, pacientemente, de aquí para allá en su bicicleta, hasta que dio con almas buenas que lo ayudaron.

Cuando le decían que había sido un trastorno muy duro ese traslado, él contestaba: —Mire, a los repollos si no se los trasplanta no crecen. Así sucede con el hospital...

Cuando algunas veían que el polvo de la demolición llenaba los ámbitos del viejo hospital, le decían: —Mire, Don Zatti, mire qué nube...

Y él respondía serenamente: —¡Y claro! Si se sacan los ladrillos, es natural que caiga un poco de polvo...

Y continuaba, como si no entendiera la dramática alusión de la enfermera. Luego, cuando estaba solo lloraba. Y cuando debía volver a las salas entraba pasándose las manazas por los ojos preñados de lágrimas.

Cuando él entró en la Escuela Agrícola con los últimos enfermos, iba sonriente sentado en un carrito. Las enfermeras se lo habían adornado con flores. De ese modo el buen samaritano entraba en otra época de su vida, pero siempre con la misma alegría y siempre bajo el signo del amor...

Y no se crea que esa alegría era fingida. Cuando hizo su composición de lugar y luego de haber pasado ese cuarto de hora de meditación que pide S. Francisco de Sales para serenar el alma, se sintió feliz. Escribiéndole al Sr. Biló, de Allen, para agradecerle el vino que le había regalado, le dice que está muy contento en la quinta. Lo mismo le expresa a su cofrade D. Vicente Defeo. Y al felicitar a su hermana Hildegarda para las Navidades de 1941, le dice:

“Habiendo sido derrumbado el hospital en el centro al lado de la iglesia, para dar lugar al palacio episcopal, nos hemos trasladado en cuerpo y alma, a la Escuela Agrícola, en donde estamos como en un paraíso terrenal y cuando se hayan hecho las obras que están proyectadas y que en esto: días han de empezarse, no habrá hospital ni sanatorio que nos gane!!!”...

Estas palabras indican que el bueno de Zatti ya estaba perfectamente recobrado. Dios aprieta pero no ahoga. Ya había pasado el cuarto de hora de prueba...

CAPITULO XXII

LAGO TRANQUILO

Es propio de las almas grandes el conservar un equilibrio constante en todos sus actos. Y en eso está la virtud. Pues es fácil, en un momento de arrojo, realizar un gesto heroico. Fácil es, en un período de fervor, rezar con devoción. Fácil es, en un instante de compasiva misericordia, socorrer a un semejante aun con peligro de nuestra misma existencia. Pero ser siempre caritativo, ser siempre heroico en sus gestos de arrojo, ser siempre impecablemente devoto en todas sus prácticas de piedad, he ahí lo difícil y lo que distingue al santo del que no lo es.

Porque conservar la serenidad en medio de las tempestades del alma, mantener siempre la alegría en medio de las penas y ser igualmente devoto cuando se siente fervorosa piedad y también cuando el corazón parece de hielo: eso reclama un dominio de sí mismo que no lo tiene cualquiera. Lo tienen los ascetas que en luengos años de constante ejercicio, han logrado ese envidiable equilibrio que está a igual distancia de todos los extremos. Y como este equilibrio es virtud, dista mucho de ser indiferencia que es un vicio. Aquel que vive encastillado en su egoísmo y ve pasar los acontecimientos prósperos o desdichados con absoluta insensibilidad no es un virtuoso, es un indiferente, un egoísta. Pero el que siente en su interior el rugido de los huracanes y es capaz de conservar en su rostro la sonrisa porque piensa: "yo no tengo derecho de amargar la vida a mis semejantes, yo debo derramar optimismo por doquiera, aun cuando hoy lleve acíbar en el alma", ese hombre, si consigue que sus ojos espejen una perpetua primavera cuando hay nieve de invierno en su corazón y también cuando hay ardores de

estío en su alma, habrá llegado al tan deseado equilibrio del santo.

Zatti tuvo esa prerrogativa. Cuantos lo han conocido saben hasta qué punto aprendió a sonreír cuando le llegaba la cuota del primer cuatrimestre del subsidio que le resolvía mil y un problemas y también cuando las deudas lo ahogaban, cuando las contrariedades lo cercaban como dogal inhumano y cuando los mismos que debieron ayudarlo, lo dejaban solo con sus deudas, sus penas y sus trabajos.

Nada extraño, pues, que cuando su sobrina, antes de partir para su destino, le habla por teléfono y comienza por preguntarle cómo ha amanecido, él, sólo unos días antes de morir, le contesta con la sonrisa en los labios: "Como pichón en el nido..."

El sacerdote que estudió a Zatti como un ejemplar de típica santidad salesiana, y que hemos citado en el capítulo precedente, consigna en sus apuntes:

"Quiero también hacer resaltar su inalterabilidad de carácter. Lo he tratado durante 25 años y siempre lo he visto con el mismo buen humor y la misma buena voluntad de cumplir con su misión entre los enfermos. Estuve ausente de Viedma durante 9 años y en el 1936 volví a formar parte del personal de esa casa. Muchos cambios se habían operado en Viedma en esos 9 años. El Colegio San Francisco de Sales ya no era casa inspectorial, ya los talleres no funcionaban como escuelas de artes y oficios, ya algunos buenos hermanos, como Don Carlin, habían desaparecido; las Hijas de María Auxiliadora habían construido su edificio propio y se habían ubicado lejos, ya la hermosa iglesia levantada con los sacrificios del buen hermano Patriarca había pasado al clero secular, aunque regida todavía por un párroco salesiano; pero Don Zatti continuaba siempre el mismo, como cuando lo conocí 12 años antes: siempre derramando alegría en medio de sus enfermos, alojados ahora en un cómodo edificio nuevo, con salas de operaciones y todo el confort que podía pedirse en esa época..."

Es realmente así: lo hemos oído cantar, con fruición las vísperas a la hora de la canícula cuando había un centenar de personas que cantaba, en tiempos en que ahí estaban el aspirantado, filosofado y teologado y lo hemos oído cantar con el mismo fervor y encendida piedad, años después, cuando estaba solo él en el coro siguiendo las melodías no siempre ortodoxas de Don Arrio. Dirigía la lectura espiritual cuando lo rodeaban treinta salesianos que paladeaban la prosa del Rodríguez y con idéntica dedicación la dirigía en la Escuela Agrícola, cuando

sólo escuchaba su lectura, cabeceando de sueño, un pobre hermano inválido...

El se sentía feliz cuando podía descansar algunas horas seguidas durante la noche y también se sentía feliz cuando podía ofrecer a Nuestro Señor una entera noche de insomnio. En cierta oportunidad tuvo que llevar a su pieza a un enfermo que, por desgracia para Zatti, durmió como un lirón toda la noche y roncaba como un contrabajo. Cuando al día siguiente lo supieron las enfermeras, lo reprocharon diciendo: —¿Por qué, no lo llevó a otra parte? —¿Y a dónde lo iba a llevar, a la morgue?... Y después yo me gozaba; pues a cada ronquido estentóreo que daba el buen hombre yo pensaba: Deo gratias, todavía vive...

Alguna vez, agobiado por las preocupaciones financieras y de todo orden, entraba serio en alguna sala y salía, distraído, siguiendo el hilo de sus múltiples cavilaciones. Cuando se daba cuenta de que no había regalado a los enfermos su sonrisa, ese don que Dios le daba para distribuirlo gratuitamente, regresaba a la sala y no salía de ella hasta no ver dibujado en el rostro de cada enfermo o enferma otra sonrisa que para él era como el sello de la gracia de Dios. Una de sus enfermeras ha dejado escrito:

“Cuando él se hallaba contrariado, se mantenía calmo. Y si tenía que dar una orden, la daba con idénticos modos y el mismo tono que cuando gozaba de la más serena tranquilidad. Ni aun en los momentos más difíciles contaminaba a nadie la amargura de su corazón...”

Dice uno de los coadjutores que compartieron con él sus trabajos en el hospital que “Don Zatti no se alteraba por nada en las contrariedades; no lo veíamos perder su semblante tranquilo ni aun en las mayores dificultades. En esas ocasiones solía decir: —Bueno, está bien, está bien... Tampoco se alteraba en los apuros pecuniarios, porque estaba seguro de hallar la solución de sus problemas en sus bienhechores, la mano de Dios que mueve los corazones y sacude los bolsillos, según decía él...”

Una enferma que se curó en el Hospital San José, y ahora trabaja en el Territorio, me escribe:

“Créame, Padre, que si yo volviera a estar enferma tanto tiempo, deseo con toda mi alma tener a mi lado un enfermero

semejante porque si no, no tendría la paciencia y la resignación que tuve para estar seis años enyesada. Un día le dije a Don Zatti: —Rece un poco para que me sane, ya no doy más con el cascarrón (así le llamaba él al yeso); quisiera sacármelo... —Eh, me contestó él sonriendo: si no tuvieras el cascarrón, no estarías en el hospital, ni podrías ir a la Bendición como vas a ir ahora. A ver vamos... está tocando la campana..." (1)

Su serena igualdad de carácter, su optimismo, su impecable equilibrio de alma eran contagiosos. Su alma era como el aceite que apacigua las embravecidas olas de los mares...

Y hasta el borde del sepulcro conservó su serenidad. Dice el hermano que lo atendió en sus últimos días que realmente Zatti no necesitó de nadie para morir. Su cuerpo no fue manoseado por nadie. Una sola vez hubo que cambiarlo. Tres días antes de morir, espontánea y conscientemente, dejó de comer: —¿Para qué? —decía sonriendo trabajosamente, —es inútil...

Todo en él era natural. No había ficción ni doblez en su proceder. Su larga experiencia como enfermero le hacía practicar las curas más difíciles y delicadas, con suma naturalidad. Parecía que no se podía concebir a Don Artémides sino curando enfermos. Y era como si los enfermos fueran tales para que Zatti los curara. Nunca hacía él comentarios de operaciones difíciles o de intervenciones fáciles. Para él era lo mismo estar al frente de ese gran establecimiento sanitario como director que estar en el último rincón del mismo barriendo y limpiando los baños. Todo lo hacía con la misma naturalidad. Seguramente porque para él, hombre de fe, era tan importante un oficio como el otro.

Cuidaba a los enfermos contagiosos con la misma naturalidad que a los otros. Su lema de que "no hay que temer el contagio porque los microbios que yo llevo adentro son más poderosos y se comen a los de afuera" tiene, como hemos visto, su fundamento científico y era precisamente su ciencia, su experiencia y su confianza en Dios lo que le inspiraba serenidad.

Cuando, un día aciago, le llevé a la farmacia casi en vilo, a un jovencito mal herido, Zatti, al levantarle la camisa y ver la tremenda puñalada que tenía en el vientre, y que esa noche nos lo arrebató a nuestro afecto, no perdió la calma. Siempre recordaré como algo impresionante en aquel trágico episodio, la

(1) Carta de Villa Regina del 2 de marzo de 1953.

serena calma con que el buen samaritano le dijo simplemente algo asombrado, pero sin inmutarse: —A la maula, socio...

Así era el hombre de Dios: tranquilo y sereno aun en medio de las mayores borrascas. Y eso no por indiferencia sino por virtud, no por costumbre de ver sangre sino porque vivía en la presencia de Dios...

Conversaba con los moribundos con una asombrosa naturalidad. A una joven de 22 años, tuberculosa, le decía en sus últimos minutos: —Bueno, María, ánimo, valor y fortaleza: reza por nosotros cuando estés arriba, ¡no te olvides de ninguno, eh!...

Y esa su naturalidad él la quería en sus pacientes. Una vez que estaba curando a una enfermera, esta le hizo algunas observaciones. El buen coadjutor suavemente, dulcemente, pero con toda intención, le contestó: —Maldita sea la ciencia cuando no sirve para el bien; a veces es mejor no saber tanto...

Su calma era imperturbable. Cuando los médicos debían hacer una intervención quirúrgica delicada y difícil, solían estar nerviosos. Y el nerviosismo de esos hombres de ciencia, contrastaba con la serena tranquilidad de Don Zatti que iba y venía preparando todo, como si tal cosa. Fue en una ocasión semejante cuando uno de los médicos, el cirujano, porque al entrar el buen samaritano había dejado, sin pensar, la puerta abierta, le gritó: —Por el amor de Dios, Zatti, cierre esa puerta...

El buen hombre la cerró sin inmutarse. Al término de la operación, comentaba a los médicos: —Si yo no hubiera dejado la puerta abierta, el doctor no habría invocado el santo nombre de Dios...

Una religiosa de María Auxiliadora me dice que Don Zatti era papá y mamá a la vez. Por eso las Hermanas nunca temían pedirle lo que fuera.

Es propio del hombre equilibrado el ser puntual. Y Zatti lo fue en grado tal que asombra cómo se puede serlo cuando se tiene en cuenta el sin número de ocupaciones diversas a que debía atender. ¿Cómo hacía Zatti para llegar siempre a tiempo? Misterio de su vida tranquila, serena, imperturbable. Faltaban diez minutos para las doce. El estaba en el pueblo poniendo inyecciones. Miraba su reloj, grande y anticuado, y decía a la gente: —Bueno, hoy a las 18 vuelvo... Y montando en su bicicleta, partía velozmente. A las 12 estaba tocando la campana para almorzar...

Así como hablaba en criollo corriente con la gente del

campo (1) así dominaba los dialectos italianos para acercarse más a sus connacionales. Sabía varios de ellos. Sobre todo el piemontés, pues en sus mocedades debió oírlo siempre en Viedma, cuando alrededor de Mons. Cagliero había todo un enjambre de piemonteses que rememoraban su patria lejana discutiendo en el gracioso dialecto nativo.

Con la misma naturalidad les daba las Buenas Noches a los enfermos y enfermeras y jugaba a las bochas con los convalecientes.

Era el mismo cuando escribía cartas a un ministro y cuando ejercía los más humildes menesteres con los enfermos más repugnantes.

“Tenía una virtud sólida, pero no era rígido”, — me dice uno de los médicos que mejor lo estudió. Y continúa: —“Zatti sabía llegar al alma de la gente, pero con su dulzura y suavidad. El nunca impuso sus creencias a nadie. Conseguía dominar las voluntades aconsejando con calma y serena paciencia”.

De ese modo su alma, siempre lago tranquilo, no fue tampoco turbada con los oleajes de los remordimientos. . .

(1) “Será mejor que le metamos fierro, nomás, hermano” — le dijo una vez a un criollo que iba del campo. Y lo operaron con todo éxito.

CAPITULO XXIII

EL DESPERTADOR DE LAS ALMAS

Hubiera sido utopía querer sostener el Hospital San José sin recursos de ningún género. Zatti no tenía recursos pecuniarios pero tenía fe, que es el mejor recurso divino. Dios, naturalmente, no le enviaba un ángel con un cheque bajo las alas cuando el buen coadjutor necesitaba dinero. No.

Dios obra "por medio de las causas segundas" como dicen los teólogos. Y estas causas segundas eran múltiples y variadas. Una de las cosas bellas que hay, evidentemente, en la vida de este hombre de excepción, es el haber puesto en movimiento la beneficencia hacia los cuatro puntos cardinales.

Si el buen samaritano andaba frecuentemente en serios apuros económicos, podemos afirmar que más frecuentemente recibía aportes a veces mínimos, pero lo suficientemente expresivos para hacerle ver que la Providencia no lo abandonaba.

Hemos de lamentar aquí que las contribuciones a que nos vamos a referir en este capítulo no sean ni completas ni las más importantes. Quizás la gran mayoría han pasado a la historia envueltas en los velos de la modestia y del silencio, como ese frasco de exquisito perfume que se puede ver en el Museo Egipcio de Turín, que estuvo 4.000 años cerrado, al cabo de los cuales, cuando fue la reina de Italia a visitar el Museo, se destapó y llenó de fragancia todo el ambiente... Los que han dado con la fe y con esperanza su óbolo a Don Zatti algún día percibirán el aroma de su virtud.

En los últimos años ya se sabía: cuando había Exposición Rural en Viedma o en Patagones, no faltaban nunca los hacendados expositores que separaban algunos de sus productos y

los remataban a beneficio del hospital. Méndez Hermanos, Díaz Campano, Requena, Cevoli, Hueck figuran donando sendos carneros para rematarse en pública subasta a favor del nosocomio de Zatti.

La Municipalidad de San Antonio Oeste solía separar 240 ó 300 pesos anualmente para subvenir a las necesidades del Hospital San José y retribuir, así a los muchos indigentes que este recibía enviados por la gente del "Saco"...

El Jockey Club de Buenos Aires también figura entre los donantes de algunas vistosas sumas de dinero con que Zatti salía de apuros alguna vez.

La Sociedad de Beneficencia de la Capital enviaba prendas de vestir, especialmente, vestidos de señora, "pullovers", pantalones, camisetas, toallas y frazadas. El obispado de Viedma, lo hacía partícipe anualmente, para Navidad, de cierta cantidad de panes dulces que la Casa Canale hacía llegar al Prelado diocesano.

El Gobernador Montenegro se interesó también por el Hospital San José y fue cuando el buen samaritano recibió la siguiente esquila:

"MARIA EVA DUARTE DE PERON. *Eva Perón* (firma) saluda con distinguida consideración al señor Administrador del Hospital San José de la Gobernación del Río Negro, Don Artémidés Zatti, y en su carácter de Presidenta de la Fundación que lleva su nombre, tiene el agrado de remitirle adjunto el cheque N° 42975 Serie B - por CINCO MIL PESOS MONEDA NACIONAL— donación esta para el sostenimiento del Hogar de Ancianos de esa Gobernación. Buenos Aires, 28 de marzo de 1949".

Don Amadeo Biló le enviaba todos los años, por intermedio de la firma Pérez, García y Cía. algunos cascos de vino de su bodega y Zatti siempre le escribía que "no sabiendo cómo retribuir a Ud. su tan noble gesto, pediré v conmigo los enfermos que están internados en el hospital, que el Buen Dios. le retribuya con creces, dándole prosperidad a sus negocios y felicidad a su familia". (1)

En términos muy parecidos agradecía en 1947 a los doctores Ecay y Harosteguy cuando obsequiaron al hospital una mesa de operaciones, la lámpara correspondiente, las mesitas de cirugía y la camilla para el traslado de los enfermos.

(1) Nótese lo correcto de la dicción. ¡Cuánto progreso desde aquellas cartas garrapateadas que escribía en 1905!

Cuando el santo varón recibía una nueva bicicleta, la agradecía como el más preciado obsequio. En 1943 se la ofrecieron en un acto público. Entonces él debió hablar. Lo hizo en estos términos:

“Amadísimos en el Señor: acepto gustoso este medio de locomoción, llamado bicicleta, que me habéis obsequiado y que me servirá, como las anteriores, para acudir con más ligereza a prestar mi débil concurso, en el alivio de nuestros hermanos doloridos: con la diferencia que esta bicicleta, considerando que es el fruto de sacrificios, me servirá de estímulo en el cumplimiento de mi deber. Los dos pedales que accionen este pequeño aparato me figuraré ser dos alas, con las cuales pueda remontarme a Dios y acudir en provecho del prójimo: a Dios para agradecer el beneficio de haber dado a Uds. la comprensión de lo beneficiosa que es la obra del Hospital San José y en ayuda del prójimo, en cuanto el hospital no tiene otro fin desde sus comienzos que llevar a la práctica el consejo que diera San Juan Bosco a sus primeros misioneros capitaneados por el entonces Padre Juan Cagliero: Cuidad de los enfermos, de los pobres y de los ancianos, y os granjearéis las bendiciones de Dios y la benevolencia de los hombres”... (1)

Pero mucho más que las grandes donaciones conmueve la contribución modesta, el óbolo de la viuda, la monedita que caía sin ruido en el siempre magro y sediento gazofilacio de Zatti. Cuando de General Vintter, envían a “Arquimides Satv” un Bono postal por valor de 10 pesos “como alluda a la obra de ese Hospital”, uno no puede menos que valorar el sacrificio que quizás representaba para esa buena mujer ese envío que ella hacía periódicamente.

Cuando un buen obrero de Bahía Blanca, al saber que su hermano ha fallecido en el hospital y que Don Zatti ha corrido con todos los gastos, se quita quizás algún bocado de pan, pero le envía 50 pesos y le dice: “Amigo Zatti: lo que Ud a echo por él, yo no se lo podré pagar nunca, pero sí le estov muy agradecido y ruego al Señor lo bendiga y le dé mucha salud para que pueda seguir haciendo el bien”...

La Hermana Picarel, que otrora fuera elemento de primer orden en el viejo hospital salesiano, solía enviarle también su óbolo, diciéndole:

“Don Zatti: sírvase aceptar esta modesta contribución para ese inolvidable Hospital, centro de sus desvelos caritativos. Unida

(1) Archivo del Hospital San José.

a la piedad de esa santa casa, no la olvido en mis pobres oraciones...”

Algunos comerciantes como el fideero, Sr. Morchio, cuando le pedían mercaderías solía contestar en esta bella forma: “saluda al Señor Zatti y se complace en manifestarle que el fideo que ha pedido el Colegio para el Hospital, es donación de su familia en su obsequio. Viedma, 5-VI-48”.

Realmente emociona cuando se ven gestos como el de dos chicuelas de Patagones que alcanzan a reunir 30 pesos y se los mandan diciéndole que es “una pequeña ayuda a los viejitos que hay en su Hospital...”

La benemérita Sociedad de San Vicente de Paúl de Patagones contribuía con la modesta suma de 20 pesos mensuales para el sostenimiento de un enfermero en el asilo de ancianos del nosocomio.

Cuando en el Año del Libertador San Martín, 1950, la Comisión local de Homenaje de San Javier, Río Negro, presidida por el Director de la Escuela Nº 3, Don Arquímedes Lombardo, erigió un mástil en esa localidad, tuvo un superávit de \$ 168.60 m/n. Decidió la Comisión donar ese dinero al hospital y le dice a su administrador: “Aunque dicha suma es insignificante, comparada con los egresos que tiene que afrontar ese benemérito Hospital, rogamos lo acepte como contribución sincera de todo el vecindario sanjavierino” ¡Bien por los pobladores de San Javier!

Su sobrino Hermenegildo E. Reggiani, tiene una farmacia en Punta Alta (Prov. de Buenos Aires). Cuando Don Artémides necesitaba con urgencia sobre todo penicilina o estreptomycin, recurría a él. Y “Gildo” como le dicen, no lo defraudaba y donaba el importe de esos antibióticos “en memoria de mi querida madre”.

Un excelente maestro rionegrino D. Juan Carlos Tassara, que tiene bajo su amable férula a 135 paisanitos, que deben educar entre él y su buena esposa en “Corral Chico”, encuentra tiempo para ocuparse de uno de los padres de esos indiecitos Painenao, lo manda a Viedma y cuando regresa a su pueblo, no se olvida de enviar una limosna para el hospital de Zatti...

Como se ve, Zatti había movido los corazones y activado la beneficencia hacia los cuatro vientos. Parecía como si los distintos pueblos del territorio del Río Negro, sobre todo, hubieran entablado una especie de noble certamen para ver quién

llevaba la palma en punto a colaborar con el buen samaritano. Los que conquistaron el galardón fueron sin duda alguna, la capital del Territorio, de cuyo homenaje nos ocuparemos en otro capítulo y San Antonio Oeste, el histórico pueblo rionegrino que vive esperando el agua, arrullado por las olas del Golfo San Matías y bajo la amenaza de los médanos circunvecinos...

Un buen día, por iniciativa de Don Antonio Mondillo, se reunieron en el despacho parroquial de ese pueblo y labraron acta de la constitución de una entidad cuyo fin exclusivo era la ayuda al Hospital San José. El acta reza así:

“En San Antonio Oeste, a los 6 días del mes de mayo del año 1950, a las 15 horas, se labra la presente acta, dejando constancia que un núcleo de jóvenes, nacidos en Viedma, Río Negro, residentes en San Antonio Oeste, en su doble orgullo de ser hijos de Viedma y ex-alumnos del Colegio S. Francisco de Sales, se reúnen en este local con el noble deseo de honrar la inmaculada memoria del ilustre sacerdote y apóstol de la medicina, D. Evasio Garrone; resuelven dejar formado el Círculo Católico que se denominará PADRE DR. EVASIO GARRONE, que tanto bien sembró entre nuestras familias, en su noble misión de sacerdote y de médico, haciendo de ambas un auténtico apostolado. Sobrados motivos de veneración eterna al recuerdo del Padre Doctor, por parte de los hijos de Viedma. Por tal deber se forma esta pequeña institución, para que con un pequeño aporte voluntario, contribuyamos a solventar en algo los gastos del Hospital San José, del cual el P. Doctor fuera su primer Director y al que dedicó todos sus afanes para mitigar el dolor ajeno. Esta es la mejor manera de honrar a quien no podemos dejar en olvido. Este Círculo queda constituido del siguiente modo: Presidente: Antonio Mondillo; Vicepresidente: Juan Sánchez García; Secretario: Omar Kriebel; Tesorero y Asesor: Pbro. Mario Percat; Protesorero: Ludovico Ariento; Vocal 1º Arduino Ariento; 2º Armando Martínez; 3º David De Vincenzi; 4º Enrique Reggiani; 5º Carlos Leonardo y 6º Rolando A. Piscia”.

El día 8 de ese mes, el presidente escribe a Don Zatti comunicándole la constitución de la entidad que desea colaborar con él, “cuya piadosa mano jamás tuvo horario ni obstáculo alguno al llamado del dolor de los pacientes”. El 30 de mayo nombran Presidente Honorario y Socio Vitalicio a Don Artémides y al P. Enrique Miche como Socio Honorario Vitalicio. El 3 de junio le envían la primera remesa: son \$ 105 “importe del recaudo voluntario nuestro en beneficio del benemérito Hospital San José”. Asimismo designan Socio Vitalicio al Pbro. Mario Percat “por ser este digno sacerdote nuestro Asesor y Teso-

rero del Círculo, el primer nombrado como tal en su primer día de la fundación del Círculo que hoy nos une”.

El presidente fija luego claramente cuales son los fines de la entidad:

“Todo el importe recaudado en calidad de ayuda voluntaria será remitido en su totalidad a la dirección del benemérito Hospital San José de la ciudad de Viedma. No podrá darse intervención en el dinero recaudado por este Círculo a otras Instituciones aunque fuera similares, bajo ningún concepto...”

Sobre la admisión de nuevos socios se expresa: “Deben ser nativos de Carmen de Patagones o de Viedma, o, en su defecto, tener abuelos, padres, hijos o hermanos nacidos en alguna de las citadas localidades”.

El presidente fue a Viedma y gestionó ante Zatti una fotografía del Padre Garrone, titular del Círculo para que ella presidiera las reuniones. Luego hicieron un talonario de recibos de las contribuciones voluntarias de los socios. En el mes de setiembre envían lo colectado ese día que alcanza a 90 pesos. Lo mismo el mes de octubre. En noviembre la colecta alcanza a 100 pesos e inmediatamente la giran a Don Zatti.

Aun cuando estos movimientos de beneficencia no fueran de grandes proporciones, es interesante comprobar cómo el hospital de Zatti, por natural irradiación de bien, fue capaz de suscitar una ola de buena voluntad de parte de tantos que, de no mediar su labor tesonera y abnegadamente apostólica, habrían seguido durmiendo la insanable modorra de la indiferencia. Por eso sobre todo, creemos que Zatti, en ese sentido ha sido un auténtico despertador de las almas y promotor de la beneficencia...

CAPITULO XXIV

ORO ES LO QUE ORO VALE...

En esta era de egoísmo que estamos viviendo, el alma respira y el espíritu se orea cuando encuentra un hombre que lleva el desprendimiento hasta los lindes mismos de lo heroico. ¡Es tan bello como encontrarse de repente en un oasis en medio del desierto o ver salir el sol en medio de una cerrazón impenetrable!

Dios suscita, a su momento y hora, seres desprendidos y santamente pródigos para modelo y dechados de los que viven pensando en el dinero. Es necesario que haya estrellas en el firmamento para que nos guiemos en las noches negras por que atravesamos. Es necesario que alguien sea dueño y señor del dinero porque generalmente el dinero se enseñoorea de los hombres y los hace sus esclavos.

Por eso el ser generoso y espléndido es aristocracia del espíritu. Y los hombres que, sin caer en el despilfarro, son bizarramente liberales merecen que los demás se descubran ante ellos.

Cuando uno piensa que Don Zatti, pobre como era, pasaba docenas de años sin hacerse un traje, daba siempre a todos los que le pedían, no solamente remedios sino dinero; cuando uno piensa que él se sacaba el pan de la boca para darlo a sus semejantes; cuando uno piensa que él tan riguroso consigo mismo, gastaba a lo grande cuando se trataba de los demás, no puede menos que decir: "este hombre ha sido suscitado por Dios para este siglo de voracidad, de avidez y dinero y de egoísmo insanable"...

Si hay un hombre que menospreció el oro y puso bajo la

suela de sus gruesos botines los billetes de Banco fue Zatti. "El dinero o sirve para hacer el bien o no sirve para nada" solía decir. Por eso lo hemos visto tomar el dinero y meterlo rápidamente en el bolsillo, como si "lo sterco del diavolo" al decir de Papini, le quemara las manos... No lo contaba. Pensaba bien de todos y creía que todos eran buenos. Nunca le iban a dar de menos deliberadamente.

Se regocijaba cuando le llegaba el siempre suspirado subsidio pero no para regodearse contando billetes sino solamente porque con él podía llevar adelante su obra magnífica.

Para el historiador, entre las virtudes ilustres que practicó este hombre de Dios, la que más jerarquiza su nobleza de alma es la generosidad. Este desprendimiento de que Zatti hizo gala toda su vida, le da cierta alcurnia espiritual y abolengo prócer.

Solamente los hombres de fe pueden ser así, generosamente liberales, porque saben que Dios recompensa y de El solo esperan retribución. Una vez dio de manos a boca con un pobre hombre. Con lágrimas en los ojos, pidió dinero a Zatti. Lo necesitaba para pagar el boleto. Debía viajar urgentemente a Buenos Aires. El buen samaritano registró todos sus bolsillos. Sacando unos pesos de uno y otros de otro, logró reunir lo que el buen hombre necesitaba y se los dio. ¡Es de imaginar el agradecimiento de aquel hombre! A poco andar, encuentra a otro hombre desconocido: le pide, por favor, que lo presente a Mons. Borgatti, porque tenía urgencia de hablar con él. Zatti va personalmente, lo presenta al Prelado, y vuelve a sus tareas. Mientras iba, rezando, por la calle, he ahí que se le acerca un señor y, como agradecimiento por atenciones que D. Artémides había tenido con él, le obsequia un fajo de billetes. Cuando luego el buen samaritano hubo de contarlos, se dio cuenta de que era la misma cantidad que él había prestado al otro para el viaje a Buenos Aires. (1)

Dice D. Augusto Rébola que estuvo a su lado dos años y medio como ayudante de farmacia, que "nadie golpeó jamás a la puerta del Hospital San José, sin que haya sido recibido. Zatti estaba dispuesto a cederle, si a mano venía, su propio lecho".

Había una viejecita de 90 años. Vivía sola en el mundo y sin más recursos que \$ 49,90 ^m/_{n.}, mensuales que cobraba "con constante irregularidad" como dice el autor de la noticia. Cuando el

(1) Otros dicen que había 5 pesos más: ¡la yapa de la Providencia!

que se interesaba por ella, fue a Zatti, le dijo que de los 49,90 le daría \$ 30 por mes.

—No es esta la dificultad, —contestó Zatti—, el dinero no me interesa: lo difícil es encontrar una cama vacía...

Cuando hubo lecho disponible la anciana fue a parar al hospital de Zatti. Como la asignación mensual le seguía llegando con “invariable retardo”, la pobrecita pedía un día disculpas a D. Artémides si no podía entregarle puntualmente los 30 pesos. Este le cortó la palabra: —Eso no tiene importancia, abuelita, más bien dígame si necesita algo...

Y mientras decía esas palabras, ponía la diestra en el bolsillo, para cumplir con lo que ofrecía...

Dice una de las enfermeras que cuando iban a Fortín Mercedes en peregrinación, Zatti se mostraba realmente espléndido. Narra la buena samaritana:

“¡Cómo se gozaba de vernos contentas! Hasta se desprendía del dinero que quizás a él le escaseaba, para que tuviéramos con qué comprar lo que deseábamos y no le gustaba si alguna creía hacer mucho gasto en cosas tan pequeñas y le entregaba luego lo que le sobraba. Lo mismo pasaba cuando íbamos a La Boca a pasar el día. Era realmente un día de grata expansión. Allá no nos faltaba nada. Alegría, baños, rica comida y con la buena compañía se nos pasaba el día volando...” (1)

Cuando en las casas salesianas necesitaban alcohol, ya se sabía: se recurría a la generosidad de Don Zatti. A pesar de que él lo necesitaba con la urgencia que todos saben tratándose de un hospital, siempre mandaba lo que le pedían. Véase esta carta del P. Carlos M. Pérez, del 24 de junio de 1944:

“Querido Don Zatti: Con el Sr. Maghetti he recibido el alcohol que ha tenido la bondad de obsequiar a esta pobre casa. Le pagaremos con unas cuantas avemarías. Saludos cordialísimos a todos los buenos hermanos de ese Cottolengo Patagónico...”

Dice la ropera del hospital que el dolor más grande para Don Zatti era cuando a un enfermo que necesitaba ropa, se la negaban por motivos de economía o por otros pretextos. Y añade: “Don Zatti nunca rechazó a nadie. Y hasta hubo casos en que si él sabía que algunas enfermas vergonzantes no hallaban plaza en otros asilos, él mismo las iba a buscar por las calles. De ese modo, Don Zatti fue algo más que samaritano...”

(1) Apuntes de la Srta. Teodolinda Acosta.

Cuando tuvo la suerte de ir a Italia en el año 1934 para la canonización de Don Bosco, hizo una lista completa de sus amigos, bienhechores y enfermos. Y a todos les trajo recuerdos de Roma bendecidos por el Papa. Y los distribuía luego con una munificencia y generosidad que admiraba.

Dice el Sr. Brioschi, que pasó algunos años a su lado en calidad de ayudante, que "era tanta su generosidad y el gusto que experimentaba al hacer la caridad, que cuando se le acercaba algún pobre a pedirle limosna, metía la mano en el bolsillo y le daba todo lo que encontraba, sin mirar lo que daba, mientras le decía la frase ritual: rece por el hospital"...

El mismo coadjutor sostiene que "Don Zatti ha administrado millones y nunca ha gastado un centavo para sí; vestía siempre con la ropa que los médicos le regalaban; recuerdo que cuando debía salir para Italia, el director del hospital le prestó un traje y al volver de Italia lo restituyó al doctor que se lo había prestado".

Una de sus más aprovechadas discípulas como enfermera, dice: "Conmigo ejercitó mucho la caridad Don Zatti; pues como no me enyesaban en Viedma, me mandó a Bahía Blanca, me dio dinero y escribió a las Hermanas que me dieran alojamiento y me llevaran a enyesar. Y así, después del enyesado pude volver al querido e inolvidable Hospital San José. Yo tenía que dormir en cama dura. Demás está decirle que Don Zatti me proveyó de la tabla necesaria y luego cuando me fui del querido hospital, en sus santas cartitas, me ofrecía "cama con tabla o sin tabla" como yo quisiera... Para mí Don Zatti ha sido, puede decirse, una madre..." (1)

El veterano Maestro de Novicios de la Patagonia, R. P. Luis M. Galli, ha escrito también palabras luminosas respecto de este ejemplar de salesiano. El es quien señala algún defecto de Don Zatti. Y lo hace en los siguientes términos: "Como es humano, desgraciadamente, he oído críticas y murmuraciones de algunos hermanos, aun de los más encumbrados y virtuosos; de Zatti no he oído decir nada fuera de algún comentario acerca de lo que parecía dadivosidad imprudente o imprevisión, que en él era confianza absoluta en la Providencia y desborde de su caridad". (2)

(1) Carta de la Srta. Noelia Moreno del 2 de marzo de 1953. Villa Regina.

(2) Carta al autor del 21 de julio de 1953. Fortín Mercedes.

Por todas partes Zatti tenía deudores. A veces no sabía dónde ni cuándo había prestado dinero y le llegaba una misiva como esta:

“Villa Zagala, spbre. 27 de 1950. Señor Zatis. Hospital San José. Viedma. De mi mayor estima: Tengo el agrado de saludarlo, deseándole esté bien de salud, y al propio tiempo le pido me haga la cuentita de los pesos que le adeudo por los gastos que he hecho en esa y el dinero en efectivo que tuvo a bien cederme. Así le haré el giro. Por el momento me encuentro muy cómodo en esta. Sin otro motivo le da mis saludos al jinete Román. Deseándole muchas felicidades, al recibo de esta, lo saluda cordialmente su amigo, MIGUEL FERRER”.

Cuando de Conesa, Río Negro, necesitaban inyecciones, ya se sabía, se las pedían a Don Zatti. La gente pobre no tenía otro recurso que el corazón magnánimo del buen samaritano. Nos contaba su sobrino que era sorprendente el número de inyecciones que salvaron a muchos y que provenían del Hospital San José, enviadas por Zatti y anotadas en el libro de “fondos perdidos”...

Dice la Hermana Graña que todo lo que pedían los enfermos, él se lo suministraba, siempre que le era posible. Y a veces pedían inyecciones o específicos que costaban un ojo de la cara. Tratándose de llevar un alivio a un enfermo o un consuelo a un desahuciado, él era capaz de hipotecar el hospital, con tal de complacerlo. Por eso el P. Galli recogió la versión que corría entre algunos Hermanos de la “davidividad imprudente” de Don Zatti. Y la otra de la “imprevisión”. Es que nuestro biografiado se sabía el Evangelio. Y lo practicaba, que es mucho más. “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura” dijo Jesús.

Cuando le dieron orden de no recibir más enfermos porque había que desalojar el hospital, en aquella tremenda hora de su más dura prueba, le llegó uno del campo, ¿Qué hacer? ¿Dejarlo así, tirado en la calle, como un perro? Imposible... Entonces él lo hizo entrar, lo lavó, lo curó como pudo, luego lo llevó a la estación, le pagó el pasaje y lo envió de nuevo a su casa.

¿Cómo iba a cobrar él a esa gente humilde que le escribían de Rucu Luán, de Pajalta, de Primera Angostura, de Los Menucos, de Vaca Lauquén, de La Esperanza, de El Caín, llamándolo a veces “Apreciable compadre” y otras “Apreciable padrino”? ¿Cómo iba él a cobrar a sus amigos los pobres que

le escribían de Arroyo Salado con una ingenuidad tan auténtica que le decían: "Tenga el honor de mandarme la pomada que yo husaba..."? (sic).

Como él pedía en gran escala elementos esenciales para el hospital, como alcohol, gasa y algodón, cuando alguna farmacia necesitaba, sobre todo alcohol, solía recurrir a Zatti. He visto en su pro-memoria varias anotaciones en que deja constancia de préstamos a farmacias locales.

Mucho más numerosos son los préstamos que hace a los hospitales de Patagones y de Viedma. Así a principios de 1950 presta al de Patagones: la caja chica de instrumental, un tambor con compresas, el Slüder, una caja de curetaje, y la caja de hueso... Ese mismo año: prestó al Hospital Regional de Viedma: el 25 de agosto, 10 litros de alcohol, el 15 de septiembre otros 10 y el 2 de octubre otros 10, el 20 otros 10 y el 21, otros 10 de alcohol rosado.

A su muerte, un hospital le debía, sólo por concepto de préstamo de alcohol, más de 2.000 pesos.

Estas son anotaciones que él hacía en los últimos meses de su vida, cuando ya le iba fallando la memoria. ¿Y lo que habrá favorecido a los demás, en otras épocas, cuando tenía una memoria fidelísima y por eso no anotaba nunca lo que entregaba? Porque, eso sí: la memoria se le fue perdiendo, pero la hermosa prodigalidad de su corazón, esa no la perdió jamás.

De Villa Calzada (Prov. de Buenos Aires) donde los Padres del Verbo Divino tienen su Colegio Apostólico para la formación de sus religiosos, le escribe el P. Francisco Ledóchowski, pidiéndole algo para subvenir a las necesidades de unas Hermanas que habían sido expulsadas de la China y se habían refugiado en la Argentina. Se ve que el buen Padre no sabía la especie del hombre a quien se dirigía, ni siquiera el género del destinatario, porque le dice: "Muy Señora mía"; cualquier otro hubiera pensado: "ya bastantes necesitados tenemos nosotros en este Cottolengo Patagónico: que den otros". El no: él, sin fijarse que le dicen "muy señora mía", escribe al pie: 2 de enero de 1950: envió 50 pesos...

Un buen paisano cuya firma no se entiende porque se le ha caído un borrón grande como una sartén, le escribe desde las proximidades de San Antonio:

"Señor Arremio Satti: Después de saludarlo atentamente le ago estas líneas. Para que me mande la libreta de enrolamiento

que se me quedo en su poder porque la necesito despues le mandaré los 15 pesos que me prestó que ya an quedado de prestármelos para que se los mande porque el que me los va a prestar no está en San Antonio. Yo por el momento bien gracias a Dios...”

No quedó ciertamente la libreta del buen criollo en rehenes hasta que le pagara los 15 pesos, como suele hacerse en esta gran Capital ultra civilizada que es Buenos Aires: Don Zatti ignoraba esos requilorios; él prestaba los 15 o los 100 pesos que le pedían: si el otro después se los devolvía, bien y si no, ¡abur! y buen pro le haga. Y daba vuelta la página.

Pocos días después, recibe otra carta de muy distinto rumbo: esta iba de un pueblo de la Provincia de Buenos Aires. Le dicen:

“Yo, Don Zatti, me encontraba mucho mejor en el “San José” que lo que me encuentro ahora... estoy desesperado, Don Zatti, porque estoy en una situación mala; si me quiero poner estrectomicina me la tengo que comprar porque me dice el “Consejo de Lucha” que no hay y yo no puedo comprarla porque no tengo un centavo... Como Ud. ve hace un mes y días que estoy sin medicina... A mi nena también la tengo enferma de los ganglos y hay que vigilarla mucho. Dios y la Virgen dirán qué será de nosotros...”

Y el hombre no le dice más. No le pide nada. Seguramente porque sabía que apenas recibida la carta el buen samaritano iba a hacer un paquetito con la botellita de estrectomicina y lo iba a enviar. Desgraciadamente no consta nada en ese documento...

¿Pasaba cuentas Zatti a los enfermos? A veces sí. Cuando había alguna sucesión y uno de los peones había sido atendido gratuitamente por algún tiempo, él solía pasar alguna cuenta, tan módica como la que tengo a mi vista y es precisamente a una sucesión:

“...DEBE por asistencia hospitalaria y medicamentos suministrados desde el 29 de enero de 1940 hasta el 24 de febrero del mismo año: total, 26 días, a razón de \$ 2,50 por día, la suma de \$ 65 m/n...”

Probablemente ni siquiera la habrá enviado después; pues si no, no estaría entre los papeles del santo varón...

De todo cuanto hemos visto, resulta que Don Zatti tenía un olímpico menosprecio por los bienes materiales y sabía de memoria que el dinero no hace la felicidad. Fue siempre es-

pléndido, porque estaba convencido de “que los dineros del sacristán cantando vienen y cantando se van”. Pareció excesivamente dadivoso. Creemos que no hubo tal cosa. Lo que hubo, es que él, sabía (y la sabiduría es un don del Espíritu Santo) esta verdad tan bellamente encerrada en la filosofía popular de los refranes: oro es lo que oro vale...

CAPITULO XXV

QUIEN DE LOS SUYOS SE ALEJA...

La Iglesia, Maestra infalible de la Verdad, ha dado magníficamente en el blanco, cuando, al instituir la Misa de San Juan Bosco, ha escogido para su epístola, un pasaje de S. Pablo en su mensaje a los filipenses, donde les dice:

“Hermanos, gozad en el Señor siempre; de nuevo os digo gozaos. Vuestra moderación sea notoria a todos. Por nada os inquietéis, tan sólo presentad al Señor vuestras necesidades, orando y rogando y con hacimiento de gracias. Y la paz de Dios que sobrepaja todo sentido, guarde vuestros corazones y vuestras inteligencias en Cristo Jesús. Por lo demás, hermanos, pensad en todo lo que es verdadero, honesto, santo, justo, amable, de buena fama, virtuoso y ordenado. Lo que de mí habéis aprendido y recibido, y oído y visto, eso obrad: y el Dios de paz estará con vosotros”. (IV.4-9).

Ahí está retratado el espíritu de Don Bosco: su optimismo (gozad), la templanza (moderación), su confianza en la Providencia Divina (por nada os inquietéis) y luego el saber aprovechar de todo y de todos para elevarse a Dios (todo lo que es verdadero, santo, justo, amable, de buena fama, virtuoso y ordenado).

Don Zatti, que fue uno de los frutos más sazonados de la formación salesiana, captó bien el espíritu de Don Bosco y lo llevó a la práctica, haciéndolo vida de su vida y alma de su alma. El se valió de todo y de todos para la gloria de Dios, bien de las almas y provecho de la suya. Artémides echaba mano de hebreos y de ex-sacerdotes en sus momentos de zozobra, porque quería que todos participaran de su obra de bien. El no desechaba a los musulmanes que llegaban al hospital, ni

a los protestantes ni a los ateos, porque ellos le ayudaban a él a ganar el cielo y él les daba a ellos pan, salud y buenos ejemplos. Zatti ponía en movimiento el dinero de los Bancos y sacudía las conciencias de los hombres. Vivía todo en Dios y para Dios, pero veía a Dios en su prójimo. Sus hermanos eran la escala para subir al cielo.

Si puso Zatti a todos bajo el ámbito de su inmensa caridad, no podía, naturalmente, desechar a sus parientes. Don Bosco no extinguió la llama del amor familiar, la purificó. No abandonó a su madre para seguir a Dios. Al contrario: la llevó a Valdocco y la puso como cocinera de sus primeros pupilos, haciéndola, en esa forma, partícipe de la maravillosa obra de regeneración social que iniciaba. Don Bosco visitó siempre su casa paterna y sus parientes fueron sus primeros cooperadores. Don Zatti, como buen hijo de Don Bosco, hizo lo propio. No cortó una sola fibra de su amor a los suyos, antes bien, las hizo vibrar con creciente sonoridad, a medida que crecía en perfección y enderezaba mejor su vida hacia Dios.

Este hombre, constantemente atareado al punto de no tener un minuto de respiro en todo el día, encontraba siempre tiempo para saludar a sus padres y hermanos en su día onomástico y cumpleaños, muchas veces con motivo de las fiestas de Pascua de Resurrección y siempre para Navidad. Y sabemos que su familia estaba constituida, como hemos visto, por una buena cantidad de hermanos y cuando estos tomaron estado, aumentó en progresión geométrica. Artémides tiene atenciones para todos los sobrinos, especialmente para aquellos que, como él, ponían la mira en las cumbres más empinadas de la vida, como el sacerdocio y la vida religiosa.

Pero para todos, para los que seguían fieles a las santas enseñanzas de la buena madre que los trajo de Boretto; como para otros, que en el tráfico de las actividades comerciales y en el roce con mil y un hombres materializados, habían visto eclipsarse el fanal de su fe; para todos tenía Don Zatti palabras de amor y caridad y para estos, el obsequio más hermoso de sus oraciones fervorosas y de sus sacrificios impetratorios. Y la circunstancia de haber tenido todos sus hermanos una muerte santa, aun aquellos que se apartaron de la senda de la religión que trillaran sus padres, indica que los sacrificios y oraciones del hermano religioso, no fueron vanos.

Cuando había alguna desgracia en familia, dejaba sus vendas y jeringas y viajaba a Bahía. En 1925 falleció su buen

hermano Eliseo. Hacía una semana que había llegado de su viaje a Europa. Cuando avisaron a Artémides que estaba grave, como no había tren ese viernes, debió embarcarse en un tren ovejero. Subió al furgón de cola y ahí iba tomando mate con los peones y durmiendo en la dura tabla. Además de ser un tren tortuga, descarriló. Murieron 90 ovejas. Empleó un día y medio en llegar a Bahía Blanca. Para peor, al cerrar una de las puertas corredizas del furgón, se agarró un dedo y sufrió un serio traumatismo. Llegó a las cinco del domingo a su ciudad. Fue a oír Misa al Colegio Don Bosco y de ahí a su casa. Eliseo falleció el lunes y tuvo así tiempo de despedirse de su santo hermano. Al morir dicen sus familiares que hizo un gesto como diciendo: —Me voy al cielo... Fue quizás eso lo que más consoló a Artémides que dio por bien pagados sus sacrificios para llegar, cuando lo vio morir tan santamente. No esperó al sepe-lío. Ya él había cumplido con los suyos según la carne, ahora volvía a los suyos, según el espíritu. Y se fue a cuidar a sus enfermos y ancianos...

Cuando enfermó gravemente su santa madre, apenas recibió el aviso, viajó nuevamente a Bahía Blanca. Con esos la-grimones de que eran tan pródigos sus ojos de niño, dio testimonio de su ternura filial, al ver a su querida viejecita que se iba... Pero tuvo fuerzas para hablarle, saludarla y pedirle que presentara sus saludos a María Auxiliadora, allá en el Cielo. Al encomendarle ese mensaje, dice su hermana que lo hizo con un tono tan dulce y emocionado, que se veía claramente cuál era la hondura de su amor a las dos madres: a la de la tierra que lo dejaba y a la Celestial que nunca abandona.

¡Cómo impresiona el ver ese cúmulo de cartas que sus familiares, afortunadamente, han conservado, que él escribió durante más de medio siglo, invariablemente para las fiestas mencionadas y para los onomásticos y cumpleaños de todos los hermanos! Naturalmente la correspondencia conservada es sólo una parte de la muy nutrida que él escribió durante ese largo lapso. Pero la que resta es ya un elocuente testimonio de su amor a los suyos, de su piedad filial, de su amplitud de miras, de ese su maravilloso equilibrio que le hacía dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

¡Esa fiesta de San Luis de todos los años, mientras vivió su padre, lo tenía a él presente en el lar familiar! Y todas las cartas llevaban, junto al cariño cordialmente sentido, siempre un pensamiento espiritual, tan sabiamente entremezclado en-



1936: Zatti en plena labor.



Con D. Francisco Bielasky observan los modernos aviones que van hacia el Sur. 1943.

tre sus expresiones gratulatorias, que era como salsa que él solía poner en el manjar de sus felicitaciones.

Cuando escribía a los suyos, solía mixturar bellamente con el italiano o castellano algunas frases en dialecto, lo que daba a la carta un carácter más familiar. En la Navidad de 1915, escribió a los suyos del tenor siguiente:

“Queridos padres y hermanos: En la firme esperanza de que os podáis reunir en la fiesta de Navidad, aunque sea por pocas horas, porque no es tan fácil que tanta gente como sois os podáis reunir a cenar y hacer de modo que se cumpla el proverbio que decíamos en Italia, cuando estaba en lo de Juan Boretini y Pompeyo en lo de Chitól... La Hildegarda con *la bongia* y llegar a pasar la fiesta en familia, llevando uno vivo bueno, otro tortas, otro la *spongbeda* y las anguilas... Y antes aún, cuando iba el tío Carona con aquellas buenas botellas que le daba *el caser Cattarelli*... (¡oh, dulces recuerdos!...). Ahora, todo esto me parece un sueño... Pero como he dicho al principio, en reuniéndoos, si lo creéis bien, dad lectura a esta mía para hacer partícipes a todos de las felicitaciones y votos que en tan hermosa ocasión os envío junto con las preces más vehementes que elevo al Cielo a fin de que el Buen Jesús, que confío ha de nacer en todos vuestros corazones (¿no es verdad?) os colme de las más selectas bendiciones, sea en orden al bienestar temporal, sea, y más aún, en el orden espiritual (¡oh, cuánta necesidad tenemos de que el Buen Jesús venga en nuestro socorro!) Y aunque no podré estar presente con el cuerpo, estaré en espíritu, participando de la común alegría...”

A su hermana soltera le envía siempre junto con sus constantes felicitaciones para el cumpleaños, el 23 de julio, palabras llenas de fe y confianza en la Divina Providencia, quizás porque ella, por el hecho de haber quedado sola en el mundo, más necesitaba de quien la sostuviera en las luchas de la vida.

Hasta en sus últimos meses tuvo que cumplir con esos sagrados deberes de cortesía familiar que él supo hacerlo con extraordinaria comprensión. Cuando en setiembre de 1949 fallece su hermana Hildegarda, al recibir el telegrama contesta: “Estando imposibilitado de trasladarme a Bahía, pues mi compañero de tareas está enfermo (1) ténganme como si estuviera allí, mientras que haré rezar a los enfermos y personal del hospital, en sufragio de su alma. Espero me envíen detalles de su enfermedad y deceso...”

Antes del año, fallece el esposo, Pedro Reggiani. Artémi-

(1) D. Francisco Bielawski murió un mes y medio después, el 17 de noviembre.

des se hallaba en el lecho. Había tenido la caída que originó su desaparición. Pero desde el lecho envía este extraño telegrama a su sobrino Hermenegildo:

“Causa traumatismo sorprendiome en cama noticia muerte Pedro. Envío sentido pésame en comunión de oraciones implorando de Dios eterno descanso. Espero detalles. Si Delfina está en Bahía, preséntale felicitaciones por su cumpleaños, con votos que Dios le conceda gracia cumplirlos feliz. Saludos para todos. Artémides”.

Extraño llamo a este mensaje de Don Zatti porque en su afán de no olvidarse de nada ni de nadie, mezcla los pésames con las felicitaciones.

En 1947 se cumplieron los 50 años de la llegada de la familia a la Argentina. Todos los hermanos se reunieron para agradecer los beneficios que durante ese medio siglo habían recibido de Dios. Artémides les pidió que en ese día oyeran Misa. Solicita también a su hermana Delfina que le consiga 22 carretes de hilo blanco, cosa que no podía hallar en Viedma. Y su hermana satisface el pedido.

En los últimos años de vida de su santa madre, se preocupaba más por su salud y en sus cartas le solía enviar recetas. Así en octubre de 1926, dice:

“Respecto a mamá, me alegro que estea (!) bien. Te ruego le presentes mis saludos; aunque no le es dado ir a Misa por los mareos que sufre, podría tomar un poco de Kola Astier, 2 ó 3 cucharaditas al día con agua o vino. Así espero le pasarán los mareos. En caso de que persistieran todavía, que tome *Yodone Robin*, 20 gotas al día con agua. Me notificarás el resultado...”

En mayo de ese mismo año, junto con la participación de las nupcias de su sobrino José, recibe la noticia de que su mamá quería *membrillos*. Contesta inmediatamente: “dos renglones donde me decía que deseabas unos membrillos, porque en Bahía no se encuentran. Yo con este correo, les mando un cajoncito que contiene una docena. No son muy grandes, pero es lo que he encontrado...”

Cuando en 1916 el P. Pedemonte llevó a Viedma a Mons. Alberti, Artémides narra las fiestas con gran entusiasmo:

“Con la participación de S.E. Mons. Francisco Alberti, se celebraron aquí las fiestas de Pascua, con una solemnidad jamás vista! ¡Qué fiestas! ¡Qué pompa! ¡¡Estoy seguro que mamá no las habrá visto iguales!!! A propósito de mamá, tiene que saber que una de estas mañanas he hecho la S. Comunión según su in-

tención, considerando que en este tiempo cumple sus 65 años de vida y aunque no haya pedido que llegue a los 1000 años, por juzgar que era demasiado!!!, pedí al Señor que proteja y le conceda todas las bendiciones que necesite. ¿Non va bene cosí, o mamma? Ed il babbo come stá? Y los otros miembros de la numerosa familia Zatti come stanno? Ahora he oído decir que anda la fiebre tífus. Dehéis estar todos prevenidos con el ponerlos en gracia de Dios por medio de una buena confesión y una santa Comunión...

Cuando escribía para felicitar a su padre por su día onomástico, solía pedirle que bebiera "un bel bicchiere de vino" a la salud de ambos, padre e hijo...

Su cariño por los suyos no disminuyó nunca. Esas cartas llenas de afecto que escribía en 1900 desde Bernal, son las mismas que escribe en 1950 desde Viedma. La escritura es mejor; la redacción, mucho mejor; pero el cariño, siempre el mismo: el de un hombre que ama de veras a los suyos...

Su hermano Herminio nos decía que iba a visitarlos sólo de tarde en tarde, que causaba gran alegría en la familia cuando Artémides iba a la casa paterna y que siempre andaba muy apurado. ¡Siempre apurado! Claro: los enfermos, sus hermanos según el espíritu, lo esperaban, suspiraban por él, lo añoraban...

Don Artémides gozaba cuando alguno de la familia llegaba a la cumbre de sus aspiraciones. Así cuando su sobrino Santos se ordenó de sacerdote en Turín y después regresó al país, cuando otro sobrino, Herminio Luis Zatti se recibió de médico en 1934, cuando recibió las sagradas órdenes otro sobrino, el Pbro. Carlos Reggiani y cuando su sobrina María vistió el hábito de religiosa Hija de María Auxiliadora y luego profesó en ese Instituto.

Don Zatti tenía predilección por "Mariquita" como la llamaban en familia. El decía que era la única "que había seguido su estrella". No obstante el gran afecto que profesaba hacia ella, nos decía la religiosa que siempre la trataba con amable reserva. Le daba simplemente la mano. Sólo se permitió alguna efusión cuando por primera vez la vio con el hábito de religiosa. Ese día le tomó las manos entre las suyas y riendo como un chicuelo a quien le ofrecen un regalo muy grande, decía, como fuera de sí: —Mariquita, pero Mariquita religiosa...

Era como el desborde de su gratitud al Señor por el gran beneficio que significaba para el hombre de fe, el tener una religiosa en la familia...

Su buena sobrina siempre lo llamaba "incomparable tío".

¡Y a fe que era incomparable su tío! El solía enviarle tónicos para robustecer. En 1943 las superiores le permitieron pasar 15 días en Viedma. Fue entonces cuando ella pudo admirar la virtud gigantesca de su tío. Después le escribió desde White:

"Todavía me felicito por la suerte que me regalaron mis buenas superiores de pasar 15 días de vacaciones y nada menos que en Viedma. ¡Cuánto he gozado en esos días! A veces me pregunto: ¿Será cierto que estuve en Viedma? ¿Será cierto que he visto a tío, que hacía tantos años que no veía? Pero las cosas de este mundo son todas así: uno no alcanza ni a tomarles el gusto y se acaban... Pero tengo el consuelo que me quedan los buenos ejemplos que he recibido. ¡Qué lindos días pasé!... ¿Se acuerda tío, cuando íbamos a comer uvas bajo el parral y Ud. me hablaba en dialecto y yo no me acordaba de él?..."

Meses después, como la Escuela Agrícola, donde estaba el hospital, tuviera abundancia de miel, envió a su sobrina y religiosas de Ingeniero White, 28 kilos de miel. Desde entonces hubo entre los dos religiosos de la familia una ejemplar correspondencia, sobre todo para las pascuas de Resurrección y de Navidad. En 1947 sabe la sobrina que el tío está enfermo. Redobra su fervor para pedir a Dios por su salud y le expresa sus deseos de verlo:

"Mi querido, santo e incomparable tío:

"¿Sabe Ud. cuál es el motivo de esta carta? Pues su preciosa salud. He sabido por una carta que acabo de recibir de casa que Ud. está delicado de salud. ¡Qué lástima! me da pena de veras... Y como en estas cosas no quiero pecar de optimista, le ruego que mande decir pronto, aunque sea en una hoja de libreta, si ya se sanó o si es cosa grave. Ya lo encomendé a la Virgen y tengo mucha esperanza que Ella lo haya mejorado. Mire, querido tío, que espero su pronta contestación porque estoy preocupada de veras..."

El le contesta con el optimismo de siempre:

"Afectísima Mariquita: Ninguna noticia, buena noticia. Así suena un decir. Por tanto espero que al no recibir noticias mías, ni carta mortuoria, habrás echado las cuentas de que mi salud no es solamente buena sino óptima!!! y que tu buena directora al pasar por Viedma habrá sabido que el pobre tío andaba por Viedma como el judío errante y que mi paseo por Bahía Blanca y Fortín Mercedes, donde, entre ambas ciudades he pasado diez días, me ha servido para remozarme. De todo esto sean dadas gracias por ellas a Dios N. S. que ha escuchado nuestras pobres oraciones.. Gracias por ellas. Las ofrezco a Dios a fin de que sea verdaderamente santo, como tú me titulas y de ese modo no incurrirás en la excomunión con que nuestra Santa Madre la Iglesia

fulmina a los que dan título de santo antes de ser canonizado!!! Te perdono los adjetivos que no son calificativos y los tendré siempre en la memoria para que me sirvan de aguijón a fin de acercarme siquiera a lo que tú deseas que sea: *santo e incomparable...*"

Un año antes de morir, recibió de su sobrina el regalo de un muñequito acróbata y unos caramelos *Quique*. El le contesta:

"Afectísima María: Contesto a tus dos cartas: primero a la última, para agradecerte el acróbata, quien me enseña a hacer ejercicios de acrobacia en las horas de ocio, principalmente cuando Dios aprieta con los dedos de las tribulaciones, procuro dar saltos y escaparle de las manos a la furia de los enemigos de nuestra alma; y después chupar un caramelito *Quique* para dulcificar las penas de la vida y endulzarme un poco para no ser tan amargo a Dios y al prójimo..."

Pero si él amaba a sus parientes; cuando de conflictos domésticos se trataba, a fuer de buen religioso, se desentendía de ellos. Pues sabía que para los religiosos reza aquel refrán: Entre dos muelas cordales, nunca pongas tus pulgares. Daba consejos, pero las situaciones domésticas prefería que las resolvieran ellos. Por eso le dice a su sobrina religiosa en otra carta:

"Tú sabes que mi situación es semejante a la tuya, y de todos los religiosos que dieron un adiós al mundo..."

Este admirable equilibrio de Zatti que lo lleva a amar a los suyos sin dejar a Dios y amar a Dios sin alejar a los suyos del corazón, creemos que es también un don del Espíritu Santo. El don de entendimiento.

Por medio de este don él consiguió compadecer lo que parece incompatible. Don Bosco le enseñó a coordinar el servicio de Dios con el afecto a los parientes, una total entrega a la vida religiosa sin abandonar por completo a sus familiares, conforme también a lo del añejo refrán castellano: "Quien de los suyos se aleja, Dios le deja"...

CAPITULO XXVI

LA NOBLEZA DE UN PUEBLO

"No hay deber más perentorio que el dar las gracias" dice Cicerón (Off. L. 1 n. 47). Las almas nobles despiden gratitud, como las flores exhalan aroma. El agradecimiento es el perfume más bello de las almas. Se puede medir la cultura de un pueblo por el grado de gratitud que alberga su corazón.

Dice Fernán Caballero: "La gratitud en los corazones sanos y generosos es como el saltadero de agua que sólo necesita una rendija para brotar pura y vivaz" (Clemencia).

Los muchos beneficios que Zatti hizo a nuestro pueblo fueron esa rendija por donde brotó, pura y vivaz, la gratitud popular.

Y vaya una palabra de loa al pueblo sureño que mostró ser de corazón sano y generoso, porque siempre, ante los favores recibidos fue saltadero de agua y no cisterna cerrada...

Una de las cosas que más impresionan en la vida de este hombre extraordinario es precisamente la forma como se volcó sobre él, la gratitud de ese pueblo grueso y cerril, a veces, pero siempre bueno en el fondo y noble de corazón.

Un buen almacenero de Bahía Blanca (ignoro el nombre) hizo una colecta en su ciudad. Reunió 150 pesos y los mandó a Don Zatti. Le preguntaron luego por qué había hecho eso y él contestó solamente con estas bellas palabras: "Por darle gusto a Don Zatti y verlo sonreír..."

Para pasar el río entre Viedma y Patagones hay una flota de lanchas de motor. Los lancheros, gente humilde, se ganan la vida trasladando pasajeros. A Zatti nunca le cobraban esos 10 ó 20 centavos. El "pariente de todos los pobres" era un hombre de excepción...

¿Por qué Zatti logró formar todo un cuerpo de enfermeros y enfermeras a su imagen y semejanza en esa Casa de Dios? Sencillamente porque las almas buenas que se curaban, no pudiendo pagarle en moneda, le pagaban con su trabajo, con su afecto que duraba a veces toda la vida. Mientras escribo estas líneas hay todavía enfermeras que siguen en los últimos restos del hospital zurciendo medias, lavando sábanas y tejiendo "pul-lovers"...

Una de ellas ha escrito estas hermosas palabras:

"Quiera el Señor y la Sma. Virgen bendecirme. La obediencia la cumplí. Sólo me apena hallarme con poca salud y no poder ayudar mejor a mis compañeras. Y aún más me apena el tener que salir de esta santa casa donde se encuentra pan, trabajo y paraíso. No quisiera caer en otras manos que no sean las de los salesianos. Trabajando en su campo, me parece trabajar siempre con Don Zatti..." (1)

Debo agradecer a cuantos me han enviado cartas y escritos de Don Zatti. Pero también las palabras con que las han acompañado. Porque estas evidencian hasta donde llegaba la gratitud que guardaban en sus almas hacia el gran coadjutor salesiano. Una enfermera, ahora lejos de Viedma, me dice:

"Pero le ruego me las devuelva, porque, créame, que las guardo como reliquias porque es letra trazada por sus propias manos..."

Otra expresa, en forma sencilla, pero elocuente, su gratitud de este modo:

"A mi parecer, al ver a este gran hombre, siempre creí que no podía morir. Y viendo su inmensa caridad, que no debía morir..."

Es innumerable la cantidad de regalos que, sobre todo, en los últimos años, recibía el buen samaritano desde remotos lugares, en pago de sus misericordiosos oficios. Un señor Idiarte le manda "un corderito, con el transporte de la Gobernación". De Necochea recibe una encomienda: un alma buena que no olvida los beneficios y le envía una cantidad de remedios.

Un buen día recibe una caja: es un botiquín que un médico no necesita y lo dona al pequeño gran hospital de Zatti. A medida que las bicicletas se le consumen con el uso, los amigos se las renuevan y cada vez más cómodas, elegantes y caras.

(1) Carta al Rvmo. P. Inspector D. Carlos M. Pérez.

Cuando quisieron regalarle un pequeño automóvil, él lo rehusó: "No, les dijo, este que tengo no necesita nafta y no se para nunca".

Solían remitirle corbatas, tortas, frutas... Sus amigos celebraban el cumpleaños (el 12 de octubre) y el onomástico (el 16 de agosto, San Joaquín: él se llamaba Artémides Joaquín Desiderio María Zatti: el último nombre se lo añadió cuando hizo los votos perpetuos). En ambas celebraciones recibía tarjetas, estampas y cartas de felicitación. Frecuentemente las enfermeras hacían confeccionar por las Hermanas hojas de papel primorosamente engalanadas con motivos religiosos y en ellas le enviaban su mensaje de gratitud y afecto. Cuando el hospital tuvo varias sucursales, rivalizaban enfermeras y enfermas de cada sucursal a ver quién le enviaba mejor saludo. La de la Sucursal N° 1 se animó una vez a saludarlo en verso... Veamos el estro poético de la autora de las coplas:

A NUESTRO MUY AMADO BIENHECHOR,
DON ARTEMIDES JOAQUIN ZATTI

¡Oh, Dios, que complacido
mirabas desde el cielo
al Hospital que crecía
en santa caridad,
eligió entre sus hijos
el don más codiciado
y engalanó nuestro pueblo
con joya singular.
Don Zatti fue la prenda
del cielo desprendida,

el hombre portentoso
vive cual puro lirio
besado por los rayos
del sol matutinal:
su alma es un diamante,
es pura luz su mente,
su corazón un cofre
y sus manos derraman
verdadera caridad...

No puede esta composición competir con las de Fray Luis o Rubén Darío; pero, si aquí no hay rima y falla el metro, hay en cambio la magnífica poesía de la gratitud y de la verdad. Y ambas, verdad y gratitud, son elementos de primer orden en la estructuración de lo bello...

Entre sus papeles encuentro una colección de estampillas de correo. Le han llegado nada menos que de ¡Tezpur, Assam, INDIA! y la ofrecen al gentil bienhechor: ¡quiero decir que hasta la India había llegado el óbolo de este hombre insaciable en su sed de irradiar amor y caridad!

Veamos esta carta tan llena de sugerencias. Va del Hospital Piñero (Bs. Aires):

“Ruego todos los días a Dios y a la Sma. Virgen que le conserve siempre mucha salud y siempre tengo la esperanza de salvarme para poder ir a su lado, Don Zatti y para alludarlo en lo que pueda...”

De Valcheta una buena señora le escribe:

“Le adjunto un giro por 20 pesos. Y perdone señor Zatti que es poco, pero a nosotros nos gusta cumplir con todos y a veces nos vemos en apuros. Cuando nos vaya mejor, Dios mediante, ya le mandaré algo más. Mi agradecimiento es grande y espero poder demostrarlo...”

De Ing. Jacobacci, firmada por González y Cía., le llegó en 1942 esta nota:

“Muy señor nuestro: Por encomienda postal nos es grato remitirle por cuenta y orden del Sr. Flores Raimil, una matra que dicho señor envía a Ud. en calidad de obsequio, por las varias atenciones por él recibidas cuando estuvo internado en ese Hospital, por las cuales queda muy agradecido...”

A veces algún enfermo quiere expresar su gratitud a su bienhechor y como no sabe escribir bien, resulta su carta un batiburrillo indescifrable... Pero si no se entiende el texto de esa misiva elocuente, se percibe perfectamente bien el aroma de la gratitud que emana ese papel escrito con lápiz o sellado con borrones enormes... Y ese perfume vale mucho más que las palabras, frecuentemente tan engañosas y falaces...

Un muchacho de apellido aborigen le escribe desde Gral. Frías:

“Acuso recibo de su muy atenta de fecha 5 del que rige, en la cual me hace saber que ha retirado el chibito de la Gobernación y me dice si ha hecho bien. ¡Claro que ha hecho bien! Y me alegro que lo haya retirado...”

Es conmovedora esta otra carta que le envía un preso desde la cárcel:

“Muy agradecido de Ud. señor, que habiendo recuperado mi salud por su atención, me encuentro hoy día bien; como siempre lo tengo precente y vivo muy agradecido...”

Desde Valcheta le escribe un indígena, con lápiz:

“Señor Artemido Sacti: Muy señor mío: Tengo el agrado de dirigirme a Ud. comunicándole que he llegado Muy bien con el enfermo en mi bía y asta haora se encuentra con salud: hay le remito el poncho y reciba muchos saludo del enfermo para Ud.

y don Francisco y mucho saludo a los compañeros sala. Lo único que parece vamos a carecer la pomada el desenfestado de las sonda y gota para el estomago...”

Desde San Isidro, Prov. de Buenos Aires, le escribe una enferma:

“De mi parte y en mis pobres y pocas oraciones, pongo una intención por todos los de esa casa de Caridad. De parte de mi buen papá, agradece los augurios y felicitaciones que Ud. le ha enviado. A él también se le cayeron las lágrimas. Queda muy agradecido...”

Una joven de Maquinchao a quien habían operado en esta Capital en 1946, le narra a Zatti como “tuve una operación grande y me pusieron un tubo y por él me sacaron el mal... Estuve 28 días con el tubo... He tenido que aprender a caminar de nuevo... Según como me encuentre en el viaje del tren (como a vese va muy atrasado) lo pasaré a visitar. Yo siempre muy agradecida con Ud.”

De “algún lugar” patagónico, otra ex pensionista del Hospital San José le escribe:

“Nosotros estamos muy agradecidos. Ya iso un año que me operé. Cuando podamos girarle algo le mandaremos con mucho gusto, siempre recordamos con mucho cariño ese Hospital, porque acá, Don Zatti, no se puede tener confianza a los doctores...”

De Gral. Vintter una excelente esposa le escribe lo siguiente:

“Señor Satiz: Le mando 20 pesos. Es lo que he podido conseguir, no le mando más por que mi situación no da. Bueno le ruego cuando reciba este poco dinero me conteste para saber si lo a recibido y también me cuenta como siguen mis dos comadres y mi compadre y todas las demás enfermas...”

Desde Cubanea va este rayo de auténtica gratitud en el año 1930:

“Muy señor mío y amigo: La presente es para comunicarle que hoy llegó a nuestro seno, nuestro querido hijo Orfilio y nos encontramos muy contentísimos y muchas gracias por las grandes atenciones que han tenido con él. Con algo lo voy a gratificar porque estamos algo escaso de dinero...”

Desde Mendoza le escribe un empleado del ferrocarril. Este buen hombre lo doctora a Zatti. Es la única vez que se exceden en el tratamiento...

"Doctor A. Zatti. VIEDMA. Distinguido Doctor: Le estoy profundamente agradecido por su impagable atención al tomarse la molestia de ponerme en comunicación con mi viejo tío en desgracia. Me doy por enterado de la imposibilidad de cura en esos casos que Ud. me explica, en sus cartas y que en forma verbal un médico conocido también me hiciera entender. No se imagina el pesar que me causa el hecho de no poder hacer nada en favor del único familiar que tengo y que aprecio de todo corazón..."

Valcheta que es uno de los pueblos donde la caridad de Zatti brilló con más fúlgidos resplandores, no se mostró nunca desagradecido: Veamos:

"Por medio de la presente me es grato saludarlo, deseándole se halle disfrutando bienestar. Por encomienda postal le mando un cajoncito de manzanas "Deliciosas" en concepto de retribución a sus buenas atenciones conmigo y Juana y esperamos que nuestro envío llegue a su poder sin dilación..."

De Rucu Luán una pobre joven le envía 20 pesos con un carrero que viaja hacia Viedma. De Monte Bagual una señora que ha tenido internado a su hijo en el Hospital, quiere rifar un petizo para poder pagar su obligación con el buen samaritano... Cuando en 1947 Zatti fue enfermo a Bahía Blanca, un núcleo de amigos hicieron una colecta y le enviaron 142 pesos, diciéndole: "se los mando como una demostración de amistad de sus amigos". ¿Qué hará Zatti con ese dinero? Veamos la carta que escribe al P. Director, desde Bahía Blanca:

"Rev. P. Feliciano López. Rev. Padre Director: El conductor del ómnibus que hace la carrera entre Viedma y Bahía, fue portador de 142 pesos resultado de una colecta que después de la procesión, a indicación de la Srta. Margarita Paz, hizo espontáneamente entre los amigos de Viedma, Don Marino Malpeli, al notar mi ausencia en la procesión, en las oraciones y cánticos. Como mi salud sigue progresando, y que por lo visto, si sigue así no pondrá obstáculos para volver en el tiempo establecido, y por otra parte me acordé que el Domingo 28 se cierra la colecta que el Santo Padre pidió que se hiciera en la Argentina; y como no hemos hablado nada al respecto, le escribo estas líneas para hacerle recordar que si le parece bien, en el Señor, podría disponer de la cantidad que quiere como cooperación del Hospital San José en la colecta mandada hacer por el Episcopado Argentino, conforme a los deseos expresados por el Santo Padre. En fin, V.R. determinará lo que mejor juzgue en el Señor, para dicha fecha..."

¡Magnífico desprendimiento y ejemplar observancia religiosa!

Desde Mar del Plata recibe este afectuoso mensaje en marzo de 1944:

“Señor Artémides Zatti: le escribe José Luis Gómez que le desea mucha felicidad a Ud. y a Don Francisco. Yo aquí estoy solo y estoy trabajando ya ace tiempo. Y oy me dirijo a Ud. que siempre lo llevo en mi corazón y que nunca lo olvido... Siempre que veo el batallón de acá me dan ganas de llorar y después abro el corazón y me alegro: ¡oh, batallón 34!...”

De Treneta le envían este expresivo mensaje no poco pintoresco:

“Le diré que me disculpe de no haber ido aberlo cuando vine para esta porque me encontré muy apurado: no me alcanzaba para pagar la fonda. Haga el favor de dámele cuatro pesos al de los lentes y 1 peso al del rincón y me manda la cuenta cuanto es para yo mandarle a pagar...”

Si la gratitud de los pueblos alejados del hospital se demostraba en forma tan elocuente, mucho más debía serlo en Viedma. Y así fue. El día 8 de diciembre de 1948 se reunió una Comisión de Damas, por iniciativa de la Sra. Sara E. de Scandroglio, en el Club Social. Nueve señoras y señoritas integraban la Comisión de Ayuda al Hospital y Homenaje a Don Artémides Zatti. El día 15 volvió a reunirse la Comisión. Ahí se determinó que los hombres también podrían integrar dicha Comisión. Y se agregan once caballeros. Ya las damas alcanzaban a 18. Se proyecta realizar: un almuerzo campestre, una velada, una exposición pictórica, una kermese, un torneo atlético, una reunión hípica y entregar un pergamino a Don Zatti.

En la reunión del día 22 se forman las subcomisiones. Se determina que el almuerzo campestre será el 6 de enero en el Parque Belgrano. En ese hermoso paseo que enorgullece a Viedma y donde en breve se levantará una estatua de Don Zatti, junto al majestuoso río Negro y bajo magníficos rosadales, se tendieron manteles. Nunca había visto la capital del Territorio un homenaje más completo, más popular ni más justo. Porque ahí estaban todos, sin distinción de credos políticos ni religiosos, en una ideal comunidad de sentimientos. Todos contribuyeron. Nadie se negó a nada. Los hacendados donaban cordeles y vaquillonas y los artistas sus telas, los chacareros su vino y los almaceneros los garbanzos. Se cobró 5 pesos a los hombres y 3 a las señoras, señoritas y niños. Así se juntaron pesos 2.143,00. La comida era abundante: se habían faenado 6

vaquillonas, 8 corderos y a eso se añadieron 80 kilos más de carne de vaca, sin contar todo el nutrido condumio de que son pródigos los asados a la criolla. Durante el almuerzo se realizó una colecta pro Hospital. Arrojó la vistosa suma de \$ 5.732,40. Cuarenta centavos habían sido hallados en la rambla y se donaron a favor del hospital. Un buen hombre, pobre como el que más, no tenía más que siete pesos. Y vació su billetera, diciendo: —“Para Don Zatti, todo lo que tengo”...

También hubo rifas durante aquel alegre banquete del que Zatti era el centro y la razón de ser. Se recogieron de ese modo 700,00 pesos.

Cuando Don Zatti se puso de pie para agradecer, todos aplaudieron. Cuando volvieron los ojos hacia aquel hombre sencillo y bueno, puro y modesto como un niño, al verlo con las lágrimas en los ojos, temblando de emoción ante el micrófono, todos contenían el aliento. Y Zatti habló. Habló a lo santo, sin respetos humanos. No era el público su enemigo principal. El único enemigo era la emoción que por momentos lo traicionaba. Una salva de aplausos coronó su peroración, llanamente sublime y sencillamente elocuente. Porque nada más hermoso que oír hablar a un hombre no desde la cumbre de su sabiduría (¡ay, tan falaz!) sino desde la cima de sus 47 años de sacrificios en pro de sus semejantes...

Después llegaron los otros actos programados. Por ventas de los cuadros al óleo que ofrecieron nueve generosos pintores de la localidad y de Patagones, se obtuvieron \$ 1.930,00. Una fiesta tenida en una confitería les dio \$ 707,00. Para firmar el pergamino que iba a ofrecerse al gran salesiano, debía contribuirse con algo para ayuda del hospital. De ese modo se recaudaron \$ 3.325,00 en Viedma y 902,30 en Patagones. Y llegó la hora de ofrecer el pergamino al apóstol de la caridad. Debía haber sido a mediados de abril, pero se trasladó al día 30 por estar prohibidas las reuniones en esos días, debido a cierta epidemia que circulaba en la zona. La entrega tuvo lugar en el cine-teatro San Martín de Viedma. Estaba repleto de público.

Cuando se puso de pie el homenajead, con su habitual sonrisa, el público lo acompañó con una ovación. Dijo como proemio lo siguiente:

“Como soy un tanto apocado, y más en el difícil arte del decir, y para no extraviarme en la exposición del pensamiento que embarga hoy mi corazón, preferí entregarlo al papel, solicitando de vuestra caridad, la venia más completa...”

Y empezó su discurso, sencillo, meduloso, preciso. Fue su himno de gratitud. Agradeció a los presentes, a las autoridades y pueblo, a los directores que por tantos años rigieran los destinos del Hospital San José, a los que en múltiples ocasiones lo sacaron de apuros económicos, a los colaboradores en su obra benéfica, no olvidando ni a las enfermeras. Atribuyó el homenaje que se le tributaba a la Sociedad Salesiana de la que él —dijo— era el ínfimo de sus hijos. Cuando pronunció “He dicho” se llenó el teatro con el sonoro tributo del aplauso. Mientras él, llenos de lágrimas los ojos, no atinaba a estrechar las manos que se le extendían para felicitarlo...

Cuando la Comisión cuya presidenta era la Sra. de Scandroglio y secretaria la Srta. Irma Pérez Entraigas, hicieron el recuento de lo colectado para el hospital sumaron \$ 20.752,70. Con ellos compraron ropa para el nosocomio de Zatti, lo refecionaron, lo proveyeron de medicamentos y de comestibles y todavía pusieron en las manos dadivosas del “pariente de todos los pobres” la cantidad de \$ 8.420,40. ¡Viedma había realizado un gesto magnífico! El pergamino que guarda la Sociedad Salesiana como una reliquia, honra por igual al que lo conquistó con sus sacrificios y a la nobleza del pueblo que supo elevarse por encima de las pequeñas miserias que dividen para ensalzar la virtud del héroe de la caridad.

“¡Quién tuviera su arrastre!” decía un político, cuando terminó el homenaje a Zatti. Quizás pudo haber dicho: “¡Qué noble es nuestra ciudad: pues para los pueblos democráticos la nobleza es la gratitud que alberga su corazón!”...

CAPITULO XXVII

EL CANARIO COMIENZA A CANTAR...

En la Patagonia tenemos días hermosos. Pero la parte más bella del día es siempre el ocaso, cuando el cielo se tiñe de carmín, de ópalo, de grana y por momentos pareciera que la pampa se incendia...

El "día" de Zatti fue todo hermoso; pero nada como su ocaso. Ahí fue donde picó más alto su virtud y donde demostró su real grandeza de alma. Ese momento tan temido por todos, de la muerte, fue para él un tránsito apacible del tiempo a la eternidad.

Después de haberse curado de la tuberculosis, nunca había sufrido nada serio. Tenía en la pierna izquierda un eczema seco; por eso siempre se rascaba en ese lugar. No constituía eso un peligro para él.

Pero llegó un día fatal. Fue el 19 de julio de 1950. El tanque de agua que estaba sobre el departamento de enfermas se había roto. Perdía líquido y no les llegaba agua abajo. Entonces, como no había otro que hiciera ese trabajo y era urgente reparar el desperfecto, después del almuerzo de aquel día frío y lluvioso, se dispuso a subir él, diciendo:

—Voy a hacer lo que hacía Carlín...

—A ver si se cae... —le dijo una de las enfermeras—. Vea que está lloviendo.

—Un poco de agua refresca la cabeza, —replicó él, y aplicando la escalera contra el muro, comenzó a subir...

De repente, resbaló en un escalón, metió la pierna por entre los escalones, la escalera se le vino encima y él cayó pesadamente de espaldas, oyéndose de lejos el ruido que hacía su

cuerpo al chocar contra el suelo. ¡Era la segunda vez que la escalera le jugaba una mala partida! Quedó sin sentido. Tenía heridas en la cabeza. Mientras las enfermeras corrían hacia todas partes a pedir auxilio, él logró recobrarse en parte. Tanto que cuando llegaron los hombres, él les dijo: —No es nada...

Cuando el P. Miche llevó al médico, este le dijo: —Ud. se va a la cama en seguida...

—¿Cómo? ¿yo a la cama?... — No podía persuadirse de que él, que había cuidado enfermos durante medio siglo, iba a tener que ser cuidado por otros... Pasó la tarde semiinconsciente. Sólo a las 20 volvió en sí del todo.

Cuando luego le preguntaban por lo que había sucedido, decía que él recordaba que puso el pie en el escalón. Luego, nada... hasta que a las 20 le llevaron la cena. No tenía ganas de cenar: —En la cama no hay apetito, — le dijo a la enfermera.

Estuvo sólo tres días en cama. Después comenzó a levantarse. Sentía dolor a la cintura. Entonces le pidió al "vasco" que le llevara una buena faja. Este le llevó una de cinco metros. Se fajó bien, y, diciendo: —ahora sí que estoy bien, — se levantó. Fue hasta la capilla agarrándose de la pared. Iba a dar gracias a Dios porque no había muerto.

Huelga decir que fueron muchas las personas que se interesaron por su salud y los que lo visitaron. Cuando le preguntaban cómo estaba, él solía contestar: —Aquí estamos, como chico regalón...

Otras veces decía: —Estamos haciendo la obediencia y cuando se obedece siempre hay mérito...

A los 28 días pudo de nuevo enhorquetarse en la bicicleta. Hizo una breve jira terapéutica. Cuando los demás se extrañaban de verlo, él les decía: —No, si Dios es muy bueno...

El 23 de agosto fue a la parroquia. Y el 24 reanudó, como pudo, su vida de comunidad. Y así anduvo, arrastrándose más bien que caminando hasta el 3 de noviembre. En esa fecha va el rostro fue adquiriendo un color verdastro que poco a poco se fue tornando amarillo.

Ya en el mes de octubre, conversando con algunas jóvenes, les había dicho:

—¿Uds. se pintan? Yo también. Sólo que yo me pintaré de otro color... El limón si no está amarillo, no sirve... Dentro de seis meses ya verán Uds... (1)

(1) Se equivocó por un mes: falleció a los cinco meses.

Se ve que él, con esa enorme práctica que tenía, presentía cual iba a ser la evolución y el final de su enfermedad.

La enfermera que ponía inyecciones, debía decirle. —Ahora, por amor a Jesús, tendrá que recibir una inyección...

—¿Y Ud. cree que eso me va a curar? — respondía él.

Y un día añadió: —Señorita María, ¿de qué murió su papá?

—De cáncer...

—Y bueno... —dijo él y dejó todo en suspenso, cubriéndolo todo con una sonrisa dolorosa.

En otra oportunidad que lo visitaba un amigo, le dijo: —“No hay nada que hacerle, che” como dice el Dr. Ecay... — Y se echó a reír.

Cuando llegó el verano, volvían estudiantes universitarios a Viedma. Entre ellos fue el actual Dr. Rómulo Guidi. Lo acompañaba el Prof. Thompson. Ambos tenían verdadera veneración por Zatti. Fueron a visitarlo y lo hallaron en un estado lamentable. El les dijo: —Yo me pongo estos remedios. Sé que no me hacen nada. Pero hay que cumplir. Hace 50 años que vine aquí para morir y he llegado hasta ahora ¿qué más quiero? Por otra parte, toda mi vida la he pasado preparándome para esto...

Y al Dr. Guidi le dijo: —Dentro de poco recibirás una carta de tu mamá en que te dirá: —Zatti ha muerto... Tú te quedarás unos momentos pensando: “Zatti ha muerto”... Luego rezarás un Padrenuestro por mí... Así pasa todo.

Ese terrible “neo” que él oyó anunciar tantas veces a los médicos y que él mismo diagnosticó a más de cuatro, lo llevaba ahora en el páncreas... Sólo con mirarse al espejo ya hubiera ahora diagnosticado su enfermedad.

Alguna vez vieron que le caían lagrimones. No era porque estuviera aferrado a la vida. Lloraba porque no podía trabajar. “Estoy arrumbado” decía amargamente. Y viendo que su hospital, sin él, se hundía, lloraba de pena...

Sufría porque venían a buscarlo para poner inyecciones. Y él no podía ya cabalgar su bicicleta...

Los enfermos veían con terror que se volvía amarillo. Una vez uno de ellos pronunció la frase temida: —Si se va Don Zatti ¿quién nos va a tener contentos?...

La enfermera quería ponerle calmantes, inyecciones. Quería hacerlo sin que él se percatase. Pero Zatti se dio cuenta y le dijo: —No, no: es un trabajo inútil. Descanse. ¿No se da cuenta que el sufrimiento es la única moneda que tengo? Si me la quita ¿qué me queda?

Y narran las enfermeras que los dolores que debió aguantar fueron realmente crueles.

Cuando en esos días le preguntaba el médico: —¿Cómo vamos, Zatti?

—Para arriba, doctor, para arriba... —contestaba él sonriendo. Y miraba hacia el cielo.

Nunca, ni una sola vez, se quejó por los atroces dolores que lo consumían.

Nunca pidió calmantes. Alguna vez se los pusieron. Una o dos veces, dice el Dr. Sussini. Pero no porque él los pidiera, sino por complacer a los demás.

Un día le oyeron decir: —Toda la línea tiene salas ahora...

Como diciendo: todos los enfermos que antes venían aquí, desde Viedma a Ing. Jacobacci, por espacio de mil kilómetros, ahora en cada estación encuentran Salas de Primeros Auxilios. Ya puedo morir tranquilo.

Otro día dijo: —Éstas piernas hace 70 años que me llevan. Están cansadas. Tienen derecho a descansar... —Y sonreía beatíficamente.

Un día envolvía unos remedios a un chico en la farmacia. Al dárselos, le dijo: —Pero tienen que rezar por Zatti, porque si él se muere ¿quién les va a dar más remedios?

—Sí, Don Zatti, —dijo el pequeño y se fue, sin entender la tremenda verdad que encerraba la advertencia del santo varón.

—¡Qué amarillo, está, Don Zatti! — le decía la gente que tenía confianza con él.

—¡Y... estoy madurando! —contestaba él indefectiblemente.— Estoy madurando como los melones, como los duraznos de este Río Negro... — Y reía.

Dos gracias pedía Zatti a su buen Dios: la primera, morir en la Patagonia; la segunda, que no lo enterraran vivo...

Eran sus únicas preocupaciones en sus últimos meses.

Tenía miedo que el P. director le fuera a imponer de venir a Buenos Aires. Una vez que le dijeron que parecía que lo iban a traer, él contestó: —¿Y acaso en Buenos Aires no se muere? — Tenía terror de quedarse por acá...

Un día estaba ayudando la Bendición con el Smo. Sacramento. No obstante su estado, él ayudaba en todo. Cuando iba a poner el velo humeral sobre los hombros del sacerdote, cayó de espaldas en el pavimento con el velo en la mano. Afortunadamente no alcanzó a golpear con el filo del banco. Si no, perece. Todos creyeron que se había enredado en la alfombra.

Después se supo: era que se había quedado como abortito, todo concentrado en sí mismo, pidiendo a Dios, presente en la Hostia Santa, que no lo mandaran a Buenos Aires. Y tanta fuerza había puesto en su plegaria que se había agotado...

Después le dijo al médico: —¿Para qué ir a estorbar a Buenos Aires? Total, tengo que terminar: es mejor que termine aquí...

Y consiguió la gracia. No lo mandaron a la Capital Federal. Pero no pudo eximirse de ir a Bahía Blanca. Fue por obediencia.

Enero de 1951. El P. director determina que vaya a la ciudad atlántica a buscar en la ciencia la última esperanza de salud. Cuando le dijeron que debía ir, al punto, pensó en su enfermo predilecto, uno lleno de llagas al cual él solo curaba, y dijo: —¿Y si yo me voy quién lo va a curar?

Zatti salió el día 4 para Bahía Blanca. El 5, su enfermo falleció. Como si Dios lo hubiera reservado sólo para él...

Se internó en el Sanatorio y Maternidad del Sur. Los médicos lo vieron y menearon la cabeza. El los miraba sonriente... Ya sabía lo que iban a decir... Visitó el Colegio Don Bosco y el de María Auxiliadora. Pasó algunos días en el colegio salesiano. Ansiaba volver pronto a su hospital.

No obstante su estado, a todas luces desesperante, conservaba toda su lucidez y aplomo. Cuando su sobrina religiosa lo visitó en el Colegio Don Bosco, le dijo: —¡Oh, santo tío: cuando Ud. vaya entrando en el paraíso, yo me voy a esconder en alguno de sus bolsillos...!

—Y yo voy a hacer como el águila, contestó él, que cuando la tortuga quiso subir a las alturas asida a ella, la dejó caer y se estrelló contra el suelo. Y reía de buen grado. Luego, más filosóficamente, añadió: —Vas a entrar en el Cielo, sí; pero no por las obras del vecino, sino por las tuyas...

—¿Sufre mucho tío? — le preguntó la sobrina.

—No, pero tengo la boca siempre dulce, muy dulce...

Entre tanto en Viedma los enfermeros, enfermeras y enfermos hacían novena tras novena y promesa tras promesa a Dios y a los santos. Pero el Cielo parecía de plomo...

El día 13 de enero pudo regresar finalmente a Viedma. Ese día hacía un calor sofocante. El termómetro llegó a 40 grados a la sombra. Y con esa canícula le tocó viajar todo el día. Para peor, el tren que debía llegar a las 17 llegó con dos horas

de atraso... Como si Dios hubiera querido purificar aún más a su siervo...

Cuando entró en el hospital, estaban precisamente haciendo la novena por él. Fue un regocijo general el verlo de nuevo; pero una pena inmensa al ver el estado en que volvía...

Quiso seguir trabajando; pero ya no podía. La tremenda enfermedad que no se nombra avanzaba a pasos de gigante. Al médico que lo curaba le dijo: —Ud bien sabe, doctor, que *esto* no se cura. Déjeme andar todavía. Total: ¿qué gano con estar en cama? Así a lo menos puedo ayudar un poco a estos queridos enfermos...

La ictericia se hacía más visible. Con su sonrisa de siempre, le dijo, esta vez con toda intención al Dr. Sussini: —Estoy madurando, doctor...

Y ya no pudo hacer más por sus enfermos... Sí, pudo sufrir. Cuando sus manos se negaron a poner inyecciones y a extender unturas, él se negaba a que le pusieran calmantes, diciendo: —Déjenme sufrir por mis enfermos...

El 5 de febrero dijo a los hermanos: —No se extrañen si no me ven en Misa. Voy a tomar unos días de reposo absoluto. A ver si se me deshinchon las piernas. — Y siguió recibiendo, a diario, la Santa Comunión.

A veces oía sollozos entre las enfermeras: —Cobardes, les decía, no lloren. ¡Animo, valor y fortaleza!...

El día 29 de enero de 1950 tuve la suerte de verlo. Era la fiesta de San Francisco de Sales. Recogiendo datos para la Vida del Card. Cagliero habíame llegado hasta Viedma. Quise pasar esa fiesta con Zatti. Lo vi totalmente icterico. Cuando llegó la hora del almuerzo, lo vi avanzar hacia la campana, levantar trabajosamente la diestra y tocar... Yo lo miraba con el alma en sollozos. Me parecía que nuestro gran hermano estaba doblando... Comenzamos el almuerzo. El hizo traer los mejores vinos. Todos procurábamos estar alegres. Y él, que sabía que aquella era la última fiesta salesiana de su vida, pugnaba por sonreír, pero los dolores físicos y morales eran demasiado fuertes... Estaba también el Dr. Sussini. A los postres, levantamos nuestras copas. Todos brindamos: —Por Don Zatti... — y sonreímos a duras penas, porque todos teníamos ganas de llorar a gritos...

Cuando pasaron los hermanos de Comodoro de regreso de

los Ejercicios, uno le preguntó: —¿Ha cambiado de color, Don Zatti? ¿ Se ha vuelto japonés?

—No, Padre, hasta ahora he sido un gorrión; pero ahora me voy transformando en canario...

Tenía razón. Ya entraba en la zona gloriosa. Ya iba a cantar como un canario las glorias de su vida fecunda...

En esos días recibía cartas de amigos lejanos: el Dr. Ceci desde Buenos Aires le escribe:

“No se imagina cómo lamento no estar allí para ayudarlo con mi modesta colaboración. Saludos de su ahijadito. El domingo 12 estaré en esa. Si tiene algún “desheredado” para operar, ya sabe que lo haré con todo gusto”.

De la Gerencia General del Banco de la Nación Argentina un alto funcionario de la repartición y viejo amigo de Zatti le escribe el 12-II-51:

“Deseo significarle que, aun lejos y a pesar de no mantener correspondencia, es invariable mi aprecio y admiración hacia el siempre recordado “hijo del viejo”... Y que si en este mundo no me es dado testimoniárselo en alguna forma visible, le aseguro que he de rogar para que Dios lo libere de los sufrimientos físicos y para que, llegado el momento, le depare el más hermoso tránsito y la dicha eterna que Ud. tiene ganada tan largamente por su santa y benemérita vida. Mi esposa comparte los sentimientos expresados y, con sus saludos, le envío un efusivo abrazo y un cordial HASTA SIEMPRE. (Fdo.): PROSPERO M. ENTRAIGAS”.

También desde la Capital Federal, la Hna. María Josefina de Jesús Picarel, escríbele:

“También en la Cruz, lo acompaño en la suya, con mis plegarias y molestias. Su caridad va llenando su alforja con creces en trabajos por amor a Cristo. Pongamos nuestros sufrimientos en el gran Corazón de Aquel que dio su vida en cambio de la nuestra, salvada por sus méritos...”

Zatti pudo todavía contestar:

“No se puede imaginar la alegría que me produjo su carta, hasta el punto de derramar lágrimas de consuelo, a la consideración de que todavía conserva dulce recuerdo de este vetusto Hospital San José!! Así que muchísimas gracias por tan dulces recuerdos, como así mismo por los saludos que S.C. tuvo a bien enviar en varias oportunidades, ya por unos, ya por otros, especialmente por intermedio de Su Excelencia, el Ministro de Agricultura, Ing. Carlos M. Emery, que en un acto de extrema bondad,

se dignó, apenas llegado a Viedma, en misión de alto cargo, dejar la comitiva oficial, para venir al hospital (que actualmente lo tenemos en la Escuela Agrícola San Isidro), a visitarme, darme unos efusivos abrazos, augurarme de Dios todos los bienes y si esto fuera poco, me convidó a ir a Buenos Aires a descansar unos 15 días, ser huésped de su casa y mesa y que me enviaría a buscar con su avión. ¡Cómo debemos agradecer a Dios tantos bienes concedidos en tiempos pretéritos y presentes!... Una ictericia semi-rebelde me tiene medio cohibido para el cumplimiento de todos mis quehaceres. Con todo, fiat voluntas Dei!... Por ahora no tengo ninguna probabilidad de que nos veamos en este mundo, pero estando unidos, en comunión de oraciones en el Corazón de Jesús, esperamos, por la misericordia de Dios e intercesión de María Inmaculada, vernos en el templo celestial de la Gloria en donde alabaremos dignamente la bondad de Dios que nos diera en este mundo tantos medios para nuestro aprovechamiento espiritual”.

El 19 de febrero pidió le administraran la Extremaunción. El Padre director juzgó que podía diferirla algunos días. Y se esperó hasta el 27 de febrero. A las 9 tocó la campana. Todos los enfermos que podían andar formaron cortejo al Smo. Sacramento. Se habían retirado previamente las camas, de modo que cupieran todos en la sala. Los varones llevaban sendas candelas en la mano. Adelante, dos grandes faroles. Se colocaron, los enfermos a la derecha y las enfermas a la izquierda. “El valiente” (1) se mostró tal, sobre todo en ese momento. Con toda tranquilidad renovó las promesas bautismales y los votos. Después dio gracias y se dispuso a recibir los santos óleos. Extendió las manos con una fe que impresionaba. Luego agradeció a Dios de poder morir salesiano y al P. López, en representación de los superiores, de haberlo recibido en la Congregación. A los presentes les agradeció que lo hubieran acompañado en esos momentos. Como sorprendiera algunos sollozos, sobre todo en la hilera de las mujeres, trató, en breves palabras, de consolarlas.

¡Cuán impresionante es comprobar que una semana antes de morir, él mismo se extendió una receta con los medicamentos que debían darle en la última semana de vida! Y como era respetuoso de los derechos ajenos y nunca quiso pasar por sobre los médicos, la somete a su aprobación.

(1) Así solíamos llamar familiarmente a Don Artémides, después del estreno de una pieza teatral en la que tomó parte y debía gritar: “Valientes alabarderos”...

Dice la receta:

“HOSPITAL “SAN JOSE” de VIEDMA.
CONSULTORIO EXTERNO.

Rp.

Viernes: suero hipertónico con Digalena. Lunes: Suero ídem con Salirgan 1 c.c. Miércoles: Suero hipertónico con Sinhavit. Endovenosas, a más del Necrotón y Alimentación Hipotóx. Si hay algunas que no conviene, las tacha. Gracias”.

Esto escribiólo Zatti el jueves 8 de marzo. Se da remedios para los días subsiguientes hasta el miércoles 14 de marzo. El falleció el 15 de marzo. Quiere decir que su cálculo no anduvo errado...

Días antes de su deceso fue al hospital el empresario de coches fúnebres, Don Angel Casella. Fue para conducir unas religiosas en su coche particular. Cuando Zatti lo vio, lo saludó familiarmente y con la más asombrosa tranquilidad, le dijo: —Che, no te apures, todavía no es tiempo... — y reía de buen grado, con esa su risa francota y contagiosa.

Insistía en que no lo enterraran vivo: que lo tuvieran todo el tiempo necesario. Y si era necesario, indicaba el modo de eliminar los malos olores.

El 13 de marzo, el Revmo. P. Inspector, Don Carlos M. Pérez, le envió su bendición desde la casa inspectorial. Le dice:

“Queridísimo Don Zatti: Le envió un cordialísimo saludo y la bendición más afectuosa. En estos momentos tan importantes de su vida lo recuerdo con vivo afecto en la Misa y oraciones y le agradezco en nombre de la Congregación, todo lo que ha hecho por ella, cumpliendo salesianamente con su misión. Cuando esté ante el trono de la Trinidad Augusta y a los pies de María Auxiliadora, no se olvide de este su afmo. hermano en Don Bosco. P. CARLOS M. PEREZ”.

Como se ve, todos se despedían de él con la naturalidad del que ve irse el amigo a otro país...

Llegaron en esos días, su hermano Herminio y su primo Nino Vecchi. Los conoció y conversó un buen rato con ellos.

Unas religiosas de María Auxiliadora fueron en el día 14 a visitarlo. Le pidieron un recuerdo para las Hermanas. Dígales que necesito “ánimo, ánimo, ánimo” les contestó él. Se ve que no obstante su natural fortaleza y el sobrenatural auxilio que sin duda recibía, por momentos sentía flaquear sus fuerzas...

El último día lo pasó con un ronquido agónico. Sin embargo hasta las 23 conocía. Le decían: Jesús, José y María: expire en paz... Y él hacía una señal con la cabeza de que no había llegado todavía esa hora...

A las 6 del 15 de marzo llegó a la cabecera el P. director: entraba en agonía: A las 6,30, sin estertores ni espasmos, se durmió en el Señor. El P. López pudo rezar la Misa por él, inmediatamente.

Entre tanto, desde la torre del colegio salesiano, el gran campanón que anuncia el deceso de Papas, Presidentes y del Obispo, desgranaba sobre la capital, sus lúgubres sonidos.

La gente preguntaba: —¿Qué pasa?

—Ha muerto Don Zatti, —decían tristemente. Y la voz cundía de cuadra en cuadra: el gorrión se había transformado en canario y el canario comenzaba a cantar...

CAPITULO XXVIII

ESPERANDO TRANQUILO...

El médico tenía que extender el certificado de defunción. Así como antes se había dado la postrera receta para que lo medicinaran hasta la víspera de su muerte, ahora, para no dar trabajo al facultativo, se había extendido él mismo, el certificado de defunción. Con mano segura y pulso firme Zatti escribió:

“Dr. Antonio G. Sussini certifica que Artémides Zatti, de 70 años de edad, domiciliado en Viedma, calle Gallardo s/n., hijo de Luis Zatti y de Albina Vecchi, argentino naturalizado, ha fallecido de insuficiencia hepática, el día... (deja un espacio libre) a las horas... en el Hospital San José, lo que le consta por haberlo asistido”.

¡Magnífico valor el de este hombre! No le temió a la vida y tampoco le arredra la muerte cuando tiene que mirarla cara a cara...

Sobre la Escuela Agrícola descendió la tristeza del luto y el corazón de los enfermos del hospital se encogió de pena.

Llegó el empresario de sepelios. Preguntó al P. director de qué categoría iba a ser el entierro: —Nosotros tenemos una sola categoría: la de los pobres. Todos los salesianos llevamos ataúd. de pobres... — contestó el P. López.

Y el cuerpo amortajado fue puesto en un féretro modesto. En él fue conducido al Colegio San Francisco de Sales. La capilla de Mons. Cagliero, tan hábilmente decorada por el P. Aceto, se transformó en capilla ardiente. Y la capilla ardiente se transformó en santuario cuando la gente comenzó a acudir en tropel a deshojar ante el gran benefactor de los pobres y de

los desvalidos, las siemprevivas de la gratitud de todo un pueblo agradecido. El centro y el arrabal, Viedma y Patagones, ricos y pobres, autoridades y pueblo: todos iban a porfía en aquel desfile sin precedentes ante los restos del “pariente de todos los pobres”...

Y cuando llegó a la capilla ardiente otro de los empresarios de sepelios y vio el modesto ataúd que iba a encerrar los despojos del gran apóstol, se dirigió al P. director y le pidió le permitiera obsequiarle con otro mejor. Accedió el superior e inmediatamente se le cambió ataúd.

Se vio ese día a una teoría silenciosa que iba por las aceras con ramos de flores en la mano. Se diría que era la fiesta de la primavera. Pero no: el sello de tristeza que llevaban todos estereotipado en el rostro decía bien a las claras que había un duelo colectivo, más grande y más hondo que todos los duelos comunes, más sentido y sincero que todos los duelos oficiales, que congregan multitudes.

“Jamás vi tantas flores juntas en un velatorio: por todas las calles del pueblo se observaba a la gente con ramos de flores y muchas provenían de Patagones” — dice un testigo ocular.

Y el mismo hace una fina observación. “A pesar de lo que significa la pérdida de una vida tan necesaria y tan querida por el pueblo, se podía, no obstante observar un general contento, pues el pueblo que tanto lo amaba asistía ahora a su triunfo. Nada había aceptado Zatti durante la vida. Y ahora el pueblo se desquitaba rindiéndole el más grande homenaje de afecto que jamás haya tributado Viedma a persona alguna”...

¡Qué bello espectáculo el que ofrecieron ese día Viedma y Patagones unidos en un solo sentimiento! Se vio llegar desde una chacra lejana a un anciano campesino con una canasta de rosas y volcarlas materialmente sobre la colina de flores que colmaban su féretro. Se vio a la muchacha humilde del pueblo llegarse llorando hasta la capilla ardiente y dejar, tímidamente un puñado de claveles, lo mejor que había dado su jardincito del arrabal. Se vio a una madre enlutada arrodillarse ante el ataúd del santo varón y rezar largamente, rozando luego su rosario sobre las manos, cansadas de dar, del “pariente de todos los pobres”. Se vieron guardapolvos blancos que en grupos compactos llegaban hasta él: eran los hijos de aquella madre, de aquel padre que Zatti había curado y por los que se había sacrificado... Se vio a hombres de campo, curtida por las intemperies su tez bronceada, llegar hasta el féretro y quedar fir-

mes y cabizbajos, abismados en la tremenda realidad de una pérdida irreparable. Y cuando salían de la capilla, al encontrar al amigo, le decían: —Hombres como este no debieran morir...

Y llegaban flores y más flores, ramos y más ramos. No eran las grandes coronas de doradas letras y sedañas cintas que, cuando fallece un personaje, las conveniencias sociales quieren que se envíen. No. Aquí no había protocolo. Aquí no había conveniencias sociales. Aquí no se enviaban flores por obligación de ninguna especie. Aquí el único imperativo era la gratitud de un pueblo que sabe apreciar los valores y reconocer los sacrificios. Por eso la montaña de flores que circundó el ataúd del buen salesiano no la formaron las grandes y artísticas coronas, sino la multitud de los ramos humildes de la gente modesta...

Para presidir las exequias llegó de Bahía Blanca, el Rdm. P. Pérez, Inspector Salesiano. El viernes 16 de marzo, el viejo campanón que anuncia a los pueblos vecinos la alegría del aleluya y el luto de los decesos, otra vez echó a los aires el pesado y lento son funerario... La catedral nunca se había visto tan colmada. Cuando el coro preludió con el *Requiem*, patético y solemne, la multitud apretujada llenaba por completo el amplio recinto hasta la acera... Nunca la piedad colectiva fue tan sentida. Ahí estaban todos los cristianos en un haz de corazones para rezar por el alma de un siervo de Dios que había sabido conquistar las simpatías de todos. Todos se sentían solidarios. Cada cual contagiaba y se contagiaba de los sentimientos del vecino.

Las autoridades gubernativas habían dispuesto el cierre de las oficinas públicas y las autoridades municipales, lo mismo. La Cámara de la Industria y del Comercio, determinó también cerrar los comercios y dar asueto a los empleados para que pudieran participar del magno homenaje al humilde hijo de Don Bosco. De modo que cuando llegó el momento de dejar la catedral para encaminarse hacia el camposanto, era una multitud inmensa la que precedía, rodeaba y seguía el fúnebre cortejo. Junto a Mons. Borgatti, Vicario Capitular de la Diócesis, formaba el Secretario a cargo de la Gobernación, D. Juan Paolini; junto al jefe de Policía, el Encargado de la Municipalidad; al lado de los viedmenses, los patagoneses y todos mixturados en tan democrático conjunto que emocionaba.

El tiempo puso a prueba la buena voluntad de todos. El sol habíase ocultado como para que la penumbra pusiera una

Dr. Antonio J. Susini
certifica que
Artemides Zatti
de 70 años de edad
forniciliado en viudez
calle Gallardo s/n.
hijo de Luis Zatti
y de Albina Vecchi
Argentino naturalizado
ha fallecido de Insufi-
ciencia Hepática el
día . . . a las horas
en el Hospital San Pie-
lo que le causa por
haberle asistido -

El Certificado de Defunción escrito de puño y letra por Don Zatti.

nota de tristeza sobre el cuadro popular. El viento, el hermano viento patagónico se presentó ese día, como si hubiera querido estar presente también él en el solemne cortejo... Pero ni el viento frío ni el nublado fueron parte para impedir que mil y un vecinos se acoplaran todavía a la multitud que avanzaba conmovida. Por momentos el pueblo se abalanzó hacia la carroza y disputó a las autoridades el derecho de estar ahí cerca, junto a los restos de su gran bienhechor. Y se dio el caso extraño de que cuando llegaron al cementerio, las autoridades habían sido desplazadas cincuenta metros atrás de la carroza fúnebre y junto a ella, hombres mujeres y niños, con ramos y con flores, en una mezcolanza auténticamente popular... Todos a pie, todos por la calle ancha azotada por el viento y castigada por el polvo.

Llegó el cortejo al camposanto. Se detuvo junto al panteón de los Salesianos: Se bajó hasta la puerta el féretro del extinto. En nombre de la Municipalidad de Viedma, habló el Sr. José Eusebio Pazos, Secretario de la misma y al frente de su gobierno en esos días; luego dirigió la palabra al nutrido público el Sr. J. Esteban Chirinos, en nombre del Círculo de Obreros del que Don Artémides fuera siempre el alma máter; por el cuerpo médico de ambos pueblos habló el Dr. Carlos M. Quaranta, quien dijo, entre otras cosas: "No ha muerto: pues su vida queda encarnada por el amor en cada uno de nosotros... Bajas a la tumba, Don Artémides, más que llorado, bendecido por todos..."; a continuación, en nombre de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos, se dirigió al público el Sr. Rafael Laría y finalmente, en nombre de los salesianos y de la feligresía de Patagones habló el R. P. Antonio Garnica. "¿Qué poder mágico ha tenido este hombre de condición humilde, —preguntó el orador—, para arrastrar en pos de sí a tan ingente muchedumbre, para entristecer tantos rostros y para provocar tantas lágrimas? No tuvo títulos, ni ostentó blasones, ni alcanzó honores ni ocupó lugar jerárquico durante su larga vida. En cambio Don Artémides Zatti ha llegado al corazón de este pueblo que hoy, desconsolado le llora, porque se prodigó sin medida, sin cálculos egoístas, sin limitaciones, en aras de su noble, exquisita y heroica caridad cristiana..."

Mientras los oradores iban desgranando sus frases brotadas espontáneamente de los labios (porque es fácil ser elocuente cuando se tiene un tema tan magníficamente elevado como la parábola del Buen Samaritano redivivo) el pueblo, que seguía

los discursos con creciente emoción, sollozaba y gemía... Y esa emoción cordial y sentida, ese sollozar espontáneo y general, era lo que daba la tónica de los discursos excepcionales de ese día...

"Ha sido, en verdad, el sepelio de los restos de Don Artémides Zatti, la demostración de duelo más importante que se haya visto en Viedma o Patagones... Se vio una muchedumbre como jamás ha sido dable registrar en casos análogos", dice el periódico "La Nueva Era" del 24 de marzo de 1951.

"No debía morir" decía la gente. Y era el cariño popular que asomaba a sus labios. Pero sí, era necesario que Zatti muriera: ¡por algo Dios ha puesto límite a la vida! Era necesario que muriera para que descansara; era necesario para que recibiera el premio por el que él tanto suspiró y era necesario también para que nuestro querido pueblo pudiera exteriorizar como lo hizo, en despliegue magnífico, la gratitud que desbordaba de su alma...

No bajaron el ataúd a la cripta. Quedó en la capilla. La gente quería verlo, depositar flores sobre el féretro del "pariente de todos los pobres". Más tarde lo bajaron. Ahí están sus restos. Y ahí quedarán "hasta el día en que la gratitud popular de estas poblaciones hermanas, —como dice "La Nueva Era" — le erija el mausoleo llamado a perpetuar su memoria". O bien, decimos nosotros, hasta el día en que la Santa Madre Iglesia, pronuncie su fallo irrevocable y vayan sus despojos venerados más arriba de los mausoleos y panteones: es decir, a la empinada cumbre de los altares...

Entre tanto, él arrullado por los cipreses, espera con la invariable tranquilidad de toda su vida, la Palabra que lo separe del nutrido grupo de hermanos que duermen en la paz de los justos...

INDICE

<i>Prefacio</i>	7
Capítulo	Pág.
I. — Del Po a la bahía Blanca	11
II. — Sigue su estrella	17
III. — ¡Los caminos de Dios!	22
IV. — El petrel en la tempestad	29
V. — El sacramento del dolor	37
VI. — La palestra del atleta	44
VII. — Síntesis histórica del hospital	49
VIII. — Cinco días de «vacaciones»	55
IX. — Zatti-Hospital	62
X. — El pariente de todos los pobres	71
XI. — ¡Lo que pueden los santos!	77
XII. — Bienaventurados los mansos	84
XIII. — Lleno de gracia	91
XIV. — El aliado de Dios	99
XV. — Lámpara incandescente	106
XVI. — Como la reja del arado	113
XVII. — No hay mejor cirujano	119
XVIII. — Promesa cumplida	129
XIX. — Intermezzo memorable	135
XX. — El malabarismo del cliente 226	143
	215

Capítulo	Pág.
XXI.— La hora de la prueba	153
XXII.— Lago tranquilo	160
XXIII.— El despertador de las almas	166
XXIV.— Oro es lo que oro vale	172
XXV.— Quien de los suyos se aleja	180
XXVI.— La nobleza de un pueblo	189
XXVII.— El canario comienza a cantar	198
XXVIII.— Esperando tranquilo	208